

SIDAD A

CCIÓN C

CAUJOC

—

SUEÑO
DE
IMPERIO

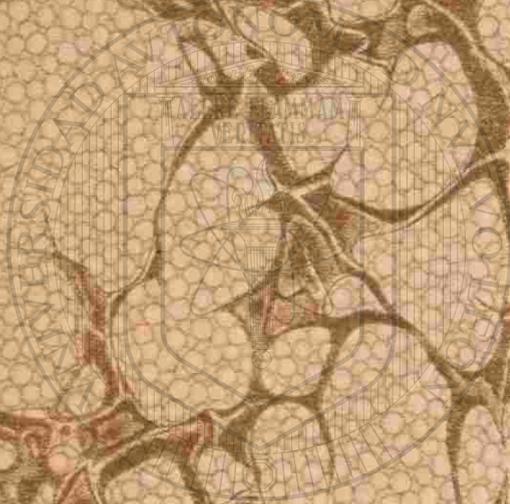
F1233

.G38

c.1



1080120774



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EN PRENSA:

EL IMPERIO DE MAXIMILIANO

(Continuación de SUEÑO DE IMPERIO)

POR PABLO GAULOT

TRADUCCION DEL LIC.

ENRIQUE MARTÍNEZ SOBRAL

C. de la Real Academia Española

Partida de Maximiliano y Carlota.—En Roma.—En alta mar.—Proyectos é ilusiones.—Veracruz.—Primera desilusión.—Llegada á México.—¿Era posible el Imperio?—Dificultades exteriores.—Los Estados Unidos.—Situación política á la llegada de Maximiliano.—Carta de Zamcona á Juárez.—Monarquía democrática.—La etiqueta imperial y los grandes dignatarios.—Carácter de Maximiliano.—Carácter de Carlota.—Operaciones militares.—Maximiliano celebra la independencia.—Ovaciones.—Impresiones de la Emperatriz.—Destierro de Márquez y Miramón.—Palabras del Emperador de Austria.—Protesta de Maximiliano.—La cuestión religiosa.—El clero mexicano.—Absoluciones condicionales.—El Nuncio; sus pretensiones.—¿Liberalismo ó conservadurismo?—Retirada del Nuncio.—La situación empeora.—La resistencia se prolonga.—Bazaine en Oaxaca.—Cuestiones financieras.—Término de la guerra en los Estados Unidos.—Misión Langlais.—Ultimátum de Francia.—Maximiliano quiere revisar el tratado de Miramar.—Viaje de la Emperatriz á Yucatán.—Proyecto de Código Civil.—Negociaciones en Washington.—Resultado desfavorable.—Resoluciones secretas de Napoleón III.—Condennación del Imperio, etc.

Ejemplar, rústica.....\$ 1 50

PARA PEDIDOS:

ANGEL POLA, MÉXICO, CALLE DE TACUBA NÚM. 25.

ADVERTENCIA: Ningún pedido será servido sin el pago anticipado de su importe.

El pago en timbres postales tiene un recargo de quince por ciento.

LA VERDAD DE LA EXPEDICIÓN Á MÉXICO

SEGÚN DOCUMENTOS INÉDITOS

DE ERNESTO LOUET

PAGADOR EN JEFE DEL CUERPO EXPERIMENTARIO

SUEÑO DE IMPERIO

POR

PABLO GAULOT

TRADUCCION

DEL LIC.

ENRIQUE MARTÍNEZ SOBRAL

C. de la Real Academia Española



MÉXICO

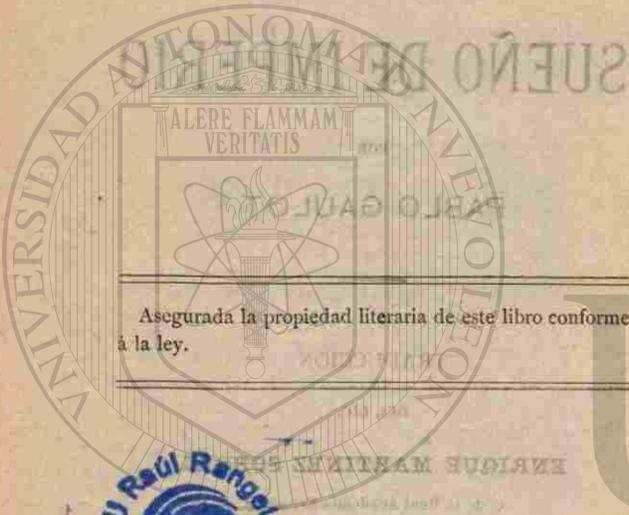
A. POLA, EDITOR, CALLE DE TACUBA, NÚM. 25

1905

F1233

G38

C. 1



Asegurada la propiedad literaria de este libro conforme
a la ley.



DIRECCIÓN GENERAL DE

MÉXICO

1961

... así como el del desahogado principal, que los
su más célebre y conmovedor al victorioso.
Mas no era el de esos mentores, alzado
res más bien que historiadores, que se con-
tatan con hechos más o menos verdaderos y
con documentos más o menos auténticos. Pa-
ra hacer un obra liberada a este estado
—si así puede decirse— el método y la proce-
dura.

PREFACIO DEL AUTOR

Quando, en agosto de 1888, en el prefacio de *Un complot bajo el terror*, anunciábamos la continuación de nuestros estudios acerca de la época revolucionaria, no preveíamos que nos habria de ser preciso interrumpirlos para entregarnos a un trabajo no menos atractivo, si bien relacionado con otro tema y con época distinta; pero se trataba, para nosotros, de cumplir un deber. Ernesto Louet, que ha recorrido tan brillante carrera en las finanzas, estaba presto siempre a afrontar los peligros, en el ejercicio de funciones que no los tienen de ordinario. De esa suerte, habia obtenido el formar parte de la tesorería del ejército de Italia; de esa suerte, dirigió ese servicio durante la campaña de Siria; de esa suerte, partió a principios de la expedición, como pagador en jefe del cuerpo expedicionario de México. De regreso a Francia, tuvo una idea fija: la de escribir la historia de la intervención,

así como la del desgraciado príncipe que fué su más célebre y conmovedora víctima.

Mas no era él de esos escritores, narradores más bien que historiadores, que se contentan con hechos más ó menos verdaderos y con documentos más ó menos auténticos para hacer su obra. Llevando á este estudio —si así puede decirse— el método y la precisión de un tenedor de libros, quiso rodearse de documentos ciertos, indiscutibles, y para conseguirlo, no economizó esfuerzos ni dinero.

Ha estado en todos los puntos en que esperaba encontrar informes ó documentos: en Bruselas, donde viera Maximiliano por primera vez á la que fué su compañera y que, hoy, pobre loca, vive muriendo en el real castillo de Laeken; en Viena, donde pudo interrogar á los personajes políticos que estuvieron mezclados en los acontecimientos de México; en Trieste, en Miramar, palacio repleto de recuerdos del archiduque que fué Emperador; en Madrid, por fin, donde obtuvo de Bazaine la cesión de los documentos que poseía relativos al asunto mexicano.

Fué allí, sobre todo, donde encontró piezas de inestimable valor histórico: la correspondencia confidencial del Emperador Napoleón III, la del Emperador Maximiliano,

la del Mariscal Randon, ministro de la Guerra y, con ellas, una serie de cartas particulares, de notas, de instrucciones, de memorias y de expedientes relativos al mismo tema.

Y no se trataba de copias, sino de los originales mismos. En una palabra, poseía casi todos los archivos públicos y privados de la guerra de México.

Con tales recursos, era posible, al fin, escribir lo que nadie ha escrito todavía: la historia verdadera del acontecimiento más falsificado quizás que haya habido en este siglo. Había allí con qué responder á todos los cargos denigrantes, á todas las apologías exageradas, en forjar lo cual ha habido cierta complacencia, por haberse ignorado la verdad.

Había emprendido esa labor y esperaba terminarla, cuando la muerte se lo impidió.

Es este trabajo interrumpido el que volvemos á emprender hoy, á fin de completarlo, de terminarlo, de ponerlo en estado de ser conocido del público.

Todos los documentos, recogidos y coleccionados por él con tanto cuidado, serán publicados sucesivamente, sin reservas ni retenciones, en su integridad absoluta, por lo menos, en cuanto lo permitan el espacio y el orden de la narración.

Queremos justificar el título genérico de

esta obra—*La verdad de la expedición á Méjico*—con la profusión de documentos que pondremos ante la vista del lector.

En cuanto al partido que de ellos saquen los elucubradores políticos, es cosa que nos tiene sin cuidado. Es de prever que servirán de texto ó de pretexto á discusiones apasionadas y que se tratará de interpretarlos en diversos sentidos: ello no nos asusta, porque, imparciales en nuestra narración, tenemos confianza — ya que dudemos de la imparcialidad de los individuos — en la imparcialidad de las generaciones.

Y luego, ya no es de nuestro tiempo, ni tampoco de nuestras costumbres, el usar de engaños con la posteridad y el hacerla víctima de mezquinas mentirijillas. Se dice que la verdad se debe á los muertos: nosotros decimos que la verdad, acerca de los muertos, se debe á los vivos.

PABLO GAULOT.

París, 8 de abril de 1889.

PRIMERA PARTE

La acción diplomática y los hechos bélicos

CAPITULO I

El 4 de octubre de 1861 en Miramar.—El archiduque Fernando Maximiliano.— Misión secreta del Ministro de Negocios Extranjeros, conde de Rechberg.—El señor Gutiérrez de Estrada.— Nota redactada por el barón de Pont.— Francia no quiere nada para sí.—Reservas de España.—Inteligencia de las tres potencias.— Desiderátum de los refugiados mexicanos.— Adhesión de A. L. de Santa Anna.— Viaje del señor Gutiérrez de Estrada.—La noche buena.— Promesa formal del Archiduque.

El archiduque Fernando Maximiliano y la archiduquesa Carlota se encontraban en Miramar — espléndida morada que bañan las ondas azules del Adriático — de regreso de una de esas excursiones que tanto gustaban á ambos y en las que encontraban, él, satisfacciones para su necesidad de vivir activamente, y ella, satisfacciones también para su ansia de ideal. El 4 de octubre de 1861, un personaje, cuya presencia era inusitada en aquellos lugares, presentose á las puer-

esta obra—*La verdad de la expedición á Méjico*—con la profusión de documentos que pondremos ante la vista del lector.

En cuanto al partido que de ellos saquen los elucubradores políticos, es cosa que nos tiene sin cuidado. Es de prever que servirán de texto ó de pretexto á discusiones apasionadas y que se tratará de interpretarlos en diversos sentidos: ello no nos asusta, porque, imparciales en nuestra narración, tenemos confianza — ya que dudemos de la imparcialidad de los individuos — en la imparcialidad de las generaciones.

Y luego, ya no es de nuestro tiempo, ni tampoco de nuestras costumbres, el usar de engaños con la posteridad y el hacerla víctima de mezquinas mentirijillas. Se dice que la verdad se debe á los muertos: nosotros decimos que la verdad, acerca de los muertos, se debe á los vivos.

PABLO GAULOT.

París, 8 de abril de 1889.

PRIMERA PARTE

La acción diplomática y los hechos bélicos

CAPITULO I

El 4 de octubre de 1861 en Miramar.—El archiduque Fernando Maximiliano.— Misión secreta del Ministro de Negocios Extranjeros, conde de Rechberg.—El señor Gutiérrez de Estrada.— Nota redactada por el barón de Pont.— Francia no quiere nada para sí.—Reservas de España.—Inteligencia de las tres potencias.— Desiderátum de los refugiados mexicanos.— Adhesión de A. L. de Santa Anna.— Viaje del señor Gutiérrez de Estrada.—La noche buena.— Promesa formal del Archiduque.

El archiduque Fernando Maximiliano y la archiduquesa Carlota se encontraban en Miramar — espléndida morada que bañan las ondas azules del Adriático — de regreso de una de esas excursiones que tanto gustaban á ambos y en las que encontraban, él, satisfacciones para su necesidad de vivir activamente, y ella, satisfacciones también para su ansia de ideal. El 4 de octubre de 1861, un personaje, cuya presencia era inusitada en aquellos lugares, presentose á las puer-

tas del castillo. Venía—según dijo—en nombre del emperador Francisco José, para el desempeño de misión secreta. Solicitó que se le introdujera á la presencia de sus Altezas.

Este enviado, que acababa de llegar de Viena, era el conde de Rechberg, Ministro de Negocios Extranjeros. Recibiósele en seguida y procedió al desempeño de su misión, que consistía en informar confidencialmente al príncipe y á la princesa, de las insinuaciones que, al Gobierno austriaco, acababa de hacer el emperador Napoleón III.

El Emperador de los franceses estaba decidido á provocar una intervención europea en México, cuya acción deseaba que fuese duradera. Para que tal intervención tuviera plena eficacia y para que sus resultados no fuesen efímeros, preciso era que produjera el de constituir en aquel país, presa continua de las revoluciones, un orden de cosas estable, con el cual fuera posible mantener, por fin, relaciones seguras y prolongadas; y como, animado de este pensamiento, meditaba ya el apoyar en aquel país el restablecimiento de una monarquía, deseaba asegurar de antemano el consentimiento del príncipe destinado para desempeñar ese papel glorioso. La elección napoleónica había recaído en el archiduque Fernando Maximiliano, cuyas generosas aspiraciones y cuyas ideas verdaderamente liberales había podido apreciar el Emperador mientras aquél gobernó el reino Lombardo-Veneciano.

Añadió el conde de Rechberg que, por muy

sensible que fuese el emperador Francisco José á la preferencia otorgada á su dinastía, entendía, sin embargo, dejar á su hermano en libertad plena de aceptar ó de rehusar.

No se sorprendió el Archiduque ante esta insinuación, tanto como pudiera creerse. Presentíala y aguardábala. No era, en efecto, la primera vez que se trataba de restablecer en México una monarquía—mejor dicho, de establecerla, ya que aquel país, aparte del efímero imperio de Iturbide, que duró unos cuantos días, no había conocido sino virreyes—ni era la primera vez, tampoco, que á ese propósito se pronunciaba el nombre del Archiduque.

Uno de los partidos de México había soñado siempre con tomar por modelo, no á sus poderosos vecinos, los Estados Unidos, sino á los países europeos, casi universalmente monárquicos. Ese partido, campeón de las ideas clericales, no veía en la revolución y en la forma republicana, que es su consecuencia, sino un estado deplorable, capaz de producir las peores miserias; y la experiencia que la historia de México podía ministrarle, no era, por cierto, á propósito para cambiar sus ideas al respecto. El promotor de ese movimiento reaccionario era el señor Gutiérrez de Estrada, representante de una de las familias más antiguas y honorables de México.

Siendo Ministro de Relaciones Exteriores, había, en julio de 1840, dirigido á Bustamante, Presidente de la República, una carta que fué dada á la estampa, en la cual proponía, como solución

de las crisis incesantes que desolaban a la patria, el establecimiento de un gobierno monárquico. Proscribiósele por su audacia y se refugió en Europa más convencido que nunca de la excelencia de su idea.

La veleidad del destino procuróle una revancha. El general Santa Anna, que subió a la presidencia en 1854 y que compartía las opiniones de su compatriota, le confirió plenos poderes "para tratar cerca de las cortes de Paris, Londres, Viena y Madrid, del establecimiento en México de una monarquía, bajo el cetro de un príncipe europeo." El señor Gutiérrez de Estrada se dirigió entonces al duque de Montpensier; pero éste declinó las proposiciones que se le hicieron, no obstante estar seguro del asentimiento de Francia.

El presidente Miramón, que sucedió a Zuloaga en 1859, confirmó el mandato que Santa Anna confiriera al señor Gutiérrez de Estrada; y fué en esta oportunidad cuando Napoleón III, que se hallaba al corriente de esos deseos políticos, recomendó por primera vez al archiduque Maximiliano.

El señor Gutiérrez de Estrada acogió el pensamiento del Emperador con tanto mayor entusiasmo, cuanto que, en el arsenal legislativo de México existía una antigua convención conocida con el nombre de "Plan de Iguala" y fechada en mayo de 1821, en la cual, bajo la presión de Iturbide, se había resuelto adoptar el principio monárquico constitucional y ofrecer la corona a los infantes de España, hermanos de Fernando VII; y,

en defecto de éstos, al archiduque Carlos de Austria. Postular la candidatura de otro archiduque, era, pues, en cierto modo, resucitar una antigua tradición. El señor Gutiérrez de Estrada, desde ese momento, había consagrado todos sus esfuerzos al éxito de ese proyecto.

He ahí, seguramente, la revelación de recuerdos olvidados ó poco conocidos. La opinión pública que para exaltarse no necesita sino de un nombre ó de una afirmación, creyó durante largo tiempo y acaso cree todavía, que el asunto mexicano no fué sino una aventura principiada por satisfacer intereses meramente pecuniarios, continuada tan sólo porque ya se la había comenzado y concluida con una catástrofe, justo castigo de las empresas que se conciben mal y que se dirigen peor. Aquí se ve, por el contrario, que su punto de partida reposaba sobre bases muy serias y que, si bien es cierto que su fin fué particularmente desgraciado, no todo era locura, incoherencia y estupidez en los motivos que determinaron nuestra intervención en México.

Es un error creer que el emperador Napoleón III, hizo ofrecer la corona de México al archiduque Maximiliano, nada más para desembarazarse de una conquista que desdenaba conservar. No: él resucitó un proyecto antiguo, con miras políticas que en el curso de esta relación se desenvolverán sin ambigüedad y sin réplica posible: para operar esa resurrección, contaba con preciosos concursos. ¿Es creíble que el emperador Francisco José, aunque no fuera más que por ac-

to de vanidad, se hubiese prestado á un ensayo indigno de su casa é indigno de su hermano? ¿Acáso el archiduque Maximiliano hubiera acogido las insinuaciones de Napoleón III, que le trasmitía el conde de Rechberg, si las hubiese juzgado frívolas ó poco honorables?

Lejos de eso: el archiduque, halagado por las proposiciones que le dirigía uno de los soberanos más poderosos de Europa, no rehusó prestarse á la realización de sus designios y responder afirmativamente á la oferta condicional que se le hacía bajo ciertas condiciones. Y á fin de que no pueda conservarse duda alguna acerca de la verdad de estos hechos, he aquí la copia de una nota que, de orden de S. A. el archiduque, redactó el barón de Pont, su secretario, la cual se comunicó inmediatamente al señor Gutiérrez de Estrada, cuyo papel considerable en este negocio, se revela en ella claramente:

“El 27 de septiembre de 1861, el agente del partido monárquico mexicano en Paris, señor Gutiérrez de Estrada, declaró que sabía de una manera pertinente, que Francia deseaba ver á un archiduque subir al trono de México y que Inglaterra aceptaría esta combinación. Solicitó una seguridad confidencial de que, en caso de que Francia—que estaba dispuesta á tomar en este asunto la iniciativa—hiciera proposiciones sobre el particular, éstas no serían rechazadas por Austria. Añadía que daba suma importancia á que se le ilustrase sin tardanza acerca de este punto, que él relacionaba con la expedición proyectada,

“En seguida de estas insinuaciones, una comunicación muy confidencial, fechada el 7 de octubre, informó al agente de que se trata, que el archiduque Maximiliano, accediendo á la proposición que se le hiciera por el Emperador, su augusto hermano, accedería eventualmente á los deseos de la nación mexicana, si ésta lo llamaba para que ocupase el trono. *Debe entenderse bien, en todo caso—se decía en esa carta—que para ser definitivamente aceptadas, semejantes ofertas deberían ser necesariamente hechas en condiciones tales que aseguraran el éxito, garantizaran el porvenir y pusieran á salvo la dignidad de S. A. I. y de su augusta casa. Entre esas condiciones, hay dos, sobre todo, que es importante establecer de antemano. Ellas son: 1.ª El apoyo, no solamente moral, sino también material y eficaz, de dos grandes potencias (1). 2.ª El voto de México, claramente pronunciado.*

“Estas condiciones se designaban expresamente como *primera é indispensable base de todo plan serio, acerca del cual se podría más tarde entrar en negociaciones.* Quedan otras—se añadía—*que nos reservamos plantear en el caso de que el proyecto en cuestión afecte, por decirlo así, una forma más palpable.*

“Se terminaba anunciando que el Gobierno Imperial no tomaría respecto de una ú otra de las dos grandes potencias marítimas, ninguna iniciativa en esta cuestión y que se mantendría en una ac-

(1) Francia é Inglaterra.

titud enteramente pasiva hasta el momento en que se le hiciese una oferta formal, basada en los dos puntos que acaban de indicarse. *Sólo entonces se podrá entrar en el examen profundizado de semejante proyecto y fijar las condiciones de las que el Emperador y S. A. I. harían depender su aceptación definitiva.*

“Desde el 9 de octubre de 1861, el agente antes mencionado debe de haber puesto esta contestación en conocimiento de M. Thouvenel, Ministro de Negocios Extranjeros. El Emperador de los franceses parece haber sido informado de ella esa misma tarde y no tardó en dar un paso de carácter personal, con el objeto de obtener que el gobierno inglés asintiera á la combinación de que se trata.”

En cuanto el gobierno francés tuvo conocimiento de la contestación del archiduque, apresuró las negociaciones y condujo á los gobiernos de Inglaterra y España, á firmar la convención reguladora de las condiciones en que la intervención habria de verificarse (31 de octubre de 1861.) Después, deseoso de preparar el camino para la solución que tenia proyectada, se dirigió á los gabinetes de Londres y de Madrid para establecer con precisión que, en la eventualidad del establecimiento de una monarquía en México, tocaba al país mismo decidir la forma de la monarquía que eligiese, así como designar al príncipe á quien entendiera confiar sus destinos.

Añadía que, por su parte, consideraba esta eventualidad con desinterés completo, resuelto

como se hallaba á rehusar toda candidatura para un príncipe de la familia imperial. Y, buscando títulos en ésta generosidad que nada le costaba, invitaba á las otras dos partes contratantes á hacer declaración semejante, pues, por los demás, no dudaba de que se encontrasen en disposiciones análogas.

En cuanto á la elección de dinastía, Francia no tenía ninguna que proponer; pero, si fuese preciso designar una, hallábase presta á otorgar su adhesión á un archiduque de Austria. Y el despacho, firmado por M. Thouvenel, completando una hipótesis que apenas se había planteado al principio, hacía valer las ventajas de esta elección, que alejaría toda rivalidad entre las tres potencias, conservando todo su prestigio al apoyo moral que las tres entendían prestar á la nación mexicana. Las tres no harían en este caso más que observar una conducta semejante á la que observarían Francia, Inglaterra y Rusia cuando la expedición de Grecia.

En el fondo, esas precauciones diplomáticas se dirigían sobre todo contra España. No se olvidaba que esta potencia había ocupado México durante largo tiempo; y, como no saliera de allí por su gusto, era de temerse que se apoderara de este pretexto para recobrar su antigua dominación. *El Plan de Iguala* permitía adelantar pretensiones que la diplomacia se esforzaba en refrenar, so pretexto de general desinterés. Difícil resultaba para España, de todos modos, el manifestar muy abiertamente sus pretensiones,

ya que la expedición no comenzaba todavía y ya que era importante para las tres potencias, si querían cooperar á la intervención, el que ninguna de ellas, pretendiendo para sí el bocado mayor, desalentase de antemano á sus aliadas asignándolas el papel de simple instrumento para sacar del fuego las castañas.

La respuesta de España reflejó estos dos sentimientos.

Hízola esperar el Jefe del Gabinete de Madrid, —señor Calderón Collantes— hasta el 13 de diciembre. Sobre el punto en cuestión decía que “si una de las potencias presentaba un candidato, España consideraría como lo más conforme al derecho, á la tradición y á la historia, la elección de un príncipe de la Casa de Borbón ó íntimamente relacionado con ella.”

Peró estas reservas llegaban muy tarde y no podían tener gran valor, porque eran contrarias á los términos de la convención de 31 de octubre. El ministro francés, de acuerdo con Inglaterra, se había adelantado y el representante de España había firmado lo mismo que los otros. Ahora bien, el tratado decía que las tres potencias “que se encuentran, por la conducta arbitraria y vejatoria de las autoridades de la República mexicana, colocadas en la necesidad de exigir de esas autoridades una protección más eficaz para las personas y las propiedades de sus súbditos, lo mismo que las obligaciones contraídas respecto de ellas por la República mexicana, se han entendido para concluir entre ellas una conven-

ción con el objeto de combinar su acción común . . . Se comprometen á no buscar para ellas mismas en el empleo de las medidas coercitivas previstas por la presente convención, ninguna adquisición de territorio, ni ventaja particular alguna y á no ejercer en los asuntos interiores de México, ninguna influencia de carácter atentatorio al derecho que la nación mexicana tiene para elegir y constituir libremente la forma de su gobierno.”

Dejar al país el cuidado de expresar su voluntad, equivalía, según el pensamiento del Emperador, á asegurar el éxito de la candidatura de su elección, puesto que el país deseaba convertirse en una monarquía y tener un archiduque por soberano. ¿Cómo hubiera podido dudarlo? Todos á su alrededor, lo decían, lo repetían y aun lo creían. Los refugiados mexicanos se mostraban unánimes acerca de este punto y era tanto más natural que ellos manifestasen esa confianza, cuanto que ella constituía su mejor y más segura probabilidad de éxito.

De esa suerte, cuando supieron que se había firmado la convención de Londres y cuando conocieron los pasos dados cerca de Maximiliano, así como la respuesta de este príncipe, se llenaron de alegría. Advertían ya el fin de su destierro; hubieran querido apresurar los acontecimientos y, en su impaciencia, dieron prisa á Gutiérrez de Estrada para que volviese á la carga y obtuviese de Maximiliano una promesa formal de aceptación.

El ex-presidente, general Santa Anna, unió

desde su retiro, sus propias instancias á las de sus compatriotas:

"Saint-Thomas, 30 de noviembre de 1861.

Mi querido amigo:

Las noticias que Ud. me comunica en su carta de 31 de octubre, la cual me llegó por el último paquete, me han producido indecible gozo; y tienen tal importancia que, si se consigue todo lo que ellas me anuncian, nuestra patria se ha salvado de la ruina.

Quiera Dios que se realicen nuestros sueños!

El candidato de que Ud. me habla, S. A. I., el archiduque Maximiliano, es inmejorable.

Me apresuro, pues, á darle mi adhesión. Haga-me el favor de decírselo y de ponerlo en conocimiento de nuestros amigos, pero con toda reserva, porque Ud. sabe que en política hay cosas que no deben publicarse antes de que llegue el momento oportuno, á causa de los perjuicios que podrían resultar de la publicidad.

... Persuadido de que ha llegado el momento de obrar, estoy dispuesto á volver á mi patria lo más pronto posible y decidido á trabajar con todas mis fuerzas hasta que este asunto se realice.

ANTONIO LÓPEZ DE SANTA ANNA."

Impulsado por semejante concurso de adhesiones, provisto de todos esos votos, el señor Gutiérrez de Estrada abandonó la ciudad de París, para ir á Trieste. Llegó el 19 de diciembre y, sin

pérdida de tiempo, se presentó en Miramar. Allí puso á la vista de Maximiliano los numerosos testimonios del deseo que sus propios compatriotas experimentaban de ver al príncipe otorgar á las proposiciones de Francia, una más explícita y completa adhesión. No faltaba la ambición al archiduque; y era más ambiciosa aún la archiduquesa Carlota, su mujer. La semi-desgracia en que Maximiliano se encontraba respecto de su hermano, desde que éste le removiera de sus funciones de gobernador general del reino Lombardo-Veneciano, había excitado en él, antes que aniquilarlos, los pensamientos de gloria y de grandeza.

No satisfacían las comunes aspiraciones de los príncipes, ni los viajes numerosos, ni el regío esplendor del castillo de Miramar, ni la situación altísima del archiduque, colocado á la cabeza de la marina del Imperio, ni el afecto de las poblaciones en medio de las cuales vivían Sus Altezas. La perspectiva de ceñirse una corona y de levantar el imperio de Moctezuma y de Iturbide, les sedujo inmediatamente. El entusiasmo que vivamente reflejaba el señor Gutiérrez de Estrada se comunicó á la imaginación del marido y de la mujer. Ese sueño imperial que á veces aconsejaba al hermano menor del emperador Francisco José y á la hija del rey Leopoldo, iba tomando cuerpo. ¿Por qué sustraerse al destino?

Y el emperador Francisco José otorgaba á su hermano completa libertad; y el rey Leopoldo aconsejaba á su hija y á su yerno, que aceptasen

la misión que se les ofrecía, bajo la égida de Francia. Las escuadras coaligadas, cuyo pabellón se enarbolaría pronto en Veracruz, garantizaban que el país, libre para manifestar su opinión, externaría su voluntad sin ambages. Maximiliano no resistió á la corriente que le arrastraba y, cual si hubiese querido solemnizar más su consentimiento, escogió la noche buena—asociando de esa suerte á Dios, cuya fiesta se celebraba, con su propia resolución—para dar al venerable patriota mexicano, la seguridad formal de que, si tal era el voto de sus conciudadanos, aceptaría la corona de México.

CAPITULO II

En las Tullerías.—La solución de los problemas insolubles.—El Emperador.—La Emperatriz—M. de Morny.—México.—Revoluciones y pronunciamientos.—Santa Anna.—Alvarez.—Comonfort.—Juárez.—Miramón.—Los extranjeros en México—M. de Gabriac.—M. Dubois de Saligny.—Quejas de Francia, de Inglaterra, de España y de los Estados Unidos.—Sir Charles Wyke.—Incidente del 14 de agosto de 1861.—Pretexto para la intervención.—Se invita á los Estados Unidos para asociarse á ella.—Proposiciones del gabinete de Washington.—Convención del 31 de octubre de 1861.—Carta de Mr. Seward.

Cierta noche, en una reunión en las Tullerías, por los años de 1868 ó 1869, el Emperador, la Emperatriz y algunos de sus íntimos, jugaban á los *papelitos*. Y habiendo hecho la casualidad que á Napoleón III le tocase esta pregunta: "¿Cuál es vuestra ocupación favorita?", se refiere que escribió debajo: "Buscar la solución de los problemas insolubles."

Verdadera ó falsa, la anécdota es, en todo caso, muy verosímil. Toda la vida de Napoleón III puede casi resumirse en esas pocas palabras. ¿No fué él quien, con todo y ser príncipe, se afilió en su juventud á las sociedades secretas de Italia? ¿No fué él, representante de la idea napoleónica, es decir, del principio de autoridad, quien trató

la misión que se les ofrecía, bajo la égida de Francia. Las escuadras coaligadas, cuyo pabellón se enarbolaría pronto en Veracruz, garantizaban que el país, libre para manifestar su opinión, externaría su voluntad sin ambages. Maximiliano no resistió á la corriente que le arrastraba y, cual si hubiese querido solemnizar más su consentimiento, escogió la noche buena—asociando de esa suerte á Dios, cuya fiesta se celebraba, con su propia resolución—para dar al venerable patriota mexicano, la seguridad formal de que, si tal era el voto de sus conciudadanos, aceptaría la corona de México.

CAPITULO II

En las Tullerías.—La solución de los problemas insolubles.—El Emperador.—La Emperatriz—M. de Morny.—México.—Revoluciones y pronunciamientos.—Santa Anna.—Alvarez.—Comonfort.—Juárez.—Miramón.—Los extranjeros en México—M. de Gabriac.—M. Dubois de Saligny.—Quejas de Francia, de Inglaterra, de España y de los Estados Unidos.—Sir Charles Wyke.—Incidente del 14 de agosto de 1861.—Pretexto para la intervención.—Se invita á los Estados Unidos para asociarse á ella.—Proposiciones del gabinete de Washington.—Convención del 31 de octubre de 1861.—Carta de Mr. Seward.

Cierta noche, en una reunión en las Tullerías, por los años de 1868 ó 1869, el Emperador, la Emperatriz y algunos de sus íntimos, jugaban á los *papelitos*. Y habiendo hecho la casualidad que á Napoleón III le tocase esta pregunta: "¿Cuál es vuestra ocupación favorita?", se refiere que escribió debajo: "Buscar la solución de los problemas insolubles."

Verdadera ó falsa, la anécdota es, en todo caso, muy verosímil. Toda la vida de Napoleón III puede casi resumirse en esas pocas palabras. ¿No fué él quien, con todo y ser príncipe, se afilió en su juventud á las sociedades secretas de Italia? ¿No fué él, representante de la idea napoleónica, es decir, del principio de autoridad, quien trató

dos veces de derribar el orden de cosas establecido, con tentativas que, por lo demás, él mismo condenó después y de las cuales no quiso acordarse sino para ofrecer, en 1850, un elevado puesto al funcionario del gobierno de entonces que le arrestara en Boloña?

—“No os pido sino que me sirvais como servisteis al rey Luis Felipe,” le dijo.....

¿No fué él quien, ya en el trono, trató de proteger los intereses de Francia, conteniendo el desarrollo de Rusia en el Mar Negro y en el Mediterráneo, sin querer, sin embargo, entregar ese mar á Inglaterra?

¿No fué él quien combatió al Austria para permitir la unidad italiana y quien impidió esa misma unidad, manteniendo los Estados de la Iglesia?

¿No es él aquel á quien veremos en México, emprender una expedición destinada á cerrar el camino á los Estados Unidos, sin querer, por eso, entrar en guerra con esa temible potencia?

¿No es él, por fin, quien, en los últimos años de su reinado, trata de unir el régimen imperialista con el parlamentario, abriendo por sí mismo una brecha á la ciudadela levantada por él, y desde la cual defendiera á la sociedad contra sus peores enemigos en el momento de la crisis de 1848?

El mal éxito con que terminaron casi todas sus empresas y los acontecimientos dolorosos, en medio de los cuales se hundió su trono, han dado amplio motivo á sus adversarios para atacarlo y, si es preciso, para calumniarlo. Suerte común, reservada á los que no triunfan; pero la historia

no se deja engañar por declamaciones parciales y apasionadas y ha llegado el tiempo de hablar “sin miedo y sin odio.”

Tanto más, cuanto que el carácter del Emperador es hoy día más conocido y que puede juzgarse al hombre completo y no, aisladamente, alguno ó algunos de sus actos.

Lo que dominaba en Napoleón III, fuera de su alta inteligencia y de su gran bondad, era una especie de frialdad serena y grave á la vez, que en él se mezclaba con una perseverancia vecina á las veces de la terquedad. Sus contemporáneos, habituados á contentarse con palabras, no han querido ver en ello sino una especie de fatalismo.

No me parece exacto este juicio. No habría pasado el tiempo un fatalista buscando solución, aun á aquellos problemas que son insolubles: hubiérala esperado con quietismo oriental, con razón tanto mayor, cuanto que un trono como el de Francia, supone cómoda situación para esperar sin fastidiarse.

En lugar de mostrar esa indiferencia, Napoleón III pensaba y obraba. ¿Es tal el papel de un fatalista? ¿No sería más justo ver en él un optimista, es decir, un hombre que concebía pensamientos altos y generosos y que tenía harta fé en el destino de la humanidad, para dudar nunca del éxito final? Por mi parte, mucho me inclino á creerlo.

Sin aprobar la lisonja excesiva de Edmundo About, que le dedicaba su libro *El Progreso*, como *Al autor de todos los progresos*, estoy conven-

cido de que Napoleón III no olvidó jamás esta frase escrita en su juventud: "Si seguís las ideas de vuestro tiempo, ellas os arrastran; si las combatis, os derriban; si las precedeis, os sostienen." Fué su preocupación constante, la de preceder las ideas de su siglo ¿por qué, si su siglo las tuvo malas, echarle sólo á él la culpa? Quitando algunos raros genios superiores, lo cierto es decir que el siglo influye sobre el hombre y no que el hombre influye sobre el siglo.

Pero la verdadera causa del mal éxito se encuentra en otra parte. Los designios grandes y vastos, no son accesibles sino á cierto número forzosamente restringido de espíritus; y como es imposible confiarlos á una nación entera, es necesario, para la ejecución y para el éxito de tales designios, ó poseer un poder absoluto ó inspirar una absoluta confianza.

El Comité de la Salud Pública, por medio de sus medidas implacables, obtuvo lo primero; Napoleón I, merced á su mano férrea y al ascendiente de su genio, tuvo lo primero y lo segundo; y cuando nuestros soldados entraban en Maguncia, en Milán, en Berlín ó en Viena, no encontraban pegadas en las paredes de esas ciudades tomadas por ellos, las protestas de sus propios compatriotas. Nuestros enemigos exteriores no contaban, entonces, con amigos en nuestra propia casa.

El pensamiento que guió á Napoleón III en el asunto de México, era un pensamiento grande, generoso y político; y los documentos inéditos,

que publicaremos á medida que relatemos los sucesos con los cuales se relacionan, iluminarán este punto con tal claridad, que no podría dejar de verse, sino á trueque de cerrar los ojos.

Impresionado por el desarrollo inmenso que habían adquirido los Estados Unidos desde que, con la ayuda de Francia, sacudieron el yugo de Inglaterra y conquistaron su independencia, el Emperador preveía, en los futuros destinos de esa nación, que, sin tener aún cien años de existencia, ejercía ya la supremacía sobre su continente, una amenaza y un peligro para el viejo mundo. ¿Qué sería de Europa—y hoy día puede decirse: ¿qué será de Europa?—si esta población de comerciantes, enriquecida por el trabajo, fuerte por sus riquezas, se sirve de sus navios de guerra y de su marina mercante, para dominar al viejo continente é imponerle los productos de su agricultura y de su industria?

Este problema temeroso preocupaba al Emperador.

En ese momento, una formidable crisis acababa de estallar en esa nación sin cesar creciente. El Sur se batía contra el Norte. Era para creerse en Europa. ¿No era preciso aprovechar semejante ocasión para tender la mano al partido más débil, sostenerle en la lucha y provocar de esa suerte una escisión definitiva? El instante estaba bien escogido y México serviría á la vez de pretexto para intervenir y de punto de apoyo para la combinación que habria de intentarse. Si era dable formar en esta antigua colonia españo-

la un gran imperio latino, quizás se llegaría al resultado de contener la marcha invasora de los Estados Unidos. Todas las probabilidades parecían ser favorables.

Mas, para tener éxito, precisaba hacer, sin demora, los sacrificios necesarios. ¿Lo querría el Emperador? ¿Lo podría? Porque el oficio de conquistador es difícil de suyo y si en el mundo hay algo imposible, ese algo es atacar ciudades fortificadas sin tener para ello gruesa artillería, librar cien combates sin tropas de refuerzo y de reserva, ocupar un país inmenso con unos cuantos batallones. Problema insoluble..... el más insoluble de todos.

Al lado del Emperador, á quien su idea dominaba, seduciéndole por su indiscutible grandeza, la Emperatriz, obediente á móviles distintos, impulsaba también con todas sus fuerzas hacia la expedición.

A menudo recibía en las Tullerías á los mexicanos desterrados que la pintaban, en la dulce lengua de su infancia, sus tristezas y las desventuras de su patria. Miembros del partido clerical, identificaban su causa con la de la religión y del clero y referían largamente á la Emperatriz las persecuciones de que allá eran objeto los católicos.

No habia sido preciso más para que su piedad y su compasión fueran seducidas por esas lamentaciones de proscritos; de esa suerte, cuando, envalentonados por esa bondadosa acogida, hicieron entrever la posibilidad de que, merced al

apoyo de Francia, se efectuase un cambio, encontraron en ella una aliada convencida y adicta. Seria glorioso—pensaba—para Francia, para la nación que obstinadamente seguía considerando como hija mayor de la Iglesia, restablecer el orden en México y poner allí las cosas en su lugar.

Insistía con el Emperador para que se lanzase lo más pronto posible á la ejecución de tan noble empresa. ¿De qué se trataba, después de todo? De derribar á una facción opresora del país. Según los desterrados, bastaria con un paseo militar. ¿Cómo rehusar tan fácil satisfacción á las solitudes de aquellos desgraciados?

Y los consejeros, de ordinario prudentes, cépticos y avisados, que no faltaban en las Tullerías, no se oponían por esta vez á los sueños del Emperador, á los deseos de la Emperatriz. M. de Morny aprobaba la intervención. ¿Qué digo? M. de Morny impulsaba hacia la intervención.

Ya no puede dudarse que M. de Morny tenia personal interés en el asunto. Conocida es la historia de los bonos Jecker—generalmente, sólo esa historia es la que se conoce.—Ese banquero suizo que reclamaba del gobierno mexicano una suma de altísima consideración, habíase ingeniado para interesar en su reclamación al hombre de Estado que tan grande influencia ejercía entonces en la política del segundo imperio. ®

Pero, aun sobre este particular, es preciso poner las cosas en su verdadero punto y guardarse—so pena de engaño—de ver sólo esa pequeña parte de la verdad y de verla exagerada en

sus proporciones. La verdad no es la verdad, sino cuando se la conoce enteramente: suponer que una especulación haya sido la causa única y primera de la intervención, equivale á tanto como á juzgar en contra de los datos menos inseguros. Jamás hubiese pensado el mismo M. de Morny en emprender una remota é incierta operación militar, por sólo recojer hipotéticamente algunos millones. No: pero en cambio, es preciso reconocer que, una vez resuelta la expedición, por los motivos que detalladamente he expuesto, M. de Morny cometió el error de mezclar con ella una especulación accesoria.

Así sucede, por lo demás, frecuentemente; y no ha sido ésta la primera ni la última vez en que los pequeños intereses y los pequeños cálculos se unan á las grandes cosas. Esta cuestión de dinero vino á ponerse al lado de las otras, y perjudicó á la expedición, mucho más que la favoreció. No fué poco lo que contribuyó al fracaso, porque hizo que la expedición fuese impopular y aumentó los obstáculos con que hubo de luchar; pero no es temerario decir que, sin ella, sin la cuestión de dinero, las cosas hubiesen seguido siempre el mismo camino. La política que conducía á la intervención, había sido puesta en práctica por M. de Gabriac, nuestro ministro plenipotenciario, y M. Dubois de Saligny, á quien se nombró en su lugar, por influencias de M. de Morny, no hizo más que proseguir en la senda que le trazara su predecesor.

Mas, antes de que pasemos adelante en la re-

lación de los acontecimientos, conviene que se conozca lo que era el país que motivaba tantos proyectos en Europa: y no estará de más esbozar la historia de sus vicisitudes interiores, para mostrar cual fué el error fundamental que, desde el principio, extravió nuestra política, comprometiendo por manera irremediable las probabilidades de éxito de una expedición cuyos resultados se anunciaban de modo distinto, aun para las personas prudentes.

México es un magnífico territorio de 1.276,225 kilómetros cuadrados, que se extiende, entre las dos Américas, del Océano Atlántico al Pacífico, y al que poblaban entonces, según el censo de 1858, más de ocho millones de habitantes.

Esta población hallábase lejos de ser homogénea. Su parte mayor, de cerca de cuatro millones y medio, componíase de indios; los blancos, descendientes de europeos, figuraban en número de un millón: componían el resto, mestizos, mulatos y algunos millares de negros. El número de extranjeros ascendía en 1858 á 9,234, de los cuales eran 5,141 españoles, 2,048 franceses, 615 alemanes y 444 norteamericanos.

México, conquistado por Hernán Cortés, permaneció largo tiempo sometido á la dominación española; pero, á fines del siglo XVIII, envalentonado por el ejemplo de los Estados Unidos, comenzó á sacudir el yugo que desde hacia muchos siglos pesaba sobre él, con lo que empezó la era de las revueltas; de los pronunciamientos y de las agitaciones de todo género.

España, descendida de su pasada grandeza, viose en la precisión de reconocer la independencia de la colonia sublevada; pero el pueblo mexicano no fué más feliz por eso: siguió sufriendo bajo la férula de amos indígenas, en lugar de sufrir la de amos extranjeros.

Nacido á la libertad repentinamente y sin transición, después de largos siglos de servidumbre, México carecía de la madurez y de la prudencia necesarias para darse una constitución y aficionarse á ella. (1)

De esa suerte, los hijos del país, lanzándose á la aplicación de teorías nuevas, gastaron los cuarenta primeros años de su independencia en estériles tanteos, en ardientes luchas y en disensiones intestinas.

Desde el principio entraron en conflicto en esta sociedad nueva los dos principios que dividen á toda comunidad política: el retrógrado y el progresista.

Hallábase de un lado el clero mexicano, millonario, poseedor de la tercera parte de la riqueza del país. Pensó en servirse de esta fuerza irresistible y, siempre que pudo, compró á los jefes del ejército, á los detentadores de las armas y se

(1) Consúltese, para toda esta parte, la memoria de M. J. E. Schloesing, que, á causa de su extensión, nos hemos visto precisados á insertar al fin del volumen. Apenas damos aquí un ligero extracto, pero aconsejamos vivamente que se lea por completo: es un documento de alta importancia, que tiene el mérito de hacer conocer y comprender admirablemente la cuestión mexicana.

apoderó del poder. De allí el origen y la frecuencia de los pronunciamientos.

En 1856, la mayor parte de la nación trató de sacudir el yugo clerical y de imitar á Francia, en su revolución de 1789. Podía, en efecto, el partido liberal mexicano, llamarse partido francés; se instruía en nuestros libros; buscaba sus instituciones en nuestros códigos; informaba en nuestras costumbres sus costumbres. El partido clerical, por el contrario, no perdonaba á Francia la proclamación de principios que poco á poco dan la vuelta al mundo y turban la tranquila posesión en que se encuentra ese partido de bienes inmensos.

Por fin se promulgó una Constitución el 5 de febrero de 1857. Convencidos los mexicanos de que la substitución del derecho por la fuerza, mediante la práctica de los pronunciamientos, era la causa única de sus guerras civiles, resolvieron extirpar ese vicio de sus costumbres políticas arrebatando al clero las riquezas de que hacia tan mal uso. Vino de allí la desamortización y luego la nacionalización de los bienes eclesiásticos, así como la reforma del ejército.

No se sometió el clero y resistió por los medios que se hallaban á su alcance: peticiones, protestas, rebeliones militares. El general Comonfort, presidente electo por el sufragio universal, no se mostró á la altura de las circunstancias y abandonó la Constitución, de la que emanaba todo su derecho. Especie de centro izquierdo candoroso, creyó sinceramente servir á su país y

preparar la reconciliación de los partidos extremos adoptando el plan de Tacubaya, que aplazaba la aplicación de esta Constitución.

Reconoció su error; pero era ya tarde y dimitió. El partido clerical se había aprovechado de su debilidad, y el general Zuloaga, pagado por aquél, se había apoderado de México . . .

La dimisión de Comonfort, según las prescripciones de la Constitución de 1857, investía con la presidencia interina á don Benito Juárez, presidente de la Corte Suprema, electo igualmente por el sufragio universal.

Juárez escapó de México y, fuerte en su principio, estableció su gobierno en Querétaro. Se levantó un ejército para defender la Constitución. Soldados desgraciados de una causa justa, sufrieron terribles derrotas en Salamanca, en Ahualulco, en la Estancia. De Querétaro, Juárez debió huir á Guanajuato; de Guanajuato á Guadalajara; de Guadalajara á Colima; de donde debió dirigirse á Manzanillo para embarcarse; atravesó el istmo de Panamá, pasó por la Habana y vino á refugiarse á Veracruz.

A pesar de tales reveses, ninguno de los fieles á la legalidad desertó del servicio de su causa, y el pueblo, tan pronto como pudo manifestar su voluntad, confirmó los poderes de Juárez, que de esa manera llegó á ser presidente definitivo. . . .

¿Qué sucedía mientras tanto en la capital, con el régimen de los pronunciamientos? Primeramente, Zuloaga reúne algunos de sus habitantes

con el nombre de Notables y les encarga que nombren presidente. Naturalmente, Zuloaga resulta electo.

Este acontecimiento se verificó en 1858. Año siguiente, dos de los generales de Zuloaga se pronuncian y desconocen su poder. Sobreviene después un tercero, Miramón, joven de veinticinco á veintiséis años, que, so pretexto de restablecer á Zuloaga, exige de él la apariencia de un retiro voluntario. Nueva asamblea de notables; y naturalmente, Miramón resulta electo. Regreso ofensivo de Zuloaga: Miramón le combate abiertamente entonces. Derrotado éste, da su dimisión, pero pronto cambia de parecer. Tercera asamblea de notables, que le devuelve su título de presidente. Efímero es su éxito: derrotado en Calpulálpam, huye y se apresura á pasar á Europa; donde, según se dice, vino á gozar en paz de sus economías . . .

La diplomacia francesa no permanecía inactiva en medio de estos acontecimientos y es preciso lamentarlo. El ministro de Francia, M. de Gabriac, había tomado gran parte en ellos: él fué el principal instigador de la caída de Comonfort: "Sobre él—como lo dice formalmente la memoria de que hemos tomado esta exposición—recae la responsabilidad de tres años de revoluciones, desde el principio de 1858 hasta el fin de 1860; la de los excesos cometidos por la reacción y la de las represalias de que pueden haber hecho uso los constitucionalistas después de su triunfo."

Quando M. de Gabriac fué llamado á Francia,

en virtud de las quejas reiteradas de nuestros nacionales, se le dió por sucesor á M. Dubois de Saligny. Elección desgraciada. No por eso debe entenderse que este ministro, nombrado por instigaciones de M. de Morny y encargado particularmente de sostener los intereses de su protector y, por lo tanto, del protegido de su protector, ó sea del banquero Jecker, haya obedecido á móviles de interés personal. Se le ha acusado de ello, pero sin probarlo; y es lo cierto que M. de Saligny no se enriqueció en México. Quiero decir solamente que M. Dubois de Saligny era un hombre de carácter entero, violento y apasionado, que llegaba á México con ideas preconcebidas y que debía continuar, acentuándola, la política nefasta de M. de Gabriac.

Su deber hubiera sido estudiar el país; informarse, en el propio lugar con los residentes franceses, acerca de sus aspiraciones y deseos; y luego, provisto de estos informes, iluminar á su gobierno. Si desde un principio se hubiera entregado á este trabajo, su situación le habría permitido pronto informar al emperador de que le engañaban acerca del verdadero estado de los espíritus en México, así como acerca de las disposiciones de los partidos; hubiera hecho observar la hostilidad del partido clerical hacia Francia, así como la acogida favorable que nos reservaba el partido liberal. Hubiera puesto en guardia á su gobierno contra los decires de los proscritos y, sobre todo, contra sus ilusiones. Hubiera, en una palabra, impedido que Francia pareciera abra-

zar la causa del sistema de pronunciamientos contra el régimen de la legalidad.

No lo hizo, porque no interpretó de esa suerte su misión. Salió de Francia convencido de que el Emperador, la Emperatriz, M. de Morny y todo el gobierno no buscaban sino un pretexto para intervenir militarmente en el país, y todos sus esfuerzos se encaminaron hacia la realización de ese único objeto. La prueba de esa disposición de espíritu en que se hallaba, se encontrará en las palabras que, algunos meses más tarde, dirigió á M. Ernesto Louet, pagador en jefe del cuerpo expedicionario:

— Mi único mérito consiste en haber adivinado que el Emperador tenía intención de intervenir en México y en haber hecho indispensable la intervención.

Con tal convicción, nuestro ministro estaba al asecho de un pretexto cualquiera, al que se pudiese dar apariencia de injuria, para encontrar en él válido motivo de violenta ruptura . . .

Había llegado á México en el momento en que el presidente Juárez entraba triunfante en la capital (11 de enero de 1861.) Esta toma de posesión de la capital no alejaba en modo alguno las dificultades á que iba á verse expuesto el gobierno mexicano; y la ocasión esperada por nuestro ministro no dejaría de ofrecérsele, en medio de la agitación que seguiría á esos años de crisis y de luchas interiores.

El presidente Juárez, á quien animaban buenas intenciones, señaló su regreso á México por

reformas, de las cuales algunas eran dignas de aprobación y habían sido inspiradas por nuestras leyes: quitó al matrimonio su carácter puramente religioso é hizo de él un contrato también civil; confió á un magistrado especial la redacción de las actas de nacimiento, de matrimonio y de defunción, atribución que antes correspondía sólo al clero; proclamó la tolerancia de todos los cultos, suprimió las órdenes religiosas y confirmó para siempre la nacionalización de los bienes eclesiásticos.

Pero de las dificultades que se oponían al establecimiento de un estado de cosas regularizado, las más graves no se podían resolver por medio de decretos: tales eran las que provenían de la penuria absoluta del tesoro público. Tres años de guerra civil, la anarquía, las depredaciones y el bandidaje habían arruinado al Estado. Juárez trató de conjurar el peligro, firmando, en el mes de marzo de 1861, con M. Dubois de Saligny, una nueva convención que arreglase las indemnizaciones pecuniarias que los residentes franceses reclamaban. Fué en vano: y el 17 de julio, se vió en la precisión de hacer votar por el Congreso una ley que por el término de dos años suspendía todos los pagos estipulados en convenciones celebradas con potencias extranjeras.

Medida grave, verdadera bancarrota, solemne violación de la palabra empeñada é infracción evidente del Derecho de Gentes. Desde el día siguiente, M. Dubois de Saligny, en nombre de Francia, y sir Charles Wyke, en nombre de In-

laterra, rompian sus relaciones con el poder mexicano y avisábanlo á sus gobiernos.

Por muy grave que fuese el voto del Congreso, era difícil, por simple cuestión de intereses, ir más allá de la simple ruptura de relaciones diplomáticas.

A nadie se le podía ocurrir que una nación europea interviniese á mano armada para obligar á un gobierno extranjero al reembolso del dinero prestado por algunos de sus nacionales. Comprendiólo así M. Dubois de Saligny, y debió resignarse á esperar.

No esperó mucho tiempo. Un incidente vulgar le ministró, pocos días después, el deseadisimo pretexto.

El 14 de agosto llegó á México la noticia de una victoria que el ejército del gobierno, á las órdenes de González Ortega, obtuviera sobre la facción de Márquez. Estalló en seguida una manifestación popular; y M. Dubois de Saligny pretendió que, en medio de la efervescencia, de los gritos y del tumulto que acompañaron la manifestación, á eso de las siete de la noche, le habían disparado un tiro desde una terraza vecina y que, á las diez, un grupo de unas doscientas personas, que llevaban antorchas y á las que precedía una banda de música, se había detenido bajo sus ventanas, gritando: "¡Abajo los franceses! . . . ¡Abajo el Ministro de Francia! . . ."

Para apoyar su dicho, presentaba una bala recogida en su terraza. Pero esta bala se había aplastado de una manera irregular y había sufrido

tal cambio en su forma, que era muy creíble que hubiera chocho primero contra la pared del Teatro Nacional, vecino á la Legación, y que de allí hubiera caído sobre la terraza, sin que nadie la dirigiera contra nuestro representante. Este declaraba no haber oído el ruido de la detonación; pero objetaba—es verdad—que el disparo había sido hecho durante el estrépito causado por los repiques y por los cohetes.

El gobierno mexicano comprendió cuál era el alcance de aquel incidente y encargó al Juez de lo Criminal, Mariano Arrieta, que instruyese averiguación. La sentencia, dictada con todas las formas de derecho y después de un examen minucioso de los hechos, lejos de confirmar el dicho de nuestro Ministro, lo aniquiló. Se publicó, lo mismo que las declaraciones de dieciséis testigos en que se apoyaba.

Pero el Gabinete de París, que se hallaba sujeto á las influencias de su agente, consideró aquel pretexto como suficiente para colmar la medida de las quejas acumuladas contra México y se puso en seguida en relaciones con los de Londres y Madrid para negociar una intervención colectiva. Los Estados Unidos fueron invitados á asociarse á ella.

El ministro de Negocios Extranjeros, Mr. Seward, entrevió en seguida los inconvenientes que podían resultar de tal intervención para los Estados Unidos. Trató de impedirla desde el principio y trabajó en el sentido de arreglar una combinación que, si era quizás ventajosa para México,

lo era indudablemente para su país. Consistía en que los Estados Unidos pagaran, en lugar de México, durante cierto tiempo, las cantidades vencidas y por vencer de las diversas deudas contraídas con ingleses, franceses y españoles, hasta la concurrencia de la suma de cuarenta y cinco millones de francos, para garantizar la cual, el gobierno americano tomaría una hipoteca sobre el dominio público, en las minas de la Baja California y de los Estados fronterizos del Norte: Sonora, Chihuahua y Tamaulipas (14 de octubre de 1861). Esto equivalía, bajo la apariencia de un benévolo concurso, á comprar á bajo precio algunos hermosos territorios: política de mostrador, cuyo triunfo daría el dominio del mundo, no al más fuerte, sino al más rico.

Se entablaron negociaciones sobre esas bases por Mr. Corwin, pero no llegaron á concluirse. El propio senado americano las rechazó y, durante ese tiempo, las tres potencias, que continuaban con sus proyectos de intervención, firmaron en Londres la convención de 31 de octubre, de que ya hemos hablado y por la cual se comprometían á enviar á las costas de México, fuerzas marítimas y terrestres en combinación... "cuyo conjunto deberá ser suficiente para poderse apoderar y ocupar las diferentes fortalezas y posiciones militares de litoral mexicano..."

"Los comandantes de las fuerzas estarán, además, autorizados para realizar las otras operaciones que, en el terreno, consideren como más propias para realizar el objeto que se especifica

en el preámbulo de la presente convención y, sobre todo, para asegurar la seguridad de los residentes extranjeros.”

El artículo 4 provocaba la admisión de los Estados Unidos:

“Deseando, además, las Altas Partes contratantes que las medidas que tienen intención de adoptar no asuman un carácter exclusivista y, sabiendo que el gobierno de los Estados Unidos tiene, por su parte, reclamaciones que hacer valer, como ellas, contra la República Mexicana, conviene en que, luego que se firme esta convención, se comunique una copia de ella al gobierno de los Estados Unidos, en que se invitará á ese gobierno á adherirse....”

Esta comunicación no tuvo el éxito que de ella esperaban las “altas partes contratantes.” Apenas mereció á Mr. Seward una contestación en la que se vislumbraba el primer indicio de una hostilidad tácita, pero profunda:

“Los Estados Unidos tienen vivo interés en que los soberanos que se han comprometido en esta convención, no busquen la manera de obtener un aumento de territorio.... ni quieran ejercer influencia alguna en detrimento del derecho que el pueblo mexicano tiene para escoger y establecer libremente la forma de su gobierno....”

“El Presidente ha decidido, después de maduras reflexiones, que los Estados Unidos no deben recurrir á medidas coercitivas para satisfacer sus reclamos, en un momento en que el gobierno me-

xicano se halla profundamente conmovido por causa de las disensiones internas.”

A pesar de este rechazo que envolvía al propio tiempo una crítica muy neta de sus procedimientos y una amenaza suspendida sobre su intervención, las tres potencias continuaron sus preparativos y no modificaron en nada sus acuerdos.

CAPITULO III

Política de los tres aliados.—Carta de lord John Russell.—Intervención armada.—Ocupación de Veracruz.—Ultimátum de los plenipotenciarios franceses.—Vuelven á México los señores Almonte, Miramón, Haro y Tamariz y el P. Miranda.—Preliminares de la Soledad (19 de febrero de 1862).—Estado de los ánimos en México.—Envío de refuerzos con el general Lorenz.—Complicaciones.—Carta del general Prim á Napoleón III.—Carta del señor de la Fuente á M. Thouvenel.—Conferencia de 9 de abril.—Ruptura de la triple alianza.

Ni en sus términos, ni en sus previsiones, ni en sus conclusiones era precisa la convención de 31 de octubre de 1861. En suma, no resolvía nada, ni contenía ninguno de los motivos á que obedecía cada una de las tres partes contratantes, como tampoco estipulaba cuales serían los medios de acción que habrían de emplearse, ni cuales las satisfacciones que se procuraría obtener.

en el preámbulo de la presente convención y, sobre todo, para asegurar la seguridad de los residentes extranjeros.”

El artículo 4 provocaba la admisión de los Estados Unidos:

“Deseando, además, las Altas Partes contratantes que las medidas que tienen intención de adoptar no asuman un carácter exclusivista y, sabiendo que el gobierno de los Estados Unidos tiene, por su parte, reclamaciones que hacer valer, como ellas, contra la República Mexicana, conviene en que, luego que se firme esta convención, se comunique una copia de ella al gobierno de los Estados Unidos, en que se invitará á ese gobierno á adherirse....”

Esta comunicación no tuvo el éxito que de ella esperaban las “altas partes contratantes.” Apenas mereció á Mr. Seward una contestación en la que se vislumbraba el primer indicio de una hostilidad tácita, pero profunda:

“Los Estados Unidos tienen vivo interés en que los soberanos que se han comprometido en esta convención, no busquen la manera de obtener un aumento de territorio.... ni quieran ejercer influencia alguna en detrimento del derecho que el pueblo mexicano tiene para escoger y establecer libremente la forma de su gobierno....”

“El Presidente ha decidido, después de maduras reflexiones, que los Estados Unidos no deben recurrir á medidas coercitivas para satisfacer sus reclamos, en un momento en que el gobierno me-

xicano se halla profundamente conmovido por causa de las disensiones internas.”

A pesar de este rechazo que envolvía al propio tiempo una crítica muy neta de sus procedimientos y una amenaza suspendida sobre su intervención, las tres potencias continuaron sus preparativos y no modificaron en nada sus acuerdos.

CAPITULO III

Política de los tres aliados.—Carta de lord John Russell.—Intervención armada.—Ocupación de Veracruz.—Ultimátum de los plenipotenciarios franceses.—Vuelven á México los señores Almonte, Miramón, Haro y Tamariz y el P. Miranda.—Preliminares de la Soledad (19 de febrero de 1862).—Estado de los ánimos en México.—Envío de refuerzos con el general Lorenz.—Complicaciones.—Carta del general Prim á Napoleón III.—Carta del señor de la Fuente á M. Thouvenel.—Conferencia de 9 de abril.—Ruptura de la triple alianza.

Ni en sus términos, ni en sus previsiones, ni en sus conclusiones era precisa la convención de 31 de octubre de 1861. En suma, no resolvía nada, ni contenía ninguno de los motivos á que obedecía cada una de las tres partes contratantes, como tampoco estipulaba cuales serían los medios de acción que habrían de emplearse, ni cuales las satisfacciones que se procuraría obtener.

Si el objeto de la diplomacia, al mantenerse en esta exagerada reserva, había sido el de evitar que antes de llegar á un acuerdo se produjese una ruptura, no habría palabras con qué censurarla, porque si es malo emprender algo sin entenderse antes, peor es todavía el romper después de haber comenzado la acción. Si, por el contrario, creyó que la convención era un compromiso suficiente para el objeto que se trataba de obtener, no debe sino lamentarse semejante ceguera.

En efecto: los motivos que unían ó que parecían unir á Francia, España é Inglaterra en un común esfuerzo, se resumían en la represión de los ultrajes y las vejaciones que en el territorio mexicano sufrían sus respectivos nacionales. Pero esto no era sino un pretexto. Como se sabe, Napoleón III soñaba con elevar, en el seno de América, un imperio latino, pensamiento que consideraba como el más grande de su reinado. Su viva simpatía por el archiduque Maximiliano y el placer de hacer, si así puede decirse, amistosas manifestaciones á sus enemigos de la víspera, le habían impulsado á poner por delante una candidatura suscitada, de esa suerte, de un modo prematuro.

España no pensaba en Maximiliano y, si pensaba en él, era con el designio preconcebido de apartar su candidatura. Soñaba también con levantar un trono; pero quería sentar en él á un príncipe de la dinastía de los Borbones.

No hay para qué decir que Inglaterra no compartía, ni las ideas generosas de Francia y de Es-

paña, ni tampoco sus ilusiones; contemplaba únicamente el aspecto práctico de la expedición que consistiría en ocupar puertos y meter mano en las aduanas. A manera de metódico mercader, presentaba su cuenta y no pensaba sino en que le pagasen su importe.

Critíquese, si se quiere, esta política utilitaria y mezquina; no por ello deja de ser verdad que es prudente y juiciosa y que, siquiera carezca de brillantes aspectos, ofrece en cambio preciosas ventajas. Los acontecimientos se encargarian de justificarla. Los estadistas ingleses veían, pues, más claro en la situación, que sus colegas franceses y españoles. Baste para probarlo el siguiente despacho de lord John Russell al Embajador de Inglaterra ante la Corte de Austria. Merece que aquí se le reproduzca, porque envuelve una apreciación profética de la situación presente y de la futura, apreciación que convenía hacer oír tanto en Viena como fuera de Viena:

“Recibi el despacho de V. E., relativo al proyecto de colocar al archiduque Maximiliano en el trono de México; y V. E. observa que ese proyecto ha sido imaginado por los mexicanos refugiados en París.

“Esta clase de gente se ha hecho famosa, á causa de sus infundados cálculos acerca de la fuerza de sus partidarios en su país natal y por la extravagancia de sus esperanzas de socorro.

“El gobierno de su Majestad no concederá apoyo alguno á semejante proyecto. Se necesitaría mucho tiempo para consolidar un trono en Méxi-

co, así como para hacer al soberano independiente de todo apoyo extranjero. . . .

"Si el apoyo extranjero llegara á faltarle, el soberano podría ser arrojado por los republicanos de México. Esta posición no sería digna ni segura."

Es de la naturaleza de las advertencias, así como de los consejos, no servir para otra cosa, sino para la satisfacción del que las hace ó del que los da. Se consideró al Gabinete Inglés como á un aliado celoso y descontento y, por más que fuera muy grande la importancia de su formal negativa á prestar su apoyo al proyecto del Emperador y del archiduque Maximiliano, se pasó adelante y se abrió la campaña.

Se dió cita á las fuerzas aliadas, cuyo mando debería tomar el general Prim, para la rada de la Habana.

Los ingleses llegaron el 27 de diciembre de 1861, al mismo tiempo que los franceses. Su flota, á la que entonces mandaba el contraalmirante Milnes, á quien sucedió pronto el comodoro Dunlop, no llevaba sino un pequeño cuerpo de 800 hombres de desembarco.

El cuerpo francés, á las órdenes del contraalmirante Jurien de la Graviere, contaba 2,610 hombres.

Los españoles eran los más numerosos y se habían anticipado á sus aliados. El almirante Rubalcava, con 5,600 hombres, ocupaba ya, desde el 17 de diciembre, Veracruz y el fuerte de San Juan de Ulúa, de los cuales se había apoderado sin en-

contrar resistencia. El general Prim, con 600 hombres, había permanecido en la Habana.

Las tres flotas se pusieron en marcha en los primeros días de enero y el 8 se presentaron ante los muelles de Veracruz, con una fuerza de 9600 hombres, cuyo desembarco empezó desde el día siguiente y se verificó sin embarazo.

Poco significaba haber podido desembarcar y ocupar el puerto sin disparar un tiro: el clima es allí tan malsano, que la salud de las tropas exigía que se las alejase sin pérdida de tiempo. El litoral está siempre infestado, en efecto, por la fiebre amarilla y la banda de territorio de unas veinte leguas de extensión, poco más ó menos, que va desde la costa al torrente del Chiquiluite y á los primeros contrafuertes de la cadena del pico de Orizaba, á la cual se llama tierra caliente, es la morada más peligrosa para los mismos indígenas y, con mayor razón, para los europeos recién llegados. De ese modo, el 11 de enero, las tropas aliadas avanzaron hasta Tejeria, pueblecito situado 12 kilómetros al oeste de Veracruz.

Entretanto, los comisarios de las tres potencias aliadas celebraban su primera reunión oficial (13 de enero).

No había perdido el tiempo el representante de Francia y, bajo la influencia de la opinión preconcebida que llevara á México y de la que nada había podido apartarle, redactó un ultimátum, en términos por tal manera perentorios y con tales exigencias, que no se le podía, verdaderamente, oír leer sin preguntarse si no se deseaba provo-

car una conflagración y obligar á México á una guerra sin cuartel.

Declaraba, para empezar, que México debería pagar á Francia la suma de doce millones de pesos (sesenta millones de francos), en la que se valuaba el importe de las reclamaciones francesas, por hechos verificados antes del 30 de julio de 1861; además, pagaría las reparaciones debidas por hechos acaecidos después de esa época, *la cual sería fijada ulteriormente por los plenipotenciarios franceses.*

Pagaría, además, el saldo debido en virtud de la convención de 1853, saldo que no se comprendía en los artículos precedentes, y cuyo pago se haría, á los que tuviesen derecho, conforme á las obligaciones estipuladas en dicha convención.

Habia más aun. Después de estas reclamaciones, cuya cifra, muy diferente de la original, era manifiestamente exagerada, venía un artículo que jamás hubiese debido figurar en semejante documento:

“Art. 3.—México estará obligado á la ejecución plena, leal é inmediata del contrato concluido en febrero de 1859 entre el gobierno americano y la casa Jecker.”

Y, como garantía de la estricta ejecución de estas condiciones, el ultimátum imponía á México la obligación de consentir en que se ocupasen Veracruz, Tampico y otros puertos de la República.

¿Cuál podía ser el pensamiento de M. Dubois de Saligny, al presentar demandas por tal mane-

ra extravagantes? ¿Acaso no conocía la penuria del tesoro mexicano? ¿Por qué especie de milagro esperaba ver aceptar esas proposiciones, cuando, algunos meses antes, el gobierno mexicano después de muchas tentativas de arreglo, se había visto precisado á suspender el pago de sumas infinitamente más pequeñas? Precisamente por ese motivo había estallado la ruptura de las relaciones diplomáticas entre los dos países.

Nadie ignoraba semejante situación y se la conocía por pequeños hechos que la demostraban con elocuencia irrefutable. Se aseguraba—para citar sólo uno—que cuando Juárez había querido enviar á Europa al señor de la Fuente, la partida de este plenipotenciario hubo de retardarse por la dificultad de conseguir la insignificante suma necesaria para los gastos del viaje.

El almirante Jurien de la Graviere leyó este ultimátum en la junta del 13 de enero. Se deja adivinar el efecto que produjo. Si Francia exigía sumas semejantes, Inglaterra y España deberían elevar sus reclamaciones en la misma proporción, y, entonces, las demandas de los aliados asumirían caracteres por tal modo fantásticos, que rajarían en lo ridículo; además, resultaban enteramente inaceptables para México y, por consiguiente, aparejadas á provocar la guerra. Tal perspectiva no entraba en los planes de los representantes españoles é ingleses.

Protestaron éstos con energía. Viva fué la discusión y grande la confusión. Felizmente, el almirante Jurien de la Graviere, á quien jamás falta-

ban la calma y la moderación tan necesarias en circunstancias delicadas, logró apaciguar un poco los ánimos; el ultimátum se quedó sin presentar y se convino en ponerse en relaciones con el general Doblado, Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Juárez.

Entre tanto, todos los espíritus exaltados que, durante el destierro habían favorecido la intervención, imaginando, con esa facilidad propia de los desterrados, que la simple aparición de las fuerzas aliadas derribaría al gobierno de sus enemigos, llegaban á México, prestos á agarrar el poder de nuevo. Eran el general Almonte, los señores Miramón, Haro y Tamariz y el P. Miranda. Venían á ponerse bajo la protección de los extranjeros.

Sólo para crear dificultades á los aliados serviría la presencia de estos individuos, miembros los más fogosos y comprometidos del partido reaccionario; y en el período de negociaciones en que aquéllos se hallaban entonces, ella ofrecía múltiples peligros. ¿Cómo, en efecto, continuar tratando con el gobierno actual, cuando tenían con ellos y bajo su protección á los que pretendían el gobierno de mañana?

Su llegada era prematura; en todo caso, fué muy torpe. Pero es condición de ese partido la de no importarle las dificultades que causa á sus mejores amigos y de ello se verán, más adelante, muchas otras pruebas.

Y quizás no está fuera de lugar hacer aquí, á propósito de ese partido, una observación de ca-

rácter general. Si le llamamos partido clerical, no es porque creamos deber calificarle así, sino porque ese era el nombre que se daba á sí mismo, por oposición al partido liberal. Este dictado netamente político, muestra que sería erróneo identificar á ese partido con la población católica, lo mismo que sería erróneo confundir al clero con la religión. El clero, en México, no se parecía en nada á nuestro clero francés, y es deber de justicia advertir al lector, desde el principio, sobre este punto; los que respetan al clero francés no podrían, por ese simple hecho, otorgar respeto semejante al clero mexicano. Este, pervertido por sus riquezas, ambicioso y disoluto, se parecía á nuestro clero de antes de la Revolución.

Entre tanto, Doblado, astuto cual indio vicioso, habiase apresurado á aceptar la cita dada por el general Prim.

Este paso era, por sí sólo, una presunción de que se reconocería al gobierno juarista; Doblado, que empezaba á sospechar la posición en que se encontraban los aliados, esperaba, merced á ella, obtener más todavía.

El 19 de febrero, en la Soledad, se verificó la proyectada reunión y fué en ese pueblecillo donde se firmaron los preliminares que, con el nombre de *Convención de la Soledad*, se hicieron célebres.

Esta convención reconocía de hecho al gobierno constitucional de Juárez. Los aliados se colocaban en el terreno de los tratados para hacer valer sus reclamaciones y protestaban de an-

temano contra toda intención de atentar á la independencia y á la soberanía de la República, lo mismo que á la integridad de su territorio. En Orizaba deberían iniciarse más amplias negociaciones. Mientras éstas duraran, las fuerzas aliadas ocuparían Córdoba, Orizaba y Tehuacán, comprometiéndose, de todos modos, á retirarse inmediatamente en caso de ruptura.

Las estipulaciones principales de esta convención—contrarias todas á la política de Francia—se hallaban de tal manera dentro de la lógica de las cosas, que los comisarios franceses las firmaron. Juárez las ratificó el 23 de febrero.

¡Qué fortuna para todos y, principalmente, para Francia, si esta convención hubiera sido aceptada y respetada por las tres potencias aliadas! Correspondía al estado del espíritu de los mexicanos y preparaba una solución pacífica y amigable de las dificultades pendientes.

A pesar del desembarco, á pesar de la ocupación militar, la actitud de los unos y de los otros no había tomado todavía aspecto de resuelta hostilidad. Si los españoles habían sido mal acogidos, porque su presencia despertaba odios pasados, en cambio no se consideraba como enemigos á los ingleses y á los franceses, por más que hubieran llegado con las armas en la mano. Más que enojar, la convención de Londres había sorprendido: habríase comprendido la intervención europea, durante la guerra civil, durante los tres años de luchas y de pronunciamientos, si hubiera tenido por objeto restablecer la paz en el

país; pero nadie se explicaba cómo, por el contrario, las potencias europeas escogían, para su intervención, precisamente el instante en que el derecho acababa de triunfar, en que México establecía definitivamente y á costa de los mayores sacrificios, el gobierno más fuerte y más legal que tuviera jamás, desde hacía cincuenta años!

Sin embargo, esperábase que todo habría de limitarse á simples demostraciones y que Europa, satisfecha con haber exhibido sus soldados, no añadiría nada á las dificultades del momento, y se guardaría, sobre todo, de emprender una guerra que sería inútil é injusta, desde el instante en que el gobierno mexicano reconocía estar dispuesto á discutir los cargos que se le hacían y daba pruebas de su buena voluntad para acceder á las reparaciones legítimas.

Por desgracia, nuestro ministro, lejos de combatirlos, seguía manteniendo sabiamente las mismas ilusiones y los mismos errores que impulsaran al emperador Napoleón III á enviar al almirante Jurien de la Graviere con un cuerpo de desembarco y á ofrecer, al mismo tiempo, la futura corona de México al archiduque Maximiliano. Y el resultado de esta actitud fué que desde enero y tan luego como supo que las tropas españolas se habían anticipado á las aliadas en Veracruz, Napoleón III, temiendo que existiesen de parte de España, ó acaso de parte del general Prim, pretensiones al trono de México, dió la orden de que se enviaran refuerzos. El 6 de marzo se supo la llegada del brigadier conde de Lorencez;

el cuerpo expedicionario, colocado bajo sus órdenes, se aumentaba en 4,500 hombres, más ó menos.

El aumento de las fuerzas francesas produjo por resultado inmediato, el excitar los celos y la desconfianza de los otros dos aliados, de tal suerte que se estableció entre ellos una estrecha inteligencia, en detrimento de Francia, que desde entonces hubo de encontrarse aislada. Se atribuyeron más y más á esta última potencia miras particulares, en tanto que Inglaterra y España tomaban la resolución de abstenerse de toda ingerencia en la política interna de México.

No faltaron, sin embargo, ni al Emperador ni á su gobierno, las advertencias; pero quiso la desgracia que ellas se dirigieran á un espíritu prevenido y que vinieran de personas á las que á la sazón y no sin cierta apariencia de razón podía considerarse, si no como sospechosas, por lo menos como interesadas, directa ó indirectamente, en reducir el alcance de nuestra acción y en aniquilar nuestra influencia.

Es verdad que entre el dicho de nuestro ministro y el del general Prim, por ejemplo, el primero ofrecía, aparentemente, más garantía; pero no es menos cierto que aquél se engañaba, merced á su apasionada ceguedad y merced á sus prejuicios, y que el otro veía las cosas tales como eran. Pero en ese momento nadie se hallaba perfectamente ilustrado sobre el particular en las Tullerías ni se hallaba nadie suficientemente desengañado, para escuchar los consejos pruden-

tes. De tal suerte, la notable carta que en ese momento el general Prim, que todavía mandaba en jefe la expedición, creyó de su deber dirigir al Emperador, no ejerció influencia, ni en su ánimo ni en sus determinaciones.

Por más que ya haya sido publicada, es muy grande su importancia, para que dejemos de ofrecerla á nuestros lectores. Se verá en ella que la candidatura de Maximiliano era conocida y que ella venía á añadir nuevas aprensiones á las originadas por la llegada de los refuerzos á las órdenes del general Lorencez y por la diferencia de miras que se acentuaba entre las tres potencias.

Orizaba, 17 de marzo de 1862.

Señor:

V. M. I. se ha dignado escribirme una carta autógrafa, la cual, por las palabras benévolas que contiene hacia mi persona, será un timbre de honor para mi posteridad. Grandes eran efectivamente mis deseos de marchar en línea con las fuerzas de V. M., mandando un cuerpo de tropas españolas y combatiendo por la misma causa, pues me anima la fundada esperanza de que los soldados de Castilla son dignos de combatir al lado de los soldados de Francia, aun teniendo éstos la bien ganada reputación de ser bravos como los más bravos. Pero yo hubiera deseado otro campo de batalla y otros enemigos que combatir, señor, pues aquí combatiendo contra las tropas mexicanas y sus cuerpos de guardia nacional, los

soldados de Francia y España no tienen gloria ninguna en ganar, no porque á los mexicanos les falte valor personal; lo tienen, como oriundos de la raza española: pero este país está aniquilado por una guerra civil de 40 años, y esto basta para hacer comprender que su fuerza armada no puede estar en disposición de hacer frente á los bien organizados batallones de Francia y España. Sin embargo, aquí estamos, y juntos combatiremos si el gobierno de la República no hiciera derecho á las justas reclamaciones de las naciones aliadas; aunque mi opinión es, que el gobierno nos hará esa justicia, y que por lo tanto, no habrá lugar á combatir.

En el terreno de las justas reclamaciones no puede haber divergencia entre los comisarios de las potencias aliadas, ni menos la habrá entre los jefes de las tropas de V. M. y las de S. M. C.; pero la llegada á Veracruz del general Almonte, del antiguo ministro Haro, del padre Miranda, y otros mexicanos emigrados, trayendo la idea de crear una monarquía en favor del príncipe Maximiliano de Austria, bandera que según ellos, debe ser apoyada y sostenida por las fuerzas de V. M. I., van á crear una situación difícil para todos, y más difícil y angustiosa para el General en jefe de las tropas españolas, quien á tenor de las instrucciones de su gobierno basadas en la convención de Londres, y casi iguales á las que vuestro digno y vicealmirante la Graviere recibió del gobierno de V. M.; se vería en el sensible caso de no poder coadyuvar á la realización de las miras de

V. M. I., si ellas fuesen realmente las de levantar un trono en este país para sentar en él al Archiduque de Austria.

A más, tengo la profunda convicción, señor, de que en este país son muy pocos los hombres de sentimientos monárquicos, y es lógico que así sea, cuando aquí no conocieron nunca la monarquía en las personas de los monarcas de España y si sólo en las de los virreyes que gobernaron cada uno, según su mejor ó peor criterio y propias luces, y todos según las costumbres y modo de gobernar á los pueblos en aquella época ya remota.

La monarquía, pues, no dejó en este suelo ni los inmensos intereses de una nobleza secular, como sucede en Europa, cuando al impulso de los huracanes revolucionarios se derrumba alguno de los tronos, ni dejó intereses morales, ni dejó nada que pueda hacer desear á la generación actual el restablecimiento de la monarquía, que no conoció y que nadie ni nada la ha enseñado á querer y venerar.

La vecindad de los Estados Unidos, y el lenguaje siempre severo de aquellos republicanos contra la situación monárquica, ha contribuido á crear aquí verdadero odio á la monarquía, al paso que la instalación de la República, desde hace cuarenta y más años, á pesar de su desorden y agitación constante, ha creado hábitos, costumbres y hasta cierto lenguaje republicano que no sería fácil destruir. Por lo dicho y por otras razones que no se pueden ocultar á la elevada pe-

netración de V. M. I., comprenderá que la opinión inmensamente general en este país, no es ni puede ser monárquica; pero si la lógica no bastara, bastará á demostrarlo el hecho de que en dos meses que las banderas aliadas ondean en la plaza de Veracruz, ni hoy que ocupamos los pueblos importantes de Córdoba, Orizaba y Tehuacán, en donde no han quedado fuerzas mexicanas, ni más autoridad que la civil, ni monárquicos, ni conservadores han hecho la menor demostración, siquiera para hacer ver á los aliados que tales partidos existen.

Lejos de mí, señor, el suponer siquiera que el poder de V. M. I. no sea bastante para levantar en México un trono para la casa de Austria. V. M. rige los destinos de una gran nación, rica en hombres entendidos y valerosos, rica en recursos, y brotando entusiasmo siempre que se trata de secundar las miras de V. M. I. Hasta fácil le será á V. M. conducir al príncipe Maximiliano á la capital y coronarlo rey; pero este rey no encontrará en el país más apoyo que el de los jefes conservadores, quienes no pensaron en establecer la monarquía cuando estuvieron en el poder, y piensan en ello hoy que están dispersos, vencidos y emigrados.

Algunos hombres ricos admitirán también al monarca extranjero viniendo fortalecido por los soldados de V. M.; pero no harán nada para sostenerlo el día en que este apoyo llegara á faltarle, y el monarca caería del trono elevado por V. M., como otros poderosos de la tierra caerán el día

en que el manto imperial de V. M. deje de cubrirlos y escudarlos. Yo sé bien que V. M. I., en su elevada justicia, no quiere forzar á este país á cambiar de instituciones de una manera tan radical, si espontáneamente no lo desea y pide; pero los jefes del partido conservador llegados á Veracruz, dicen: bastará consultar las clases elevadas de esta sociedad, sin ocuparse de las demás, y esto agita los ánimos inspirando temores de que se fuerce y violente la voluntad nacional.

La tropa inglesa, que debía venir á Orizaba y que tenía ya preparados los medios de transporte, en cuanto se supo que venían más fuerzas francesas que las estipuladas en la convención, se embarcaron. V. M. apreciará la importancia de semejante retirada.

Pido mil perdones á V. M. I. por haberme atrevido á llamar su atención sobre esta larga carta; pero he creído que el modo de corresponder dignamente á las bondades de S. M. para conmigo, era decirle la verdad, y toda la verdad, sobre el estado político de este país, tal cual yo lo comprendo, con lo que habré satisfecho no sólomente un deber, sino también un deseo de noble, respetuoso y elevado afecto hacia la persona de V. M. I.

Restame sólo decir, señor, que desde que llegamos á este país, la más cordial armonía ha reinado entre vuestro entendido vicealmirante la Graviere y mi persona, y que lo mismo ha sucedido entre los jefes, oficiales y soldados de am-

bas naciones, armonía que no dudo continuará mientras estemos en este país.

Queda de V. M. I., señor, con el más elevado respeto y la más noble adhesión, vuestro apasionado y adicto servidor que hace votos por la conservación y grandeza de V. M., por la de S. M. la emperatriz, y por la del príncipe imperial.—

El conde de Reus.

La idea de establecer una monarquía contaba en México, efectivamente, muy pocos partidarios activos. La carta del general Prim contenía la sincera expresión de su pensamiento; y su pensamiento estaba de acuerdo con los hechos. Ella venía á ser la confirmación de lo que el ministro Plenipotenciario de México en París, señor de la Fuente, escribiera á nuestro ministro de Negocios Extranjeros, M. Thouvenel, al pedirle sus pasaportes:

“México no es tan débil como lo fuera España bajo Napoleón I. México podrá ser conquistado, mas no sometido; y no se le conquistará, sin que dé pruebas del valor y de las virtudes que se le niegan. Después de haber sacudido la dominación monárquica de España—dominación secular y profundamente arraigada—México, que no quiso tener por rey ni aún á su propio libertador, México, que acababa de triunfar en una revolución contra los restos de la oligarquía que gravitaba sobre su democracia, no aceptará jamás, á ningún precio, una monarquía extranjera. Esta monarquía, que sería difícil de crear, resultaría aún más difícil de sostener. Semejante empresa, si terri-

ble y ruinosa para nosotros, lo será más todavía para sus promotores. Sin duda, en comparación de las potencias que han invadido su suelo, México es débil; pero tiene la conciencia de sus derechos ultrajados, el patriotismo que multiplicará sus esfuerzos y la alta convicción de que, sosteniendo honrosamente esta lucha peligrosa, le será dado preservar al bello continente de Cristóbal Colón, del cataclismo con que se le amenaza.”

Como se ve, las advertencias no faltaron. No fueron escuchadas. El Emperador habia hecho depositario de su confianza á M. Dubois de Saligny; y éste desmentía todo lo que parecía contrario á la intervención y á sus probabilidades de éxito. Las afirmaciones del señor de la Fuente, por la posición misma de su autor, eran naturalmente sospechosas. Las del general Prim llegaron á serlo también, por el rumor, hábilmente esparcido, de que el jefe español, casado con una rica mexicana y sobrino por afinidad del ministro de Hacienda de Juárez, alimentaba para sí mismo las más ambiciosas miras y soñaba nada menos que con la corona de México.

El gobierno francés perseveró sin vacilación en la vía emprendida. Dió en todas sus partes la razón á su agente y desaprobó la moderada y prudente conducta del almirante Jurien de la Gravière. Las instrucciones que se le enviaron al respecto eran de tal nitidez y de tal precisión, que nadie hubiera podido equivocarse al interpretarlas. Acabaron de embrollarlo todo. El ultimátum, redactado por nuestro ministro, habia suscitado

grandes dificultades entre los tres aliados; los ingleses se habían negado á prestarle su apoyo y los españoles se habían puesto del lado de los ingleses. La triple alianza estaba muerta. Era imposible, en medio de tales divergencias, proseguir una acción común. . . .

La ruptura oficial se verificó el 9 de abril, en solemne conferencia celebrada con asistencia de los comisarios de los tres gobiernos.

El pretexto que se invocó para llegar á la deseada ruptura, fué la presencia del general Almonte, cuyo inmediato reembarco pedían el conde de Reus y sir Ch. Wyke, por considerar á dicho general como un peligro para la intervención, cuyo carácter falseaba su presencia.

El almirante Jurien de la Graviere, obediente á las órdenes recibidas, rehusó formalmente acceder á esta demanda.

Estigmatizó el régimen de terror adoptado por el gobierno mexicano y habiendo manifestado sir Charles Wyke, que sería difícil encontrar partidarios de la monarquía, respondió que, por el momento, no se trataba de monarquía; por lo demás, los sentimientos de la mayoría de la nación no habían podido manifestarse por causa de la presión ejercida por el gobierno actual, y esa mayoría constituida por personas á quienes los aliados eran simpáticos, por gentes alejadas de los partidos extremos, por individuos desarmados, existía por todas partes, en las ciudades, lo mismo que en los pueblos y en los campos. El gobierno del Emperador tenía, sobre el particular, ve-

rídicos informes; su colega y él estaban, pues, resueltos á avanzar hacia México, donde, añadió M. de Saligny, los residentes franceses llamaban al ejército con toda su alma. El comodoro Dunlop pretendió, por el contrario, que éstos verían con gran disgusto la llegada del ejército francés á la capital.

Los comisarios ingleses y españoles censuraron vivamente la resolución de los comisarios franceses de hacer que las tropas retrocedieran hasta Paso Ancho; luego declararon que: "persistiendo sus colegas en su negativa de reembarcar á los desterrados mexicanos y de asistir á las conferencias que deberían verificarse el 15 de abril, ellos se retirarían con sus tropas del territorio mexicano."

. . . . Los comisarios aliados notificaron al gobierno mexicano y al general Zaragoza las resoluciones acordadas en la conferencia y les informaron que el ejército francés, concentrándose á Paso Ancho, comenzaría sus operaciones luego que los españoles, en su movimiento de retirada, hubieran traspuesto sus líneas, es decir, hacia el 20 de abril (1.)

(1) Expedición de México, por G. Niox, págs. 125-127.

CAPITULO IV

La guerra está declarada. — El gobierno de Juárez. — Las fuerzas de México. — Pronunciamiento del general Almonte. — Ruptura de la Convención de la Soledad. — Instrucciones dadas al general Lorencez. — Se rompen las hostilidades. — Marcha hacia México. — Entrada en Orizaba el 20 de abril. — “Los soldados mexicanos á los soldados franceses.” — El 5 de mayo: ante Puebla. — Ataque fracasado. — Retirada de 8 de mayo hacia Orizaba. — Informe del general Zaragoza, defensor de Puebla. — Descontento del general Lorencez contra M. de Saligny. — Orden del día del Comandante en jefe. — Carta de Zaragoza al general Lorencez. — Respuesta de este general, del 12 de junio. — Combate del Cerro del Borrego, (13-14 de junio.) — El capitán Détrie. — Ataque de Orizaba por Zaragoza. — Retirada del ejército mexicano hacia Puebla. — Proclamación de Almonte, (15 de junio.) — El comandante Roze en Veracruz.

La guerra estaba declarada.

De un lado, Francia, á la sazón en el apogeo de su poder y cuyo ejército, orgulloso con los laureles obtenidos en Sebastopol y en Solferino, parecía invencible y tenía de ello la convicción, lo que duplicaba su fuerza. Del otro, México, y ni siquiera México entero, ya que una parte de sus nacionales llamaba á la intervención y se preparaba á prestarle ayuda por todos los medios

posibles. ¿No era fácil prever el resultado de esta lucha?

Si, siempre que las cosas humanas se juzguen por las apariencias y siempre que la fuerza material sea siempre la que triunfe en este mundo. No es así, por fortuna, diríamos, si no fuese que Francia debía, en esta ocasión, ser la víctima de esa ley. ¡Pueda ella, á su vez, aprovecharla en día no lejano!

Juárez contaba con una fuerza moral considerable: era el gobernante legítimo y, como tal, el sostenido por el partido liberal, sin duda, el más numeroso: la ruptura de la alianza europea le ministraba una nueva consagración, al par que desacreditaba las pretensiones de Francia. Además, contaba con el recurso de poderse mantener en cualquiera parte de ese país inmenso, de ese territorio imposible de ocupar en toda su extensión, que le brindaba por doquiera inaccesibles refugios y seguros abrigos y que le permitiría escapar de sus vencedores y aguardar más venturosos tiempos.

Finalmente, sentíase apoyado, sostenido por su gran vecino, los Estados Unidos; y, á pesar de la guerra de sucesión, podía esperar que éstos le socorriesen directa ó indirectamente, de distintas maneras.

Los franceses, por el contrario, combatían á dos mil leguas de la madre patria. El temor á las complicaciones europeas, así como los violentos discursos de los jefes de la oposición, habrían de unirse para regatear los refuerzos que tendrían de

enviarse á aquel lejano país, precisamente cuando las pérdidas de la guerra, y las mayores que causaba el terrible clima, constituían para el cuerpo expedicionario perpetua y necesaria causa de debilidad.

Tales reflexiones, si es que se hacían, formaban, al principio de la intervención, el monopolio de unos cuantos espíritus ponderados, más prudentes y más reflexivos que los otros. Nadie dudaba del éxito de la expedición, en el que creían, el general Lorencez y, más que el general Lorencez, M. Dubois de Saligny, y más aun que M. Dubois de Saligny, el gobierno de Francia.

El general Almonte, causa oficial de la ruptura que se operara entre los tres aliados, se había quedado con el ejército francés. Se consiguió que se declarase á sí mismo jefe supremo interino de la nación, á lo que no costó trabajo decidirle, ya que jamás un general mexicano ha rehusado revestirse siquiera con la apariencia del poder.

En una proclama que, además de su propia firma, calzaban las de 92 de sus compatriotas, llamó á los mexicanos á la conciliación y les invitó á secundar la intervención extranjera, que habría de restablecer el orden y la paz en su desventurado país. No despertó grandes ecos este pronunciamiento realizado á la sombra de las banderas francesas y su escaso éxito debería haber abierto los ojos á los que se obstinaban en creer en las complicidades del interior.

Fuera de ello lo que fuere, lo importante era obrar. La posición del cuerpo expedicionario se

convertía en crítica. La convención de la Soledad establecía que, en caso de romperse las hostilidades, los franceses retrocederían hasta más allá del Chiquihuite. Esta cláusula era funesta, porque su ejecución equivalía á casi un desastre. En ese momento, en efecto, comenzaba la mala estación: volver las tropas á las tierras cálidas era tanto como exponerse á ver desaparecer, en pocos días, devorado por la fiebre, la mayor parte de su efectivo.

El general Lorencez, contemplando esa eventualidad terrible, tomó audazmente sobre sí la responsabilidad de una ruptura. Más por humanidad que por el deseo de conservar posiciones ventajosas, se apoderó de un pretexto fútil, torpemente ofrecido por el general Zaragoza y denunció la convención. (1)

Esta violación del acuerdo firmado con el enemigo, se verificó el viernes santo, á las tres y media. Es inexplicable el efecto que produjo esa coincidencia en el espíritu de las tropas, y de cuyo efecto hemos tenido informes personales procedentes de algunos de los que entonces formaban parte del cuerpo expedicionario.

Lejos de la patria, aislados en un inmenso país y al principio de una guerra cuyos orígenes y causas no comprendían bien, nuestros soldados, lo mismo que cualquier hombre que se halla en presencia de un peligro desconocido, sentían revivir en ellos los recuerdos de su educación cristiana

(1) Expedición de México, por G. Niox, págs. 137 y siguientes.

y, sobre todo, lo que de ella subsiste con mayor tenacidad, aún en los incrédulos declarados: los terrores supersticiosos. Desde ese instante, se convencieron de que el acto de su comandante en jefe habría de producirles una desgracia y no auguraron nada bueno para esta expedición, que empezaba por la violación de la palabra empeñada. Los hechos vendrían á confirmar tales presentimientos.

El cuerpo expedicionario se puso en marcha (19 de abril). Se componía del 99.º regimiento de línea, del 2.º regimiento de zuavos, del 1.º batallón de cazadores de á pié, del 3.º regimiento de infantería de marina, de un batallón de marinos fusileros, de un escuadrón de cazadores de Africa y de tres baterías de artillería.

Había con tanta frecuencia dicho nuestro ministro que con un batallón de zuavos iría desde Veracruz hasta México, que el general Lorencez, cuyas instrucciones eran de no tratar sino en la capital, pudo creerse seguro de llegar allí con esas pocas fuerzas. Se le aseguraba, además, que las poblaciones se levantarían al no más aproximarse él y que los jefes disidentes irían á reunirse con millares de hombres.

Avanzaba, pues, con prudencia, pero también con confianza.

El 20 de abril entró en Orizaba. Allí encontró al general Prim que salía con las últimas tropas españolas. Este espectáculo, después de la emoción experimentada la víspera, no dejó de causar viva impresión á los soldados....

No tardarían en levantarse serios obstáculos ante nuestras tropas. Ya se empezaban á observar indicios de las hostiles disposiciones de la población mexicana. Y para no citar sino uno entre ciento, voy á copiar algunos pasajes de un llamamiento de "los soldados mexicanos á los soldados franceses." Esta hoja suelta, redactada en francés é impresa en México, llevaba fecha de 14 de abril. La deslizaban en las manos de nuestros soldados, sobre cuyo ánimo estaba destinada á obrar. Trataba de separar la causa de los invasores extranjeros de la de los proscritos mexicanos que les habían llamado y les servían de guías.

Este documento ha permanecido casi ignorado y sin embargo, así por su estilo, como por las ideas que externa, merece que se le reproduzca, siquiera sea en parte:

"A vosotros, soldados de Francia, á vosotros, hijos del pueblo más simpático del mundo, de esa nación grande y civilizadora que, por su inteligencia, su amor á la libertad y sus humanitarias tendencias, ha hecho temblar en otros tiempos á todos los déspotas y á todas las monarquías de Europa; á vosotros, decimos, que, por mil razones deberíais de ser nuestros mejores amigos; venimos á explicaros, nosotros los soldados mexicanos, en este solemne instante que debe preceder á nuestro encuentro en el campo del honor, de qué manera habéis sido engañados y á haceros comprender la justicia de la causa en cuyo nombre nos vemos precisados á repeler vuestra agresión."

Tal comienza el manifiesto. Luego truena contra "los informes visiblemente parciales é interesados de los señores de Gabriac y Saligny, Almonte y Pacheco . . ."—"Sí, lo repetimos sin temor: desde Clodoveo hasta Luis Felipe, ninguno de vuestros reyes ha sido engañado de una manera tan indigna como vuestro actual soberano." Sigue una diatriba violenta contra un "mexicano infame"—Juan N. Almonte—que busca el poder para ir á depositarlo á las plantas del archiduque Maximiliano; contra M. Dubois de Saligny, á quien se acusa de mentir al Emperador con el más miserable de los fines "para satisfacer la avaricia que le domina." Y el manifiesto concluye con una muy bella figura, en la que se encuentra una invocación á Lamartine y que acaba con esta frase efectista:

"Sea ya como víctimas, ya sea como sacrificadores, defenderemos dignamente, convencéos, la tierra sacrosanta que nos ha dado vida!"

Este llamamiento no era sino un síntoma de las disposiciones del país, sobre las cuales los diplomáticos se habían engañado del modo más grosero, según á veces les ocurre. Ya el general Santa Anna, viendo cual pasaban los primeros efectivos de desembarco, escasos, sin mucho de medios de transporte ni de provisiones, mal organizados, no había podido dejar de manifestar su sorpresa ante el hecho de que, con tales elementos se intentara una expedición al interior: "¿Se figuran acaso los europeos que los mexicanos

están todavía armados con flechas y rompecabezas?" (1).

Lo mismo pensaban las gentes de poco más ó menos que se hallaban más al corriente de la verdadera situación que nuestro ministro, como, por ejemplo, ese mozo de Veracruz que decía á nuestros oficiales:

—Créanme ustedes: son ustedes pocos, para marchar hacia México: corren riesgo de no llegar (2).

Estos hechos, pequeños de por sí, constituían, sin embargo, graves indicios, los cuales no se quiso tener en cuenta.

Entre tanto, y poco á poco, la resistencia se organizaba por todas partes, ante los franceses. El general Zaragoza, con doce mil hombres, se aprestaba á defender con vigor á Puebla, ciudad situada en el camino de Veracruz á México y la más importante del país, después de la capital.

Hasta resolvió detener á nuestras tropas en su marcha, antes de que llegasen á la vista de Puebla, y, como conocía admirablemente el país, escogió, para infligirlas una primera derrota, la admirable posición de las Cumbres de Acultzingo, donde todo coexistía para facilitar la defensa. El camino, en efecto, forma en este lugar treinta y ocho recodos, sobre una cuesta tallada á pico y cuya altura es de 800 metros, poco más ó menos.

(1) G. Niox, pág. 62.

(2) El cuerpo de Lorencez ante Puebla, por G. Bibesco, pág. 29.

Se dirigió á ese lugar con cuatro mil hombres de infantería, doscientos jinetes y diez y ocho piezas de montaña. Se lisonjaba con la esperanza de aplastar, desde esa elevada posición, al débil cuerpo francés y la cosa, por cierto, no parecía del todo difícil.....

Tan pronto como advierten al enemigo, los soldados mexicanos, ocultos en los repliegues del terreno, tranquilizados por la idea de que éstos son inexpugnables, le acogen con nutrido fuego.

Los franceses, metidos en algo semejante al fondo de un embudo, encuentranse expuestos por todos lados á las balas: la situación es grave. No hay sino un medio para salir del embudo: tomarlo á viva fuerza.

Tal es el partido que resueltamente abraza el general Lorencez. La empresa es audaz, pero la bravura de nuestros soldados, excitada por sus jefes, hará que el éxito la corone.

Lleno de calma en medio de los proyectiles que se disparan contra el grupo formado por su Estado Mayor, el general ordena á los cazadores de á pie que suban por la derecha, la pendiente de la montaña, en tanto que el 2º de zuavos habrá de escalarla por la izquierda á fin de dar vuelta á la posición, y que el 99º de línea y los fusileros de marina habrán de atacar de frente, tan pronto como los disparos suenen en las alturas.

Necesítase de toda la destreza, de todo el valor, de toda la energía de nuestros soldados, para salir adelante en esta ascensión, contemplada casi como imposible. Mas nada resiste á su ímpul-

so. A las cuatro de la tarde el enemigo ha sido derrotado y, por la noche, el general Lorencez acampa con el 99º de línea en Puente Colorado, más allá de ese paso que habría podido detener por largo tiempo su marcha.

Al día siguiente (29 de abril) le alcanzó en ese punto el correo de Francia, que le llevaba su nombramiento de general de división. La buena suerte suya quiso que recibiese esta honorífica distinción, en el teatro mismo de sus primeras hazañas y de su éxito primero.

No venía á ser la recompensa de su valor, puesto que el gobierno se la había otorgado desde antes que comenzaran las hostilidades: era más bien el testimonio de la satisfacción que sintiera el gabinete de París, leyendo sus despachos. Seducido por los decires de M. Dubois de Saligny, el general no hablaba en ellos sino de su confianza en el triunfo de la intervención y de la política francesa y ya se sabe que ese lenguaje era grato á las Tullerías.

Llevaba también el correo otros despachos concebidos en sentido semejante: se desaprobaba en ellos la convención de la Soledad y se censuraba la conducta del almirante Jurien de la Graviere. Se despojaba á éste de toda dirección en el asunto, al par que se le invitaba á recobrar el mando de la división naval, á menos que no quisiese volver á Francia. El valiente marino aceptó este último partido y, con tristeza, volvió á Veracruz, donde se embarcó. Para desgracia de nuestras armas, la influencia de M. Dubois de Saligny

podía más que la moderación y que la habilidad prudente del Almirante.

El éxito obtenido en el primer encuentro con las tropas mexicanas, embriagó un tanto al general Lorencez. Creyó haber roto el único obstáculo que se le pudiera oponer y, lleno de confianza, prosiguió su marcha. Los días siguientes, le sirvieron de etapas La Cañada, San Agustín del Palmar y Quetcholac (1). El 4 de mayo entró en Amozoc, y el 5, á las nueve de la mañana, llegó frente á Puebla á la cabeza de su columna, y acompañado por M. Dubois de Saligny y por el general Almonte.

Solemne era el instante, porque por fin se iban á tener informes acerca de las verdaderas disposiciones del país. Ni nuestro ministro, ni el supremo jefe interino de la nación, manifestaban la menor duda acerca de ellas. El general Márquez y numerosos disidentes vendrían muy pronto á brindarnos su adhesión armada: en cuanto á la ciudad de Puebla, contábamos con las simpatías de sus habitantes, los cuales se disponían todos á abrirnos las puertas de la población.

Todavía insistían en afirmarlo así M. Dubois de Saligny y el general Almonte al general Loren-

(1) El itinerario de Orizaba á Puebla había sido preparado, merced á los cuidados del general Lorencez, con notable precisión. Todas las particularidades de la ruta estaban señaladas en él. Hubiéramos querido reproducir ese documento, interesante sobre todo para los militares; pero hemos debido abstenernos por temor de engrosar mucho este libro.

cez, cuando de la terraza del convento, que se halla á la derecha de la ciudad, sobre el cerro de Guadalupe, partieron varios disparos y cuando tres granadas vinieron á caer á pocos metros nada más que de nuestra vanguardia.

He ahí que las dudas se disipan y que ya no es posible equivocarse acerca de los decires de nuestro ministro, ni acerca de las disposiciones en que se encuentran los habitantes de Puebla. La verdad es que se preparan á oponernos vigorosa resistencia y que se preparan á recibir á las tropas francesas, no con ramos de flores, como se ha repetido tantas veces, sino con balas y granadas.

El contraste entre semejante recepción y lo que se esperaba que sería, causa admiración, sorpresa, tan profundas como penosas. ¡La aventura se va volviendo trágica!

Y bien, ¡seal! — se dicen todos los que componen el pequeño ejército — puesto que es preciso batirse, batámonos! Y cada uno toma sus disposiciones para el combate.

Un reconocimiento, realizado con rapidez, determina al general á atacar ese convento de Guadalupe, transformado en fortaleza, que domina la ciudad desde sesenta metros, más ó menos. Con todo se otorga á las tropas una hora de descanso para que tomen café; la artillería, sin pérdida de tiempo, se forma en batería, delante de una zanja, á la derecha del camino y á poca distancia de la hacienda de Rementería, que es ocupada en seguida por el servicio de ambulancia.

El fuego se abre algunos instantes después del

medio día y durante una hora, nuestros bien dirigidos obuses estallan sobre las torres de la iglesia del convento y producen serios destrozos entre sus defensores. La artillería recibe entonces orden de aproximarse: avanza á 2,000 metros de las murallas para batirlas en brecha; pero los accidentes del terreno quitan á sus disparos la precisión que tenían.

Gástanse las municiones sin mayores resultados: el general Lorencez se decide á dar un golpe de audacia. Bajo nutridísimo fuego que no basta para contener su impulso, se lanzan dos columnas, compuestas de zuavos y de cazadores de á pie, al asalto de la fortaleza. Pronto escalan las murallas y nuestros tres colores flotan un instante al borde de las fortificaciones.

Mas quien logró plantarlos allí, rueda pronto por el foso. La iglesia del convento se ha transformado en un reducto inexpugnable, ante el cual se estrella el valor de nuestros soldados. Heridos á quema ropa, cógeles por detrás el fuego del fuerte de Loreto y el de dos regimientos de infantería mexicana. En vano acude á socorrerles la reserva, compuesta de marinos; ella sufre á su vez pérdidas importantes. La lucha prosigue, sin embargo; pero una tormenta espantosa que de súbito se desencadena, hace más mala y peligrosa la situación; los asaltantes se resbalan en un terreno mojado por la lluvia. La posición se hace insostenible. El ataque ha fracasado y ante el número de los defensores, á los que el éxito llena de audacia, parece una locura el continuarlo. No se

lograria otra cosa más que convertirlo en desastre.

Lo comprende así el comandante en jefe y se resigna á ordenar la retirada, cuyos movimientos dirige el coronel Gambier con grande sangre fría. A las cuatro de la tarde, nuestras tropas, en orden admirable, bajan por las pendientes de Guadalupe. Se ha escollado; pero gloriosamente: 465 hombres han quedado tendidos en el campo de batalla.

Antes del anochecer, se han levantado todas las tiendas, frente á Puebla, alrededor del convoy inmenso de viveres y bagajes que el ejército se ve precisado á llevar consigo.

Jamás olvidarán los que allí vivaquearon, la amargura de esa silenciosa noche de duelo en el campo, en tanto que llegaban los gritos de regocijo que, mezclados con las coplas de la Marsellesa, y con la música de este himno que ejecutaban las tropas mexicanas, partían de la ciudad, donde se celebraba un triunfo inesperado! Durante tres días permaneció allí la columna francesa, orgullosamente, cual si quisiera desafiar cualquier ataque, y los mexicanos á los que sólo sus murallas habían protegido, no salieron ni una vez. ¡Con qué ansia deseaba el pequeño ejército que le asaltarán sus vencedores de la víspera y qué revancha hubiese tomado en una batalla á campo raso!

Sin que se realizara esta esperanza, el ejército se vió precisado á resignarse á levantar el campo. El 8 de mayo, á las 4 de la tarde, comenzó su movimiento de regreso hacia Orizaba, á donde

llegó el 18 y en donde se estableció, en espera de los refuerzos y del material de guerra que para lo sucesivo se reconocían ser indispensables.

Ese mismo día, tuvo una ligera compensación de su fracaso del 5 de mayo. El general Tapia creyó poder atacar á un batallón del 99º de línea, que á las órdenes del comandante Lefevbre, formaba la retaguardia de la columna. La escaramuza fué de corta duración; pero los mexicanos no tuvieron sino que lamentarla, puesto que perdieron doscientos hombres entre muertos y heridos y puesto que se les hicieron 1,200 prisioneros. Ese combate, llamado de la Barranca Seca, devolvió alguna confianza á las tropas francesas, al par que hizo saber á los enemigos la inconveniencia de atacarlas cuando no tuviesen á su favor la superioridad excesiva del número, así como la protección de las trincheras.

Se ha criticado con viveza el modo con que el general Lorencez manejó el ataque de Puebla. No cumple al propósito de este relato el abordar problemas de estrategia retrospectiva, para lo cual, por lo demás, carecería el autor de competencia. He de limitarme á citar, á título de documento curioso y, sobre todo, mal conocido, porque no sé que hasta ahora se le haya publicado íntegro, el informe que el general Zaragoza, triunfador del 5 de mayo, envió al ministro de la guerra, con referencia al hecho de armas de ese día.

“Ejército de Oriente.—General en jefe.—Después de mi movimiento retrógrado que emprendí

desde las cumbres de Acultzingo, llegué á esta ciudad el día 3 del presente, según tuve el honor de dar parte á vd. El enemigo me seguía á distancia de una jornada pequeña, y habiendo dejado á retaguardia de aquél la segunda brigada de caballería, compuesta de poco más de 300 hombres, para que en lo posible lo hostilizara, me situé, como llevo dicho, en Puebla. En el acto di mis órdenes para poner en un regular estado de defensa los cerros de Guadalupe y Loreto, haciendo activar las fortificaciones de la plaza, que hasta entonces estaban descuidadas.

“Al amanecer del día 4 ordené al distinguido general C. Miguel Negrete, que con la segunda división de su mando, compuesta de 1,200 hombres, lista para combatir, y á su mando, ocupara los expresados cerros de Loreto y Guadalupe, los cuales fueron artillados con dos baterías de batalla y montaña. El mismo día 4 hice formar de las brigadas Berriozábal, Díaz y Lamadrid, tres columnas de ataque, compuestas: la primera de 1,082 hombres, la segunda de 1,000 y la última de 1,020, toda infantería, y además una columna de caballería con 550 caballos, que mandaba el C. general Antonio Alvarez, designando para su dotación una batería de batalla. Estas fuerzas estuvieron formadas en la plaza de San José hasta las doce del día, á cuya hora se acuartelaron. El enemigo pernoctó en Amozoc.

“A las cinco de la mañana del memorable día 5 de mayo, aquellas fuerzas marchaban á la línea de batalla que había yo determinado, y verá vd. mar-

cada en el croquis adjunto: ordené al C. comandante general de artillería, coronel Zeferino Rodríguez, que la artillería sobrante la colocara en la fortificación de la plaza, poniéndola á disposición del C. comandante militar del Estado, general Santiago Tapia.

“A las diez de la mañana se avistó el enemigo, y después del tiempo muy preciso para acampar, desprendió sus columnas de ataque, una hacia el cerro de Guadalupe, compuesta como de 4,000 hombres con dos baterías, y otra pequeña de 1,000 amagando nuestro frente. Este ataque, que no había previsto, aunque conocía la audacia del ejército francés, me hizo cambiar mi plan de maniobras y formar el de defensa, mandando en consecuencia, que la brigada Berriozábal á paso veloz, reforzara á Loreto y Guadalupe, y que el cuerpo Carabineros á caballo fuera á ocupar la izquierda de aquéllos, para que cargara en el momento oportuno. Poco después mandé al batallón Reforma de la brigada Lamadrid, para auxiliar los cerros que á cada momento se comprometían más en su resistencia. Al batallón de Zapadores de la misma brigada le ordené marchase á ocupar un barrio que está casi á la falda del cerro, y llegó tan oportunamente, que evitó la subida á una columna que por allí se dirigía al mismo cerro, trabando combates casi personales. Tres cargas bruscas efectuaron los franceses, y en las tres fueron rechazados con valor y dignidad; la caballería, situada á la izquierda de Loreto, aprovechando la primera oportunidad, cargó bizarra-

mente, lo que les evitó reorganizarse para nueva carga.

“Cuando el combate del cerro estaba más empeñado, tenía lugar otro no menos reñido en la llanura de la derecha que formaba mi frente.

“El C. general Díaz, con dos cuerpos de su brigada, uno de Lamadrid con dos piezas de batalla y el resto de la de Alvarez, contuvieron y rechazaron á la columna enemiga, que también con arrojo marchaba sobre nuestras posiciones: ella se replegó hacia la hacienda de San José, donde también lo habían verificado los rechazados del cerro, que ya de nuevo organizados se preparaban únicamente á defenderse, pues hasta habían claraboyado las fincas; pero yo no podía atacarlos, porque derrotados como estaban, tenían más fuerza numérica que la mía: mandé, por tanto, hacer alto al C. general Díaz, que con empeño y bizarría los siguió, y me limité á conservar una posición amenazante.

“Ambas fuerzas beligerantes estuvieron á la vista hasta las siete de la noche, que emprendieron los contrarios su retirada á su campamento de la hacienda de los Alamos, verificándolo poco después la nuestra á su línea.

“La noche se pasó en levantar el campo, del cual se recogieron muchos muertos y heridos del enemigo, y cuya operación duró todo el día siguiente; y aunque no puedo decir el número exacto de pérdidas de aquél, sí aseguro que pasó de mil hombres entre muertos y heridos, y ocho ó diez prisioneros.

"Por demás me parece recomendar á vd. el comportamiento de mis valientes compañeros; el hecho glorioso que acaba de tener lugar, patetiza su brío, y por si solo los recomienda.

"El ejército francés se ha batido con mucha bizarría: su general en jefe se ha portado con torpeza en el ataque.

"Las armas nacionales, C. ministro, se han cubierto de gloria, y por ello felicito al primer magistrado de la República por el digno conducto de vd., en el concepto de que puedo afirmar con orgullo, que ni un solo momento volvió la espalda al enemigo el ejército mexicano, durante la larga lucha que sostuvo.

"Indicaré á vd., por último, que al mismo tiempo de estar preparando la defensa del honor nacional, tuve la necesidad de mandar á las brigadas O'Horán y Carbajal, á batir á los facciosos que en número considerable se hallaban en Atlixco y Matamoros, cuya circunstancia acaso libró al enemigo extranjero de una derrota completa, y al pequeño cuerpo de ejército de Oriente de una victoria que habría immortalizado su nombre.

"Al rendir el parte de la gloriosa jornada del día 5 de este mes, adjunto el expediente respectivo, en que constan los pormenores y detalles expresados por los jefes que á ella concurren.

"Libertad y reforma. Cuartel general en Puebla, á 9 de mayo de 1862.—I. Zaragoza.—C. ministro de la guerra.—México."

El informe de Zaragoza revela ingenuamente la embriaguez de un triunfo inesperado. Tal es su

gozo que duplica las cifras del ejército francés y de sus pérdidas, al mismo tiempo que aminora las de su propio ejército. Errores naturales y aun excusables: era tan escasa su esperanza de vencer y lo era también la de aquellos que le rodeaban, que llega hasta afirmar con orgullo que el ejército mexicano no volvió ni una vez la espalda al enemigo. Se nota que está tan alegre como sorprendido.

Zaragoza calumniaba al ejército mexicano. Los soldados mexicanos distan de ser cobardes: les basta estar bien mandados y bien dirigidos, y entonces no les falta valor. En los años subsiguientes habrían de probarlo en más de un encuentro.

El juicio que Zaragoza formula acerca del general Lorencez es severo; pero quizás es también justo. En todo caso carece del alcance que podría atribuirsele. Supongamos que el comandante en jefe hubiera tomado las mejores disposiciones; supongamos que su ataque hubiera sido coronado por el éxito; supongamos que á viva fuerza se hubiera apoderado de Puebla. ¿Mejora por eso la situación? Haciendo á un lado el prestigio de sus armas que, en lugar de disminuir habriase aumentado, debemos reconocer que no. ¿Qué hubiera sido del pequeño cuerpo expedicionario perdido en esa gran ciudad, lejos de Orizaba, más lejos todavía de Veracruz é impotente, dados los pocos hombres que le componían, para sostener relaciones con la escuadra? Las tropas mexicanas, que se hubieran reunido á corta distancia, á las que habrían venido á reforzar los diversos cuer-

pos de los jefes liberales, habrían vuelto á acosar á los vencedores de un día y tarde ó temprano habrían dado cuenta con un puñado de hombres aislado en país enemigo.

Ya no era posible forjarse ilusiones. Si las tropas francesas no estaban destinadas más que á servir de espantajo á los partidarios del gobierno juarista y si su marcha hacia México debía contar con la adhesión casi unánime de las poblaciones, eran lo suficientemente numerosas para lograrlo. Sobre esta base había calculado el gobierno francés y animado por esa convicción había marchado el general Lorencez hacia adelante. Desde el momento en que se tropezaba con resistencias, ya no era asunto de simple manifestación militar el que se traía entre manos, sino de una verdadera campaña; y en tal concepto, no era con siete mil hombres con lo que habría de esperarse poder derrotar á fuerzas susceptibles de elevarse hasta sesenta mil y someter un país cinco ó seis veces más extenso que Francia.

La verdad estallaba por manera brusca y las ilusiones abandonaban aún á los más confiados. Jamás había sabido la verdad el gobierno francés: por lo menos, no había querido verla, en su empeño de prestar más crédito á los decires de su ministro que á los del general Prim, del Almirante Jurien de la Graviere y de algunos espíritus serenos que trataban de informarle. Por su parte, el general Lorencez había resultado todavía más engañado por M. Dubois de Saligny; y el engaño recaía, no sólo acerca de las disposiciones de los

habitantes, sino también acerca del valor del ejército mexicano. Como quiera que sus esperanzas se desplomaban de mayor altura, puesto que se había dejado mecer presta y completamente por la idea de ser "el amo de México," el desengaño le produjo viva irritación y desde el día siguiente de su vuelta á Orizaba tuvo empeño en explicarse con su cuerpo de ejército, en la orden del día que le dirigió:

"Vuestra marcha hacia México ha sido detenida por obstáculos materiales que debiais estar bien lejos de esperar, según los informes que nos habían sido ministrados; cien veces se nos repitió que la ciudad de Puebla os llamaba ardientemente y que la población habría de precipitarse á vuestro encuentro para cubriros de flores.

"Nos hemos presentado ante Puebla, con la confianza que nos inspiraran esas engañosas seguridades. La población estaba erizada de barricadas y dominada por una fortaleza en la que habían sido acumulados los elementos de defensa. Nuestra artillería de campaña era insuficiente para abrir brecha en las murallas; pero, confiados en vuestra propia intrepidez, os precipitasteis, sin vacilación, sobre fortificaciones defendidas con artillería y con triple fila de fusiles.

"Soldados y marinos, el 5 de mayo disteis prueba de un valor heroico.

"Apenas se había establecido el cuartel general en Orizaba, cuando los mexicanos, no obstante su fracaso de Barranca Seca, resolvieron atacar

á los franceses, esperando desalojarlos y poder de esa suerte dar cuenta con los invasores antes de que pudiesen llegarles refuerzos.

El general Zaragoza, cuya división había tomado el título pomposo de ejército de Oriente, llegó el 12 de junio á Tecamalucan, población que dista unos 16 kilómetros de Orizaba. Imaginándose que el general Lorencez y los soldados de su mando se hallaban completamente desmoralizados por la falta de éxito de la expedición, y conocedor de los desacuerdos que habían surgido entre dicho general y M. Dubois de Saligny, le invitó á evacuar el país, proponiéndole una capitulación:

“Tengo datos para creer que Ud. y los jefes y oficiales de la división de su mando, han remitido una protesta al Emperador contra la conducta del ministro Saligny, por haberlos arrastrado con engaño á una expedición contra un pueblo que antes de ahora ha sido el mejor amigo del pueblo francés. Esta circunstancia, y el conocimiento de la situación difícil que guarda el ejército francés y el deseo de procurarle una retirada honorífica, me deciden á proponer á Ud. una capitulación, cuya base principal sea la evacuación del territorio de la República en un tiempo convenido. Creo que mi gobierno no reprobará este nuevo llamamiento á la paz, porque sin traslimar mis atribuciones, puedo evitar el derramamiento de sangre de los hijos de dos naciones á quien solo el error y la intriga han podido hacer aparecer como enemigos, y este pensamiento ha sido

el del Gabinete constitucionalista desde el principio de la invasión.

“Si no se acepta este ofrecimiento hecho á la parte de los franceses que vienen de buena fe, habré llenado mi último deber en la vía humanitaria, y procederé á cumplir con las órdenes que tengo, pesando entonces la responsabilidad de lo que venga, únicamente sobre los que se han obstinado en una empresa condenada por la razón y la justicia.

“Cuartel general de Tecamalucan, junio 12 de 1862.—(Firmado.)—*Ignacio Zaragoza*.—Señor general en jefe de las fuerzas francesas en México.—Orizaba.”

Cualquiera que fuese el disgusto del general Lorencez contra M. Dubois de Saligny, nada dejó que de él se trasluciese y entregó al parlamentario que le llevara la carta del general mexicano, esta lacónica respuesta:

“El General Comandante de las tropas francesas en México, no se encuentra revestido de los poderes políticos de su gobierno, que éste ha conferido á M. de Saligny; por tanto, le es imposible entrar en la senda de las negociaciones que le propone el señor General Zaragoza. El ministro de Francia es el único que tiene competencia para recibir insinuaciones de esa naturaleza. — *El general conde de Lorencez*.—Orizaba, 12 de junio de 1862.”

Amenazada por fuerzas superiores, la guarnición de Orizaba preparó su resistencia, formando por medio de fosos y de barricadas un reduc-

to en el centro de la población, cuyas puertas de entrada protegió por medio de cortaduras. No se descuidó sino una cosa que fué el ocupar la cumbre del cerro del Borrego, colina de cerca de 300 metros de altura que domina la ciudad y cuya pendiente es por tal manera vertical que pudo creerse inaccesible tanto para el enemigo como para los franceses. Los contrafuertes de este cerro tenían tanto bosque que parecían impenetrables.

Sin embargo, las tropas mexicanas del general Ortega lograron abrirse paso por ahí. Cuando se advirtió su presencia, la noche del 13 de junio, merced á un reconocimiento verificado por el norte de la ciudad por el general aliado Taboada, la sorpresa fué grande.

Ella podía constituir un peligro considerable para el ejército francés: el general Lorencez resolvió apartarlo á cualquier precio, y para el efecto dió orden de que se ocupase inmediatamente el Borrego.

Una compañía del 99° de línea fué designada para ejecutar ese audaz golpe de mano. La mandaba un oficial del mayor mérito, ascendido á capitán pocos días antes en el combate de la Barranca Seca: M. Détrie.

Lo mejor que aquí podemos hacer es cederle la palabra, porque su informe es una página de elocuente sencillez, que hace resaltar, mejor de lo que podríamos hacerlo nosotros, la bravura y la sangre fría del jefe y de los soldados. Se les apreciará con mayor justicia, sabiendo de antemano

que el efectivo total de la compañía no pasaba de ochenta hombres.

"Mi comandante: tengo el honor de dirigir á Ud. un informe detallado, relativo al combate que se libró durante la noche del 13 al 14 de junio de 1862, bajo los muros de la ciudad de Orizaba.

"De conformidad con la orden que yo habia recibido de ir á ocupar la posición que se encuentra sobre la montaña situada á la derecha de la puerta de Puebla, parti de Orizaba á la media noche con la tercera compañía que tengo el honor de mandar; como la posición podia hallarse ocupada por el enemigo y como, por lo demás, comprendia toda la importancia de la misión que se me confiara, tomé las disposiciones siguientes:

"Cuando me hube hallado al pie de la montaña, hice que me adelantaran sólo dos hombres y que mi compañía siguiera de uno en uno, exigiendo de todo; modos el mayor silencio. Llegado á cerca de treinta metros del punto dominante, reemplacé á esos dos hombres por cuatro ojeadores, á las órdenes del furriel. Llevaban por misión la de marchar desplegados, espaciados tanto cuanto lo permitiera el terreno y de estar preparados para cualquiera eventualidad y sobre todo de detenerse á pocos metros de la cima para tomar aliento y conservar todo su vigor, á fin de llevar á feliz término el rudo golpe de mano que yo meditaba, y de evitar, por medio de la prontitud, que el enemigo nos hiciera fuego.

"La noche estaba obscura y apenas permitia que un hombre se viese á la distancia de tres metros.

Mis tiradores pudieron llegar hasta la planicie sin ser notados y como yo llegara también con algunos hombres de la derecha de mi compañía, el furriel me hizo saber que se oía ruido en un bosquecillo, preguntándome si era preciso disparar. No suponiendo que la posición estuviese ocupada por el enemigo, prohibí tirar, pensando buenamente que algunos habitantes de Orizaba habían huido, retirándose á la montaña. Pero, apenas habían avanzado algunos pasos, recibieron una fuerte descarga, que felizmente no hirió á nadie.

“Entonces, ellos se precipitan vivamente sobre el enemigo, llegan á la cresta y emprenden el combate.

“Viendo que la posición estaba ocupada por mis tiradores, hice echar los sacos á tierra y me lancé adelante con el sargento mayor Gat y algunos hombres de la derecha de mi compañía, pues los otros no llegaban aún. Me encontré frente á un enemigo muy numeroso que trataba de recobrar del furriel Cros una pieza de cañón que había tomado con sus cuatro hombres, de los que tres acababan de ser heridos. Los pongo en fuga, y como llegarán algunos individuos de los de la izquierda, pude ordenar: “¡Adelante, á la bayoneta!” El enemigo, desmoralizado al principio por un ataque tan brusco, quiere tomar otra vez la ofensiva con fuerzas muy numerosas, pero Sombret llega con los hombres que han podido seguirle. Viendo entonces casi toda mi gente reunida, me lanzo de nuevo sobre el enemigo, y, por más que éste defiende

su posición palmo á palmo, le hago retroceder empujándole cerca de una hora, sin que logre detenerme un instante.

“Llegado al pie de la segunda montaña y viendo cómo las fuerzas del enemigo aumentaban en lugar de disminuir, y no teniendo sino algunos hombres á mi alcance (M. Sombret, el sargento mayor, el furriel y los dos sargentos estaban heridos), no me atreví á empujar más, temeroso de que el enemigo no notase la debilidad de mi efectivo y cayese sobre mí.

“Entonces hice emboscar á los hombres que quedaban disponibles, recomendándoles que mantuvieran la posición y que no retrocedieran por pretexto alguno; estaba seguro de que el fuego había sido oído y de que no tardaría en recibir un refuerzo. Me quedé en esa posición durante hora y media. A las tres y media llegó la segunda y, cuando me vi más fuerte, tomé las disposiciones siguientes á fin de terminar y de echar á rodar definitivamente al enemigo:

“Tomé de la segunda al furriel y al sargento: cada uno de ellos mandaba diez hombres y debía marchar á algunos metros debajo de la cresta superior, uno á la derecha, el otro á la izquierda, de modo que desalojaran al enemigo, que seguía emboscado delante de nosotros, emprendiendo el combate con él. Hallándose dispuestas la tercera y la segunda, ordené: “¡Adelante, á la bayoneta!” El enemigo no pudo resistir á semejante ataque: rechazado dos veces, vuelve á la carga, se junta y nos recibe con un fuego terrible; pero viéndo-

le por tierra por todas partes, incito á mis hombres á caerle encima, á la bayoneta, sin tirar. Pero en el mismo instante recibo una herida que no me permite ir más lejos. Sin embargo, estaba seguro de que la posición era nuestra.

Como comentario, no añadiremos sino esto: la segunda compañía contaba con cerca de 70 hombres que, junto con los 80 de la tercera, formaban un total de 150 hombres. Los mexicanos que ocupaban el cerro del Borrego eran más de dos mil.

La heroica acción del capitán Detriche tuvo gran importancia al día siguiente.

El 14 por la mañana, Zaragoza, que contaba con el apoyo de Ortega, abre el fuego sobre la parte occidental de Orizaba. Pero le responden del Borrego: ¿Ortega ha sido, pues, desalojado? Las granadas vienen, en efecto, de los obuseros de que Detriche se apoderó la noche precedente, y desde los cuales dirige sus tiros contra las tropas de Zaragoza. De esta manera desagradable supo éste nuestro éxito de la víspera, pequeña revancha del ataque de Guadalupe.

Desengañado de la ilusión de sorprendernos, "el ejército de Oriente" no piensa sino en la retirada. Levanta el campo á la noche siguiente y toma el camino de Puebla, donde, á su vez, se ocupa en fortificarse seriamente, previendo que los franceses, que ya conocen el camino, volverán algún día.

El 15 de junio, el general Almonte, que se había quedado con el cuerpo expedicionario, creyó

de su deber subrayar la derrota de los generales juaristas y hacer un nuevo llamamiento al país. Dirigió á sus conciudadanos una proclama, cuyos términos ampulosos y redundantes parecerían muy exagerados, si no se tuviese en cuenta que fué escrita en español y para antiguos súbditos españoles:

"D. Juan N. Almonte, jefe supremo interino de la Nación, á sus conciudadanos.—Mexicanos: Dos grandes acontecimientos han tenido lugar ayer en las inmediaciones de esta ciudad. El ejército juarista, al mando de los jefes demagogos más afamados y ameritados por sus crímenes contra la sociedad, se presentó amenazante haciendo con impudente arrogancia intimaciones altaneras al valiente y pundonoroso general en jefe de las fuerzas francesas. La más completa derrota por ciento cincuenta bravos soldados del Regimiento 99, á las órdenes del intrépido y valiente capitán Detriche, á cuatro mil de la afamada división de Zaca-tecas, ha sido la respuesta que el ejército del Emperador de los franceses ha dado á las hordas vandálicas que lo creían acobardado. Zaragoza ha levantado furtivamente y en la obscuridad de la noche su campamento, colocado frente al nuestro con arrogante aparato de hostilidad, y marcha en desorden y precipitadamente, perseguido de cerca por la caballería nacional, á repasar por cuarta vez y tan vergonzosamente, como las otras, las para él tristemente memorables cumbres de Acultzingo. Los generales y jefes liberales González Ortega, héroe de Calpulalpan, Alatorre, Al-

cocer, Pedraza, Colombres y otros, han encontrado humilde sepulcro en el cerro del Borrego, y esta ciudad, que llena de confianza en el valor y entusiasmo del ejército franco-mexicano que la guarnece, presencié la lucha, ha podido convenirse de la impotencia de aquellos que en su ferocidad juzgaron dar á sus tropas, con la esperanza del saqueo de la población, el valor que no les inspira la infamante causa que defienden. — Mexicanos: Igual suerte á la que ha cabido á la llamada heroica y ameritada división de Zacatecas y que antes cupo en Acultzingo y Barranca Seca á las hordas de Zaragoza y Doblado, tendrán en cuantas ocasiones osen esperar al nunca vencido ejército francés y al entusiasta nacional, porque ellos defienden la causa de la independencia y nacionalidad de México y aquéllos la de la barbarie y el pillaje. Continúad, pues, teniendo confianza en el ejército franco-mexicano y en vuestro compatriota. — *Juan N. Almonte.* — Orizaba, junio 15 de 1862."

Este llamamiento no produjo efecto de ninguna especie y la situación siguió siendo de las más graves.

Sin la bella y enérgica conducta del capitán de navío Rose, que mandaba en Veracruz, quizás hubiésemos perdido ese puerto y, por consiguiente, toda comunicación con Francia. Afrontando todas las dificultades, este oficial supo mantener la pequeña tropa que había quedado bajo sus órdenes, á pesar de las malas noticias que disminuían su energía y á pesar de las fiebres que la

diezmaban. Más aún: se esforzó en preparar un convoy de víveres, acudiendo de esa suerte, no obstante su propia crítica situación, al socorro del ejército.

No fué él el único que diera muestras de bravura y de espíritu de sacrificio tanto más grandes, cuanto que se ejercían en un teatro menos brillante; y nos prometemos extendernos alguna vez acerca del papel importante y admirable desempeñado por la marina durante toda la expedición.

La retirada de Zaragoza había devuelto cierta seguridad á las tropas de Orizaba, á donde llegara en la primera quincena de junio el general Douay, con trescientos hombres de refuerzo y, precisamente, á tiempo para cooperar á la defensa de la población; pero era muy difícil hacerse de vituallas y, para colmo de desgracias, escaseaba grandemente el dinero. Además, Márquez que con sus soldados habíase, por fin, unido á nuestro ejército, no pretendía prestar desinteresadamente su concurso. Y era un tormento para el pagador en jefe, tener que satisfacer las exigencias de esas gentes que tenían más de bandidos que de soldados, mientras nuestros hombres soportaban mil sufrimientos.

Puedo, todavía acerca de este punto, como acerca de tantos otros, dar una prueba de semejante estado de cosas, gracias á un documento inédito que arroja dolorosa luz sobre la historia de ese período. Es una carta del general Lo-

rencez á M. Ernesto Louet, á propósito del famoso Márquez:

«Orizaba, 21 de junio de 1862.»

Señor pagador:

He hecho preguntar á vd. si se encuentra en posibilidad de suministrarme 4,000 pesos. No se trata aquí de agradar ó desagradar á personas que pudieran no ser simpáticas para vd. Le ruego que ponga á un lado toda cuestión personal, como lo hago yo mismo. Se trata de pagar á la parte del ejército de Márquez encargada de proteger nuestro convoy; y me limito á decirle que, si no puede procurarme esos 4,000 pesos, la existencia del ejército podrá verse comprometida.

Reciba vd. etc.—*General conde de Lorencez.*»

Por fin se logró vencer esas dificultades, dando cada cual el ejemplo de la abnegación y del deber.

Más libre en sus movimientos el general Lorencez escalonó sus tropas en Córdoba, en el Chiquihuite, en la Soledad y en Veracruz, para asegurar los convoyes. Luego, confiado en el valor de sus soldados que no se desmentía, á despecho de privaciones, de las tristezas de la situación y de lo insalubre del clima, esperó noticias de Europa.

CAPITULO V

Emoción que se experimenta en Francia al recibirse las noticias de México.—El Emperador al general Lorencez.—Carta confidencial del Ministro de la Guerra.—El general Forey, comandante en jefe del cuerpo expedicionario.—Orden del día del 20 de octubre de 1862.—Partida del general Lorencez.—Saudades del ejército.—Disolución del gobierno provisional del general Almonte.—Proclama del general Forey.—Instrucciones secretas dadas por el Emperador al nuevo comandante en jefe.—Línea política.—Establecimiento de un gobierno duradero.—República ó monarquía.

Quando se supo el fracaso de las tropas francesas ante Puebla, la admiración fué considerable en Europa y la emoción profunda en Francia. Sin reflexionar en el pequeño número de nuestros soldados ni en las dificultades de toda clase con que habría de tropezar una expedición tan lejana, todos se sentían estupefactos al encontrar semejante resistencia en un pueblo que se consideraba, no sin complacencia, sin fuerza y sin ejército, una especie de conjunto de tribus, sin cohesión, más bien que una nación organizada. Más adelante, se han repetido para Europa las sorpresas de este género, de tal suerte, que ya está un poco acostumbrada á la idea de que existen hombres por todas partes, lo mismo en

rencez á M. Ernesto Louet, á propósito del famoso Márquez:

«Orizaba, 21 de junio de 1862.»

Señor pagador:

He hecho preguntar á vd. si se encuentra en posibilidad de suministrarme 4,000 pesos. No se trata aquí de agradar ó desagradar á personas que pudieran no ser simpáticas para vd. Le ruego que ponga á un lado toda cuestión personal, como lo hago yo mismo. Se trata de pagar á la parte del ejército de Márquez encargada de proteger nuestro convoy; y me limito á decirle que, si no puede procurarme esos 4,000 pesos, la existencia del ejército podrá verse comprometida.

Reciba vd. etc.—*General conde de Lorencez.*»

Por fin se logró vencer esas dificultades, dando cada cual el ejemplo de la abnegación y del deber.

Más libre en sus movimientos el general Lorencez escalonó sus tropas en Córdoba, en el Chiquihuite, en la Soledad y en Veracruz, para asegurar los convoyes. Luego, confiado en el valor de sus soldados que no se desmentía, á despecho de privaciones, de las tristezas de la situación y de lo insalubre del clima, esperó noticias de Europa.

CAPITULO V

Emoción que se experimenta en Francia al recibirse las noticias de México.—El Emperador al general Lorencez.—Carta confidencial del Ministro de la Guerra.—El general Forey, comandante en jefe del cuerpo expedicionario.—Orden del día del 20 de octubre de 1862.—Partida del general Lorencez.—Saudades del ejército.—Disolución del gobierno provisional del general Almonte.—Proclama del general Forey.—Instrucciones secretas dadas por el Emperador al nuevo comandante en jefe.—Línea política.—Establecimiento de un gobierno duradero.—República ó monarquía.

Quando se supo el fracaso de las tropas francesas ante Puebla, la admiración fué considerable en Europa y la emoción profunda en Francia. Sin reflexionar en el pequeño número de nuestros soldados ni en las dificultades de toda clase con que habría de tropezar una expedición tan lejana, todos se sentían estupefactos al encontrar semejante resistencia en un pueblo que se consideraba, no sin complacencia, sin fuerza y sin ejército, una especie de conjunto de tribus, sin cohesión, más bien que una nación organizada. Más adelante, se han repetido para Europa las sorpresas de este género, de tal suerte, que ya está un poco acostumbrada á la idea de que existen hombres por todas partes, lo mismo en

Tonkín que en Massaouah, en Kartoum, como en Zanzibar.

Francia que, por lo que respecta á la gran mayoría de sus habitantes, había visto con pena cómo el gobierno imperial se lanzaba en una aventura no sólo peligrosa, sino, en concepto de esa gran mayoría, poco justificada, Francia se extremó como un solo hombre; y, viendo comprometido el honor nacional y que era necesario para su fama vengar el fracaso sufrido por su bandera, no regateó ni hombres ni dinero.

No faltaron en el Cuerpo Legislativo y en la prensa voces discordantes; pero el atribuir las á profunda perspicacia, sería sencillamente ingenuo: aquellos que hablaron contra la extensión dada á la expedición y cuyos discursos sirvieron sobre todo para avivar la resistencia de nuestros enemigos, no lo hicieron porque fuesen más clarividentes, sino, en puridad, porque eran opositores. La prueba de ello es manifiesta: habiendo cambiado las posiciones veinte años más tarde, los papeles cambiaron á su vez.

El Emperador había resuelto elevar á treinta mil hombres el efectivo del cuerpo expedicionario. El general Lorencez, recién promovido al grado de general de división, no podía recibir el mando en jefe del nuevo ejército. Además, no estaban contentos con él en París: se le censuraba, sobre todo, por su animosidad contra M. Dubois de Saligny, cuya influencia seguía siendo preponderante á pesar del aspecto malo que tomaran los acontecimientos y á pesar de que los

hechos hubieran dado un patente mentis á sus optimistas previsiones.

Deseoso de conservar el prestigio del comandante á los ojos de sus soldados, el Emperador dirigió al general Lorencez una carta que se insertó en la orden del día del cuerpo expedicionario:

«París, 15 de junio de 1862.

Mi querido general:

«Supe con placer el brillante hecho de armas de las Cumbres y con pena la falta de éxito del ataque dirigido contra Puebla.

«Es ley de la guerra el ver que algunos reveses oscurezcan á los triunfos deslumbradores; más no por esto perdáis vuestro valor: el honor del país se encuentra comprometido y se os sostendrá con todos los refuerzos necesarios.

«Expresad á las tropas que se encuentran á vuestras órdenes, toda mi satisfacción por su valor y por su perseverancia para soportar las fatigas y las privaciones; mientras más lejos se encuentran, más solícito me intereso por ellas.

«He aprobado vuestra conducta, aunque parece que no todo el mundo la ha comprendido.

«Habéis hecho bien, protegiendo al general Almonte: hallándonos en guerra con el actual gobierno de México, todos los que quieran refugiarse al amparo de nuestra bandera, tendrán igual derecho á nuestra protección; pero ella no debe ejercer influencia alguna en nuestra política futura. Imponer un gobierno cualquiera al pueblo

mexicano, sería contrario á mis intereses, mi origen y mis principios.

“Que escoja con toda libertad la forma que le convenga. Yo no le pido sino sinceridad en sus relaciones exteriores y no deseo más que una cosa: la felicidad y la independencia de ese bello país, bajo un gobierno regular y estable.

“Sin más, os renuevo la seguridad de mis sentimientos.

NAPOLEÓN.”

Pero junto con esta carta, destinada á la publicidad, el correo llevaba otra, harto diferente, del Ministro de la Guerra:

«Mi querido general:

Recibo en este momento una orden del Emperador, que me impone la obligación de dirigiros, las observaciones siguientes:

El Emperador admira el valor desplegado por los soldados en el ataque contra Puebla; pero Su Majestad no ha encontrado oportuno ese ataque. La artillería no debió ponerse en batería contra fortificaciones situadas á la distancia de 2,500 metros.

El Emperador os recomienda que conservéis buenas relaciones con M. de Saligny, que es su representante en México, así como con el señor general Almonte y demás jefes mexicanos que acudan á nosotros.

El general Forey tomará pronto el mando general: mientras tanto, no hagáis otra cosa más que organizar la resistencia y aprovisionaros.

El correo va á partir y ya no tengo tiempo sino para renovaros, mi querido general, las seguridades de mi afecto.

MARISCAL RANDON.»

Al mismo tiempo, se llamó al coronel Letellier-Valazé, jefe de estado mayor, que se mostraba particularmente agresivo contra nuestro ministro plenipotenciario, circunstancia que pudo muy bien resucitar el recuerdo de los ataques que dirigiera en otro tiempo, y cuando era edecán del general Changarnier, al Príncipe Presidente.

El general Lorencez se mostró muy ofendido con esos procedimientos y con esos reproches y también no poco herido por las correspondencias que reproducían los periódicos de Francia, en las cuales se criticaba violentamente su conducta: persuadido, con razón ó sin ella, que la principal de estas correspondencias, al mismo tiempo que la más hostil procedía del general Félix Douay, que llegara de Francia el 16 de mayo, para desempeñar las funciones de segundo comandante, no creyó deber desistir de la solicitud que habia hecho de regresar á Francia en cuanto llegara el general en jefe.

Rehusó el mando de una división que se le habia reservado en los cuadros del nuevo cuerpo de ejército. Tenia prisa de comparecer ante el Emperador para justificarse y, sobre todo, para combatir la influencia de M. Dubois de Saligny.

Su efectiva bravura, la dignidad de su carácter

ter y sus virtudes militares le habían hecho merecedor de las simpatías de todo el ejército. Su antagonismo con nuestro ministro y su resolución de no dejarse dominar por él, no habían hecho más que aumentar esas simpatías. Aprovechó el derecho que le asistía de dirigir la palabra á las tropas que iba á abandonar, para expresar libremente su amargura:

“Soldados y marinos:

“El Emperador ha decidido que el cuerpo expedicionario de México se eleve á 25,000 hombres, cuyo mando ha confiado al señor general Forey, caballero gran cruz de la Legión de Honor y Senador.

“Soldados y marinos: Os digo adiós. Mientras viva, pensaré con orgullo en los días de peligro y de gloria que hemos vivido, cuando os mandaba en jefe. Llegará el día en que la historia refiera cómo, después de la retirada de los ingleses y de los españoles y de la defección de los jefes de la parte de la nación mexicana que solicitara la intervención francesa, un pequeño cuerpo de ejército de seis mil hombres supo mantenerse, intrépido y fiero, en el corazón de un Estado inmenso y á 2,500 leguas de su patria. La historia dirá que un ejército francés parece haber venido á México para ofrecer al nuevo mundo el espectáculo de todos los valores y de todas las virtudes guerreras.

“Ya el desprecio público ha hecho obra de justicia con la baja de nuestros detractores. No

pasará mucho tiempo, creedlo, sin que se desmascaren las mentiras impudentes y sin que el ejército de México reciba satisfacción completa.

“Dentro de poco, cuando yo llegue al suelo de la patria, todos acudirán á pedirme noticias vuestras: yo responderé que se preparen á recibirnos bien y á honraros á vuestro regreso, porque, en México, lo mismo que en Crimea, que en Italia y que en Africa, habéis sido los soldados valientes y los dignos hijos de Francia.

“Adiós, soldados y marinos: mis votos irán siempre con vosotros y vuestro recuerdo vivirá siempre en mi corazón.

“El General de División.—CONDE DE LORENCEZ.—Orizaba, 20 de octubre de 1862.”

El 25 de octubre, entregó el mando al general Forey; y, al partir, el 10 de noviembre, fué objeto de una conmovedora manifestación: la mayor parte de los oficiales del ejército se empeñó en acompañarle á caballo hasta dos leguas de la población.

El nuevo comandante había llegado á Veracruz desde hacía ya varios meses. Desembarcó á fines de julio; pero fuera que no considerara suficientemente seguras las comunicaciones con Orizaba, fuera que tuviese empeño en vigilar por sí mismo el desembarco de las tropas y del material de refuerzo, permaneció en ese puerto, é hizo que allí permanecieran las tropas, hasta que reunió cantidad suficiente de viveres y medios numerosos de transporte. Nadie parecía preocu-

parse de los destrozos que el clima causaba entre los recién llegados. Se perdió además, de esa suerte, un tiempo precioso. Pero se obedecía de ese modo á una inclinación muy natural en el espíritu humano: después de una campaña audaz y aventurada hasta la locura, venia ahora la excesiva prudencia.

El primer acto político del general Forey consistió en desconocer públicamente el gobierno que se había constituido sin el concurso de la nación. Invitó al general Almonte á disolver el ministerio de que se había rodeado, á abstenerse de promulgar leyes ni decretos y á abstenerse de usar el título de jefe supremo de la nación, con que se había investido á sí mismo. Esta medida mereció general aprobación, tanto en México como en Europa.

Después dirigió al pueblo mexicano la siguiente proclama:

“Mexicanos: Al confiarme el Emperador Napoleón el mando del nuevo ejército que muy pronto se me reunirá, me encargó que os haga conocer sus verdaderas intenciones.

“Cuando hace algunos meses España, Inglaterra y Francia, experimentando las mismas necesidades, se vieron conducidas á reunirse por un mismo motivo, el gobierno del Emperador no mandó á México sino un pequeño número de soldados, dejando á la nación más ultrajada la dirección principal para exigir la reparación de los agravios comunes. Pero por una fatalidad difícil de prever, los papeles se han invertido, y Fran-

cia ha quedado sola para defender lo que creía ser el interés de todos. Esta nueva situación no la hace retroceder. Convencida de la justicia de sus reclamaciones, fortalecida con sus intenciones favorables á la regeneración de México, ha perseverado y persevera más que nunca en el objeto que se ha propuesto.

“No es al pueblo mexicano á quien vengo á hacer la guerra, sino á un puñado de hombres sin escrúpulos y sin conciencia, que han pisoteado el derecho de gentes gobernando por medio del terror más sanguinario y que para sostenerse no han tenido vergüenza de vender á pedazos, al extranjero, el territorio de su país.

“Se ha tratado de excitar contra nosotros el sentimiento nacional pretendiendo haceros creer que venimos á imponer al país un gobierno á nuestro antojo; lejos de eso, luego que el pueblo mexicano sea manumitido por nuestras armas, elegirá libremente el gobierno que le convenga: *traigo expreso mandato de declarároslo así.*

“Los hombres de ánimo fuerte que han venido á reunirse á nosotros, merecen nuestra especial protección; mas en nombre del Emperador llamo, sin distinción de partidos, á todos los que quieran la independencia de su patria y la integridad de su territorio. No entra en la política de Francia mezclarse por un interés personal en las disensiones intestinas de las naciones extranjeras; pero cuando por legítimas razones se ve obligada á intervenir, lo hace siempre en el interés del país en que ejerce su acción.

"Recordad, mexicanos, que donde quiera que ondea su bandera, en América lo mismo que en Europa, representa la causa de los pueblos y de la civilización.

Veraacruz, septiembre 24 de 1862.

El general de división, senador, comandante en jefe del Cuerpo expedicionario de México.—*Forey.*"

¿Cuáles eran ahora los proyectos del nuevo comandante en jefe y qué instrucciones había recibido de su gobierno? Sus dos predecesores, el almirante Jurien de la Graviere y el general Lorencez, habían sido desautorizados: el general Forey debería, pues, de proceder de manera distinta.

Antes de su partida, el Emperador, desde Fontainebleau, le había enviado una nota fechada el 3 de julio de 1862, en la que se contenía la expresión de su pensamiento.

"No forma parte de mis costumbres—decía el Emperador—el recordar los acontecimientos pasados para criticar aquello que no ha tenido éxito.

"Si comienzo por hacer alusión á ellos, es porque el ejemplo de las faltas cometidas impedirá que en lo futuro se reincida en ellas y porque tengo derecho y aun deber de distribuir, según mi convicción, la censura ó el elogio.

"Como M. Saligny es el único que conoce bien el país y que se encuentra al corriente de los cargos que hay que formular, es importante, y

aun indispensable, que el general en jefe entre en íntimas relaciones con él y aproveche sus opiniones y su experiencia En efecto: todo se ha comprometido en México, desde el principio, por simples tiroteos y querellas de amor propio. No quiero que se repitan, porque son muy perjudiciales para el éxito de los mayores proyectos. La respuesta, que me abstengo de calificar, del general Lorencez, á la insolente notificación de Zaragoza, ha producido efecto deplorable, lo mismo que el que el enemigo se enterara de las disensiones surgidas entre el Estado Mayor (cuyo jefe lo era el señor coronel Valazé), M. de Saligny y el general Almonte.

"He aquí ahora la línea de conducta que deberá seguir el general en jefe:

1.—Lanzar, á su llegada, una proclama, cuyas principales ideas se le indicarán;

2.—Acoger con la mayor benevolencia al general Almonte y á todos los mexicanos que se le ofrezcan;

3.—No hacerse solidario de ningún partido. Declarar que todo es provisional, mientras la nación mexicana no resuelva. Mostrar gran deferencia por la religión; pero tranquilizar, al mismo tiempo, á los detentadores de bienes nacionales;

4.—Alimentar, armar y pagar, según los medios, á las tropas mexicanas auxiliares: hacerlas desempeñar el papel principal en los combates;

5.—Mantener, tanto entre nuestras tropas como entre las auxiliares, la más severa disciplina. Reprimir rigurosamente todo acto, toda expresión

hirientes para los mexicanos, cuyo carácter es preciso no olvidar; pues importa al éxito de la empresa, ganar, antes de todo, el ánimo de las poblaciones.

“Una vez llegado á México, *es de desearse* que el general Almonte y las personas notables de todos los matices, que hayan abrazado nuestra causa, convoquen, de acuerdo con las leyes mexicanas, una asamblea que decida acerca de la forma de gobierno y acerca de los destinos de México.

“Ayudará al nuevo gobierno á introducir en la administración y, sobre todo, en las finanzas, esa regularidad de que ofrece Francia el mejor de los modelos. Con ese objeto, se enviarán al Gobierno mexicano hombres capaces de secundarle en su nueva organización.

“El objeto que se trata de obtener no consiste en imponer á los mexicanos una forma de gobierno que le sea antipática, sino el de secundarles en sus esfuerzos para establecer, conforme á su voluntad, un gobierno que tenga probabilidades de ser estable y de poder garantizar á Francia la satisfacción de las ofensas de que se queja.

“No hay para qué añadir que si los mexicanos prefieren una monarquía, entra en los intereses de Francia el apoyarles; y en este caso, el general podrá postular al archiduque Maximiliano como candidato de Francia.

“No faltarán quienes os pregunten por qué vamos á gastar hombres y dinero para sentar á un príncipe austriaco en un tropo.

“En el actual estado de la civilización del mundo, la prosperidad de América no puede ser indiferente para Europa, porque ella alimenta nuestra industria y da vida á nuestro comercio. Estamos interesados en que la República de los Estados Unidos prospere y sea poderosa; pero estamos distantes de tenerlo en que se apodere de todo el golfo de México y se convierta en la única dispensadora de los productos del Nuevo Mundo. Dueña de México y, por consiguiente, de la América Central y del paso entre ambos mares, no habría, en lo sucesivo, en América, más potencia que los Estados Unidos.

“Si, por el contrario, México conquista su independencia y mantiene la integridad de su territorio; si allí se constituye un gobierno estable, por las armas francesas, habremos opuesto infranqueable dique á la expansión de los Estados Unidos, habremos mantenido la independencia de nuestras colonias y de las colonias españolas de las Antillas, habremos establecido nuestra bienhechora influencia en el centro de América y esta influencia irradiará tanto al norte como al sur, creará inmensas salidas á nuestro comercio y procurará á nuestra industria las materias necesarias.

“En cuanto al príncipe que podría ascender al trono de México, se verá siempre precisado á proceder de conformidad con los intereses de Francia, no sólo por gratitud, sino también porque los de su nuevo país estarán de acuerdo con

los nuestros y porque no podrá siquiera sostenerse sin el apoyo de nuestra influencia.

“Así, pues, hoy día, nuestro honor militar comprometido, la exigencia de nuestra política, el interés de nuestra industria y de nuestro comercio, todo nos obliga á marchar hacia México, á plantar allí nuestra bandera atrevidamente, y á establecer allí una monarquía, siempre que no sea incompatible con el sentimiento nacional, ó por lo menos, un gobierno que ofrezca alguna estabilidad.

“Desde el punto de vista militar, no tengo necesidad de recordar al general en jefe que, mientras más remota es una expedición, más debe procurarse conducirla con bien calculada mezcla de audacia y de prudencia: es decir que, por donde quiera que no haya que luchar contra obstáculos materiales, pueden aventurarse los golpes de mano y que, por el contrario, doquiera que se encuentran fortificaciones, debe procederse con la mayor circunspección. Lo que censuro absolutamente en el pasado asunto de Puebla, es el haber disparado mil cañonazos en tal posición y á tal distancia, que tenían que quedarse sin efecto.

“La gloria de un general no consiste sólo en el éxito, sino en los medios que ha empleado para conseguirlo. Mientras más cuida de la vida de sus soldados, mientras más obvia los obstáculos en lugar de atacarlos de frente, mientras sepa mejor en sus maniobras, dividir las fuerzas del enemigo y acrecer, por tal medio, sus propias probabilidades, de mayores cualidades dará prueba,

y en mayor grado justificará la confianza en él depositada.

“Recomiendo al general en jefe que no tenga sino una línea de operaciones. Si cree útil desembarazar la vía de Jalapa, yo no lo haría en su lugar, sino después de haber llegado á Puebla. Porque entonces, dueño de Veracruz, de Orizaba y de Puebla, yo me establecería en esta última ciudad y desde allí enviaría una columna sobre Jalapa, lo que abriría entonces los dos grandes caminos que conducen á Veracruz.

“Sin embargo, si según informes, esta columna corriese peligro de ser detenida por el fuerte de Perote, habría que guardarse de intentar una expedición inútil y abandonar el camino de Jalapa, que más tarde se abriría por ella misma.

“Para apoderarse de Puebla, estimo perfectamente inútil el sitio de Guadalupe y de Loreto, porque el ataque por el Carmen ha tenido siempre éxito en las guerras civiles y porque un ataque de barricadas será mucho menos mortífero que el sitio de las colinas mencionadas. En todo caso, aún en este ataque, no serán inútiles algunos trabajos de sitio, así como el empleo de gabiones rellenos, que puede poner á las tropas más expuestas, por lo menos, al abrigo de la fusilería. ®

“Una vez que Puebla se encuentre en nuestro poder, debe esta ciudad convertirse en nuestro gran depósito, así como en el centro de los aprovisionamientos y lugar donde se coloquen los hospitales. Sería esencial establecer un ferrocarril

de Veracruz hasta el pie de las montañas y me he dirigido ya al cónsul de Francia en Nueva York, para saber en qué condiciones podría establecerlo un empresario americano....”

Y al día siguiente, 4 de julio, el Emperador completaba sus instrucciones:

“Es preciso que vuestros actos estén de acuerdo con los principios que consignéis en vuestra proclama. Ahora bien: yo he declarado querer que el pueblo mexicano escoja su gobierno; pero ¿cómo podría esta declaración compadecerse con los decretos de Almonte que se ha instituido jefe supremo de la nación? Por otra parte, sé que hay en Veracruz un gobierno nombrado por Almonte....”

“Todo esto es causa de debilidad y de anarquía. Por todas partes donde ondee nuestra bandera, debéis ser amo absoluto....”

Se vió ya cómo el general Forey ejecutó esta parte de las instrucciones, desautorizando el gobierno de Almonte en la misma Veracruz, antes de tomar de manos del general Lorencez el mando en jefe.

La medida era prudente, indispensable. Flagrante contradicción hubiera sido la de decir a los mexicanos: escoged vuestro gobierno; y, al mismo tiempo que se combatía á Juárez, imponer á Almonte.

La mayor dificultad no venía, pues, de allí, sino del hecho de que se sostuviera á M. Dubois de Saligny. Este, por extraordinario concurso de te-

lices circunstancias, había visto su favor crecer, al mismo tiempo que los jefes militares caían en desgracia. Ninguno de sus anuncios se había realizado y sin embargo seguía siendo considerado en las Tullerías, como el hombre de la situación, como el único consejero ilustrado, como el único cuyas inspiraciones fueran dignas de seguirse.

Lo demuestran las siguientes palabras del Emperador al general Forey: “Ignoro si el carácter privado de M. Saligny deja algo que desear; ignoro cuales sean las intemperancias de lenguaje que puedan reprochársele; pero sé, y lo declaro muy alto, que, desde el principio de la expedición de México, sus despachos han venido siempre impregnados de buen sentido, de firmeza y de interés por la dignidad de Francia y no dudo de que, si se hubiesen seguido sus opiniones, nuestro pabellón ondearía ya en México. Se dice que ha engañado al gobierno acerca del verdadero estado de las cosas en México; me complazco en reconocer que, por el contrario, siempre me ha dicho la verdad....”

Y el Emperador, por medio de una serie de especiosos razonamientos que aparentemente le sugiriera nuestro propio ministro, cuando no sus poderosos protectores, trataba de probar que el único culpable era el general Lorencez, cuya bravura no desconocía, pero cuya habilidad y aún cuya capacidad negaba. Sostenía á M. Dubois de Saligny al lado del general Forey, “en la posición de un jefe de misión cuyos poderes estuvie-

sen subordinados momentáneamente á los de un embajador extraordinario" (1).

¡Fatales ilusiones, subsistentes á pesar de todo! M. Dubois de Saligny, cuyo principal peligro consistía en hallarse convencido de que procedía bien, M. Dubois de Saligny que, con toda buena fé, pero también con absoluta ceguedad se lanzara, detrás de M. de Gabriac, por un sendero funesto para Francia, perseveraba en él, con energía tanto mayor, cuanto que cada vez creía ser más grato al Emperador, de quien recibía estímulo. Siguió siendo el hombre preponderante en los consejos del nuevo general en jefe. La verdad no habría de abrirse paso sino más tarde ¡muy tarde!

(1) Extracto de la carta de 1.º de noviembre de 1862.

CAPITULO VI

Hechos bélicos.—Expedición á Jalapa, Tehuacán y Tampico (diciembre).—El 22 de febrero de 1863, Forey sale de Orizaba y marcha hacia Puebla.—Composición del cuerpo expedicionario.—Asedio de Puebla (16 de marzo). Proclama de Juárez.—Sitio de Puebla.—El general Bazaine.—Combate de San Lorenzo.—Rendición de la plaza (17 de mayo).—Carta de González Ortega al general Forey.—Solemne entrada de los franceses (19 de mayo.)

Los refuerzos que se anunciaron de Europa, llegaron poco á poco. El general Forey, que se había establecido en Orizaba desde el 20 de octubre, pensó en comenzar las operaciones militares.

No fué del dictamen del Emperador y creyó que le era preciso desembarazarse por los dos lados, antes de penetrar al interior.

Por una parte, encargó al general Bertier que se dirigiera hacia Jalapa y que desembarazase esa segunda via de comunicación con Veracruz, lo que se ejecutó rápida y felizmente; por otra parte, lanzó una columna, compuesta del 1.º regimiento de zuavos, de una batería de artillería y de dos escuadrones de cazadores de Africa, á las órdenes del coronel Brincourt, para que fuese, con el intendente y el pagador en jefe, á Tehuacán, á hacerse de vituallas.

sen subordinados momentáneamente á los de un embajador extraordinario" (1).

¡Fatales ilusiones, subsistentes á pesar de todo! M. Dubois de Saligny, cuyo principal peligro consistía en hallarse convencido de que procedía bien, M. Dubois de Saligny que, con toda buena fé, pero también con absoluta ceguedad se lanzara, detrás de M. de Gabriac, por un sendero funesto para Francia, perseveraba en él, con energía tanto mayor, cuanto que cada vez creía ser más grato al Emperador, de quien recibía estímulo. Siguió siendo el hombre preponderante en los consejos del nuevo general en jefe. La verdad no habría de abrirse paso sino más tarde ¡muy tarde!

(1) Extracto de la carta de 1.º de noviembre de 1862.

CAPITULO VI

Hechos bélicos.—Expedición á Jalapa, Tehuacán y Tampico (diciembre).—El 22 de febrero de 1863, Forey sale de Orizaba y marcha hacia Puebla.—Composición del cuerpo expedicionario.—Asedio de Puebla (16 de marzo). Proclama de Juárez.—Sitio de Puebla.—El general Bazaine.—Combate de San Lorenzo.—Rendición de la plaza (17 de mayo).—Carta de González Ortega al general Forey.—Solemne entrada de los franceses (19 de mayo.)

Los refuerzos que se anunciaron de Europa, llegaron poco á poco. El general Forey, que se había establecido en Orizaba desde el 20 de octubre, pensó en comenzar las operaciones militares.

No fué del dictamen del Emperador y creyó que le era preciso desembarazarse por los dos lados, antes de penetrar al interior.

Por una parte, encargó al general Bertier que se dirigiera hacia Jalapa y que desembarazase esa segunda vía de comunicación con Veracruz, lo que se ejecutó rápida y felizmente; por otra parte, lanzó una columna, compuesta del 1.º regimiento de zuavos, de una batería de artillería y de dos escuadrones de cazadores de Africa, á las órdenes del coronel Brincourt, para que fuese, con el intendente y el pagador en jefe, á Tehuacán, á hacerse de vituallas.

Entre tanto, el vicealmirante Jurien de la Graviere, que no había permanecido en París sino el tiempo preciso para justificarse con el Emperador, lo que obtuvo plenamente, volvió al puesto difícil y peligroso de comandante de la escuadra francesa; su primer cuidado consistió en dirigirse, á bordo del acorazado "Normandía," hacia el Norte, donde ocupó el puerto de Tampico. Desgraciadamente, la fiebre amarilla azotó con tal violencia al cuerpo de desembarco, que el vicealmirante renunció á mantener una guarnición en ese puerto.

No perdía de vista el general Forey la circunstancia de que, mientras los franceses no se adueñaran de Puebla, su prestigio sería nulo, al par que su situación sería precaria. Todo lo organizó para marchar hacia esa plaza; pero lo hizo con lentitud y prudencia tan exageradas, como pudieron serlo el entusiasmo y la audacia de su predecesor.

Envío por delante al general Douay. Este, que seguía la misma ruta que Lorencez, llegó ante las Cumbres de Acultzingo; pero los mexicanos á los que tan fácilmente se desalojara de ellos la vez anterior, no se atrevieron á ensayar la resistencia y el paso fué franqueado sin dificultad. El general Douay avanzó entonces hasta Quetcholac.

Sabedor del éxito de esta marcha, el comandante en jefe ordenó á su segundo divisionario, general Bazame, que se hallaba todavía en Veracruz, que se reuniese con la brigada Bertier en

Jalapa y que avanzara en seguida hacia la planicie de Anahuac; lo que hizo, después de haber ocupado el fuerte de Perote.

Creyendo llegada la oportunidad, el general Forey se decidió, por fin, á ponerse en movimiento. Dirigió á sus tropas una proclama en la que excitaba su ardor, mediante la pintura de la necesidad de vengar el fracaso del 5 de mayo y, con el grueso del ejército, salió de Orizaba, para marchar sobre Puebla. Era el 22 de febrero de 1863.

El cuerpo expedicionario se componía entonces de 30,600 hombres y contaba con 1,500 caballos y 52 piezas de artillería, de las que 12 eran de sitio y 2 morteros: cada una de estas piezas contaba con una provisión de 300 tiros.

He aquí el cuadro del estado mayor general y de los cuerpos de tropas que componían las divisiones:

Comandante en jefe: el general de división FOREY.

Jefe de estado mayor general: el general D'AUVERGNE.

Comandante de la artillería: el general DE LAUMIÈRE.

Comandante de ingenieros: el general VIALLA.

Jefe de los servicios administrativos: el intendente WOLF.

Pagador en jefe: Ernesto LOUET.

Comandante del tren de equipajes: el coronel HUGUENEY.

1.^a División mandada por el general BAZAINE.

18.^o batallón de cazadores á pie.
1.^{er}. batallón de zuavos.
81.^o regimiento de línea.

Brigada mandada por el general NEIGRE.

20.^o batallón de cazadores á pie.
3.^{er}. batallón de zuavos.
95.^o regimiento de línea.

Brigada mandada por el general DE CASTAGNY.

2.^a División mandada por el general F. DOUAY.

1.^{er}. batallón de cazadores á pie.
2.^o regimiento de zuavos.
99.^o regimiento de línea.

Brigada mandada por el general LHERILLER.

7.^o batallón de cazadores á pie.
51.^o regimiento de línea.
62.^o regimiento de línea.

Brigada mandada por el general DE BERTIER.

Dos baterías de artillería.

Una compañía de ingenieros.

Reserva de artillería compuesta de cuatro baterías, de las que una era de sitio.

Tropas separadas:

El 3.^{er}. regimiento de infantería de marina;

Un batallón de fusileros marinos;

Un batallón de ingenieros coloniales;

Una brigada de caballería, al mando del gene-

ral DE MIRANDOL y compuesta de seis escuadrones de cazadores de Africa y de dos escuadrones del 12.^o regimiento de cazadores.

Los refuerzos enviados durante el sitio—el 7.^o regimiento de línea y la legión extranjera—formaron una brigada de reserva á las órdenes de general de Maussion.

El efectivo se elevó de esa suerte á cerca de 35,000 hombres. Los contingentes mexicanos de Márquez, Taboada, La Llave, etc., empleados como auxiliares, no pasaban de 3,000 hombres.

Al saber que se aproximaban las fuerzas francesas, Juárez vino á Puebla y, el 2 de marzo, lanzó esta proclama, destinada á inflamar el valor de los defensores de la ciudad:

“Soldados:

“Por fin el enemigo abandonará dentro de breves días la inacción en que le forzasteis á cambiar su arrogancia y satisfará vuestro más impaciente deseo, acercándose á esta ciudad que lleva un nombre tan ilustre para vosotros, como fatídico para los invasores de la patria. Así, pues, el emperador Napoleón III insiste en hacer probar los horrores de la guerra á un pueblo que había prodigado sus simpatías y sus favores á los franceses. La conciencia de todas las naciones civilizadas ha condenado severamente esta invasión, por sus miserables pretextos y por sus tendencias más miserables aún.

“El gobierno del Emperador no nos pide justicia, que nunca le hemos negado; á lo que real-

mente aspira, es á humillarnos, es á destruir una República libre y popular, en que han sido vencidas completamente las clases privilegiadas.

“Soldados: en vuestros denodados pechos más que en los fuertes que circundan esta ciudad, tiene la República cifradas sus más preciosas esperanzas.

“La Patria os ha mandado aquí para combatir los primeros, defendiendo su honor, su independencia y sus hermosos destinos, para mostrar una vez más todavía á sus injustos y pérfidos invasores, que México es grande, libre y digno de serlo, aunque otra cosa pregone un puñado de ilusos, de agiotistas y de traidores.

“Soldados: Al través de vuestros peligros vais á conquistar una gloria imperecedera.

“Para repeler á los orgullosos soldados de la Francia, os basta el ejemplo de vuestras propias hazañas en el 5 de mayo, México, el Continente de América y los hombres libres de todas las naciones están pendientes de vosotros, porque vais á defender su causa, la causa de la libertad, de la humanidad y de la civilización. Marchad, pues, á ocupar vuestros puestos, y confiad en que el gobierno nacional os auxiliará á toda costa y premiará dignamente vuestros servicios.

“Soldados: ¡Viva México, viva el ejército de Oriente!

“Puebla de Zaragoza, marzo 2 de 1863.—Benito Juárez.”

Luego, para dar todavía mayor ánimo á sus soldados, llamó en su auxilio la elocuencia de

M. M. Ernesto Picard y Julio Favre, é hizo esparcir y pegar por todas partes los discursos de estos dos franceses. Hecho esto, y como Juárez supiera la llegada de nuestro ejército, se apresuró á volver á México.

El 16 de marzo, en efecto, las primeras columnas francesas llegaban á los muros de Puebla. Nuestros soldados no se forjaban las mismas ilusiones del año anterior, ni se sentían animados de audacia temeraria; pero la confianza en el éxito no era menor y la composición del ejército la justificaba; el número no nos faltaba; la cualidad era de primer orden. El 99º de línea y el primer regimiento de zuavos, que combatieran en el primer sitio, ardían en deseos de tomar su revancha.

Pronto comenzó el ataque.

Los mexicanos, también, habíanse aprovechado del tiempo transcurrido. Completaron la defensa exterior de la ciudad, construyendo fortificaciones ligadas entre sí; luego, aprovechándose de la disposición de las casas que están agrupadas, formando islotes separados por calles de ángulos rectos, hicieron de esos islotes ó cuadros, otras tantas ciudadelas. La guarnición, compuesta de 22,000 hombres, se hallaba á las órdenes del general González Ortega, pues el general Zaragoza, vencedor del 5 de mayo, había muerto en septiembre de 1862. Animaban á los soldados belicosas disposiciones y esperaban, si no triunfar del ejército francés, por lo menos, resistirle larga y valientemente, lo bastante para que el go-

bierno tuviera tiempo de preparar la defensa de México.

Siempre prudente el general Forey, no pensó en intentar un golpe de mano sobre una plaza tan bien defendida y se resolvió á emprender un sitio regular.

Se atacó, en primer término, el fuerte de San Javier, en el centro del cual se elevaba una construcción gigantesca, de mayor solidez que una ciudadela: la penitenciaría militar. El 23 de marzo, en la noche, los ingenieros, á las órdenes del capitán Barillón, abrieron un corte que permitió á la artillería instalarse y batir en brecha el fuerte, durante los días 27 y 28.

Las granadas causaron en el fuerte tales destrozos, que el 29 pudo intentarse el asalto sobre las ruinas amontonadas. El general Bazaine arrasó á su división y arrebató la posición. En vano trató el enemigo de recobrarla; en vano prosiguió un violento fuego de cañón, hasta después de cerrada la noche; á pesar de esta ofensiva vuelta, á pesar de la granizada de granadas y de metralla, la posición quedó, definitivamente, por nosotros.

Este primer éxito era de naturaleza para convocar otros más decisivos y hubiera sido posible, esa misma noche, aprovechando la desmoralización que al enemigo causara su derrota, lanzar audazmente columnas de ataque y penetrar hasta el reducto fortificado que constituía el centro de la población. Los sitiados se lo esperaban, con-

siderándose ya como perdidos. Los franceses no se atrevieron á hacerlo.

Al día siguiente, nuestro exceso de prudencia había devuelto la confianza á los mexicanos, quienes se dispusieron á organizar la guerra de las «manzanas de casas,» fortificando todas aquellas que nos quedaban de frente. En lugar de un éxito decisivo, no habíamos logrado más que aproximar nuestra línea de ataque.

Este género de guerra era eminentemente favorable á los mexicanos que, á la manera de los chinos y otros pueblos menos adelantados, son valientes, sobre todo, cuando se sienten al abrigo. Por el contrario, era muy mortífero para los franceses. Cada manzana de casas formaba algo así como una ciudadela aparte, que no era de atacarse sino de cerca y, por consiguiente, con sacrificio de mucha gente. Cuando el cañón abría brecha en la espesura de las construcciones, y al no más estar accesible el paso, las tropas se lanzaban; pero se encontraban con bastiones ó con troneras hechas en la pared siguiente, desde las cuales se les hacían disparos encarnizados. A menudo, debían emplearse las minas para acabar con la resistencia.

Apenas conquistada una posición, era preciso emprender en seguida la misma operación, para otra manzana.

Habíamos perdido al general de Laumière, herido mortalmente en el asalto del 29 de marzo. Uno de los oficiales más valientes y brillantes del ejército, el comandante capitán, jefe de estado

mayor de la división, Douay, fué alcanzado por una bala en una revista de vanguardias y espiró el 11 de abril.

Ernesto Louet, pagador en jefe, había recibido uno de los últimos billetes que escribiera, el cual conservó cual cosa preciosa, en memoria de este leal y valiente amigo.

Es una hoja de papel plegada en dos, sobre la que, impresa con un sello húmedo, se lee lo siguiente:

«Cuerpo expedicionario de México. — Estado Mayor.

«Domingo:

Querido amigo: A eso de las dos, atacaremos una nueva manzana. El general Douay no enviará, pues, á vd. su correspondencia, sino en la noche; y le ruega que la envíe á cualquiera hora que vd. la reciba. Mil afectos. — CAPITÁN.»

La subscripción lleva atravesada estas palabras: *Muy urgente*. Reproducimos este billete, por más que tiene poca importancia en sí mismo, porque la indiferente calma que demuestra el comandante capitán, en visperas de una acción mortífera, se engrandece é ilumina con lo trágico y prematuro de su muerte.

La toma de la iglesia de san Marcos y el ataque del convento de santa Inés fueron terribles jornadas y, en presencia de las pérdidas sufridas por nuestro ejército, fué preciso suspender la ejecución del plan primitivamente acordado de conquistar todas las manzanas, una después de otra.

Sin embargo, á fines de abril y después de una expedición que para hacerse de víveres condujera el coronel Brincourt hasta Atlixco, el general Forey, fastidiado con la prolongación del sitio, se decidió á reemprender los trabajos de ataque, pero esta vez los dirigió hacia el exterior de la ciudad, contra los fuertes del Carmen y de Totimehuacán.

Mientras ocurrían estos acontecimientos, Juárez, cuyo gobierno seguía residiendo en México, se había preocupado por venir al socorro de Puebla y, para el efecto, había logrado constituir un ejército de nueve á diez mil hombres, cuyo mando confió á su antiguo rival y actualmente su aliado, general Comonfort.

Púsose éste en campaña. Su plan consistía en proveer de víveres antes que todo á la ciudad sitiada, á fin de tener tiempo para estudiar la manera de socorrerla con mayor eficacia. El 5 de mayo, aniversario de nuestro fracaso, trató de hacer penetrar en Puebla un convoy de vituallas. La operación no tuvo éxito.

Al día siguiente, Comonfort resolvió intentar un esfuerzo más decisivo y el 6 de mayo, por la noche, concentró su cuerpo de ejército alrededor del pueblo de San Lorenzo, sobre una gran colina, 7 kilómetros al noroeste de Puebla. Luego estableció allí su artillería en batería, tras de fortificaciones de tierra, erigidas á toda prisa.

La presencia de ese ejército resultaba peligrosa para los sitiadores, que á su vez estaban sitiados por ese lado.

En este momento vemos aparecer, en plena luz, y por la primera vez en la guerra de México, la figura de un hombre, cuyo nombre, primero glorificado y más tarde aborrecido, adquirió universal celebridad.

Como historiadores de la guerra de México no nos incumbe hablar de lo que pasara después de ella y no saldremos del cuadro que nos hemos trazado. La conducta del general Bazaine en 1870 no tiene relación alguna con los hechos que relatamos, y, en cuanto á la opinión que se le mostró hostil á su regreso de México, no es nuestro ánimo aprobarla ni contradecirla por ahora. La relación imparcial de los hechos pondrá al lector en aptitud de juzgar por sí mismo y con imparcialidad.

Cualquiera que haya de ser la decisión futura, no por ello deja de ser deber nuestro el de dar á conocer lo que era á la sazón el general Bazaine. Harto se ha olvidado después.

El general Bazaine tenía magnífica hoja de servicios. Comenzó como simple soldado, por haberse enrolado como voluntario el 28 de marzo de 1831; todos sus grados fueron conquistados uno á uno, merced á su bravura y á su mérito. General de división desde Sebastopol, había mandado después la tercera división del primer cuerpo de ejército, durante la campaña de Italia y fué herido en el combate de Melegnano. En ese momento, el Emperador le hizo gran oficial de la Legión de honor.

Luego que el fracaso de Puebla fué conocido

en las Tullerías, fué Bazaine uno de los primeros á quienes se designó para mandar una división en México. Partió de Tolón el 23 de agosto de 1862 y llegó á Veracruz el 16 de octubre.

Se ha visto la misión de que le encargara el comandante en jefe al abrirse la campaña, y cómo, después de ejecutarla felizmente, volvió á reunirse con el grueso del ejército.

El general Bazaine estaba, desde su puesto de ataque y merced á sus emisarios, al corriente de todos los movimientos de Comonfort. Tan pronto como supo que se había establecido en San Lorenzo, concibió el proyecto de arrebatarle por sorpresa esta posición. Durante el día 7 se le rió dos veces venir al cuartel general del comandante en jefe para obtener la autorización necesaria. La seguridad de su golpe de vista militar, así como los recursos de su inteligencia, pudieron más que las vacilaciones del general Forey (1). Su bravura hizo el resto.

Cuatro batallones de infantería, tres escuadrones de caballería y dos baterías de artillería, que fueron designados para realizar esta importante operación, acamparon, al medio día, detrás del gran cuartel general, más allá del río Atoyac; luego, á la una de la mañana, empezó la expedición.

[1] Algunas personas atribuyen al general Forey la iniciativa de este proyecto. Pero los recuerdos de Ernesto Louet, que por su posición oficial tenía oportunidad de ver y de oír bien, son muy precisos y muy netos y no nos permiten separarnos de su opinión.

Como hablara muy correctamente el español, el general Bazainé se puso al frente de la columna y engañó la vigilancia de las avanzadas, respondiendo por sí mismo á su *¿Quién vive?:—El primer regimiento de Guadalupe.*

Al rayar el alba, sus tropas, que habían avanzado con el mayor silencio, se hallaban á un kilómetro de distancia de San Lorenzo. Los mexicanos, sorprendidos con esa vecindad que estaban lejos de imaginarse, abrieron el fuego con todas sus baterías; pero el impulso de los asaltantes no se detuvo, ni siquiera se amortiguó. Trábose un combate encarnizado á la entrada del pueblo, el cual se prosiguió de calle en calle durante dos horas y terminó, por fin, con la victoria de los franceses.

Quedaron en poder de nuestras tropas, mil prisioneros, ocho cañones, tres banderas y el convoy que se destinaba al socorro de los sitiados. El ejército de Comonfort, vencido y desbandado, desaparecía, antes del medio día, en la dirección de México y, al día siguiente, el general Bazainé, en medio de las aclamaciones del ejército, regresaba á ocupar su puesto en la línea de ataque.

La gloriosa jornada del 8 de mayo, al par que levantó el ánimo de nuestras tropas, un tanto amedrentadas por la peligrosa y larga guerra de manzanas, quitó á la guarnición de Puebla toda esperanza de liberación. Presintió que pronto se vería obligada á capitular y se preparó á ello.

La enérgica actividad del general Bazainé pre-

cipitó el desenlace. El 12, por la noche, abrió el primer corte delante del fuerte de Totimehuacán. Durante los días del 15 y del 16, la artillería desmontó todas las piezas de ese fuerte, destruyó sus tróneras y advirtió de ese modo á los mexicanos que un nuevo asalto era inminente.

No obstante que le quedaban hombres y que todavía poseía algunas fortalezas, el general González Ortega, á despecho de su real energía, comprendió que toda resistencia era en lo sucesivo imposible. Tomó resueltamente su partido, de acuerdo con una situación que no estaba en su mano modificar. En la noche del 16 al 17, hizo clavar los cañones de la plaza y romper las armas.

A las cuatro de la mañana, explosiones sucesivas despertaron la atención de los sitiadores; las polvoreras y los almacenes de municiones acababan de estallar y la bandera de parlamento apareció sobre las torres de la Catedral.

Fué entregada al general Forey la siguiente carta:

“Puebla, 17 de Mayo, á las cuatro de la mañana.

“Señor General:

“No siéndome ya posible seguir defendiendo esta plaza, por la falta de municiones y víveres, he disuelto el ejército que estaba á mis órdenes y roto su armamento, inclusa toda la artillería. Queda, pues, la plaza á las órdenes de V. E. y puede mandarla ocupar, tomando, si lo estima

por conveniente, las medidas que dicta la prudencia, para evitar los males que traería consigo una ocupación violenta, cuando ya no hay motivo para ello. El cuadro de los generales, jefes y oficiales de que se compone este ejército, se haya en el palacio del gobierno, y los individuos que lo forman se entregan como prisioneros de guerra. No puedo, señor general, seguir defendiéndome por más tiempo; si pudiera, no dudo V. E., que lo haría.—Acepte V. E., etc.—*Gonzales Ortega.*"

El ejército mexicano había cumplido valientemente con su deber y su jefe se había conducido con dignidad. La defensa de Puebla era un nuevo mentís á las insensatas esperanzas del principio. Ya estábamos lejos del batallón de zuavos que se pretendía era suficiente para hacerse dueño de México.

Considerables fueron los resultados, tanto morales como materiales que produjo la rendición. El fracaso del 5 de mayo de 1862 fué vengado gloriosamente. El ejército de Ortega ya no existía. Mil doscientos oficiales, de los que veintiseis eran generales, rehusaron firmar el compromiso que se les propuso de no servir más contra nosotros durante la guerra y prefirieron ser embarcados para Francia ó para la Martinica. Pero muchos de ellos, entre los cuales se encontraban Ortega, Porfirio Díaz, Negrete, etc., se evadieron en el camino de Veracruz.

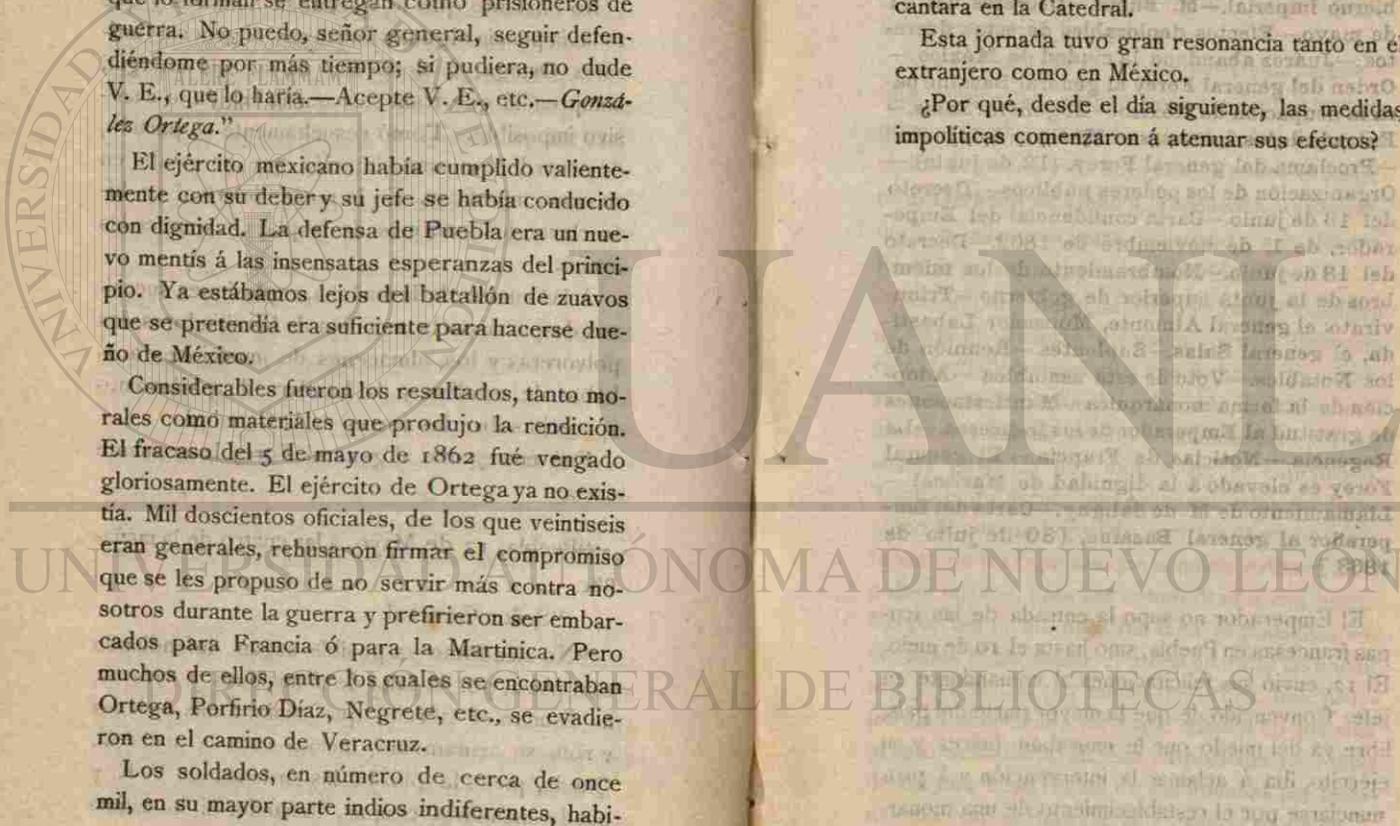
Los soldados, en número de cerca de once mil, en su mayor parte indios indiferentes, habi-

tuados á dejarse manejar, aceptaron el ser derramados en el cuerpo auxiliar de Márquez y cambiaron así de partido, sin por eso cambiar de género de vida.

El 19 de mayo, el general Forey entró solemnemente en Puebla y asistió á un *te deum* que se cantara en la Catedral.

Esta jornada tuvo gran resonancia tanto en el extranjero como en México.

¿Por qué, desde el día siguiente, las medidas impolíticas comenzaron á atenuar sus efectos?



CAPITULO VII

Reorganización financiera.—Ilusiones del gobierno imperial.—M. Budin.—Decretos del 21 de mayo.—Efectos deplorables de estos decretos.—Juárez abandona la ciudad de México.—Orden del general Forey al general Bazaine para la ocupación de México.—El general Salas.—Entrada de los franceses en México, (5 de junio).—Proclama del general Forey, (12 de junio).—Organización de los poderes públicos.—Decreto del 16 de junio.—Carta confidencial del Emperador, de 1º de noviembre de 1862.—Decreto del 18 de junio.—Nombramiento de los miembros de la junta superior de gobierno—Triunvirato: el general Almonte, Monseñor Labastida, el general Salas.—Suplentes.—Reunión de los Notables.—Voto de esta asamblea.—Adopción de la forma monárquica.—Manifestaciones de gratitud al Emperador de los franceses.—La Regencia.—Noticias de Francia.—El general Forey es elevado á la dignidad de Mariscal.—Llamamiento de M. de Saligny.—Carta del Emperador al general Bazaine, [30 de julio de 1863.]

El Emperador no supo la entrada de las tropas francesas en Puebla, sino hasta el 10 de junio. El 12, envió sus felicitaciones al comandante en jefe. Convencido de que la mayor parte del país, libre ya del miedo que le causaban Juárez y su ejército, iba á aclamar la intervención y á pronunciarse por el restablecimiento de una monar-

quía, Napoleón III insistía para que se dejase la palabra á los mexicanos y entreveía ya los más brillantes resultados.

“Nuestro objeto, como Ud. sabe, no es el imponer á los mexicanos un gobierno contra su voluntad, ni el de hacer servir nuestro éxito al triunfo de un partido cualquiera.

“Deseo que México renazca á vida nueva y que, regenerado pronto por un gobierno que repose sobre la voluntad nacional, sobre los principios de orden y de progreso y sobre el respeto al Derecho de Gentes, reconozca, observando con ella relaciones amistosas, que debe á Francia su reposo y su prosperidad.”

Era importante, también, que no se perdiera de vista el pretexto invocado para la intervención: las indemnizaciones que habrían de pagarse á nuestros nacionales. Además, á esas indemnizaciones habían venido á añadirse las enormes sumas gastadas por motivo de la expedición. Tanto el gobierno, que solicitara estos créditos, como el cuerpo legislativo que los otorgara, contaban con las riquezas que la moda atribuye á los países lejanos, para ser reembolsados con usura. Parece tan fácil á nuestras bien organizadas sociedades el implantar el orden en todas las naciones y el darlas, por medio del orden, una prosperidad admirable, que nadie dudaba de que muy pronto se hallaría México en posición de tomar de las más altas rentas de sus aduanas los millones necesarios para pagar á Francia su deuda.

Esta idea teníala el Emperador muy arraigada, de lo que nos es fácil dar la prueba. Resulta de las cartas y de las instrucciones enviadas al general Forey, de las cuales reproducimos algunos pasajes, tomados de la copia que se hizo de orden de ese mismo general y cuya autenticidad afirma esta nota, de puño y letra de Bazaine, puesta al fin de la colección:

"Estos extractos me fueron dados por el señor Mariscal Forey, cuando me hizo entrega del mando en jefe, el primero de octubre de 1863.—Mariscal *Bazaine.*"

El 30 de enero de 1863, Napoleón III escribía al general Forey:

"Cuando hayais llegado á México, una de las primeras cuestiones será la de restablecer el orden en las finanzas, porque eso habrá de permitirnos, sin sobrecargar al país, cobrar nuestras indemnizaciones. Según mis informes, las rentas ordinarias de México, en tiempo normal, ascienden á cincuenta millones de pesos, ó sea, á 250 millones de francos, y como la administración de México puede pagarse ampliamente con veinte millones de pesos, ó sea, con 100 millones de francos, quedaria, pues, todos los años, una reserva de 150 millones de francos, con los cuales sería posible, no sólo pagarnos los gastos de la guerra, sino hasta echar las bases de un emprestito que podría ayudar á la regeneración del país....."

El 14 de febrero decía todavía:

"Será esencial que se organice bien la recau-

dación en las Aduanas, que constituye la renta principal del país....."

No hay para qué decir que la realidad se hallaba en contradicción con todas esas esperanzas. Los informes enviados al Emperador se parecían bastante á los que se encuentran en los prospectos de las sociedades financieras en formación. Se toman, como base de los cálculos, datos verosímiles, y si se quiere, posibles; pero hipotéticos y, presentando sabiamente las cifras, se llega á maravillosos resultados. Verdad es que un país, que es cinco veces más grande que Francia, cuyo suelo guarda numerosas minas de oro y de plata, cuyo clima se reputa favorable en considerable extensión de su territorio y que ofrece, por sus puertos en el Atlántico y en el Pacífico, excelentes caminos á la importación como á la exportación, lo que supone capacidad para alimentar un activo comercio, verdad es decimos que un país que tales condiciones reúne, podría producir fácilmente una renta de 250 millones de francos.

Verdad es también, por otra parte, que México no soportaba las cargas que pesan sobre las naciones europeas, á las que las exigencias de buena vecindad obligan á sostener considerables ejércitos y á arruinarse en obras defensivas incesantemente renovadas. Con 100 millones de francos, la administración podía ser ampliamente pagada: jamás ha costado tanto. Pero la ilusión consistía en creer que esos resultados podían conseguirse en algunos meses y, sobre todo, que habrían de

conseguirse por el solo hecho de que el ejército francés ocupara Puebla y México!

Sobre este punto, también, es preciso volver á hacer constar que nuestro gobierno no estaba bien informado. Sabía tan poco de la cuestión económica, como de la política.

El servicio de tesorería del ejército se encontraba en manos del pagador en jefe: no se podía, sin inconveniente, distraerle del desempeño de sus importantes funciones para confiarle la misión de trabajar en la reorganización de las finanzas mexicanas. El Emperador había enviado al comandante en jefe y con el título de comisario extraordinario encargado de secundarle en esta misión, á M. Budin, receptor general de rentas de Saboya.

Este individuo, antiguo suboficial en el ejército de Africa, había entrado al servicio de la Tesorería, donde hizo rápida carrera. Pero sus cualidades de buen tenedor de libros, no eran bastantes para el desempeño de la misión que se le confiara. No tenía estudios, ni conocía los principios de la Economía Política, é ignoraba, además, las condiciones del país. Desde la toma de Puebla, propuso dos medidas financieras, la una tan funesta como la otra y quiso la desgracia que el general Forey las aprobase.

El 21 de mayo aparecieron dos decretos [que, por lo demás mandó derogar el gobierno francés luego que de ellos tuvo conocimiento] que tenían por objeto: el primero, prohibir la exportación, no sólo de las barras de oro y de plata, sino también de la moneda acuñada; el segundo, orde-

nar el embargo de los bienes de todas las personas que hubieran combatido ó que combatieran la intervención francesa.

Esto equivalía á trastornar, á la vez, todas las situaciones particulares en el interior, y todas las relaciones comerciales con el exterior (1). Estos dos decretos nos hicieron gran perjuicio: ¿ese era, pues, nuestro espíritu de civilización? ¿Veníamos á México á establecer una dominación digna de los tiempos bárbaros?

Entre tanto, Juárez no se sentía seguro en México. El ejército francés avanzaba hacia la capital. Se trató el problema de saber si se ensayaría la resistencia de cualquier modo; pero pronto hubo de renunciarse á ello. Juárez, después de clausurar las sesiones del Congreso, dirigió á la nación una proclama en la que juraba continuar la guerra y no dar oídos á ninguna proposición contraria á la independencia y al honor de la República. Inmediatamente abandonó México y se dirigió á San Luis Potosí, con las tropas de que todavía disponía.

Abandonada de toda fuerza pública, esa gran ciudad de más de doscientos mil habitantes, se encontraba en peligrosa situación. Los cónsules de todas las naciones trataron de armar á los súbditos extranjeros, para formar una guardia que ve-

[1] El 15 de agosto de 1863, el comandante en jefe no había recibido aún la orden de derogar este decreto y la *Gaceta Oficial* publicaba una lista de 67 casas confiscadas de esa manera en México, en perjuicio de 38 propietarios ausentes.

lara por la seguridad de la ciudad. A pesar de todos sus esfuerzos, no pudieron reunir más que setecientos hombres, lo que era insuficiente.

En su consecuencia, como supieran el 4 de junio que el general Bazaine avanzaba hacia México, le dirigieron una carta colectiva para suplicarle "que se sirviera apresurar la ocupación de la capital". Esta carta, cuyo original existe en nuestro poder, lleva once firmas entre las que se encuentran las de los cónsules generales de Inglaterra, España, Estados Unidos, Dinamarca, Bélgica, Suiza, etc.

Desde el 31 de mayo habían prevenido al general Forey, y enviándole igual solicitud, insistiendo en que el cuerpo auxiliar de Márquez no entrara en la ciudad, hasta que no estuviesen en ella las tropas francesas.

En respuesta á esta solicitud, el general en jefe nombró al teniente coronel Potier, del 95º, de línea, comandante de la plaza de México, con orden de dirigirse á ella lo más á prisa posible. Este oficial se adelantó en seguida con una columna de caballería. Le acompañaba el pagador en jefe, encargado de las gestiones financieras para asegurar el sueldo del ejército. Ambos fueron los primeros en llegar á México, el 5 de junio, con escasa escolta, á la que seguía el 1º batallón de cazadores á pié.

Encontraron que reinaba en la ciudad la mayor calma. A pesar de los temores de los cónsules, el orden no había sido perturbado. El anciano general Salas ejercía las funciones del gobierno

provisional y con él se entendieron en seguida para arreglar lo relativo á la recepción que debería de hacerse al ejército francés.

El programa de esa recepción había sido resuelto por el comandante en jefe, en persona, quien sobre el particular, dió sus instrucciones al general Bazaine:

"Entraré en México el 10. Llegaré por el camino del Peñón, y me detendré primero en la garita de San Lázaro, donde haré un largo alto de una hora. A las diez, las tropas tomarán las armas para entrar en la ciudad."

Añadía á esta orden una postdata de su puño y letra:

"P. S. Tengo esencial empeño en que se cante un *te Deum* en la Catedral y asistiré á él, á mi llegada, con todos mis oficiales."

"El cuerpo de Taboada, de la Peña y una batería que vendrá de Puebla para Márquez, formarán pasado mañana la vanguardia y atravesarán la ciudad. . . ." (1)

El general Forey se había arrepentido de su primera determinación. Tranquilizado con los informes que recibiera, acerca de la actitud tan tranquila de la ciudad, había pensado que no era posible excluir por completo del cortejo triunfal á los aliados que combatieran con nosotros.

La solemne entrada se fijó, pues, para el 10 de junio. M. Martín Daran, banquero, adelantó cua-

[1] Estas citas están tomadas textualmente de los originales que forman parte de la colección Bazaine, cedida á Ernesto Louet.

renta mil francos para pagar los arcos de triunfo, las guirnaldas y los grandes mástiles que deberían levantarse en el trayecto que recorrería la columna francesa.

Se trataba de impresionar los ojos y la imaginación de los habitantes de México: la cosa era sencilla. El elemento indio, que constituye el fondo de la población, está preparado para todas las sumisiones; el hábito largamente contraído de dejarse oprimir por un amo, se les hace fáciles y naturales; no pide, en cambio, sino un poco de tranquilidad y se le hace feliz con unas cuantas fiestas. El espectáculo que se le ofreció, era eminentemente á propósito para deslumbrarle.

Todo el ejército, en traje de campaña, desfiló á través de México en magnífico orden. Esos soldados, cuyo aspecto era marcial y desembarazado y que al marchar formaban un conjunto desconocido de las tropas indígenas, impresionaron á la población mexicana por manera tanto mayor, cuanto que tenían, además de los prestigios que da la victoria, esa aureola gloriosa que, por todas partes á la sazón, en aquellos tiempos todavía felices para la patria francesa, precedía, acompañaba y seguía á la bandera tricolor!

El general Salas presentó solemnemente las llaves de la ciudad al jefe del ejército francés y esta ceremonia que debería, al parecer, haber reavivado el duelo y la tristeza de los vencidos, no hizo sino excitar su entusiasmo. Por todas partes estallaron las aclamaciones; y el general Forey, que las vió numerosas y las oyó ruidosas y que creyó

sinceras y durables, soñó—él también—con un porvenir sin nubes ni perturbaciones.

Conmovido con tan bella jornada, envió al Emperador un despacho ditirámico, cuyos términos sobrepasaban en mucho al alcance del acontecimiento, pero que reflejaba la satisfacción que le causara el entusiasmo de las poblaciones, entusiasmo que erróneamente comparaba con el de las poblaciones europeas, juzgándolo semejante. Dos días después dirigió á los mexicanos una extensa proclama en la que, después de haber recordado los aspectos desgraciados de la cuestión militar, planteaba la cuestión política en los siguientes términos:

“La solución, mexicanos, depende de vosotros. Unios en los sentimientos de fraternidad, de concordia, de verdadero patriotismo: que todos los hombres honrados, los ciudadanos moderados de todas las opiniones, se unan en un solo partido: en el del orden: no tengáis la mira mezquina y poco digna de vosotros de la victoria de un partido sobre otro: ved las cosas desde más alto. Abandonad esas denominaciones de liberales y de reaccionarios, que no hacen más que engendrar el odio, que perpetuar el espíritu de venganza, que excitar, en fin, todas las malas pasiones del corazón humano. Proponéos, ante todo, el ser mexicanos, y constituíos en una nación unida, fuerte por consecuencia, y grande, porque tenéis todos los elementos necesarios para ello.

“A esto es á lo que venimos, á ayudaros, y conseguiremos unidos crear un orden de cosas dura-

ble, si comprendiendo los verdaderos intereses de vuestro país, entráis resueltamente en las intenciones del Emperador, las que estoy encargado de manifestaros.

“Así, pues, en lo sucesivo, no se exigirá ningún préstamo forzoso, ni requisición de ninguna clase y bajo ningún pretexto, ni se cometerá ninguna exacción, sin que sus autores sean castigados.

“Las propiedades de los ciudadanos, lo mismo que sus personas, estarán bajo la salvaguardia de las leyes y de los mandatarios del gobierno.

“Los propietarios de los bienes nacionales que hayan sido adquiridos regularmente y conforme a la ley, no serán de ninguna manera inquietados y quedarán en posesión de sus bienes: sólo las ventas fraudulentas podrán ser objeto de revisión.

“La prensa será libre, pero reglamentada según el sistema de «advertencias» establecido en Francia: á la segunda «advertencia» se hará la supresión del periódico.

“El ejército se someterá á una ley de reclutamiento moderado, que pondrá fin á esa odiosa costumbre de coger de leva, y de arrancar del seno de sus familias á los indigenas y á los labradores, esta interesante clase de la población que se arroja con la cuerda al cuello en las filas del ejército, y que no puede menos que dar el triste espectáculo de soldados sin patriotismo, sin fidelidad á su bandera, siempre prontos á desertar y á abandonar un jefe por otro; por esto se concibe bien que no hay en México un ejército nacional, sino partidos á las órdenes de jefes ambicio-

sos que se disputan el poder, y del que no se sirven sino para destruir completamente los recursos del país, apoderándose de las riquezas ajenas.

“Los impuestos se arreglarán como en los países civilizados, de manera que las cargas pesen sobre todos los ciudadanos, en proporción á sus fortunas, y se procurará, si es conveniente, suprimir ciertos derechos de consumo, más bien vejatorios que útiles, y que pesan principalmente sobre los productores más pobres del campo.

“Todos los agentes que tengan el manejo de los caudales públicos estarán convenientemente retribuidos, pero aquellos que no ejerzan sus empleos con la probidad y la delicadeza que el Estado tiene derecho a exigir de ellos, serán reemplazados, sin perjuicio de sufrir las penas en que hayan incurrido por mala versación.

“La religión católica será protegida y los Obispos serán puestos de nuevo en sus diócesis. Creo poder añadir, que el Emperador vería con placer, fuera posible al gobierno proclamar la libertad de cultos, este gran principio de las sociedades modernas.

“Se tomarán medidas enérgicas para reprimir el robo, esta plaga que aflige á México y que lo hace un país excepcional en el mundo, paralizando todo comercio, toda empresa de utilidad pública ó privada, que necesitan de seguridad para prosperar.

“Los tribunales se organizarán de manera que

se haga la justicia con integridad y que no sea vendida al mejor postor.

“Tales son las principales bases sobre las que se apoyará el gobierno que se establezca; tales son las de los pueblos más distinguidos de Europa; y son éstas las que el nuevo gobierno de México deberá esforzarse en seguir con perseverancia y energía, si quiere ocupar su lugar entre las naciones civilizadas.

“Esta segunda parte de la misión que me ha sido confiada, no podré llenarla si no me secundan todos los buenos mexicanos.

“No terminaré este manifiesto sin apelar á una conciliación. Invoco la cooperación de todas las inteligencias, invito á los partidos á deponer las armas y á emplear en lo sucesivo sus fuerzas, no en destruir sino en edificar: proclamo el olvido de lo pasado, una amnistia completa para todos aquellos que se adhieran de buena fé al gobierno que la nación elija con toda libertad.

“Pero declararé enemigos de su patria á aquellos que se muestren sordos á mi voz conciliadora, y los perseguiré donde quiera que se refugien.”

El 16 de junio, con extraordinaria prisa, por cierto más que provechosa, perjudicial, «el general de división, senador, comandante en jefe de la expedición francesa, considerando que era urgente organizar los poderes públicos que debían reemplazar á la intervención en la dirección de los negocios de México,» firmaba, de acuerdo con la consulta del ministro del Empera-

dor, M. Dubois de Saligny, un decreto concebido en los siguientes términos, que se pegó en las paredes de la capital:

“Art. 1.º Un decreto especial designará, según la presentación del ministro del Emperador, treinta y cinco ciudadanos mexicanos, que formarán una junta superior de gobierno.

“Art. 2.º Esta junta superior se reunirá en el local que se le designe, dos días después de la publicación del decreto de su nombramiento.

“Art. 3.º La sesión de instalación será presidida por el mayor de edad, asistido de los dos miembros más jóvenes en calidad de secretarios.

“Art. 4.º La junta superior procederá en esta primera sesión, al nombramiento de Presidente y de sus dos secretarios. La elección no será válida sino cuando los candidatos electos hayan obtenido la mitad, más uno, de los votos expresados.

“Art. 5.º La instalación de los dignatarios electos tendrá lugar en la misma sesión.

“Art. 6.º La junta procederá en seguida al nombramiento de tres ciudadanos mexicanos, quienes se encargarán del Poder Ejecutivo, y de dos suplentes para estas dos altas funciones. La elección no será válida sino cuando los candidatos hayan obtenido la mitad más uno de los votos.

“Art. 7.º Los miembros del Poder Ejecutivo, tan luego como sean electos, se recibirán de la dirección de los asuntos de México.

“Art. 8.º La junta superior fijará los honorarios que deban darse á los miembros del gobierno provisional.

"Art. 9.º Se dividirá en varias secciones, para deliberar sobre las cuestiones pertenecientes á los diversos ministerios.

"Se convocará á asamblea general por su Presidente para tratar de los negocios de más importancia, cuando lo pida el Poder Ejecutivo.

De la asamblea de notables.

"Art. 10. La junta superior se asociará, para formar la asamblea de los notables, á 215 miembros elegidos entre los ciudadanos mexicanos, sin distinción de rango ni de clase.

"Art. 11. Para pertenecer á la asamblea de los notables se necesitará tener 25 años cumplidos, y no estar inhabilitado para ningún cargo político ni civil.

"Art. 12. Las reuniones de la asamblea de los notables se efectuarán inmediatamente después de la constitución de este cuerpo.

"Art. 13. La primera sesión se destinará á la elección de un presidente y de dos secretarios, los que serán instalados inmediatamente por la mesa provisional, compuesta del mayor en edad y de los dos miembros más jóvenes.

"Art. 14. La asamblea de los notables se ocupará, antes que todo, de la forma de gobierno definitivo de México.

"El voto en esta cuestión deberá reunir á lo menos las dos terceras partes de los sufragios expresados.

"Art. 15. En el caso de que no se obtenga es-

ta mayoría de las dos terceras partes, después de tres días de escrutinio, el Poder Ejecutivo disolverá la asamblea de los notables, y la junta superior procederá sin dilación á la formación de una nueva asamblea.

"Art. 16. Los miembros de la asamblea precedente podrán ser reelectos.

"Art. 17. La asamblea de los notables se ocupará, después de haber determinado sobre la forma de gobierno definitivo, de las cuestiones que le sean presentadas por decreto del Poder Ejecutivo.

"El primer período de sesiones será de cinco días; podrá prorrogarse por el Poder Ejecutivo."

Este decreto envolvía una falta inmensa. Difícil era dar pruebas de mayor torpeza y comprometer más la causa que se pretendía servir. Era difícil desconocer de manera más completa las intenciones del Emperador é interpretar más revesadamente sus instrucciones.

Y, sin embargo, éstas no eran desconocidas. No parece sino que el Emperador desconfiara de la precipitación del general en jefe y de su ministro, pues había cuidado, muchas veces, de trazar el plan que, según él, debería seguirse en México, en lo referente á la cuestión política.

El 1.º de noviembre de 1862, escribía al general Forey (1):

[1] Esta cita, lo mismo que las siguientes, está tomada de la copia de las instrucciones del Emperador, dejada por el general Forey al general Bazaine, y de la cual hemos hablado en la página 130.

"Temo todas las dificultades políticas que encontrará vd al llegar á México.... Desde aquí, me es muy difícil trazarle una línea de conducta bien determinada; pero he aquí las ideas generales que considero más prácticas: una vez dueño del país, será preciso que vd. nombre por sí mismo, un gobierno provisional, compuesto de los hombres más recomendables y de los más adictos á nuestra causa. Este gobierno deberá ayudar á vd. á restablecer por doquiera el orden y la regularidad. Le envió un inspector general de Hacienda (1).

"Tendría mucho empeño en que Almonte formara parte de ese gobierno provisional. *Una vez establecido el orden, creo que sería preciso, antes de reunir una Cámara cualquiera, hacer votar á todo el pueblo mexicano, acerca de la cuestión de saber, por sí ó por NO, y por medio del sufragio universal, si quiere una República ó una Monarquía.* No debe aceptarse en modo alguno la proposición de un voto cualquiera, antes de que seamos dueños de México y de que vd. mismo haya establecido

[1] Este inspector general era M. Villet, actualmente consejero de la Corte de cuentas. Cayó enfermo durante la travesía y los médicos le hicieron desembarcar en la Martinica, para que regresara á Francia. Le reemplazó en su misión, en México, el inspector ordinario que le acompañaba, M. Jacqueme, actualmente inspector general, cuya perspicacia financiera y cuyas altas capacidades no fueron suficientemente utilizadas por el general en jefe ó por M. Budin. Pertenecía al pequeño número de los que tenían el valor de expresar la integridad de su pensamiento y esto bastó para que se le viese con desvío. [Nota de Ernesto Louet.]

allí un gobierno de su elección, porque, sin eso, correríamos peligro de ser víctimas de algún escamoteo que nos engañara...."

El 17 de diciembre de 1862, insistía en esta idea:

"La única política que debe seguirse, consiste en marchar hacia México, instalar allí un gobierno, compuesto de los hombres más honorables que vd. mismo escogerá y, en seguida, *hacer votar por el sufragio universal, al pueblo mexicano, acerca de la forma de gobierno que habrá de establecerse.*"

El 14 de febrero de 1863, volvía á su idea, añadiéndole apenas un ligero correctivo:

"Es necesario, que sin parecerlo, sea vd. el amo en México; es preciso que forme vd. mismo un gobierno provisional, en el que podrá tener su puesto Almonte, en medio de hombres enérgicos y probos. Una vez restablecida la tranquilidad, será preciso consultar á la nación, sea por una especie de sufragio universal, sea haciendo nombrar un Congreso, por medio de esos procedimientos revolucionarios de que existe en México la tradición y la costumbre...."

Más tarde, el 14 de abril de 1863, trazaba á grandes rasgos, al comandante en jefe, la línea de conducta que en general debía seguirse. Después de aconsejarle «que obrará con prontitud y energía», á fin de «impresionar la imaginación de los mexicanos con golpes redoblados, porque el fracaso de Puebla y los nueve meses de contemporización nos han hecho perder mucho de nuestro prestigio», le dictaba las declaraciones prin-

cipales de su manifiesto y añadía: «Cuando estas «medidas y otras semejantes hayan podido ser «tomadas y cuando se hayan esparcido por el país «mis intenciones y se haya hecho conocer el objeto «de la intervención, podrá consultarse á la Nación «de la manera que vd. estime más conveniente.»

Emanado del sufragio universal, Napoleón III se mostraba aquí fiel á su origen, al recomendar que se apelara al sufragio universal. Si añadía un correctivo, diciendo «una especie de sufragio universal», había en ello, no un abandono del principio, sino una concesión arrancada por las dificultades materiales. Los registros del estado civil estaban muy mal llevados en México y, en su consecuencia, había dificultades insuperables para que pudiese fabricarse una lista general de electores. Además, una parte del país se substraiía aún á la intervención. Pero el Emperador repite sin cesar la palabra Nación: era, pues, á la Nación á la que debía consultarse y no sólo á unas cuantas notabilidades escogidas en la capital.

A mayor abundamiento, el pensamiento del Emperador era clarísimo: no quería que hubiese precipitación, ni que se «escamoteara» el voto á algunas individualidades, agrupadas con un título pomposo y reunidas precipitadamente en unos cuantos días. Se empeñaba en que un gobierno provisional empezase por devolver al pueblo mexicano la apariencia de su autonomía y de su libertad; luego, al amparo de este orden de cosas, se debería hacer que las intenciones imperiales penetraran en el país poco á poco, á fin de que

se supiera que esas intenciones consistían en el deseo de ver á la nación mexicana independiente bajo un gobierno que ella misma escogiera.

Pero las prolongadas temporizaciones habían, sin duda, producido en nuestro ministro y en el general en jefe el deseo de acabar cuanto antes y de aparecer triunfadores sin aguardar más. Un segundo decreto, que el 18 de junio apareció en las paredes de México, nombraba los miembros de la junta superior de gobierno:

«Señores: PAVÓN Ignacio, ex-presidente de la Corte Suprema, bajo los gobiernos de Santa Anna y de Miramón; DIEZ DE BONILLA Manuel, ex-ministro de Santa Anna y de Miramón; ARRILAGA Basilio, jesuita; LARES Teodosio, ex-ministro de Miramón; MIRANDA Javier, clérigo, ex-ministro de Miramón; AGUILAR Y MAROCHO, ex-ministro de Santa Anna; ANDRADE José María; ARRIOLA José, clérigo; ARROYO José, secretario general de negocios extranjeros de Miramón; CASTILLO Y LANZAS, ministro de Miramón; CERVANTES Miguel, general; AMABLE José; ARANGO Y ESCANDÓN; BLANCO Santiago, general, ministro de la guerra de Santa Anna; CRISPINIANO DEL CASTILLO; MARIN Teófilo, ministro de Miramón; MIRANDA Manuel, negociante español; MONTOYA, general; MALDONADO Juan, ministro de Hacienda de Miramón; DOMÍNGUEZ Mariano, ex-director de aduanas; MANGINO Fernando, representante de México en Francia en tiempo de Santa Anna; MORÁN Antonio, ex-director en el ministerio de Justicia, en tiempo de Miramón; MORA Y VILLA-

MIL general; MONJARDÍN; MUÑOZ Agapito; ORTIGOSA José López; ROJAS Gerardo; SEPÚLVEDA Ignacio, ex-juez; SOLLANO José, clérigo; TEJADA Manuel; TOVAR Urbano, secretario de Hacienda en tiempo de Miramón; VERGARA Pablo; WOLL Adrián, francés á quien Santa Anna hizo general mexicano; VELÁZQUEZ DE LEÓN Joaquín, ingeniero de minas; JIMÉNEZ Miguel, médico.»

Todos pertenecían al partido que habia combatido á Juárez; todos, menos uno, habitaban en México y no representaban en su consecuencia, sino la capital.

Reunidos por primera vez el 21 de Junio, constituyeron, en calidad de gobierno provisional, un triunvirato compuesto de: el señor general ALMONTE; Monseñor LABASTIDA, Arzobispo de México, y el señor general SALAS.

Los dos suplentes, designados de conformidad con el decreto, fueron: Monseñor ORMAECHEA, obispo de Tulancingo, y el señor PAVÓN.

Por su rango de elección, el general Almonte venia á ser el presidente del nuevo gobierno.

Desde hacia quince meses, ocupaba ya la escena política. Llegado á Veracruz después de las primeras tropas francesas, habiase, como se ha visto, proclamado jefe supremo de la nación. Despojado de estas funciones, nominales, por lo demás, por el general Forey, aguardaba que llegara su hora, contando con las simpatías que dejara en las Tullerías y con los acontecimientos que deberian, tarde ó temprano, darle papel preponderante en los asuntos de su país.

Juan Nepomuceno Almonte habia nacido en 1809 y pasaba por ser hijo del cura Morelos, que fué uno de los promotores de la independencia mexicana. Este llevaba al niño consigo durante la insurrección y, cuando tenia que combatir, le enviaba, para su seguridad, «al monte». Parece que de allí le vino su apellido. Su padre le habia dotado desde su infancia con el grado de coronel, cual si fuese heredero de regia raza.

Almonte aparece por la primera vez en la escena política durante la revolución de 1828, cuando Santa Anna y Guerrero se sublevaron contra Peraza, presidente electo. Proclamado presidente, Guerrero nombró al joven Almonte secretario de la embajada en Londres. Allí permaneció cuatro años.

Vuelto á México, hizo en 1836 la campaña de Tejas, en concepto de edecán del general Santa Anna.

En 1839, Bustamante le nombró ministro de la guerra.

Llegado Santa Anna á la presidencia, le envió á los Estados Unidos, en concepto de ministro de México. Paredes, que apenas ocupó el poder durante algunos meses, le envió con el mismo carácter á Paris; pero en lugar de marchar á su puesto, Almonte se detuvo en la Habana, para conspirar con Santa Anna contra Paredes. La revuelta de Guadalajara permitió á ambos volver á México y Santa Anna le hizo su ministro de la guerra. Sin embargo, cuando las hostilidades con los Estados Unidos, Almonte se ligó con Juárez y con

los diputados progresistas, que fueron los más vivos adversarios de Santa Anna.

Después de hecha la paz, presentó su candidatura á la presidencia. Derrotado por el general Arista (1850), se alejó de la política durante algunos años. Miramón que fuera nombrado presidente en 1859, le designó para ministro en Francia y en España. Fue entonces cuando firmó en París, con el señor Mon, embajador de España, el arreglo de todas las dificultades pendientes y cuando encontró en la corte de Napoleón III y de la emperatriz Eugenia, la acogida benévola y simpática de donde saldrían los proyectos de intervención francesa y de restablecimiento de la monarquía.

De carácter dulce, de maneras afables y distinguidas, ambicioso, muy inteligente, sabio en el disimular con habilidad extrema, Almonte era experto en intrigas políticas: no se preciaba de fidelidad exagerada.

Tal era el hombre que tomaba sobre sí la responsabilidad del poder, como tomara la de llamar á los extranjeros á su patria.

Después de él, seguía el Arzobispo de México, Monseñor Labastida, de quien se disponía sin su consentimiento, puesto que vivía en Roma desde hacía tres años: era un joven sacerdote activo, insinuante, de voluntad tenaz, á quien su posición y sus ideas habían enroldado en el partido clerical intransigente.

En cuanto al general Safas, tercer miembro del triunvirato, era el decano de los generales mexi-

canos, y tenía setenta y dos años. Presidente interino de la República durante un mes, en 1846, no llevaba al gobierno más fuerza que la de su honorabilidad y no podía dar otra cosa sino su firma.

Monseñor Ormaechea reemplazó á Monseñor Labastida durante su ausencia.

El 29 de junio, la junta superior nombró á 215 notables, que se agregó en seguida para constituir la asamblea, á la que defirió el derecho de decidir acerca del gobierno que debería darse á México.

Naturalmente todos habían sido escogidos entre los partidarios de la intervención, en el partido reaccionario. Esta sombra de congreso, que en realidad no representaba sino al general Almonte y á M. Dubois de Saligny, se reunió en el palacio nacional el 8 de julio y, después de haber nombrado presidente á don Teodosio Lares, se constituyó en comisión secreta, para deliberar. La lista nominal hizo constar la presencia de 231 miembros.

El 10 de julio, al medio día, se abrió la segunda sesión pública. El señor Aguilar dió lectura á un informe que, después de establecer que el sistema republicano era la causa de los males de que sufría México, presentaba á la monarquía como único remedio posible, así como único medio de refrenar á los demagogos. Terminaba con las siguientes proposiciones:

"1.º La Nación Mexicana adopta por forma de gobierno la monarquía moderada hereditaria, con un príncipe católico:

"2.º El soberano tomará el título de emperador de México:

"3.º La corona imperial de México se ofrece á S. A. I. y R. el príncipe Fernando Maximiliano, Archiduque de Austria, para sí y sus descendientes.

"4.º En el caso de que por circunstancias imposibles de prever, el Archiduque Fernando Maximiliano no llegase á tomar posesión del trono que se le ofrece, la Nación Mexicana se remite á la benevolencia de S. M. Napoleón III, Emperador de los franceses, para que le indique otro Príncipe católico."

Puestos á votación, estos artículos fueron aprobados sucesivamente, el primero, por 229 votos contra 2, el segundo y el tercero, por unanimidad, y el cuarto, por 222 votos contra 9.

Precisa confesar que este último artículo excedía en torpeza á todo lo que se había hecho hasta entonces. ¿Cómo no se comprendió cuanto había de vengonzoso, para una nación á la que se llamaba independiente, en deferir á la voluntad de un soberano extranjero y, por otra parte, cómo no se comprendió lo desagradable que habria de ser particularmente para Napoleón III el que le diesen, respecto de México, la apariencia de un amo que desea ejercer la tutela, cuando él la rechazaba con todas sus fuerzas?

Después de este acto de servilismo, la asamblea llevó á cabo uno de cortesía: votó agradecimien-

tos al Emperador de los franceses, por la protección que él acordase á la nación mexicana. Debió conformarse con esto.

Apenas había terminado la sesión, cuando la noticia de las resoluciones acordadas se extendió por la ciudad. En seguida las calles de México rebosaban de ruido y de tumulto. La población, á la que cualquier cambio alegraba, que carecía de razones para echar de menos el pasado y que aun no tenía nada que temer del presente, se entrega á sonoras demostraciones, que pueden ser interpretadas como espontánea adhesión. El gobierno provisional aprovecha esta oportunidad y hace publicar inmediatamente la proclamación del imperio.

Al día siguiente, entra en funciones y es su primer cuidado el de hacer cantar un *te Deum* en la Catedral. Por allí comienzan, á lo que parece, todos los gobiernos.

El general Forey creía haber cumplido su misión maravillosamente y M. Dubois de Saligny se lisonjaba de haber llegado por fin al término, haciendo proclamar el imperio de Maximiliano, conforme á las órdenes de Napoleón III; pero ahora eran ellos el juguete de una ilusión. El despertar no habria de hacerse esperar mucho.

Los informes detallados acerca de la toma de Puebla habian llegado á Francia en los últimos dias de junio, al mismo tiempo que el telégrafo de Nueva York transmitía la noticia de la entrada en México de nuestras tropas. Exitos tardíos, comprados muy penosa y muy caramente y que no

podían hacer olvidar los fracasos sufridos y las inquietudes experimentadas.

No hay duda de que el Emperador, á quien la oposición acosaba incesantemente, y que debía luchar contra las impresiones desfavorables de todo el país, cuyo ánimo era contrario á la guerra, se sintió feliz al saber aquellos resultados que, por algún tiempo, calmarían los rumores hostiles. Pero no era eso lo que él soñara: no era eso lo que le habían prometido. De esa suerte, después de haber sacrificado en aras de M. Dubois de Saligny, primero al almirante Jurien de la Graviere y luego al general Lorencez, reconoció por fin el error en que le habían hecho incurrir.

No había querido entregarse pronto; y, lleno de confianza ciega en M. Dubois de Saligny, se empeñaba en buscar mil explicaciones especiosas, para desnaturalizar los hechos que venían á combatir esa confianza. Con todo, no le era dable desconocer la sinceridad del almirante Jurien de la Graviere, y ya le hacía justicia, nombrándole su ayuda de campo y manteniéndole al frente de la marina francesa. Luego, más tarde, cuando supo, no el fracaso del 5 de mayo, que atribuyó siempre á la torpeza de Lorencez; sino las dificultades de toda especie con que nuestras armas tropezaran, comenzó á debilitarse su fe en M. Dubois de Saligny. Cuando vió, finalmente, que, á pesar de los 36,000 hombres enviados á México, las poblaciones, en lugar de levantarse y de aclamarnos, se disponían á hacernos formal resistencia; que el segundo sitio de Puebla se dilataba

mortífero, y que era preciso un año á un verdadero ejército francés, no para someter el país, sino para apoderarse de dos grandes ciudades, comprendió cómo le habían engañado aquellos en quienes pusiera su confianza. Esta vez, la prueba existía: Napoleón III ordenó el retiro de M. Dubois de Saligny.

Castigaba al hombre esta caída del favor imperial; pero nada componía desgraciadamente. En cuanto al general Forey, había satisfecho sólo á medias á Napoleón III. Todo se le había acordado: hombres, materiales, dinero... y había perdido largo tiempo en la inacción; luego, frente á Puebla, mostró poco golpe de vista militar y poca decisión. Sin el general Bazaine, hubiérase acaso eternizado el sitio, en esa guerra de manzanas que tantas pérdidas causaba y tan escasos resultados producía. También se le retiró; pero su bravura, su patriotismo y sus servicios, le sirvieron de protección contra una abierta desgracia: el Emperador le elevó á la dignidad de mariscal y encontró en esta alta recompensa, honorable pretexto para retirarle el mando.

“Con felicidad me he enterado — escribíale el 16 de julio de 1863 — de la entrada de mis tropas en México; y ahora pienso que la resistencia no será seria. Cuando le llegue esta carta, hará tres meses que México se encuentra en nuestro poder y, por consiguiente, considero como terminada la expedición militar.

“En tal circunstancia, considero inútil que Ud. prolongue su permanencia en México.

“Un mariscal de Francia es mucho personaje, para intrigas y detalles de administración.

“Le autorizo, pues, para que, tan pronto como lo estime conveniente, delegue Ud. sus poderes en el general Bazaine y vuelva á Francia á disfrutar de su éxito y de la gloria que ha conquistado.

“Pienso que Saligny habrá partido ya; si no lo hubiere hecho, tráigale Ud. consigo. Enviaré de aquí un ministro plenipotenciario....”

No hay que tomar esta carta en su sentido literal, ni creer que el Emperador conservaba ilusiones acerca de su conquista. No: le corría prisa por ver al mariscal Forey—cuya debilidad política temía—de regreso en Francia; y á fin de no darle motivo para que se quedara, tomaba empeño en repetirle que la expedición militar había llegado á su término.

Sabía muy bien que la entrada de nuestras tropas en México, no nos daría todo el país; así lo prevenía en una carta fechada el 14 de abril de 1863, en la que se encuentra este pasaje: “Tan pronto como vd. esté en México, mantenga columnas móviles de mil quinientos á dos mil hombres, de las cuales la mitad podría componerse de mexicanos, á fin de ocupar Morelia, Guadalajara y San Luis. Sería preciso ocupar los puertos de la costa, como Tampico, y sobre todo Matamoros, que puede ponernos en relación con la América del Sur....”

No ordenó el retiro ni de un batallón....

Contaba con la energía y la habilidad del nuevo comandante en jefe general Bazaine, y tenía

prisa de verle tomar la dirección militar y política.

Cuando supo la manera singular como se había reunido el congreso, cuando conoció el voto de este congreso y se enteró del personal del gobierno interino, aumentaron sus aprensiones. Sin temeridad, puede pensarse que en ese momento, hubiera deseado vivamente tener frente á sí un gobierno cualquiera, distinto del de Juárez—con el que no se había querido tratar antes de la guerra y al que no se podía reconocer después de la victoria—para poner término á una empresa que, ni ofreciera las facilidades prometidas, ni produjera las ventajas esperadas.

Desgraciadamente, las cosas ya no estaban en su punto y era preciso seguir adelante, en la senda en que el voto del congreso nos hiciera entrar. De todos modos, el Emperador no lo consideró como voto definitivo. A lo sumo, consintió en contemplarle como una mera indicación. Véase lo que decía en su carta del 12 de septiembre: “El apresurado nombramiento (del archiduque Maximiliano) ha tenido la gran desventaja de que en Europa no se le juzgue como la legítima expresión de los votos del país.”

Ya el 30 de julio, desde Vichy, había expuesto con la mayor franqueza su pensamiento al nuevo comandante en jefe.

Esta carta es la primera de la serie de correspondencias confidenciales que el Emperador dirigió al general Bazaine. Como todas las que aquí reproducimos, está inédita: la copiamos del ori-

ginal mismo. Estos documentos son de capital importancia, porque no tienen los inconvenientes de las notas oficiales, en que la verdad aparece siempre más ó menos disfrazada. Tienen, además, la ventaja de que su autenticidad no podría ponerse en duda. Por ellos, disfrutamos de la notable ventaja de poder ofrecer al lector la expresión del verdadero pensamiento del Emperador, así como, gracias al mismo procedimiento, podremos ofrecer la del ministro de la guerra y de los diversos personajes mezclados en la cuestión de México.

He aquí esta primera carta:

“Vichy, 30 de julio de 1863.

“Mi querido general:

“He dado, por el último correo, al general Forey, orden de regresar á Francia, pensando que el que dirigiera hasta aquí las operaciones militares, no debía presidir la reorganización del país.

“He investido á vd. de la doble autoridad militar y diplomática, porque estoy persuadido de que vd. tiene todo lo necesario para sacar adelante una empresa cuyo éxito se le debe en gran parte.

“A lo que pienso, el mariscal Forey ya le habrá comunicado mis instrucciones: consisten en atraer á los hombres honorables de todos los partidos, en establecer un gobierno provisional que consulte á la nación acerca de la forma de su gobierno definitivo, en prolegar el establecimiento de una

monarquía, siempre que esto se halle de acuerdo con el voto de la mayoría.

“Organizar el país, tanto militarmente, como desde el punto de vista financiero y administrativo. No hacer reacción. No remover la venta de los bienes del clero. En fin, tratar de pacificar al país, empleando para ello, principalmente, tropas mexicanas. He deplorado los decretos de Forey relativos á la confiscación de los bienes de los individuos hostiles, y temo que el triunvirato establecido en México no sea demasiado reaccionario.

“Desde esta distancia, se me dificulta mucho dar instrucciones precisas porque sólo en el terreno se puede juzgar del estado de las cosas. Me limito, pues, á decirle que le dejo en libertad para proceder como, á su juicio, sea mejor para establecer en México un gobierno estable que regenere ese hermoso país.

“Reciba, mi querido general, las seguridades de mi amistad.

NAPOLEÓN.”

A pesar de las órdenes del Emperador, el general Bazaine no debía tomar en seguida la dirección de los negocios. El mariscal Forey, que no comprendía los motivos de su retiro, y M. Dubois de Saligny, que no se explicaba las razones de la medida tomada contra él, no estaban dispuestos á partir y, bajo diversos pretextos, retardaron todavía su viaje muchos meses.

Entre tanto, una diputación nombrada por el Congreso se dirigía á Europa, ante el archidu-

que Maximiliano, para participarle el «voto de la nación», en tanto que el gobierno provisional, de acuerdo con los franceses, se esforzaba en preparar la restauración monárquica. Se había intitulado *Regencia del Imperio* y pretendía gobernar en nombre de *Maximiliano I, Emperador de México*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEGUNDA PARTE

LA REGENCIA

CAPITULO I

Delegación enviada á Miramar. — El señor Gutiérrez de Estrada. — El archiduque Fernando Maximiliano. — Su nacimiento en el castillo de Schenbrunn (6 de julio de 1832). — Su infancia. — Su vocación por la marina. — Teniente de navio. — Sus viajes. — Almirante y comandante en jefe de la marina militar. — Trieste. — Pola. — Proyecto de reorganización de los servicios y almirantes marítimos. — Viaje á Jerusalén. — En Egipto. — Nápoles y Tolón. — París. — Bruselas. — El rey Leopoldo. — La princesa Carlota. — Anuncio oficial de su matrimonio con el archiduque Maximiliano (8 de noviembre de 1856). — El reino Lombardo-Veneciano. — Maximiliano es nombrado gobernador. — Matrimonio del archiduque con la princesa Carlota (27 de julio de 1857). — Atentado de Orsini. — M. de Cavour. — Entrevista de Plombières. — Incidente del 1º de enero de 1859. — El archiduque es relevado de sus funciones. — Declaración de guerra. — Maximiliano, gran almirante y jefe supremo de la marina imperial. — Magenta. — Solferino. — Paz de Villafranca. — Desgracia de Maximiliano. — Excursiones marítimas. — "La Fantasia." — Viaje al Brasil. — Madera. — Miramar. — Trabajos y escritos acerca de la marina. — La corona de México.

No bastaba con proclamar el imperio: faltaba aún asegurar el consentimiento del Emperador. Una delegación escogida entre los miembros de la asamblea de notables, fué comisionada para

que Maximiliano, para participarle el «voto de la nación», en tanto que el gobierno provisional, de acuerdo con los franceses, se esforzaba en preparar la restauración monárquica. Se había intitulado *Regencia del Imperio* y pretendía gobernar en nombre de *Maximiliano I, Emperador de México*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEGUNDA PARTE

LA REGENCIA

CAPITULO I

Delegación enviada á Miramar. — El señor Gutiérrez de Estrada. — El archiduque Fernando Maximiliano. — Su nacimiento en el castillo de Schenbrunn (6 de julio de 1832). — Su infancia. — Su vocación por la marina. — Teniente de navio. — Sus viajes. — Almirante y comandante en jefe de la marina militar. — Trieste. — Pola. — Proyecto de reorganización de los servicios y almirantes marítimos. — Viaje á Jerusalén. — En Egipto. — Nápoles y Tolón. — Paris. — Bruselas. — El rey Leopoldo. — La princesa Carlota. — Anuncio oficial de su matrimonio con el archiduque Maximiliano (8 de noviembre de 1856). — El reino Lombardo-Veneciano. — Maximiliano es nombrado gobernador. — Matrimonio del archiduque con la princesa Carlota (27 de julio de 1857). — Atentado de Orsini. — M. de Cavour. — Entrevista de Plombières. — Incidente del 1º de enero de 1859. — El archiduque es relevado de sus funciones. — Declaración de guerra. — Maximiliano, gran almirante y jefe supremo de la marina imperial. — Magenta. — Solferino. — Paz de Villafranca. — Desgracia de Maximiliano. — Excursiones marítimas. — "La Fantasia." — Viaje al Brasil. — Madera. — Miramar. — Trabajos y escritos acerca de la marina. — La corona de México.

No bastaba con proclamar el imperio: faltaba aún asegurar el consentimiento del Emperador. Una delegación escogida entre los miembros de la asamblea de notables, fué comisionada para

dirigirse á Miramar, á fin de ofrecer definitivamente la corona al archiduque Maximiliano. Se componía de tres ex-ministros, los señores Velázquez de León, Ignacio Aguilar y Marocho y Javier Miranda, del general Woll, de los señores Suárez Peredo, Landa, Escandón é Iglesias. Debían pasar á París y agregarse allí al señor Gutiérrez de Estrada, decano del partido monárquico, cuyos esfuerzos se veían de ese modo coronados por el éxito y al señor Hidalgo, ex-encargado de negocios de México en Roma.

Los delegados salieron de México el 18 de agosto de 1863.

El príncipe, de quien aguardaban, si no la regeneración del país, por lo menos su definitiva pacificación y su gobierno regular, parecía admirablemente apto para el papel difícil y glorioso que se le destinaba. En muchas circunstancias había dado pruebas de su carácter elevado, de sus ideas amplias y generosas, de su liberalismo ilustrado. Si los príncipes fueran en el trono lo que de ellos se espera antes de que á él suban, Maximiliano prometía ser para México un cumplido soberano.

Nació el 6 de julio de 1832, en el castillo de Schönbrunn, en el momento en que otro príncipe, á quien su nombre aplastaba, á quien oprimía un título semejante á la sazón á singular ironía, hijo de Francia robado por el Austria, más aborrecido por su padre que amado por su madre, primero y último vástago de una raza que, por más vencida que estuviese inspiraba aún temor incons-

ciente, en el momento, decimos, en que el Rey de Roma espiraba á los veintiún años de edad, víctima de mal desconocido.

A pesar de esta tumba, abierta tan cerca de la cuna del recién nacido, sus padres, que no creían en los presagios y que ignoraban el porvenir, se regocijaron con el nacimiento: era el segundo hijo que la archiduquesa Sofía daba á su esposo, el archiduque Francisco Carlos. El niño era hermano de Francisco José, que debería de ceñirse en 1848 la corona imperial, en medio de las más difíciles circunstancias y oponer á las desgracias públicas y privadas que le han asaltado y que todavía le asaltan, noble constancia y resignación admirable.

Frágil y delicado, Maximiliano no hubiera quizás vivido, sin los cuidados asiduos de su madre. Gracias á ellos su constitución acabó por triunfar de su debilidad y el niño se metamorfoseó en un hombre robusto capaz de soportar todas las fatigas. Jamás olvidó lo que debía á aquella de quien fué, pudiera decirse, dos veces hijo, y cuando, durante los días tempestuosos de 1848, los gritos de muerte, precursores de más terribles violencias, perseguían á la archiduquesa Sofía, pudo verse á Maximiliano con su hermano mayor Francisco José, formar á su madre una trincherá con su propio cuerpo.

Días tristes para la casa de Austria, los días en que el viejo trono pasó del poder del emperador Fernando al de Francisco José. Maximiliano tenía apenas dieciséis años; pero asistió con sus her-

manos al gran consejo celebrado el 2 de diciembre de 1848 en la sala de la Coronación, donde debía verificarse esta imponente ceremonia. Alma tierna y orgullosa la suya ¡cuál fué su emoción cuando oyó al príncipe de Schwarzenberg leer en voz alta el acta en que se declaraba la mayoría de Francisco José; el acta en que el archiduque Francisco Carlos, su padre, renunciaba al trono, y por fin, el acta de abdicación de Fernando en favor de su sobrino! Y con qué emoción, no menor, asistió á la proclamación del nuevo Emperador, á quien se tituló Francisco José II!

Todos, con excepción de los dos emperadores, pusieron en seguida su firma en el acta en que se hacía constar el cambio de reinado. Y bien, he aquí un incidente muy significativo: M. de Hubner, el último de los firmantes, acababa de hacerlo y manifestó la intención de conservar la pluma que sirviera en esta solemne circunstancia, cuando Maximiliano, cuyos sentimientos íntimos traicionaban sus ojos preñados de lágrimas, se lanza hacia él, y toma de sus manos la pluma, diciéndole: "Tengo más derechos que vd., señor de Hubner, para guardarla como una reliquia de familia!" Todavía se encuentra esa pluma entre los recuerdos históricos amontonados en el castillo de Miramar....

Este joven príncipe, á quien los suyos llamaban *el observador atento*, se mostró como el más abnegado hermano, durante todo el tiempo en que el Emperador debió luchar por medio de las armas, para mantener la integridad de sus estados. Cuando se restableció el orden, pensó en hacerse útil;

obedeciendo á su viva afición á la marina, solicitó y obtuvo de su hermano la autorización para hacer su primer viaje. Visitó de esa suerte Atenas, Esmirna, y volvió, más que nunca enamorado de la mar. En 26 de octubre de 1850, anunció públicamente su resolución de entrar á la marina austriaca y tomó el uniforme de teniente de navío.

El año siguiente, pudo navegar de veras. La fragata "La Novara," cuyo nombre, como por fatalidad, se encuentra asociado á todas las fases alegres ó lúgubres de la existencia del príncipe, fué el primer navío en que se embarcó en calidad de oficial y en el que hizo un honor para sí, del cumplimiento de sus deberes.

Estas navegaciones primeras, en los años de 1852 y 1853, no fueron sino viajes de recreo. Los aprovechó para visitar Mesina, Nápoles, la isla de Elba, Córcega, Gibraltar, Lisboa, Tángier y Argel; hizo también un viaje por las costas de la Dalmacia.

Llegó por fin el momento en que su vocación hubo de recibir satisfacción completa. El mando superior de la marina austriaca estaba confiado desde muchos años antes á un general de artillería, el conde Francisco de Wimpfen. El emperador cedió á las solicitudes de su hermano: dos decretos llamaron al general de Wimpfen al mando del primer cuerpo de ejército y nombraron al archiduque Fernando Maximiliano almirante y comandante en jefe de la marina militar. Estos decretos llevaban fecha de 10 de septiembre de 1854; un mes más tarde, el príncipe venía á Tries-

te, á tomar posesión de las altas funciones que se le confiaran.

Entendía ser, no un príncipe, sino un marino.

Con ardor infatigable quiso presidir á todo, examinarlo todo por sí mismo. La marina austriaca, bajo la dirección de un general de artillería, apenas disfrutaba de existencia: pocos marineros, pocos buques, nada de puertos. Se dirigió á Pola y, desde allí, trazó por sí mismo el plan de los almacenes de construcción que se prometía elevar en el fondo de esa rada magnífica, á fin de hacer de ella el primer puerto militar de Austria. Indicaba en los alrededores los puntos que deberían fortificarse, para que el puerto fuese inaccesible á las escuadras enemigas.

Luego presentó á su hermano—quien lo aprobó—un voluminoso proyecto de reorganización de los servicios marítimos. De tiempo en tiempo, volvía al mar. El Oriente le atraía: en junio de 1855, se dirigió hacia la Tierra Santa. Ocurrió, durante este viaje, un hecho digno de relatarse.

Era en la pequeña rada de Kaiffa, al pie del monte Carmelo: el príncipe tuvo deseos de visitar el convento de Franciscanos que se eleva en ese lugar y se hizo anunciar al superior. Desde hace setecientos años, el pabellón francés ondea en todos los conventos de la Tierra Santa. El príncipe advirtió nuestro pabellón en el momento en que se preparaba á subir al monte Carmelo: envió en seguida á uno de sus oficiales á solicitar que, á su llegada, el convento izara los colores austriacos. No dudaba de que se apresurarían á obsequiar

sus deseos. Pero el superior contestó que, por mucho que le honrase la visita del archiduque, esa deferencia no podía convertirle en un ingrato hacia Francia, protectora de los cristianos en Oriente; y rehusó cambiar el pabellón.

¿Recibiría hoy día un príncipe alemán la misma respuesta?

El archiduque no comprendió el sentimiento de gratitud tan natural en esos religiosos ignorantes de cosas de política y regresó sin subir al convento.

Visitó la Tierra Santa, Jerusalén, Damietta, atravesó el istmo de Suez, que un audaz francés se preparaba entonces á perforar y recorrió todo el alto Egipto. Esas comarcas, en que dejaron los Faraones monumentos tan gigantescos, recuerdos siempre vivos de su destruida raza, hicieron profunda impresión en el ánimo del príncipe. Llevó de ahí todo lo que pudo, en vasos, bajo-relieves, piedras geroglíficas, momias y sarcófagos; pero lo que no pudo llevarse fueron esos bosquecillos de adelfas y esas selvas de palmeras que constituyen el adorno perdurable de las riberas del Nilo y que le hundían en interminable admiración. ¡Qué espectáculo, para él, las ruinas de Tebas, la de las cien puertas! No podía decidirse á abandonar esa tierra de maravillas.

Debió resignarse, sin embargo, á continuar su viaje. Llegó á Alejandría, de donde bogó hacia Nápoles y luego hacia Tolón. Luego que estuvo en este puerto, el emperador Napoleón III le invitó á venir á Paris; pero él no obsequió el llama-

miento este año. No osó dar semejante paso sin el consentimiento de su hermano.

Lo obtuvo el año siguiente. El viaje á París no era quizás sino un pretexto para motivar otro, porque ya se hablaba de casarle con la princesa Carlota, hija del rey de los Belgas, y él tenía empeño en pasar á Bruselas, á fin de ver por sí mismo á la que le destinaban para esposa suya.

Después de la restauración, ningún príncipe de la casa de Austria había venido á Francia. Napoleón III recibió al archiduque con amabilidad perfecta y manifestó que experimentaba en verle vivísima satisfacción. El pueblo de París se sintió lleno de simpática deferencia hacia ese joven elevado, esbelto, rubio, cuyas maneras eran á la vez principales y familiares, cuya distinción era seductora y al que encontraba á menudo, curioso de observar y de ver, y perfectamente reconocible, no obstante su incógnito. El príncipe, al que no faltaban algunos prejuicios, explicables en un sobrino nieto de María Antonieta, notó, no sin sorpresa, esa actitud de una población, tan cruel en otro tiempo.

Algunos días después, estaba en Bruselas.

El rey Leopoldo había acogido con mucho gusto la idea de casar á su hija con el hermano del emperador de Austria: nada de extraño, pues, que acudiera, desde el castillo de Laeken, para recibir al archiduque con el ceremonial que se usa para los soberanos. Le acompañaba la joven princesa. Y la entrevista que siguió, hizo más

en pro de la proyectada unión, que las negociaciones de los diplomáticos.

Matrimonio de príncipes, matrimonio de amor: ¡cuántas veces, estas dos ideas, lejos de compadecerse, se oponen! Nada de eso sucedió en este caso: el joven príncipe se dejó seducir por las gracias de la princesa, que era aún más joven que él y creyó ver en su rostro de finos rasgos y de mirar profundo, el reflejo de una alma cándida y buena, entusiasta como él y como él, enamorada de grandes cosas; y en los días que siguieron, cuando la intimidad patriarcal del castillo de Laeken reemplazaba felizmente á las ceremonias oficiales, él soñó con hacer, de un matrimonio de príncipes, un matrimonio de amor.

Por su parte, la princesa Carlota, orgullosa quizás de sentirse escogida por mérito propio, feliz al imaginarse que su matrimonio la pondría en la primera grada del trono (1), acogió con regocijo esta brillante perspectiva.

La diplomacia no tenía ya que hacer otra cosa sino arreglar una unión consentida y deseada por los interesados.

Pronto, los periódicos oficiales anunciaron como cosa decidida el matrimonio del archiduque Fernando Maximiliano con la princesa Carlota María Amelia Clementina Leopoldina, hija de Leopoldo I, rey de los Belgas (8 de noviembre de

(1) El emperador Francisco José no tenía aún heredero varón. Desde la muerte del archiduque Rodolfo, Maximiliano, si viviera, sería ahora el sucesor designado de la corona imperial de Austria.

1856). Se convino, sin embargo, en que esta unión no sería consagrada sino algunos meses más tarde, cuando la prometida, que naciera el 7 de julio de 1840, ajustara los 17 años.

Durante los preparativos de este matrimonio, los acontecimientos seguían su curso, llenos, para el Austria, de sombrías predicciones.

Los tratados de 1815 pudieron darla el reino Lombardo-Veneciano; pero no conseguir que las poblaciones de esas bellas provincias olvidasen su patria de elección y aceptasen, sin esperanza de liberación, el verse sometidas á su poderosa vecina.

El emperador Francisco José, á quien preocupaban estos sentimientos hostiles, había emprendido el reconciliar á los italianos con la corona de Austria. Con ese objeto, se empeñó en residir en Venecia y en Lombardia durante el invierno de 1856-57; luego, y como sintiera la necesidad de un auxiliar, en esa difícil tarea, creyó que no podría encontrarle mejor que el archiduque Maximiliano y, en carta fechada en Milán, le nombró gobernador general del reino Lombardo-Veneciano (28 de febrero de 1857).

Si alguno podía acometer esa empresa con probabilidades de éxito, era sin duda el príncipe escogido. Su gobierno fué señalado desde el principio por la prudencia de las medidas y la habilidad de las concesiones, que hicieron augurar mucho bien de su administración. Pero el Piemonte, que con celoso cuidado vigilaba el estado de los espíritus en esas provincias que él seguía consi-

derando suyas, comprendió pronto el perjuicio que á su causa hacía la política liberal del nuevo gobernador. Tenía entonces á su cabeza un ministro de inteligencia de primer orden, de extraordinaria finura y que, superior en todo á Bismarck, que para cumplir su obra dispuso de fuerzas enormes, supo llegar á la liberación de su país y á la unidad italiana sin dinero, sin ejércitos y dió tal impulsión á su política que, aun después de su muerte, los acontecimientos en apariencia más infastos produjeron los más felices resultados para su patria. ¿Qué hubiera sido de Prusia, si la derrotan en Sadowa ó en Metz? Italia, entre tanto, se ha engrandecido con sus derrotas!

Cavour había tenido la destreza suprema de interesar en sus proyectos á los más poderosos soberanos europeos.

Una noche, después de una comida en las Tullerías, Napoleón III, cediendo á las seducciones de la palabra artificiosa y hábil del ministro piomontés, llegó hasta decirle:

—¿Qué se puede hacer por Italia?

—La pregunta es muy grave y viene de muy alto, replicó el ministro, para que yo pueda dejar de solicitar de V. M. el permiso de no darle mi respuesta, sino por escrito.

—Y bien, la esperaré, dijo el emperador.

Esto pasaba en 1855. En enero de 1856, Napoleón III recibió una extensa memoria que pintaba la deplorable situación de la península italiana: Cavour iba poco á poco adueñándose de la voluntad de su aliado grande,

Sintiéndose fuerte con el tácito apoyo del gobierno francés, no temió romper las relaciones diplomáticas con Austria, tan pronto como vió los efectos del nuevo régimen inaugurado por Maximiliano. La resolución no carecía de audacia. Un acontecimiento que hubiese podido perderlo todo, vino á salvarlo todo. Tales son las oportunidades admirables que la fortuna pone á veces al servicio de los hábiles.

En la noche del 14 de enero de 1858, las cortes europeas se enteraban con estupor de que cuatro italianos acababan de cometer en París un atentado contra la persona del emperador de los franceses. Orsini, Pierri, Gómez y Rudío, miembros de esas sociedades secretas que, desde hacía treinta años, conspiraban para obtener la independencia de Italia, intentaron asesinar á Napoleón III.

No cabe en la presente narración el estudio ni el examen profundo de las causas de la guerra de Italia. Baste con saber que ese atentado inflamó todas las imaginaciones. Las cartas de Orsini, en las que desautorizaba su atentado y suplicaba á Napoleón III que prestase á Italia su omnipotente auxilio, produjeron inmenso efecto y tuvieron en Europa profunda resonancia, precursora de graves complicaciones. Era la agitación que precedía á la tormenta.

A pesar de esos síntomas terribles, Maximiliano no perdió su valor ni se dejó desviar de la labor emprendida. Su matrimonio era ahora un hecho consumado: el 27 de julio de 1857 habíase

casado con la princesa Carlota y la pareja de príncipes había venido á instalarse al centro de ese reino Lombardo-Veneciano, que atraía la atención general.

M. de Cavour proseguía en sus designios. En el mes de julio de 1858 vino á pasar 48 horas en Plombières: vió allí al Emperador, de quien obtuvo una promesa formal de socorro.

Fué en esta entrevista, en la que se estipularon, si bien es cierto que verbalmente, con toda la precisión, en cambio, de un convenio escrito, el matrimonio del príncipe Napoleón con la princesa Clotilde, el apoyo armado de Francia contra un ataque de Austria, la constitución en la Italia septentrional de un reino de cerca de doce millones de habitantes para Víctor Manuel, y por fin, la cesión á Francia de Saboya y del condado de Niza. Sólo quedaba por fijar la fecha; y el emperador Napoleón se había reservado el fijarla con una de aquellas sonrisas significativas de que no se haría esperar mucho. M. de Cavour conocía, por lo demás, mejor que nadie, la manera de precipitar los acontecimientos.

Es conocido el incidente del 1.º de enero de 1859. Durante la recepción del cuerpo diplomático en las Tullerías, el Emperador, dirigiéndose á M. de Hubner, embajador de Austria, le dijo:

—Lamento que nuestras relaciones con su gobierno no sean tan buenas como en épocas pasadas; pero ruego á Ud. diga á su soberano que mis sentimientos personales no han cambiado con respecto á él.

Petrificado quedóse el archiduque Maximiliano al recibir el despacho que tales palabras contenía; luego, mostrándolo al doctor Illeck y al barón de Pont, que estaban entonces con él, les predijo claramente la guerra, cuyo preludio eran esas propias palabras. El 3 de enero envió á la Archiduquesa su esposa al castillo de Miramar, soberbia residencia que acababa de terminarse, y él se quedó solo en la brecha, decidido á luchar hasta el fin por el honor de su nombre y por la gloria de la casa de Austria.

Pero su dulzura, su liberalismo, su deseo de conciliación, no cuadraban con las miras del partido militar que á la sazón preponderaba en los consejos del soberano. Este, á instancias del conde Buol, se decidió á separar al archiduque de su gobierno general. El 21 de abril, por la noche, Maximiliano recibió en el castillo de Monza la siguiente carta:

“Mi querido hermano, archiduque Maximiliano: La actitud calmada que manifiesta la población de mi reino Lombardo-Veneciano, en medio de la agitación provocada por influencias exteriores, así como la obediencia llena de solicitud con que se ha conformado, aun en estos últimos tiempos, á las medidas legales de mi gobierno y con que ha satisfecho á las exigencias que las circunstancias me han obligado á imponer á mis súbditos, me inspira la confianza de que, en los graves acontecimientos que se preparan, sabrán también permanecer dentro del orden y la legalidad y no dejarán que su fidelidad hacia su legítimo amo sea

conmovidá por las excitaciones y por las ilusorias promesas de los fautores de desórdenes.

“Reconozco al mismo tiempo, en esa actitud de las provincias lombardo-venecianas, la prueba de que habeis desempeñado á mi entera satisfacción la misión de que os encargara al poneros al frente de la administración del país. Pero, habiéndome impuesto las circunstancias el deber de tomar medidas extraordinarias para la defensa de mi corona y para el mantenimiento del orden y de la seguridad interior, he debido reunir, para el efecto, en una sola mano, la autoridad civil y militar suprema del reino lombardo-veneciano y me he decidido á relevaros, hasta nueva orden, de las funciones de gobernador general, que habeis desempeñado con la mayor abnegación y con la mayor prudencia; y he determinado confiar esas funciones, en lo que concierne á la administración civil, al feldzugmestre conde Giulay, como jefe del mando general del país. — FRANCISCO JOSÉ. — Viena, 20 de abril de 1859.”

Dando ejemplo de la más absoluta obediencia, Maximiliano salió de la Lombardia al día siguiente. Recobró su título de gran almirante y jefe supremo de la marina imperial.

Algunos días más tarde, se había declarado la guerra y los ejércitos entraban en campaña (26 — 28 de abril.)

Conocidos son los acontecimientos que siguieron: Magenta, Solferino, el término de la guerra con la paz de Villafranca.

Los desastres habían introducido el desorden

en el gobierno austriaco: sólo el soberano los soportó con grandeza de alma. Los acontecimientos se habían apresurado á dar razón á los temores de Maximiliano: el partido militar, irritado con su derrota, se vengó de él, atribuyéndole que, con su benevolencia y con su debilidad, había dado ánimos á la revolución y al partido italiano. Mal comprendido, calumniado, el príncipe se aisló en su mando marítimo; se abstuvo de mostrarse en Viena, esperando sólo del tiempo la justicia á que creía tener derecho.

Volvió á sus primeros amores: emprendió una serie de excursiones por la costa, de las que la archiduquesa Carlota, que le acompañara, dejó la seductora historia en un librito titulado *Viajes á bordo de la Fantasia* (nombre de la fragata en que ambos navegaban).

La libertad de que en lo sucesivo gozaba Maximiliano trajo pronto su pensamiento hacia un proyecto de gran viaje que concibiera desde su primera juventud y á cuya realización se habían opuesto hasta entonces las circunstancias políticas. Con gusto habría dado la vuelta al mundo. Se contentó con preparar una excursión científica al Brasil: su intención era la de pasar allí el invierno con la archiduquesa Carlota.

El 10 de noviembre, acompañado de M. de Teghetoff, del doctor Illeck y de la señorita Beauvais, ex-institutriz de la princesa, partieron en la fragata "Elisabeth."

El mar estaba picado y la travesía fué horrible hasta Mesina. Llegaron á Madera el 6 de diciem-

bre. Fué en Funchal, capital de esta isla, donde Maximiliano escribió estas melancólicas líneas:

"He experimentado la necesidad de buscar, sobre las olas del Océano, ese reposo que la convulsamente agitada Europa niega á mi espíritu turbado. Sin embargo, profunda tristeza se ha apoderado de mí, cuando, al ver otra vez Madera, he comparado el pasado con el presente. Hace siete años, yo despertaba á la vida, por decirlo así, y marchaba hacia el porvenir alegremente; hoy siento ya fatiga; mis hombros no son tan ligeros como antaño . . . tienen que cargar con un pasado doloroso."

Quebrantada por el mal tiempo, la archiduquesa no pudo continuar el viaje. Por lo demás, la fiebre amarilla azotaba Rio Janeiro: Maximiliano dejó á su mujer en Funchal y se dirigió solo hacia el Brasil.

Se le recibió como á pariente en la corte del emperador don Pedro, en la que, en medio de continuas fiestas, permaneció hasta el 5 de febrero, siendo buscado por todos aquellos que, con el título de alemanes, podían recomendarse á él. No fué buena la impresión que sus compatriotas le causaron y es ocurrenente el reproducir aquí el juicio que formuló acerca de ellos:

"Cuando se recorre el globo, se advierte con dolor la escasa consideración de que disfruta nuestra raza. Carece de todo lo que es necesario para fundar la política grande: de ese modo desempeña por doquiera papel singularmente mediocre. Desciende al puesto de sirviente de todas las de-

más razas, ó de peldaño para los más hábiles. Los alemanes no serán amos del destino, mientras se limiten al papel de filósofos, mientras fatiguen su espíritu con impracticables teorías, mientras mezcán su corazón en sensibilidades enfermizas, en lugar de inflamarlo con el orgullo y con el entusiasmo.

Recogió en Funchal á la archiduquesa y el 25 de marzo ambos desembarcaban en Ragusa.

Algunos días después, volvían á Miramar. Maximiliano había hecho de su gabinete de trabajo, la copia exacta de su camarote á bordo de "La Novara"; amontonó en su biblioteca todos los recuerdos recogidos por él en el discurso de sus viajes.

Durante estos años, se dedicó más particularmente á sus estudios sobre cosas marítimas.

Durante el otoño de 1860, escribió su folleto: *De la marina austriaca, por un marino austriaco*. Luego, asustado con los progresos constantes y con las invasiones del Piamonte, lanzó un grito de alarma en otro folleto titulado: *Nota acerca del estado de las fuerzas navales de Francia, la aliada del Piamonte*. "Napoleón—

decía él allí— se sirve de Victor Manuel para sus fines; Victor Manuel se sirve de Garibaldi; Garibaldi, de la revolución en los países del Danubio y de los Balkanes; y así sucesivamente. ¿Quién puede decir hasta dónde llegará la llama de un incendio que se enciende?"

Luego dicta á su camarero Kundrat, sus recuerdos de viaje más allá del Ecuador y á través del Brasil. Redacta un *Proyecto de reorganización*

de la marina austriaca; solicita la creación de un "presupuesto extraordinario de la marina de guerra." La prensa y las cámaras combaten sus proyectos. Toma otra vez la pluma y lanza un nuevo folleto á los hombres del parlamento. Su actividad y su enérgica insistencia acaban por triunfar y el gobierno se decide á penetrar en las miras del archiduque.

Fué en este momento cuando, por hallarse resuelta la intervención á México en el pensamiento del emperador Napoleón III, se dió, en Miramar, el paso cuyo relato se encuentra al principio de este volumen (4 de octubre de 1861).

Llenos el archiduque y la archiduquesa del deseo de reinar, acogieron favorablemente las primeras insinuaciones y siguieron con ansiedad profunda los acontecimientos políticos y militares del principio de nuestra intervención. Conocían el éxito de nuestras armas y acataban de saber el voto de la asamblea de notables y el envío de la delegación. . . .

Estaban prestos para recibirla y dispuestos á darse á México, que parecía dispuesto á darse á ellos.

CAPITULO II

Los delegados mexicanos llegan á Miramar. — Discurso del señor Gutiérrez de Estrada. — Respuesta del archiduque. — El gobierno francés debe preparar las vías para el establecimiento de la monarquía en México. — El nuevo comandante en jefe. — Carta del emperador al general Bazaine (12 de septiembre de 1863). — Organización financiera. — Carta del 29 de septiembre. — Extracto de una correspondencia anónima. — El general Félix Douay. — Estado de los espíritus en México. — El general Forey entrega el mando (30 de septiembre). — Proclama del general Bazaine á los mexicanos. — La canción de la partida: “¿Partirá, no partirá?”

Los delegados llevaban consigo el acta de la asamblea de notables del 10 de julio, las actas de adhesión al imperio de las ciudades de Puebla, Toluca, Orizaba, Córdoba, Veracruz y treinta y siete pueblos de los alrededores de estos grandes centros.

Eran, en suma, muy escasos resultados, después de tantos esfuerzos y de tan larga campaña. Lejos se estaba aún del *voto nacional*, que el archiduque Maximiliano pusiera como condición indispensable para aceptar. Pero nuestro ministro, á quien le corría prisa de triunfar y, sobre todo, de obtener las apariencias del triunfo, había impuesto al general Almonte una desagradable pre-

cipitación hecha más bien para comprometer los intereses de Francia y de Maximiliano que para servirlos. Verdad es que esas adhesiones se presentaban sólo como un principio, como la muestra del voto del país.

La diputación mexicana llegó el 1º de octubre á Trieste, donde fué recibida en el Ayuntamiento. Al día siguiente, su presidente, señor Gutiérrez de Estrada, pidió las órdenes del archiduque y el 3 de octubre de 1863 casi dos años— día por día—después de las primeras insinuaciones transmitidas por el conde de Rechberg, la delegación fué recibida en el castillo de Miramar, á la una de la tarde, en el gran salón azul del piso bajo.

El señor Gutiérrez de Estrada dirigió al archiduque Maximiliano un largo discurso, del que copiamos estos pasajes:

“Señor:

“La nación mexicana, restituida apenas á su libertad por la benéfica influencia de un monarca poderoso y magnánimo, nos envía á presentarnos á Vuestra Alteza Imperial, objeto y centro hoy día de sus más halagüeñas esperanzas.

“No hablaremos, señor, de nuestras tribulaciones y nuestros infortunios de todos conocidos, al punto de haberse hecho para tantos el nombre de México sinónimo de desolación y ruina.

“Intérpretes harto débiles nosotros de ese aplauso general del amor, de las esperanzas y los ruegos de toda una nación, venimos á presentar en

su nombre á Vuestra Alteza Imperial, la corona del Imperio Mexicano que el pueblo, por un decreto solemne de los Notables, ratificado ya por tantas provincias, y que lo será en breve, según todo lo anuncia, por la nación entera, os ofrece, señor, libre y espontaneamente.

"La empresa es grande, pero es aún más grande nuestra confianza en la Providencia; y que debe serlo, nos lo dicen bien claro el México de hoy y el Miramar de este glorioso día."

A esta alocución, pronunciada en francés, Maximiliano respondió, sirviéndose de la misma lengua:

"Señores:

"Estoy vivamente agradecido al voto emitido por la Asamblea de los Notables de México, en su sesión de 10 de julio, y que vosotros estais encargados de comunicarme.

"Lisonjero es para nuestra casa que las miradas de vuestros compatriotas se hayan vuelto hacia la familia de Carlos V, tan luego como se pronunció la palabra monarquía.

"Por noble que sea la empresa de asegurar la independencia y la prosperidad de México, bajo la égida de instituciones á la par estables y libres, no dejó yo de reconocer, en perfecto acuerdo con S. M. el emperador de los franceses, cuya gloriosa iniciativa ha hecho posible la regeneración de vuestra hermosa patria, que la monarquía no podría ser allí restablecida sobre una base legítima y perfectamente sólida, á menos que la na-

ción toda, expresando libremente su voluntad, quisiera ratificar el voto de la capital. Así, pues, del resultado de los votos de la generalidad del país, es de lo que yo debo hacer depender en primer lugar la aceptación del trono que me es ofrecido.

"Por otra parte, comprendiendo los sagrados deberes de un soberano, preciso es que yo pida en favor del Imperio que se trata de reconstituir las garantías indispensables para ponerlo al abrigo de los peligros que amenazarían su integridad é independencia.

"En el caso de que esas prendas de un porvenir asegurado fuesen obtenidas, y de que la elección del noble pueblo mexicano, tomado en su conjunto, recayese sobre mí, fuerte con el asentimiento del augusto jefe de mi familia, y confiando en el apoyo del Todopoderoso, estaré dispuesto á aceptar la corona.

"Si la Providencia me llamara á la alta misión civilizadora, ligada á esa corona, os declaro desde ahora, señores, mi firme resolución de seguir el saludable ejemplo del Emperador mi hermano, abriendo al país, por medio de un régimen constitucional, la ancha vía del progreso basado en el orden y la moral, y de sellar con mi juramento, luego que aquel vasto territorio sea pacificado, el pacto fundamental con la Nación. Sólo así podría ser inaugurada una política nueva y verdaderamente nacional, en que los diversos partidos, olvidando sus antiguos resentimientos, trabajarían en común para dar á México, el puesto eminente que parece estarle destinado entre los pueblos,

bajo un gobierno que tenga por principio hacer prevalecer la equidad en la justicia.

“Tened á bien, señores, dar cuenta á vuestros conciudadanos de las determinaciones que acabo de anunciaros con toda franqueza, y provocar las medidas necesarias para consultar á la Nación respecto del gobierno que intente darse.”

Esta respuesta no dejó de causar viva decepción: no era eso, precisamente, lo que la delegación aguardaba. En efecto, el archiduque, al mismo tiempo que trazaba para su futuro gobierno un programa muy liberal, propio para satisfacer las legítimas aspiraciones de los mexicanos, reservaba su aceptación, de modo perfectamente neto. No quería instauraciones sorpresivas, ni podía considerar cual cosa sería las adhesiones de algunas ciudades que se hallaban en poder del ejército francés. No por eso rehusaba; pero consideraba prudente el esperar que más numerosas manifestaciones, y acaso más espontáneas, disiparan las últimas dudas acerca de la acogida que su candidatura al trono encontraba en la masa del país.

Su lenguaje significaba, al mismo tiempo, respecto de Francia, una notificación de continuar la expedición y de “pacificar el vasto territorio” de México.

Pero la palabra pacificación no era aquí más que un eufemismo que significaba conquista. Era preciso conquistar todo México. La cuestión consistía en saber si, una vez obtenido este resultado, la voluntad popular, apoyo de las esperanzas

de todos esos conquistadores á su pesar, se manifestaría con energía suficiente. Porque el Emperador no desconocía esta gran verdad histórica que su primo, el príncipe Napoleón, debería resumir, algunos años más tarde, en esta frase á la vez trivial, brutal y exacta:

— Todo se puede hacer con las bayonetas, menos sentarse encima de ellas.

La fuerza, en efecto, puede edificar imperios, pero no hacerlos durar.

Como quiera que fuese, la situación exigía nuevos esfuerzos y nuevos sacrificios. El Emperador se resolvió á ellos; pero no contempló esta necesidad sin vivas aprensiones, porque, por una serie de efectos de la mala suerte, sus designios primitivos venían á ser ya irrealizables.

Cuando comenzó esta expedición—no nos cansaremos de repetirlo, en vista del persistente error del público—no llevaba otra mira sino el establecimiento de un dique destinado á contener para siempre á los Estados Unidos y á disputarles la hegemonía sobre el resto de América.

Para conseguir ese objeto, contaba con encontrar dos puntos de apoyo: el sur, que á la sazón se hallaba en plena guerra con el norte, y la voluntad misma de México, de constituir un gobierno regular, presidido por un príncipe europeo.

El primer error, en el que le hicieron caer informes inexactos, si no mentirosos, consistió en creer que en México la opinión se hallaba en ese estado; el segundo, consecuencia del primero, consistió en no enviar más que un puñado de

hombres. Nuestro fracaso y el tiempo que fué preciso perder antes de que nuestros soldados entrasen vencedores en Puebla y en México, cambiaron el problema por su base. El Emperador había creído poder contar con el voto de México: este voto nos era hostil. Había creído, igualmente, poder contar con el sur: el sur estaba derrotado y nuestra intervención se encontraba, ahora, en frente de dificultades interiores y de dificultades exteriores.

¿Qué partido tomar? Lo más prudente hubiese sido, sin duda, reconocer el error cometido y hacer lo que hubo de hacerse tres años más tarde: renunciar á una obra imposible y evacuar el país. Sí; pero para ello hubiera sido necesaria una prudencia desconocida de los políticos—jugadores á su modo. ¿Qué jugador se retira ante la mala suerte? Mientras más persistente es, más próximo se cree el regreso de la fortuna y más se empeña el jugador.

Luego—es preciso decirlo—los ditirámicos despachos del mariscal Forey, el optimismo con que creía juzgar de cosas y de espíritus cuando no juzgaba más que su propia obra, todo permitía al Emperador figurarse concluida la época de las grandes dificultades y pensar que se aproximaba un desenlace que, siquiera no fuese el entrevisto y buscado desde el principio, no dejara de ser solución satisfactoria, ó por lo menos, no tan humillante como la evacuación lisa y llana.

Convencido, finalmente, de que los que encargara de ilustrarle le habían engañado; persuadido

de que los generales, á quienes confiara la dirección militar, no habían sido más felices, por no decir más capaces, que los agentes á quienes entregara la dirección política, el Emperador se lisonjeaba, pensando que con cambiar de personal, mejoraría en mucho la situación. Volviale ya la confianza, pensando que el nuevo comandante en jefe era el general Bazaine, tan bravo y tan diligente hasta entonces. Esperaba que éste, por lo menos, le diría la verdad y le ayudaría un poco á salir de sus perplejidades, al mismo tiempo que tomaría con mano firme la dirección de los negocios. Fácil nos es suministrar la prueba de este estado del ánimo del Emperador: se contiene en la carta confidencial que escribió al general el 12 de septiembre:

“Biarritz, 12 de septiembre de 1863.

“Mi querido general:

“Son por tal manera contradictorias las noticias que me llegan de México, que es difícil para mí saber lo que allí pasa. Me limitaré, pues, por ahora, á recordar á vd. los principios en que debe reposar nuestra intervención. Nuestro objeto principal consiste en pacificar y organizar á México, llamando á todos los hombres de buena voluntad, sin precipitarnos en medidas reaccionarias.

“El programa publicado por el general Forey debe servir á vd. de regla de conducta y es de importancia empeñarse en que sea fielmente ejecutado. Por más que exista un gobierno provisio-

nal—medida indispensable para que no se pensase que quería cogermé México—el general francés tiene el deber de impedirlo todo y decidirlo todo por medio de su influencia. No puedo admitir que, después de haber conquistado México, nos limitáramos á ser testigos impasibles de medidas arbitrarias y opuestas á la civilización moderna. Cuento, pues, con vd., general, para dirigir al gobierno provisional por una vía que sin duda será la de la firmeza, pero que debe ser también la de la justicia y la conciliación.

“Es esencial que la elección del archiduque Maximiliano sea ratificada por el mayor número posible de mexicanos, porque su apresurado nombramiento ha tenido el defecto muy grande de no parecer en Europa la expresión legítima de los votos del país. La gran dificultad, sobre todo, consiste—así lo comprendo—en restablecer la calma. Para ello, debe vd. dirigir todos sus cuidados á la reorganización del ejército mexicano y á ganar la simpatía de los indios que componen la gran mayoría de la población. Mucho me agrada, general, el recibir directamente sus impresiones y sus ideas acerca del porvenir del país y acerca de la manera de consolidar nuestra obra. Espero que, dada la ayuda de fuerzas mexicanas, tendrá vd. á su disposición suficiente número de tropas francesas. Si no fueren suficientes, dígame con franqueza.

“Tome vd. informes confidenciales acerca de las minas de Sonora y dígame si sería posible más tarde ocuparlas. Asegure al ejército, general, que

estoy muy satisfecho con su conducta; y reciba las seguridades de mi estimación y amistad.

“NAPOLEÓN.

“Como tengo aquí mucha amistad con la familia Errazu, le recomiendo de un modo especial, para cuando haya ocasión, á los parientes de ella que se encuentran en México.”

Se encuentra en esta carta un eco de este pensamiento del Emperador, que sería posible reembolsarse de los gastos de la expedición, por medio de un gran empréstito que México contrataría. Ya se ha visto cuales eran sus ilusiones al respecto. Parece que M. Budín, á quien correspondía precisamente la reorganización económica del país, no hizo nada para informar con exactitud á su gobierno. Puede juzgarse hasta que punto se alejaban de la verdad las cifras dadas por el Emperador en su carta á Forey, de 30 de enero de 1863, sabiendo que el mejor año financiero del emperador Maximiliano, cuando todo el país, con todos sus puertos, estaba ocupado de Guaymas á Veracruz, no produjo sino 110 millones de francos, cuando Napoleón III estimaba, por lo menos, en 100 millones los gastos de la administración mexicana, en tiempo normal.

Conservando sus ilusiones acerca de este punto, ya había sido bastante chasqueado, para que no tratase de saber la verdad acerca de una situación que le preocupaba sin cesar. El gobierno francés buscaba con empeño las cartas particulares que venían de México. Resultaba que, entre

los informes oficiales, casi siempre optimistas y las noticias privadas, más sinceras y, por consiguiente, menos favorables, había notables divergencias. Tal es lo que el Emperador llama "noticias por tal manera contradictorias."

He aquí una de esas cartas, inédita asimismo, fechada en México el 26 de julio de 1863 y que el ministro de la guerra volvió á enviar al general Bazaine, pidiéndole que le dijese lo que pensaba acerca de ella:

"Mi querido Eduardo:

"La correspondencia del paquete de San Nazario está retrasada como de costumbre y no les llegará, sin duda, sino con la del paquete inglés. Los retardos son penosos y hoy lo lamento, tanto más cuanto que tu carta debe de hablarme del efecto que en París y en tí mismo haya producido la toma de Puebla, pues sé que esta noticia llegó á Francia el 10 de junio, día de la entrada del general Forey en México.

"Todos éramos felices ese día; pero aquí lo éramos más, porque el placer que vds. tenían en París debía ser turbado por el pensamiento de lo que aun nos quedaba por hacer, lo cual ya estaba hecho por nosotros, mediante la entrada de nuestros soldados en México. Ya te he contado, si bien de un modo muy sumario y muy incompleto, todo lo que pasó aquí hasta el 14 de julio, fecha de mi última carta, la cual terminaba con el anuncio de uno de los acontecimientos más importantes de la

intervención: la proclamación del imperio y la elección del archiduque Maximiliano como emperador.

"Después, los acontecimientos que se habían entonces precipitado, recobraron una marcha más tranquila y, sobre todo, más conforme con la manera de ser del país.

"Fuera de los movimientos militares de que ya tienes conocimiento, las fuerzas francesas no han operado más que en los alrededores de México, y por pequeños destacamentos, en persecución de algunas guerrillas ó partidas de ladrones. Las operaciones hacia el interior han sido sin duda aplazadas para cuando terminen las lluvias, cuya abundancia las haría tropezar con obstáculos y dificultades, cuando no imposibles.

"En la organización gubernativa no veo con gusto lo que existe y me temo que esté haciendo falsa ruta. Una vez electo Maximiliano y mientras acepta y viene, se ha establecido una regencia del imperio, compuesta del triunvirato que ya existía, lo que significa que nada ha cambiado. Los mexicanos están á la cabeza del gobierno, á la cabeza de las administraciones, á la cabeza del ejército. La intervención no hace, pues, otra cosa, sino presenciar, reservándose la facultad de reprimir, pero dejando á los mexicanos, para los asuntos interiores de su país, una iniciativa de que hacen uso lamentable.

"En lugar de ocuparse del interés general y de trabajar en pro de un acercamiento, en pro de una fusión indispensable para que el orden y la paz puedan restablecerse, los hombres del poder

—el partido reaccionario ó clerical—no admiten sino á los suyos, no trabajan sino para ellos mismos y no buscan sino la manera de recuperar su antigua dominación y preponderancia. No es ayudar al objeto de la intervención, ni servir los intereses del futuro emperador: éste, pues, lejos de encontrar á su llegada un país en vía de pacificación, no verá sino odios más ardientes que antes.

“No sé si semejante estado de cosas durará mucho; pero lo que veo es que el general Forey se ha visto ya obligado á recurrir á la represión, obligando á la Regencia á derogar dos ordenanzas que había promulgado hace algunos días: la primera sobre la suspensión del trabajo de las construcciones elevadas en el sitio de los conventos, que han pasado á ser de propiedad particular; la segunda, sobre que se impidiera el trabajo los domingos, á menos de haber permiso del cura.

“No sería el modo de llegar á nada bueno en este país, el dejar implantar otra vez la intolerancia religiosa: se necesita, al contrario, una tolerancia enorme, porque sin ella se le escapa su única probabilidad de salud y de prosperidad para el porvenir, que es la inmigración europea.

“Es preciso no engañarse: las razas que pueblan México son incapaces de caminar ellas solas: necesitan la preponderancia del elemento europeo; esta es una condición *sine qua non* y el ensayo que se hace en este momento de dejarlas que se gobiernen por sí mismas, no será sino una prueba más de su incapacidad para el gobierno.”

Estos desagradables síntomas que llegaban á Europa, enviados por personas independientes y no oficiales, constituían perpetuo tema de preocupación para el Emperador. De esa suerte, á cada correo, experimentaba la necesidad de escribir al comandante en jefe (que, por lo demás, como se verá más adelante, todavía no lo era de hecho.)

De Biarritz mismo envió al general Bazaine una carta confidencial, en la cual insistía en sus ideas externadas en la del 12 de septiembre y en el pensamiento de la emisión de un empréstito.

“Biarritz, 29 de septiembre de 1863.

“Mi querido general:

“Le escribo de nuevo hoy para, en cierto modo, repetirle lo que le dije en mi última carta. Pacificar el país, tratando de atraer á todos los hombres importantes de los diversos partidos; impedir la reacción, haciendo sentir que es siempre la espada de Francia la que manda; organizar un pequeño ejército mexicano (he leído con pena en un periódico el nombre de guardia imperial mexicana: eso sería un disparate). Tal debe ser el objeto de los esfuerzos de vd.

“*Le envío ese pasaje de una carta venida de México y que, según creo, refleja bastante bien el espíritu del ejército.*

“Uno de los problemas más importantes es el de la realización de un empréstito; y para apartar á los intrigantes, es de toda necesidad que el go-

bierno provisional confíe á alguno sus plenos poderes. Me he fijado en el señor Arrangoiz, hombre muy honorable, que ha sido dos veces ministro de Hacienda en México y está ahora cerca del archiduque: haga, pues, de modo que se le encargue de negociar un empréstito en Europa, bajo la vigilancia y con la autorización del gobierno francés.

“Para disminuir nuestros gastos, he pensado en realizar una idea que viene de vd. Consistiría en ceder por diez años la legión extranjera al nuevo Emperador de México. Entre tanto, yo desearía adoptar las medidas siguientes, sobre las cuales voy á entenderme con el ministro de la guerra, quien escribirá á vd. oficialmente. Esas medidas consistirían en:

“1.—Declarar que la legión extranjera permanecerá diez años en México.

“2.—Componer los cuadros con oficiales y con suboficiales franceses que consentirían en permanecer diez años en México, sin perder su calidad de franceses ni su grado en el ejército.

“3.—Con los cuadros existentes de la legión extranjera, formar dos regimientos, ascendiendo á todos los oficiales y sub-oficiales que lo merezcan.

“4.—Completar el efectivo con los mejores soldados indios, á los que se vestiría inmediatamente y á los cuales se habituaria á nuestra disciplina. Estos dos regimientos podrían elevarse á un efectivo de 4 á 5,000 hombres que, si fuere preciso, podría aumentarse enrolando otros en Eu-

ropa: formarían así un núcleo importante para el ejército del nuevo Emperador.

“Voy á examinar si me es posible enviar á vd. un nuevo regimiento de Francia para reemplazar la legión extranjera que entonces llamaria vd. al interior, pues creo que está ahora en las tierras calientes.

“Reciba, mi querido general, la seguridad de mi sincera amistad.

NAPOLEÓN.”

El extracto que acompañaba á esta carta no tenia menos de diez y ocho páginas del ordinario formato epistolar: es un fragmento verdaderamente picante y escrito con cierta vena cáustica y muy irreverente. Se le atribuye al general Douay, cuya correspondencia privada era puesta con frecuencia á la vista del emperador Napoleón III; en efecto, apreciaba de una manera particular las cualidades militares y el carácter de este oficial superior, de quien hizo uno de sus edecanes, después de la campaña de México (1).

La carta está fechada en México el 26 de julio de 1863.

“... Para hacerle comprender bien la política

[1] Bazaine se engañaba y nosotros nos hemos engañado con él, atribuyendo esta carta al general Félix Douay. Se debe al teniente coronel H. Loizillon, quien la dirigió á Mme. Cornu, ahijada de Napoleón III. (Consúltese, al respecto, la obra titulada: *Cartas sobre la expedición de México*, del teniente coronel Loizillon, páginas 97 y siguientes.)

ca que seguimos, recorto de un periódico el decreto del prefecto de la ciudad acerca de la prohibición de trabajar el domingo. Este decreto, publicado en el periódico del 20, fué pegado en las paredes desde el 16 del corriente. A manera de paralelo del dicho decreto, hay otro que previene arrodillarse cuando se encuentre al Santo-Sacramento y permanecer en esa postura hasta que haya desaparecido y que ya no se oiga el ruido de la campanilla que le acompaña.

“Cuando subieron al poder, los liberales habían abolido esta ceremonia ridícula cual estúpida, que consiste en llevar el Santo-Sacramento á un enfermo con escolta de soldados y un sonido de campana capaz de hacer morir al paciente, antes de que tuviese tiempo de tragarse á su Salvador. Esta ceremonia ha sido restablecida bajo nuestros auspicios. Como vd. ve, nos hallamos lejos de la libertad de cultos.

“Ambos decretos no necesitan de comentarios; no hacen sino demostrar superabundantemente cuáles son las pretensiones del clero y cuál es la marcha que sigue para recobrar su antigua influencia.

“Hace quince días, los clérigos visitaron las casas que antes pertenecían al clero y que fueron vendidas como propiedades nacionales; han comprometido á los inquilinos para que no paguen los alquileres á los propietarios actuales, porque —dijeron— se iban á revocar esas ventas, hechas por inspiración de Satanás, lo que haría que los inquilinos se viesan obligados á pagar por segun-

da vez al clero, único y verdadero propietario de esos inmuebles.

“Como vd. lo ve, nos hallamos en plena reacción, lo que á nadie sorprende; porque, dada la composición del gobierno provisional, las cosas no podían ser de otra manera. El señor Almonte es—dicen—un reaccionario de poco mérito; el general Salas es una momia vieja; no queda sino el obispo Ormaechea, representante del arzobispo: éste es un hombre vigoroso que les puso el pie á los otros dos y que lo dirige todo. En cuanto á nosotros, dejamos hacer y miramos hacer, como si ello nos importara un pepino.

“Sin embargo, los reaccionarios desconfían, porque saben que cuando el Emperador se entere de una manera formal de la marcha que aquí se sigue, el aspecto de las cosas cambiará: así, se apresuran á terminar el edificio. En cuanto á los liberales, ellos nos hacen responsables de todo: dicen, con razón, que nosotros, que pretendemos de liberales, no habríamos debido, en primer lugar, componer el gobierno provisional como lo hicimos. Sin embargo, comprenden hasta cierto punto que nos hayamos visto forzados á ello, ya que todos los liberales se mantienen alejados; pero nos reprochan el que no mantengamos en tutela á ese gobierno creado por nosotros. Nosotros somos—dicen—los responsables de los actos de ese gobierno; añaden que quizás es necesario dar á México una dictadura, pero que, por lo menos, esa dictadura debería proceder en sentido liberal y no en sentido retrógrado.

No nos perdonan el que queramos restablecer en México lo mismo que hemos abolido en Francia. Los que razonan están convencidos de que no son tales las intenciones del Emperador y de Francia; pero de todos modos, ahí están los hechos: hacen responsable de todas las faltas cometidas á M. de Saligny, contra el cual existen un desprecio y un encarnizamiento generales: se refieren de él las cosas más ultrajantes, que yo no repetiré á vd. Quizás son calumnias; pero se hallan tan acreditadas, que ni los mismos reaccionarios se atreven á desmentirlas.

“Desde que llegó el correo, se dice que ha sido retirado, pero que el general en jefe le retiene de propia autoridad y ha escrito al Emperador, suplicándole que conserve á M. Saligny en México, porque él es el único hombre que comprende la situación y es capaz de edificar el imperio.....

“Facilísimo es decretar un imperio, como lo hemos hecho; pero organizar un imperio es otra cosa. ¿Qué cosa hemos organizado desde que estamos aquí? Nada. El general en jefe lo sabe mejor que nadie; él, que de nada se ocupa y que de todo debería ocuparse. Siente bien cuál es el lodazal en que pateamos y lo que más le importa es tener su bastón de mariscal y regresar pronto á Francia á recoger laureles.

“En cuanto á Maximiliano y Saligny, allá que ellos se desenreden como puedan. Esto le importa poco. Tal es la línea de conducta que ha seguido desde que se encuentra en México. No comprometerse y descargar sobre los otros.....

“Si, por razón del bandidaje, la organización del ejército debe ocupar el primer puesto, también es preciso impulsar vigorosamente la organización de la justicia, de las finanzas y de los demás ramos de la administración. De ello está encargado M. Budin, comisario extraordinario de Hacienda, delegado del Emperador. Acaba de reorganizar la justicia, lo que no le ha costado mucho trabajo, pues la ha restablecido tal como era, con gran disgusto de los mexicanos..... En cuanto á las finanzas, el señor comisario extraordinario, tomando en consideración las dificultades con que tropieza el gobierno de los Tres, acaba de hacer contraer un empréstito de un millón de pesos, con la garantía de Francia.

“En suma, los negocios de México se encuentran ahora más embrollados que cuando llegamos: por lo tanto, no nos hacemos ilusiones acerca de nuestro regreso á Francia. No podemos abandonar á México en el estado en que lo hemos puesto, sobre todo, si el Emperador quiere continuar su política respecto de los Estados Unidos. Con nuestra incuria, con la línea que seguimos en nuestra política interior, cada día nos creamos mayores dificultades. Si así seguimos, qué triste misión daremos á ese pobre Maximiliano y qué desilusión la que le preparamos!

“Cuando desembarque en Veracruz y vea que todo su imperio se compone del camino de Veracruz á México, camino durante el cual deberá hacerse escoltar fuertemente para que no lo plagien; cuando llegue á la capital y no encuentre en

ella ni finanzas, ni justicia, ni ejército, sino bandidaje organizado y los partidos tiroteándose y desgarrándose ¿á qué santo se encomendará?

“Dadas las poco avanzadas ideas de su país, se arrojará naturalmente en brazos de M. de Saligny, de Márquez y de la reacción. Entonces, todo se habrá perdido sin remedio; la Francia gastará aquí su ejército y su tesoro hasta agotarlos, y no logrará sentar en el trono á Maximiliano.

“El único remedio para esto, consistiría en que el Emperador supiese cuán mal se interpretan aquí su política, sus ideas y las de Francia. Substituiría entonces á M. de Saligny con un hombre probo, considerado, amigo del deber, que, antes que de sus negocios, se ocupase de los del país. Llamaría al general Forey nombrándole mariscal y dejaría el mando del cuerpo de ocupación al general Bazaine.

“El general Bazaine es hombre de gran inteligencia, muy fino, muy hábil, conocedor de la manera de sortear los obstáculos cuando no puede derribarlos, para llegar siempre á su objeto. Como goza de gran consideración y tiene el sentimiento de su mérito, sería el mejor guía que pudiera darse á Maximiliano, tanto más, cuanto que conoce perfectamente el espíritu de México....

“Por su influencia y por la fuerza de las cosas, dirigiría á Maximiliano en el sentido liberal. El partido liberal, único que vive, único que tiene el porvenir ante sí, aquí como en todas partes, prestaría pronto su concurso y entonces se exterminaría pronto el bandidaje.....

“Si Maximiliano está bien dirigido, si comprende su posición, puede, en menos de diez años, hacer de México un país rico, capaz de pagarnos los gastos de guerra, y capaz de vivir sin necesitarnos; no solamente podrá resistir á los americanos, sino absorber Guatemala que, viendo los beneficios de un gobierno fuerte, sólido, honrado y progresista, no vacilará en cambiar su libertad anárquica por tantos beneficios.....”

A propósito de este documento, Bazaine ha añadido la siguiente reflexión: “El pasaje relativo al señor general Forey, no es de toda justicia, pero ha sido escrito al influjo del resentimiento, que experimentaba el oficial general escritor por motivo de la falta de éxito del ataque dirigido por él sobre la manzana número 52 (convento de Santa Inés, 25 de abril de 1863), cuando el sitio de Puebla.....”

Esa correspondencia pintaba la situación con colores desgraciadamente harto verdaderos; el Emperador lo sentía perfectamente y ya se ve cómo se espontaneaba con toda franqueza con el general Bazaine. Pero las cosas eran más complicadas y más difíciles aun de lo que se imaginaba el soberano; porque, mientras que él se carteaba de esa suerte con el general Bazaine, éste, por más que estaba nombrado comandante en jefe, de todo se ocupaba, menos de ejercer sus funciones de tal, puesto que el Mariscal Forey no se decidía á salir de México y á entregar á su sucesor la dirección del ejército y de los negocios. Creía que estaba hecha la paz, que la

guerra había terminado y, contra la opinión del corresponsal anónimo citado más arriba, hubiera sido feliz, ya que había recibido el bastón de mariscal, de seguir todavía, por algún tiempo, recogiendo laureles en México.

Estos retardos eran perjudiciales. Era de lo más importante que una nueva dirección sucediese á la antigua y que el mariscal Forey, lo mismo que M. de Saligny, se alejasen definitivamente.

Tal era la opinión que expresaba el general Bazaine al responder al Emperador:

"Sire: La carta de S. M. fechada el 30 de julio no me llegó sino hasta el 1.º de septiembre. Las instrucciones del Emperador serán seguidas tan exactamente como sea posible; pero la situación política ya no es, en mi concepto, tan sencilla como cuando llegué á la capital. La Regencia procede como un poder definitivamente constituido, toma la iniciativa en no pocas medidas políticas bajo influencias ó recuerdos del pasado, de manera que los hombres honorables del partido liberal moderado—que los hay—permanezcan apartados de los negocios.

"Los temores expresados por Vuestra Majestad acerca de la línea de conducta del triunvirato convertido en Regencia, son fundados y creo que es de lamentarse el que se haya puesto tanta prisa en privarse de la elasticidad de un gobierno provisional que, recibiendo nuestro impulso basado en las instrucciones de V. M., hubiera permitido organizar la administración, pero sobre todo las finanzas, con mayor latitud y sin resisten-

cia pasiva. Por otra parte, la organización del gobierno de la Regencia ha originado gastos considerables que no se encuentran en relación con las rentas actuales del país; pero era preciso satisfacer á sus partidarios.

"Durante este período transitorio las columnas franco-mexicanas se habrían exhibido en las capitales de los Estados de Michoacán, Querétaro, San Luis, Guanajuato, Guadalajara, etc., la mayor parte del país habría sido conquistada y pacificada y el gobierno de Juárez se habría fugado hacia el Norte y el Pacífico. Estos resultados, que fácilmente se habrían obtenido en tres meses, habrían permitido fundar la monarquía mexicana sobre más amplias bases, y ponerla al abrigo de las críticas de los partidos, sobre todo en Europa.

"Podíamos emprender esos paseos militares á fines de junio ó de julio y aun en agosto, porque, en los Estados del Norte, las lluvias comienzan más tarde. Este año—por excepción, sin duda—se quejan de la sequía en esa zona, en la cual las cosechas son casi nulas, pero en la que los caminos han permanecido en buen estado.

"He dado pasos cerca del general Almonte, para obtener la derogación del decreto relativo al secuestro: es evidente que esta medida impolítica, cuando se quiere echar las bases de la conciliación, ha dado á nuestros enemigos facilidades para proceder por vía de represalias, á las cuales procedieron inmediatamente decretando la confiscación, la venta de los bienes confiscados á los partidarios de la intervención y, caso de que tal

venta no pueda realizarse, su distribución entre los indios, á fin de interesarlos en la guerra social que quieren organizar.

“En cuanto á la cuestión del clero, el general Almonte desearía esperar la llegada de Mons. Labastida, pues se halla persuadido de que este prelado está provisto de instrucciones del Santo Padre y del archiduque Maximiliano acerca del particular. He ahí, aun, una causa de inquietud en la población y de perturbación en los negocios comerciales, porque los poseedores, á causa de esta amenaza de revisión, no pueden venderlos, de manera que esos inmuebles, en lugar de vivificar el crédito, son todavía más de manos muertas que cuando se hallaban en poder del clero. Para la solución de este problema, tan importante desde todo punto de vista, haré cuanto me sea posible; pero este asunto se ha tratado mal desde un principio.

“El señor comisario extraordinario de hacienda contesta por este correo á S. E. el Ministro, sobre su despacho de 6 de julio, relativo al secuestro, á la prohibición de la exportación de pesos, á las aduanas marítimas, etc. Es evidente que debemos aprovechar nuestra permanencia en México para facilitar nuestro comercio y convertirlo—por decirlo así—en dueño del mercado; pero M. Budin hace observar que no puede prescindir de fuentes ciertas, sin tener otras; ésto es verdad por el momento; pero cuando el comercio haya recobrado su curso hacia el interior, espero que

la progresión ascendente de los negocios compensará la disminución de las tarifas.

“El conde de Saligny está descontento de su retiro y parece dudar de él; me ha dicho que su intención era la de permanecer con licencia en México, porque tiene un matrimonio en perspectiva.

“El mariscal Forey debe distribuir cruces de la legión de honor á los oficiales del ejército mexicano: esta gloriosa recompensa me parece prematura, porque este ejército apenas está organizándose, su personal es poco conocido y es posible engañarse acerca de sus individualidades y producir un efecto contrario al que se desearía obtener. Hasta ahora, la opinión de nuestro ejército es contraria á ese acto.

“Suplico á V. M. que se sirva darme instrucciones á ese respecto para el porvenir.

“Espero que el Emperador no verá en mis apreciaciones otra cosa, sino el deseo de hacer que tenga éxito su política, que es toda conciliación y toda generosidad, para fundar, en este país desgarrado por las guerras civiles, un gobierno estable y protector de nuestros intereses. El porvenir nos dirá si, al principio, han sido aplicadas juiciosamente las instrucciones de V. M. Suceda lo que quiera, el Emperador puede contar con que haré todo lo que de mí dependa, para llevar á buen término esta gloriosa empresa. Soy, con el más profundo respeto, etc. General BAZAINE.”

El mismo correo llevaba al ministro los informes que había pedido, principalmente, los concernientes al general Woll, francés de origen, que

se hallaba al servicio de México desde la caída del primer imperio. "El general Woll tiene efectivamente cierta influencia cerca del nuevo gobierno de México y sus opiniones ó proposiciones, en lo concerniente al ejército mexicano, serán tomadas en consideración; pero no le considero á la altura de la misión que ha querido atribuirse, si, como debe ser, esta organización habrá de ser radical. . . ."

El general Bazaine quería, en efecto, hacer suprimir las levas, procedimiento bárbaro de reclutar soldados que consistía en el rapto de los indios y de los campesinos para enrolarlos á la fuerza: Bazaine deseaba reemplazar ese sistema por una ley de reclutamiento. La idea era buena: pero ¿cómo realizarla? No era, por cierto, el gobierno de la regencia el que poseía la autoridad necesaria para tomar tan graves decisiones.

Entre tanto, pasaba el tiempo y el mariscal Forey comenzaba á comprender que no podía retardar indefinidamente su regreso. El 30 de septiembre se resignó, por fin, á entregar el mando al general Bazaine y, el mismo día, dirigió al cuerpo expedicionario una orden general, en la que, después de dar gracias á las tropas cuyo valor le valiera su bastón de mariscal, hablaba de su sucesor en los términos siguientes:

"No tengo necesidad de hacerlos su elogio; tan bien como yo, sabéis cuánto vale; y, para no hablar sino de sus servicios en México, recordad que en San Lorenzo destruyó, á la cabeza de algunos batallones, todo un cuerpo de ejército, cu-

yos desechos, por no creerse seguros tras de las fortificaciones de la capital, huyeron hasta las fronteras de los Estados Unidos de América.

"Recordad aún que la toma del fuerte de San Javier comenzó el sitio de Puebla y que la del fuerte de Totimehuacán la terminó y que ambos hechos bélicos se llevaron á efecto bajo su dirección vigorosa é inteligente.

"Entonces os sentireis orgullosos de tener á la cabeza semejante jefe: si teneis que librar nuevas batallas, estareis seguros del triunfo y vuestro antiguo general en jefe aplaudirá, desde lejos, vuestros éxitos. . . ."

Al expresarse de ese modo, el mariscal Forey se hacía eco de todo el ejército. La elevación del general Bazaine al mando supremo recibió unánime aprobación, que llegó á cambiarse en entusiasmo cuando, en la primera comida que se le ofreció por el gobierno provisional, le oyeron brindar en español y recordar la parte que á cada cual se debía en el éxito obtenido.

Dirigió á la nación mexicana la siguiente proclama:

"Mexicanos:

"Al tomar el mando del ejército, debo hacerlos saber que este cambio de jefe no implica un cambio de política. ®

"Mi misión es velar por la sincera aplicación del manifiesto fecha 12 de junio de 1863 que contiene los principios esenciales, sobre los cuales debe apoyarse el gobierno provisorio en la dirección de los negocios públicos.

“Estos principios generosos y propios de nuestra época dimanar de instrucciones del gobierno del Emperador y prueban con cuanto interés vela nuestro soberano por la regeneración de vuestra bella patria.

“Mi tarea será fácil, si vosotros me ayudáis, — y cuento con ello; — así como vosotros debéis tener fe en mi enérgica voluntad de hacer ejecutar á su tiempo cada una de las promesas contenidas en el manifiesto precitado.

“Tened, pues, confianza en el porvenir. Que todos los mexicanos dejen á un lado todo espíritu de partido: que se unan para fundar un régimen estable en relación con las ideas del siglo, que la bandera francesa protege donde quiera que floten sus gloriosos colores.

“Cuartel general en México, á 22 de octubre de 1863. — El general comandante en jefe, *Bazaine*.”

¿Por qué motivo no puede el pensamiento detenerse en estos gratos comienzos? ¿Por qué razón le es preciso trasladarse á algunos años más tarde y comparar melancólicamente las alegrías del comienzo con las tristezas del término? No parece sino que el destino de Bazaine fué el de excitar entusiasmos, borrados pronto por los gritos de cólera y de odio. ¿Quién se acuerda de México? ¿Quién ha olvidado á 1870?...

El mariscal Forey y M. Dubois de Saligny mismos habían sido víctimas de esas cambiantes disposiciones de los ánimos. El anuncio de su partida originó transportes de alegría y su lentitud pa-

ra salir de México provocó la burlesca locuela del cuerpo expedicionario.

Y en ese tiempo, en que todo terminaba todavía con canciones — en su mayor parte detestables — no se dejó de hacer canción con el tema de los retirados que no querían marcharse. La que corrió en ese momento entre los soldados se llamaba: ¿PARTIRÁ? ¿NO PARTIRÁ? y debía cantarse con música de “El escudo de Francia.” No tiene menos de once coplas; pero bastan dos para que el lector se forme de ella una completa idea:

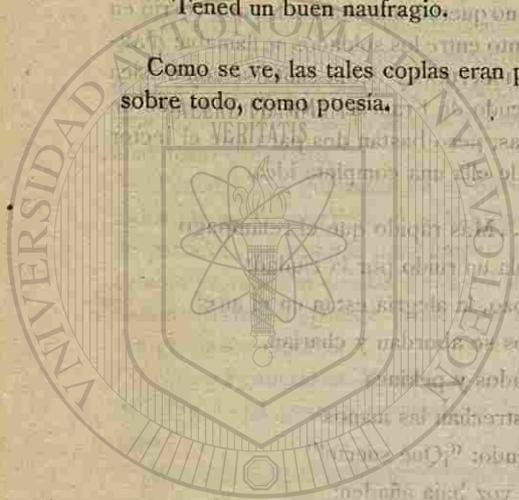
.... Más rápido que el relámpago
Circula un ruido por la ciudad:
El gozo, la alegría están en el aire:
Todos se abordan y charlan.
Soldados y pekines
Se estrechan las manos
Diciendo: “¡Qué suerte!”
Y en voz baja añaden:
“Forey, Saligny
“Han sido llamados á Francia!....”

MORAL Y CONCLUSIÓN.

El autor responderá sencillamente
Que si el hombre propone
Es aquí muy felizmente
El Emperador quien dispone.
Partid, amigos míos,

Volved al país
Después de un buen viaje,
Un pequeño esfuerzo,
Y sobre todo, en el puerto
Tened un buen naufragio.

Como se ve, las tales coplas eran perversas...
sobre todo, como poesía.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO III

Medidas administrativas.—Policía.—Los bienes del clero.—PAGARÉS.—Se derogan los decretos impolíticos.—Nota de la regencia en la GACETA OFICIAL.—Carta de Maximiliano al general Almonte.—El Emperador al general Bazaine (15 de octubre de 1863.)—Julio Favre.—Instrucciones del mariscal Randon (25 de octubre).—Ferrocarril de Veracruz á la Soledad.

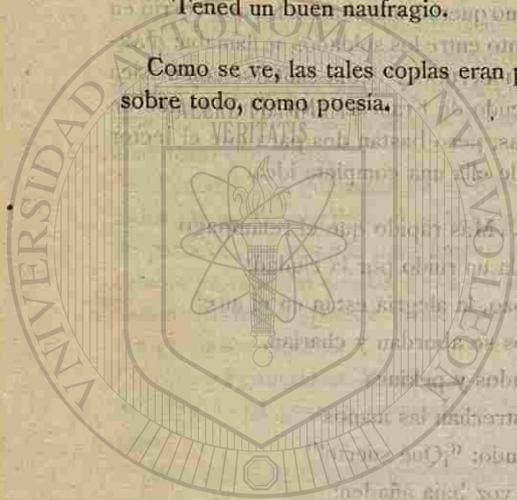
Antes de pensar en extender la influencia francesa por el país y antes de enviar para ese efecto columnas móviles á distintos puntos del interior, el nuevo comandante en jefe pensó en asegurar la capital. Organizó una policía militar provisional, con el título de *compañía de seguridad*. Compuesta de 200 hombres, prestó, desde el principio, muy buenos servicios y permitió á M. Budin presentar un proyecto de organización de una policía municipal como la de Francia.

El proyecto era, en teoría, excelente; pero, al modo de tantas otras concepciones europeas, no habría de ponerse en práctica. No se encontró el suficiente personal que ofreciese las garantías necesarias y la *compañía de seguridad* continuó prestando sus servicios de vigilancia, con plácemes de todas las clases de la población de México, á la que protegía contra los odios de partido.

Otras medidas vinieron á demostrar que la di-

Volved al país
Después de un buen viaje,
Un pequeño esfuerzo,
Y sobre todo, en el puerto
Tened un buen naufragio.

Como se ve, las tales coplas eran perversas...
sobre todo, como poesía.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

CAPITULO III

Medidas administrativas.—Policía.—Los bienes del clero.—PAGARÉS.—Se derogan los decretos impolíticos.—Nota de la regencia en la GACETA OFICIAL.—Carta de Maximiliano al general Almonte.—El Emperador al general Bazaine (15 de octubre de 1863.)—Julio Favre.—Instrucciones del mariscal Randon (25 de octubre).—Ferrocarril de Veracruz á la Soledad.

Antes de pensar en extender la influencia francesa por el país y antes de enviar para ese efecto columnas móviles á distintos puntos del interior, el nuevo comandante en jefe pensó en asegurar la capital. Organizó una policía militar provisional, con el título de *compañía de seguridad*. Compuesta de 200 hombres, prestó, desde el principio, muy buenos servicios y permitió á M. Budin presentar un proyecto de organización de una policía municipal como la de Francia.

El proyecto era, en teoría, excelente; pero, al modo de tantas otras concepciones europeas, no habría de ponerse en práctica. No se encontró el suficiente personal que ofreciese las garantías necesarias y la *compañía de seguridad* continuó prestando sus servicios de vigilancia, con plácemes de todas las clases de la población de México, á la que protegía contra los odios de partido.

Otras medidas vinieron á demostrar que la di-

rección de los negocios se hallaba en más firmes manos. Por ejemplo, el servicio del estado civil, que desde el día de nuestra entrada en México había vuelto á ser monopolizado por el clero, sin que nadie se percatara de ello, fué devuelto á los funcionarios laicos. Se impartieron severas instrucciones, para que se respetasen el derecho de gentes y la correspondencia.

Se puso á la capital á cubierto de toda tentativa enemiga, por medio de trabajos de defensa; se instalaron en la ciudadela talleres para las reparaciones del armamento, los cuales prestaron grandes servicios durante todo el tiempo de la ocupación.

Otras dificultades — consecuencia de las pasadas querellas religiosas — surgían diariamente. Con un poco de firmeza tuvo bastante el general Bazaine para pacificar esos fermentos de la división.

Los bienes clericales nacionalizados habían sido vendidos en su mayor parte y su precio estaba representado por letras ó pagarés. Estas letras habían llegado á su vencimiento; pero los tenedores experimentaban toda clase de dificultades para obtener su pago. Los deudores rehusaban hacer alguna entrega, invocando como pretexto para su negativa, el hecho de que los tribunales del país habían recibido orden de inhibirse de los litigios que con ese objeto se promovieran ante ellos. Los inquilinos de los inmuebles no pagaban las rentas, por temor de haber de pagar segunda vez á los propietarios. Por fin, la Regencia, noti-

ficada para que revocase el decreto que mandaba secuestrar los bienes de algunas categorías de personas, no lo había hecho sino reeditando antiguas leyes, más impolíticas y más inicuas todavía que la del secuestro, y cuyo principal efecto habría de ser el de reavivar y exasperar los odios de los partidos.

El general Bazaine trató al gobierno provisorio como á un menor de edad. Concurrió á su sesión del 20 de octubre y, sin dejarse impresionar por la oposición del arzobispo de México, recién vuelto de Europa, que sin cesar sacaba á colación al Santo Padre, á Napoleón III y á los ministros franceses, obligó á la regencia á derogar todos esos decretos y á seguir para lo sucesivo una línea de conducta más liberal.

Luego, en virtud de expresa invitación del general, se insertó en lugar preferente de la *Gaceta Oficial* una nota emanada directamente de la Regencia. Esta nota daba un mentís á todos los rumores esparcidos acerca de los bienes nacionalizados y recordaba que esta importante cuestión debería reservarse á la resolución de la sabiduría del emperador Maximiliano.

“El manifiesto del general en jefe — decía al terminar — debe ser y será la regla para el gobierno de la nación, que debe mucho á la magnanimidad del emperador Napoleón III, para apartarse de sus instrucciones. Ahora bien: ese manifiesto dice que las ventas regulares serán confirmadas y que sólo podrán sujetarse á revisión las transacciones

fraudulentas. Suceda lo que quiera, los intereses comprometidos pueden estar tranquilos."

Esta enérgica actitud produjo, como sucede siempre, el mejor de los efectos. Los espíritus recobraron la calma y la solución de las cuestiones pendientes fué esperada sin mucha impaciencia ni agitación.

Data de esta época una carta que el correo de Europa llevó al general Almonte. En ella, el archiduque Maximiliano, que escribía algunos días después del 3 de octubre—fecha de la recepción de la comisión mexicana en Miramar—*declaraba aceptar* la corona, en principio; pero pedía que la *nación fuera consultada* y rogaba al general presidente de la regencia que le tuviese al corriente de lo que se hiciera sobre el particular. Fué un feliz derivativo, que por el momento atrajo de nuevo el pensamiento de todos hacia ese proyecto de imperio que, aun para los indiferentes, tenía la seducción de lo desconocido y el atractivo de lo nuevo.

El mismo correo llevó al general Bazaine una corta carta del Emperador, que como toda su correspondencia confidencial está inédita y que merece seguramente que no se la pase en silencio, porque se refiere á un punto doloroso de nuestra historia: el papel que desempeñó la oposición—y especialmente Julio Favre—respecto del cuerpo expedicionario,

"París, 15 de octubre de 1863.

"Mi querido general:

"Como por el último correo le escribí largamente y como el Ministro de la Guerra escribe á vd. hoy en el mismo sentido, no tengo nada nuevo que decirle, como no sea que se me informa que, en los registros de banqueros de México, se ha *encontrado la prueba* de que Juárez había enviado á Julio Favre, para que defienda su causa en París, una suma de dinero. Si ésto es cierto, sería preciso que se me enviaran las pruebas auténticas: habría de darles mucha importancia.

"La idea de colocar muchos indios en la legión extranjera, como soldados, producirá, según creo, sus frutos. Crea vd. en mi amistad.

NAPOLÉON."

Esta carta era un eco de la indignación experimentada por todo el ejército francés, al saber cuál era el partido que Juárez y su gobierno sacaban de los discursos pronunciados por Julio Favre en el cuerpo legislativo. De hecho es indiscutible que, si esos discursos no ayudaron en nada á la solución de las dificultades con que Francia tropezaba, si no pudieron impedir nada, si sirvieron á nuestros enemigos y aumentaron los obstáculos que encontramos en México.

Se comprende el que soldados á quienes esta actitud de un diputado francés llenaba de indignación, la atribuyeran al más vil interés, el que

hayan llegado hasta decir que existían pruebas, es cosa que todavía entra en la lógica de esa especie de acusaciones, que no son sino vagos rumores que se repiten y se propagan entre la multitud, sin que nadie trate de comprobarlos. Pero es curioso que el Emperador, compartiendo esa creencia, haya podido creer que sería posible apoderarse de las *pruebas auténticas* de semejante hecho. Caso de haber sido verdad, es casi evidente que ningún banquero hubiera dejado de la operación huellas en sus libros y que, si las hubiera dejado, se habría negado terminantemente á entregar sus libros á las autoridades francesas para que los examinaran.

El general Bazaine comprendió pronto que cualquier gestión de su parte no conduciría sino á un escándalo inútil, cualquiera que fuese su resultado: se abstuvo de hacer nada en este asunto y obró prudentemente.

Personalmente, Bazaine no creía en la venalidad de Julio Favre; y es preciso confesar que este brillante orador ha dado, después, bastantes pruebas de que su patriotismo es inepto y torpe, pero sincero, lo que autoriza á creer que es capaz de hacer mucho mal á su país, sin darse cuenta de ello y, con mayor razón, sin que le guíe ningún sentimiento malo, ningún sórdido pensamiento.

El mariscal Randon, ministro de la guerra, era más práctico en su correspondencia de la misma fecha. Muy preocupado por el tiempo que dejara perder la inacción del mariscal Förey; inquieto

con los gastos siempre crecientes, que él consideraba excesivos, escribía el 30 de septiembre al general Bazaine que—según se recordará—no había recibido aún el efectivo mando del cuerpo expedicionario:

“.....Lamento esa resolución del Mariscal, porque no puede producir más efecto que el de esparcir la duda y la irresolución en el país y entre las poblaciones que, antes de todo, necesitan sentir la mano que las gobierna. Comprendo que aquellos que nos son hostiles pueden tratar de obtener partido de esta fluctuación, sobre todo cuando una prensa imprudente, para no calificarla peor, puede permitirse el elevar sobre un pedestal á un ministro plenipotenciario, á quien retira su gobierno sin duda con fundadas razones.

“Hoy he visto á M. de Montholon (1) que se dispone á ponerse en camino el 15 ó el 23 de octubre. Quisiera que se hallase ya cerca de Ud. y estoy seguro de que entre ambos no habrá dificultades. Veo ya con gran satisfacción que Ud. piensa, con el efectivo del cuerpo de su mando, poder hacer frente á los acontecimientos que pueden presentarse y que Ud. sabrá sacar partido de los diferentes elementos que se encuentran en sus manos.

“No podría disimularle que encuentro que su intendente no ha sabido aprovechar los recursos de todo género que le ofrecía el país para ase-

(1) M. de Montholon acababa de ser nombrado en lugar de M. Dubois de Saligny.

gurar los diversos servicios que de él dependían. Ha buscado, más bien, la manera de hacer vivir al ejército á costa de las cajas del Tesoro y no la de conseguirlo por medio de una solicitud vigilante é inteligente en la economía de los gastos: *éstos son excesivos y exceden todas las previsiones.*

“No ha de ser uno de los menores servicios que Ud. preste el de modificar esas costumbres, por todo concepto desagradables.”

Así como el Emperador sostenía correspondencia directa y confidencial con el comandante en jefe, el ministro de la guerra mantenía con él una correspondencia que podría calificarse de privada, si no se relacionara con asuntos de interés público; pero, en medio de las circunstancias tan difíciles porque se atravesaba, parecía á las veces necesario al mariscal Randon comunicar al general Bazaine todo su pensamiento, sin hacerlo pasar por las oficinas del ministerio. De ahí que, al lado de las cartas cuya copia quedaba en los archivos de Guerra, hubiese otras, del puño y letra del mariscal, que reflejaban sus opiniones y sus temores con más nitidez y franqueza. Las poseemos también; y son estos documentos, cuyo interés á nadie se escapará, los que reproducimos de preferencia.

En una de esas epístolas, fechada el 15 de octubre, el ministro insistía en el asunto de lo exagerado de los gastos que parecía impresionarle mucho y añadía excelentes consejos—aplicables en todo tiempo—acerca de los deberes de los jefes de ejército.

“Es muy importante, tanto para nuestras finanzas como para satisfacer á la opinión pública en Francia, que se introduzca mayor economía en los gastos que ocasiona nuestra ocupación. Se han acostumbrado mucho al pensamiento de que el gobierno mexicano habrá de pagar algún día los gastos que ha ocasionado la guerra, olvidando que es el Tesoro francés quien, en último análisis, hace los anticipos.

“Sin dificultad reconozco que hay especies de gastos especiales del país; pero no estoy menos convencido de que existen otros que podrían ser moderados. Entre otras cosas, no puedo comprender por qué el acuartelamiento de las tropas ó su alojamiento constituyen para nosotros una fuente de gastos....

“...El sueldo, tanto ordinario como extraordinario, ha sufrido aumentos considerables: esto constituye un gasto de muchos millones, para los cuales no ha sido concedido crédito alguno. Se ha hecho valer, ya la escasez de provisiones y de viveres, ya el sitio de Puebla, que aumentaba las dificultades; pero ya no estamos en ese tiempo y no he oído decir todavía que se pensara en volver á sujetarse á las reglas dictadas para las tropas en campaña: es indispensable el preocuparse por manera muy seria, de volver á las tarifas ordinarias.

“Los deberes de un comandante en jefe—como vd. lo sabe—no consisten sólo en conducir sus tropas en un día de batalla, sino también en impedir los derroches y las prodigalidades, que son

perfectamente distintas de los bien entendidos cuidados que reclaman las necesidades y la buena administración de un ejército, sobre todo cuando éste ha aprovechado en tan corta escala, como hasta hoy, los recursos del país."

"Acerca de la misión que la diputación mexicana ha venido á desempeñar cerca del archiduque, no puedo decir á vd. nada distinto de lo que refieren los periódicos; pero es evidente que la pacificación de México contribuirá de una manera poderosa á la solución de los problemas pendientes."

Hacia la misma época, el ministro se preocupaba, en su correspondencia oficial, por la construcción de un ferrocarril que, partiendo de Veracruz, atravesaría la tierra caliente hasta la Soledad y podría ser continuado hasta el Chiquihuite, á fin de substraer más rápidamente á nuestras tropas, á su llegada y á su retirada, de las influencias funestas de la fiebre amarilla y de las otras enfermedades que hacen destrozos en esa región durante casi todo el año.

El gobierno francés ofreció subvenciones y, bajo la dirección de M. Sansac, ingeniero francés, empezaron los trabajos y fueron impulsados con rapidez. Sólo el salario de los obreros se elevó á 120,000 francos mensuales.

Al mismo tiempo, estableciáanse líneas telegráficas y se procedía á la construcción y refacción de las grandes vías de comunicación.

"Se trabaja activamente en el ferrocarril de la Soledad, escribía el general Bazaine al Empera-

dor, el 8 de octubre, y voy á reforzar los talleres haciendo bajar de Puebla los 700 prisioneros que han quedado allí.

"He dado órdenes para que se establezca inmediatamente el telégrafo de Veracruz á la Soledad, Orizaba y Puebla. Hago preparar el material necesario para la línea de México á Querétaro, que será colocada conforme yo avance. Los anticipos se hacen por la hacienda mexicana á los adjudicatarios de esas líneas que, hasta ahora, no han podido ejecutarlas por falta de fondos y de seguridad."

UNIVERSIDAD

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO IV

Preparativos militares. — En persecución de Doblado. — El general de Castagny. — Etapas de 10 á 15 leguas diarias. — Aguascalientes. — San Juan de Lagos. — Zacatecas. — Zamora. — Emisario de Juárez. — Respuesta del general Bazaine. (10 de diciembre de 1863.) — Entrada de los franceses en Guadalajara (5 de enero de 1864.) — Santa-Anna. — El general en jefe se niega á permitirle que vuelva á México.

Comenzaba la obra de organización y de administración. Desgraciadamente no podía realizarse sino en la parte del país ocupada por las tropas francesas. Poco era, en comparación de lo que faltaba por someter. Ahora bien: la pacificación no podía tenerse por asegurada, sino cuando fuera general y completa: era, pues, necesario pensar en llevar nuestras armas por todo el territorio.

Antes de ponerse en campaña, el general Bazaine informó al Emperador acerca de las disposiciones tomadas (8 de octubre de 1863):

“Sacaré el mayor partido posible de las tropas mexicanas; pero éstas no tienen todavía la fuerza moral, la confianza en ellas mismas, necesarias para que puedan ser lanzadas solas por el interior, en tanto que el enemigo tenga la organización suficiente como para inspirarles dudas acerca del

resultado definitivo de las operaciones. Por otro lado, las poblaciones prefieren que seamos nosotros los primeros á quienes vean, para manifestar su adhesión á la intervención y á la política que representa. Tengo el propósito de operar de la manera siguiente: según las circunstancias, escalonaré ó reuniré las tropas francesas sobre la línea de operaciones y emplearé las tropas mexicanas en las líneas adyacentes. Como consecuencia del mismo principio, hago armar antes que todo las poblaciones que rodean nuestros centros de ocupación en un radio de 16 á 20 kilómetros, porque esas poblaciones se defenderán si están siempre seguras de ser protegidas por nuestros soldados. En el caso contrario, entregan las armas ó sucumben.

“Tengo la intención de operar sobre dos columnas francesas, flanqueadas á la derecha por la división Mejía y á la izquierda por la división Márquez. Las dos columnas centrales seguirían, una el camino de México á Querétaro, pasando por Tepeji, San Juan del Río, etc.; la otra, de Toluca á Querétaro, pasando por Ixtlahuaca y Amealco. La división Márquez podría extenderse hacia Maravatio y amenazar Morelia, donde, según se dice, no hay sino quinientos de caballería; pero es probable que las tropas regulares evacúen esas poblaciones cuando vean nuestro pronunciado movimiento hacia Querétaro. Sin apartarse del principio que dice: “dividirse para vivir, reunirse para combatir,” ese orden de cosas tendrá la ventaja de que permitirá que el ala derecha ó la izquier-

da maniobren por delante según las circunstancias y amenacen los flancos que el enemigo haya fortificado. Muy probablemente iré con la columna de Toluca, á fin de dirigir bien á Márquez y de dar un golpe de maza, si encuentro ocasión para ello. El señor general Douay seguirá el camino de México á Tepeji con la división Mejía, y yo arreglaré mi marcha de tal suerte que me mantenga en comunicación con él.”

Comenzaba el movimiento: He aquí lo que el general en jefe escribía al Emperador el 10 de noviembre:

“Han comenzado las operaciones militares sobre Querétaro y Morelia: las cabezas de las columnas mexicanas se hallan cerca de San Juan del Río y de Maravatio: detrás de ellas están escalonadas las tropas francesas. Espero encontrarme en San Miguel Allende—punto donde se concentrarán las columnas—hacia fines de este mes. Según la cantidad de fuerzas enemigas que encuentre, marcharé á Guanajuato, impulsando al general Mejía en la dirección de San Luis de la Paz, zona en la que él ha combatido siempre y que asegura serle devota, á fin de que haga pronunciarse las poblaciones mientras yo organizo el Estado de Guanajuato. Pocos días después mandaré una expedición á San Luis Potosí, si es que el gobierno de Juárez se sostiene, y si es que nuestra proximidad no arrastra á ese Estado á pronunciarse contra él. Pienso instalar allí al general Mejía, á guisa de comandante militar.

“En cuanto al general Márquez, tan pronto como termine la pacificación del Estado de Morelia, el que se apoderará bajo nuestra égida, dejará una fuerte guarnición en esta ciudad y vendrá á establecerse á Guanajuato, con el resto de su división: pienso confiarle el mando de este Estado. Una división francesa que tenga por base Querétaro y fuerzas móviles en San Miguel Allende y en Dolores Hidalgo apoyarán á uno ó á otro de estos generales, según las circunstancias....

“.....Para atraer nuestra atención hacia el sur y distraernos de nuestras operaciones del interior, el enemigo ha reunido 4,000 hombres de tropas regulares en el Estado de Guerrero, á las órdenes de Porfirio Díaz, quien, después de haber tomado la pequeña ciudad de Taxco, ha sitiado en Iguala al general Vicario, quien, no obstante mis instrucciones, se ha encaprichado en permanecer allí, en lugar de volver á Cuernavaca, cuyo comandante militar era.

“He enviado hacia esa ciudad tropas mexicanas, para tratar de socorrer á Vicario, á pesar de su falta de haber querido hacer lo que no podía (él es del Estado de Guerrero), en lugar de haber sabido aguardar el momento oportuno y, sobre todo, en lugar de obedecer; tiene mucha influencia en el país y se dice que puede disponer, en un momento dado, de 1,500 voluntarios.

“He suspendido la absurda organización del 1^{er}. regimiento de caballería de la guardia imperial, que tácitamente habia autorizado el general Forey....”

Pero el general no tenía sino cuidados militares. En México, sedicentes amigos de la intervención se mostraban más peligrosos que muchos enemigos; de esa suerte, él experimenta la necesidad de insistir sobre las dificultades interiores que ha palpado y de las cuales ha salido procediendo con energía:

“Continúo haciendo todo linaje de esfuerzos para pacificar los ánimos por medio de la conciliación, y tengo promesas de hombres influyentes del partido liberal moderado de que, cuando yo me encuentre en el interior, su partido se decidirá; pero que por ahora nada pueden, pues la Regencia constituye un obstáculo para cualquier arreglo.

“En estos últimos días, me ha sido preciso hacer muy severas representaciones al gobierno provisional, porque no hacía ejecutar lealmente el manifiesto de 12 de junio, principalmente en lo que concierne á los bienes nacionalizados, á la confiscación, al levantamiento del secuestro que, sin saberlo yo, había reemplazado con antiguas leyes sacadas de su arsenal legislativo, más inícuas todavía que el secuestro y aparejadas á reavivar los odios de los partidos. He exigido, pues, la inmediata derogación de esos decretos y que, en la administración de los negocios del país, se observe una conducta más franca y menos reaccionaria. Se me ha prometido volver á la vía trazada por V. M.; pero yo no alzaré la mano y, si es preciso, pondré en tutela á este poder débil y rencoroso. El señor general Almonte parece siempre bien dispuesto, pero carece de energía política y

tomó muy en serio su papel de presidente de la Regencia.

“Sin embargo, la situación general no es mala; hay confianza en la política liberal de V. M., en el satisfactorio resultado de las próximas operaciones y espero que, al fin del año, se habrá dado un gran paso para la pacificación del país.”

El gobierno francés apreciaba los talentos y actividad del general Bazaine y naturalmente aguardaba mucho de ellos.

El ministro de la guerra le daba testimonio de su confianza, escribiéndole el 15 de noviembre de 1863 lo siguiente:

“Me enteré con placer de que vd. había asumido el mando del ejército y de que inmediatamente tomó sus disposiciones para entrar en campaña. Se ha perdido mucho tiempo y deseo vivamente que podamos repararlo, porque es evidente que nuestra influencia política, en México, depende esencialmente del prestigio militar que allí debemos conservar. No me extenderé más acerca de los inconvenientes de todo género que han debido ser consecuencia de esa inmovilidad, que duró más de tres meses y que permitió á Juárez, no sólo el reclutamiento de nuevas tropas, sino que le ha de haber autorizado para dudar de nuestra resolución de extender nuestra acción sobre las provincias que todavía no habían reconocido el principio de nuestra intervención. El mal está hecho: se trata ahora de reparar el tiempo perdido tan pronto y de la manera más completa que vd. pueda.

".....En sus anteriores despachos me habla vd. del efecto deplorable que produjeron dos decretos emanados de la Regencia y que necesariamente habían debido recibir la aprobación del comandante en jefe: uno de esos decretos prohibía la salida del numerario, el otro trataba del embargo en los bienes de determinada categoría de personas. Creo que el primero de esos decretos ha sido derogado; pero el segundo, á lo que entiendo, habrá sido sostenido, en virtud de observaciones que vd. sometería (1) por lo menos á título de provisional y á pesar de las prevenciones formales del Emperador. Ruego á vd. que me informe acerca del particular.

"Llegan informes de todas partes acerca de la impopularidad de la Regencia de México. Se admiran de que el comandante en jefe haya podido dejar con rienda suelta á ese gobierno y no haya conservado la autoridad suficiente para oponerse á las medidas que no se encuentran en armonía con las declaraciones que, varias veces, ha proclamado el Emperador mismo.....

"..... Los generales de Mirandol, Brémond d'Ars y Jolivet han llegado por el último vapor. Lamento que vd. no haya conservado al último, y temo que la autorización que yo había dado á vd. de mantener cerca de vd. á los oficiales generales últimamente nombrados, no le haya llegado sino muy tarde.

(1) "Estas observaciones, por el contrario, estaban hechas contra el secuestro." (Anotación del mariscal Bazaine.)

"Síguese contando cosas desagradables respecto de M. de Saligny. Creo que ya habrá vd. puesto en práctica las prescripciones que, por orden del Emperador, le dirigí al respecto y que á estas horas ya habrá Saligny salido de México.

"No sé en qué punto se encuentra vd., en lo concerniente á las condecoraciones que habrían de distribuirse; pero sé decirle que es de desearse que la profusión que empezó á manifestarse tenga término, porque de otro modo ya no habría manera de recompensar los servicios extraordinarios....."

Pero, en el momento en que este correo salía de Europa, el general Bazaine, que estaba decidido á reparar el tiempo perdido, salía de México (18 de noviembre) con una columna de caballería ligera y se dirigía sobre Guanajuato, donde los disidentes—según se le dijo—habían reunido sus principales medios de resistencia.

El 24 llegaba á Maravatío, y el 27 se reunía en Acámbaro con su primera división, al mando del general Castagny. Algunos días más tarde, encontraba en San Miguel Allende la división mandada por el general Douay y la lanzaba á guisa de vanguardia sobre Guanajuato, á donde élla entró el 8 de diciembre, acogida por el entusiasmo de los habitantes, en tanto que Bazaine continuaba su marcha al oeste, hacia Salamanca, esperando alcanzar allí al general Doblado, que acababa de lanzar una proclama para "estimular el sentimiento nacional y hacer un llamamiento á las armas." Anunciando esta noticia á su ministro, el

general Bazaine añadía: "No tenemos mayor deseo, sino el de que cumpla su promesa, porque un éxito militar completo acercaría la solución política." (Carta del 17 de noviembre de 1863.)

Rara vez desplegó actividad mayor un general. Sus etapas son de diez y á veces de quince leguas diarias. Pasa por Silao, Piedra Gorda, León y el 15 de diciembre llega á Lagos, de donde Doblado saliera la víspera. El 24 está en Aguascalientes, el 29 en San Juan de los Lagos, donde, alcanzado por el correo de Europa, recibe la carta del mariscal Randon, fechada el 15 de noviembre. En seguida le responde:

"Acabo de recibir la carta de vd., de 15 de noviembre. Mis anteriores despachos deben de haber enterado á V. E. de las medidas que he tomado para hacer que la Regencia se ciña á las instrucciones del Emperador. Este poder, todavía muy débil, tiene siempre necesidad de estímulos y acabo de dirigir de nuevo al señor general Almonte, observaciones acerca de la falta de celo y de abnegación de la mayor parte de los empleados, que no ven en los empleos que obtienen, sino una reparación á las vicisitudes políticas sufridas...."

Une á su carta un largo informe acerca de los resultados de la expedición y continúa avanzando.

Había dejado en Aguascalientes al general Castagny, con orden de dirigirse al norte, hacia Zacatecas, cuyas minas era preciso ocupar y proteger. El general Mejía se hallaba en San Luis Potosí con una división mexicana y acababa de re-

chazar allí un ataque del general juarista, Negrete. Finalmente, el general Douay, que había llegado á Zamora, formaba la izquierda de la base de operaciones del comandante en jefe, apoyado por la división mexicana que Márquez tenía en Morelia. Columnas auxiliares de caballería comunicaban entre si estos diversos grupos y manteníanlos al habla, para el caso de ataque.

Estas medidas de prudencia no imprimían lentitud á la marcha de nuestras tropas y el general Bazaine entró en Guadalajara, sin disparar un tiro, el 5 de enero de 1864.

La rapidez de esta marcha y estos éxitos habían de tal manera desconcertado á los disidentes, que el señor Lerdo de Tejada, el principal de los ministros de Juárez, tuvo la idea de enviar al general Bazaine un emisario, que lo fué el señor Saborio de San Luis Potosí, para tratar de entrar en arreglos (diciembre de 1863.)

El general no perdió su tiempo en discusiones. Recibió al enviado, que le entregó una carta del señor Lerdo de Tejada y le respondió, en el acto, en estos términos tan firmes como explícitos:

"... El señor Lerdo de Tejada habla de arreglos que pudieran mediar entre el gobierno liberal y yo. No puede tratarse ni de tratados ni de arreglos, sino solamente de *adhesión pura y simple* á la intervención, que constituye hoy el partido nacional y en el que se admite que cada cual tome su puesto, cualesquiera que sean su opinión y sus antecedentes. No se investigará el pasado

de nadie: el talento y las luces de todos serán utilizados en beneficio del país.

"Tal es, señor, el leal programa de la intervención. No tiene nada de amenazador. Todo lo contrario, puesto que emana de una idea generosa, cuyos felices y saludables efectos experimentará pronto — lo esperamos — la nación mexicana. — General BAZAINE."

La respuesta no dejaba de ser hábil y la alusión á "los talentos y á las luces de todos," llamados á "ser utilizados en beneficio del país," era un anzuelo echado á la ambición de aquéllos que, más preocupados de sí mismos que de su partido, podían tener veleidades que les hiciesen volverse hacia el más fuerte.

Llegaban, por otra parte, algunas adhesiones; pero no todas eran igualmente aceptables. El general Santa Anna, expresidente de la República, que conservaba siempre la esperanza de desempeñar un gran papel en su país, acababa de dirigirse al ministro de negocios extranjeros, en París, para obtener autorización de regresar á México.

Consultóse sobre el particular al comandante en jefe, en quien, todo lo que veía suscitaba desconfianzas contra cuanto oliera á proscritos y desterrados, y que, por otra parte, estaba bien informado acerca del carácter y de las intrigas del expresidente, hizo saber al gobierno francés, que, si alguna gestión se intentaba directamente con él, no autorizaría ese regreso al suelo mexicano, sino con ciertas restricciones y que, por consi-

guiente, debía dejar al general Santa Anna la iniciativa de una solicitud que le parecía singularmente sospechosa.

El general no se hacía ilusiones acerca de las faltas cometidas al principio, ni acerca del error fundamental que, desde los primeros días, comprometiera el éxito de la intervención; así, no le importaba encontrar nuevos adversarios, en los que pretendían ser adherentes. Con gusto hubiera repetido la conocida frase:

—¡Dios mío! guárdame de mis amigos, que de mis enemigos me guardaré yo!

No tardarían los hechos en demostrar cuán prudente era esa conducta.

CAPITULO V

Muerte de la señora Bazaine.—Correspondencia del Emperador (1.º y 16 de noviembre de 1863).—Negociaciones con los generales disidentes.—Instrucciones contrarias del 16 de mayo de 1863.—Doblado.—Informe de policía referente á Doblado.—Cartas del Emperador, de 28 de noviembre y de 16 de diciembre de 1863.—Las minas de Sonora.—El conde de Raousset-Boulbon.—La casa Jecker & Co.

La señora Bazaine habíase quedado en Francia. Murió súbitamente en este tiempo.... La noticia llegó hasta el general, cuando se encontraba expedicionando por el norte. Su dolor fué al principio muy vivo; pero, habiéndole llevado el correo siguiente detalles acerca de la causa de su muerte, cambió de objeto....

Este acontecimiento, de carácter puramente privado, no entra en nuestro dominio de historiadores de la expedición: de ese modo, ni siquiera lo habríamos mencionado; si por una parte, no se tratase de él en los documentos inéditos que vamos á mencionar y si, por otra parte, no hubiera tenido cierta influencia en los negocios de México, puesto que permitió al comandante en jefe casarse con una mexicana....

La carta confidencial de Napoleón III, que entregó á Bazaine el correo del 1.º de noviembre,

contenía la expresión de la simpatía del soberano hacia el general, ante la desgracia que le hería y acerca de la cual no se sabía aún nada; encerraba también consejos y observaciones tan prudentes como justos:

“Saint Cloud, 1.º de noviembre de 1863.

“Mi querido general:

“No quisiera hablar á vd. hoy de negocios, porque estoy profundamente afligido, pensando en el dolor que vd. debe de experimentar, por motivo de la irreparable pérdida que ha sufrido. Si una simpatía muy viva pudiese servir de consuelo en tan crueles momentos, vd. lo encontrará en la parte que la Emperatriz y yo tomamos en su pesar; pero en la posición en que vd. se encuentra, juzgo que el sentimiento del deber es lo único que puede dulcificar su pena.

“Voy á indicarle, tan brevemente como me sea posible, los puntos que atraen mi atención:

“1.º—Trate vd., como lo dice el corresponsal del *Times* en México, de organizar una caballería ligera, como lo ha hecho la compañía de las minas de *Real del Monte*. Esa compañía ha ofrecido, efectivamente, un dólar diario á todo individuo que se presente bien armado y bien montado, y ha constituido de esa manera un cuerpo de 170 hombres que protege sus convoyes. Se podría, quizás, proceder del mismo modo y tener una útil caballería auxiliar.

“2.º—Sería muy importante no ocupar, al este,

sino Veracruz, Jalapa, Córdoba y formar un cuerpo mexicano que ocuparía la tierra caliente; porque no podemos dejar que los europeos sean por mucho tiempo presa de las enfermedades del clima y es bueno que los mexicanos defiendan ellos mismos su propio país.

“3.º—Espero que, en el momento en que vd. reciba mi carta, ya habrá vd. ocupado las ciudades importantes que le quedan por conquistar; sin embargo, temo que vd. no tenga tropas suficientes para ir hasta San Luis Potosí. El mariscal Forey me pedía siempre armas para armar á los indios. Usted debe de haber recibido diez mil fusiles y mil carabinas.

“Deploro las cruces que Forey ha dado á los mexicanos; es preciso no dárselas, sino por acciones cuyo brillo conste perfectamente.

“Me ha satisfecho mucho el que vd. haya hecho derogar el decreto relativo á la confiscación. Es necesario atenerse, en materia de política, á la primera proclama de Forey, al llegar á México.

“Han debido escribir á vd. para que ordene á Saligny que vuelva á Francia, de grado ó por fuerza y aun cuando haya dado su dimisión.

“Desde que empezó la campaña, el mariscal Forey no ha propuesto á ningún general de brigada para ser ascendido á general de división. ¿No habría, pues, alguno entre los generales, que fuese digno de ascenso?

“Cuento con vd., general, para llevar á buen término los asuntos de México, si bien compren-

do cuán difícil es la misión, sobre todo, después de las faltas cometidas.

“Domine vd., mi querido general, el dolor que debe experimentar pensando en Francia y cuente con mi sincera amistad.

NAPOLÉON.”

El 16 de noviembre, preocupado siempre con la idea de llegar lo más pronto posible á la pacificación, es decir, al establecimiento del imperio de Maximiliano que desligaría la responsabilidad de Francia, el Emperador en un lacónico billete señalaba al comandante en jefe, diversas tentativas que habrían de hacerse para separar del lado de Juárez á determinados generales:

“Palacio de Compiègne, 15 de noviembre de 1863.

“No tengo, mi querido general, nuevos detalles que transmitir á vd. por este correo y por lo demás, el ministro de la guerra le da instrucciones precisas. Sólo insistiría acerca de este punto esencial que le recomiendo. Proceda, en todo lo que de vd. dependa, de modo que los generales Comonfort y Doblado se declaren por nuestra causa. Este sería, como vd. comprenderá, uno de los mejores medios de traer una solución definitiva. Crea vd., mi querido general, en mi sincera amistad.

NAPOLÉON.”

He aquí la prueba incontestable de que las negociaciones con muchos generales juaristas se

entablaron por orden del Emperador. Aunque fueron conducidas con toda la discreción posible y por medio de emisarios bien elegidos, el ejército acabó por sospecharlas y luego las censuró, haciendo de ellas único responsable al comandante en jefe. Después de una campaña penosa y dilatada, los espíritus tienen tendencia á agriarse, á criticar, á envidiar, y no dejaban de verse con celos, las insinuaciones hechas á enemigos que, haciendo defección, hubiesen encontrado, no sólo el perdón, sino hasta favores y recompensas.

El ejército se engañaba: el general Bazaine, cuyo deber consistía en obedecer, no hacía, en esta circunstancia, más que cumplir con la orden del Emperador.

Es preciso, en esta oportunidad, anotar el cambio operado en el ánimo de Napoleón III: al principio de la segunda campaña, en sus instrucciones secretas al general Forey, que éste había transmitido á su sucesor, expresaba una voluntad diametralmente opuesta: "Es preciso desconfiar de Doblado," escribía el 30 de noviembre de 1862.—Le reitero á vd. la recomendación de no tratar con los hombres del gobierno actual, sobre todo con Doblado, que es, según dicen, el más pillo y el de menos conciencia." (Carta del 16 de mayo de 1863).

Pero pasaba el tiempo y ante la necesidad de llegar á una pronta solución de las dificultades pendientes, era de buena política no presumir de rigor exagerado y plegarse ante los aconteci-

mientos, más bien que empeñarse en que éstos hubieran de plegarse á nuestros deseos.

En cuanto al pensamiento de comprar la defección de un jefe militar, apenas si había en México cosa más natural, pues allí las conciencias, más aún que los servicios, no piden otra cosa sino que se las pague. En lo que concierne especialmente á Doblado, sus antecedentes permitían con toda amplitud dirigirle semejante proposición.

El general Bazaine se hizo ministrar informes acerca el personaje. Por más que sea muy larga para reproducirla íntegra, esta noticia es bastante interesante para que de ella no se saquen algunos extractos. Se intitula: "Biografía del señor Manuel Doblado" y comienza así:

"El señor Manuel Doblado nació de padres pobres en el pueblo de San Pedro Piedra Gorda: se le dió una beca en el colegio de la Purísima. Allí comenzó sus estudios para entrar en el foro. Muchas personas respetables le protegieron para que pudiera concluir sus estudios, sobre todo el Lic. D. Lorenzo Arellano, que prestó grandes servicios á Doblado. En el colegio comenzó á hacerse notar por sus instintos turbulentos; pero, como lo veremos más lejos, toda su ambición se resumía en mandar el departamento, importándole poco el sistema...."

Sus primeros actos políticos le hacen aparecer como reaccionario y clerical. "En el plan que firmó en Guanajuato, el 17 de junio de 1848, existe un artículo concebido así:

"Art. 6.º—Se respetarán religiosamente los

bienes y los privilegios del venerable clero y el ejército será considerado con toda la solicitud que merecen los defensores de un pueblo libre."

En su pronunciamiento de 6 de diciembre de 1855 decía aún:

"So pretexto de reformar al clero, se quiere introducir en la República el culto protestante, tanto más peligroso, cuanto que se nos le presenta disfrazado y que rompe el lazo religioso, único capaz de neutralizar los principios de anarquía que por todas partes pululan."

Bellas eran estas palabras: la convicción que las dictaba era de constitución débil. No había pasado un año y ya Doblado sancionaba la desamortización de los bienes del clero. Luego juró la Constitución de 1857, "á pesar de que estaba atestada de principios disolventes. Doblado se había vuelto un *puro*, pero *rajo*: proscribía y fusilaba á aquellos que el año anterior habían sido sus amigos."

Tuvo la suerte de que no le aplicaran un tratamiento semejante.

En 1859 conspira y es encarcelado en México. El general Robles Pezuela le hace poner en libertad. Corre á Veracruz, de donde le expulsa Juárez. Pasa á los Estados Unidos.

En 1860 regresa á su país, se declara gobernador de Guanajuato y ejerce con fruto las funciones de tal. Se apodera de una *conducta* de dinero que se enviaba á Tampico.

"En 1861 las leyes de reforma son puestas en vigor en Guanajuato, es decir, que se dilapidan

cuatro ó cinco millones de pesos, producto de los bienes del clero. Doblado posee muchas propiedades que proceden de esos bienes."

Esos recuerdos no impiden en modo alguno que Juárez le llame al ministerio en 1862 y hasta llega á darle el puesto de jefe de su gabinete. Doblado dicta entonces "la ley de *conspiradores*, en la cual se declara traidor á la patria á toda " persona que proteja la intervención." Y como " la gratitud no le preocupa, hace ó deja asesinar á su libertador Robles Pezuela (21 de marzo de 1862). Dilapida los bienes de *beneficencia*.

"Debemos añadir — continúa la noticia — que durante el último período de la dominación de los demagogos, y según las listas publicadas, Doblado es el que ha hecho ejecutar mayor número de oficiales reaccionarios; no mencionaremos sino los principales de aquéllos que recordamos: en Pénjamo, á Villavicencio, Taboada padre; en San Luis Potosí, Luna, Yáñez, y dos oficiales en el fuerte de Granaditas; muchos oficiales de Márquez, en San José de Iturbide; al comandante Iburguren, en Celaya; el coronel Cagigas y, en fin, cincuenta personas, entre oficiales y soldados, fueron fusiladas en el monte de las Cruces por su teniente Francisco Alcalde. Doblado ocupaba entonces el ministerio."

Tal era uno de los hombres á quienes las necesidades de la política nos impulsaban á reclutar para nuestra causa. En verdad, era capaz de hacer traición á su partido; pero no lo era de servir con lealtad á nadie. La nota, añadida por el

general Bazaine, al informe antes mencionado, resume el papel de Doblado: "Sus relaciones con la intervención han estado siempre manchadas de falsía y él no ha hecho sino mal á su país; pero, en cambio, mucho bien á sus personales intereses."

Ese deseo de reclutar para la causa de la intervención á personas por tantos títulos sospechosas, procedía de la prisa que tenía el Emperador, de poner término á una falsa situación.

Si se consideran sólo los sufrimientos físicos, es evidente que la suerte del soberano, cuya voluntad ha originado la guerra, es infinitamente preferible á la de los pobres diablos que arriesgan su vida en pro de una obra que, á menudo, ni siquiera comprenden. El Emperador no sufría evidentemente de la fiebre amarilla, ni de las enfermedades propias de los climas cálidos, mientras estaba en las Tullerías, en Biarritz, en Vichy ó en Compiègne; tampoco estaba expuesto á los disparos que mataban á los Laumière, á los Capitán y á los desconocidos soldaditos, víctimas del deber obscuramente cumplido. Pero si se piensa en las torturas morales ¿cuáles no debían de ser las que sufría Napoleón III? Fuera de esa piedad humana que le hacía sentirse adolorido ante la suerte de los franceses enviados á México, cuál no era su tristeza al sentir el estéril sacrificio de tantas existencias! al ver cómo se desconocía, cómo se befaba, cómo se censuraba el pensamiento capital que le impulsara á la expedición, sólo porque ésta no había tenido éxito! al convencer-

se de que las cosas no habían tomado ese giro, sino porque él no había tenido quien le sirviera bien, quien le secundara eficazmente, y al pensar que hubiese bastado, para evitar tantos males, con tener un ministro más penetrante y menos apasionado que M. Dubois de Saligny y un jefe más prudente que el general Lorencez y más activo y político que el general Forey!

Y en tanto que la oposición,—que no veía más que al Emperador, allí donde sin embargo estaba Francia—continuaba sus ataques sin cuartel y sin tregua, Napoleón, bajo las apariencias de su aire impasible y frío, ocultaba la ebullición de una impaciencia que no podía estallar al exterior.

Con el pensamiento fijo siempre en México, se empeñaba en esperar una mejoría en el estado de nuestros negocios, desde que el general Bazaine sucediera al mariscal Forey. La noticia de que por fin se había operado ese cambio, le complació y como no podía dejar que pasase un correo sin escribir, siquiera no tuviese nuevas instrucciones que dar, repetía al nuevo jefe, sus palabras de aliento, sus consejos, y le estimulaba por medio de la expresión reiterada de su confianza creciente. De esa suerte, por el correo de principios de diciembre, le dirigió este lacónico billete:

"Compiègne, 28 de noviembre de 1863.

"Mi querido general:

"A propósito de la legión extranjera, le repito cuánto me empeño en que sus cuadros se amplien

con oficiales de buena voluntad, buscándose los soldados entre los indios. Ya se me hace tarde por tener noticias tuyas. Tengo completa confianza en vd.; haga vd. de esa suerte lo que considere útil: yo lo aprobaré siempre.

NAPOLEÓN."

Por estos preciosos documentos confidentiales, se ve que los proyectos del Emperador eran prudentes y muy realizables. En ese billete, dedicaba una palabra á la legión extranjera: comprendía, en efecto, que para llamar á nuestras tropas era preciso que el nuevo gobierno tuviera á su disposición una fuerza organizada. Ahora bien: Márquez y sus soldados no eran sino un cuerpo irregular, con cuya fidelidad no podía contarse, ni con su resistencia en el combate; y, á pesar de las tentativas hechas, poca esperanza había de llegar á constituir un verdadero ejército mexicano. Era necesario un núcleo sólido y seguro: ese núcleo se encontraría en la legión extranjera, que habría de reclutarse entre los indios y cuyos cuadros habrían de ser formados por oficiales y suboficiales franceses, ó por lo menos, europeos. Acerca de este punto insiste el Emperador en su carta siguiente:

«Compiégne, 16 de diciembre de 1863.— Mi querido general: Recibi su carta del 10 de noviembre y veo con gusto que va vd. á ponerse en camino para pacificar el resto del país. De nuevo le recomiendo mucho que fije toda su atención en la legión extranjera, á fin de elevarla su-

cesivamente á una cifra muy alta, tomando á los indios como soldados y no formando los cuadros sino con oficiales y suboficiales franceses de buena voluntad. Vd. podrá, de ese modo, ascender á los oficiales y suboficiales que lo merezcan. Si esta organización tiene éxito, podrá constituir un núcleo para el ejército mexicano y si vd. pudiera crear algunas compañías de indios en las tierras cálidas, éstas podrían ocupar los lugares menos sanos. No hay para qué decir—pues se sobrentiende—que los indios entrarían al principio como soldados, que no se les negaría el ascenso y que podrían llegar, como los indígenas en los regimientos de turcos, á los grados interiores.

«He leído el informe del ingeniero Laur, referente á las minas de Sonora. Aquí se ha formado una compañía que ofrecería grandes ventajas al gobierno francés y aún al gobierno mexicano, porque se encargaría de formar un pequeño cuerpo militar y de hacer á sus expensas todos los trabajos, prometiendo dar al gobierno francés una parte de los productos, sobre los cuales cobraría un impuesto el gobierno mexicano.

«El establecimiento de una colonia europea en Sonora formaría muy pronto una barrera contra los avances de los Estados Unidos; y yo sé ya que gran número de americanos del sur irían á establecerse allí. Se trata, pues, de obtener del gobierno provisional mexicano la concesión al gobierno francés, de todas las minas explotadas en Sonora, ó mejor, como se dice en español, *no denunciadas todavía*. Más tarde se arreglará qué su-

mas serán disminuidas de la indemnización de guerra, para compensar esta concesión. Trate vd. de obtener eso lo más pronto posible.

“Si los miembros del gobierno provisional no caminan, sería preciso poner al lado del general Almonte dos hombres enérgicos é inteligentes.

“Reciba, mi querido general, la seguridad de mi amistad.—NAPOLEÓN.”

Merced á esta carta, sabemos ahora, cuándo y cómo habló por primera vez el gobierno francés de conquista ó de ocupación de Sonora, cuyas minas de oro y de plata atraían desde hacia algunos años la atención europea y despertaban la codicia de audaces aventureros.

¿Quién ignora el nombre del conde de Raousset-Boulbon, francés legendario que, en corta pero agitada existencia, empezó por derrochar el oro de que era dueño, trató en seguida de apoderarse del oro ajeno y no tuvo éxito, en definitiva, sino en la primera de esas operaciones?

Hermoso, valiente y pródigo, cual bien gentil-hombre tronado, pensó que el Nuevo Mundo ofrecía tesoros inextinguibles á los vencidos de la vida, sin otra condición que la de ir á tomarlos. Se dirigió á México á principios del año de 1852. Supo atraer á su causa influencias poderosas y hacerse conceder por el gobierno, presidido entonces por Arista, la explotación de las minas de Arizona, situadas al norte de Sonora.

Esta concesión, más provechosa sin duda para quien la otorgaba que para quien la recibía, carecía de verdadero valor en México, pues Raous-

set-Boulbon necesitó de un pequeño ejército para tratar de aprovecharla.

Al fin del año había reunido trescientos hombres: les había organizado militarmente y se había procurado cuatro piezas de artillería. Con esta tropa salió de San Francisco, desembarcó en Guaymas, marchó hacia Hermosillo y se apoderó de esta ciudad. Pero pronto comenzaron para él las dificultades: no pudo conservar su conquista. Trató entonces con el general Gándara, que mandaba en el Estado, y le entregó su artillería y sus armas, mediante veinte mil pesos que le sirvieron para que sus hombres volvieran á California. Según se ha asegurado después, prometió, además, no volver á intentar nada.

Sea lo que quiera de esta promesa, y diérala ó no la diera, Raousset-Boulbon no resistió al deseo de volver á ver esas minas maravillosas, de cuya riqueza se hablaba tanto. Con mil hombres, entre los cuales se encontraba la mayor parte de los que le acompañaran en 1852, desembarcó de nuevo en Guaymas, en junio de 1854.

Esta vez, para despedirle, no le ofrecieron pesos sino balas. El gobernador de Sonora, general Yáñez, marchó en contra suya, Raousset-Boulbon, enfermo, agotado, trató de resistir: fué derrotado el 13 de julio y debió rendirse á discreción con setecientos hombres.

El gobierno mexicano dió orden de pasarlos á todos por las armas; pero la matanza no llegó á verificarse: el jefe fué el único que, con su cabeza, pagó su imprudencia. Condenado por una espe-

ció de consejo de guerra, Raouset-Boulbon murió cual valiente que era, á modo de jugador que ha perdido la partida . . .

Su aventura habia indicado el camino: su muerte no detuvo á nadie. Sólo sí, que los que después de él se lanzaron, procedieron de otro modo: ya no se trataba de un gentilhombre, sino de financieros.

La casa bancaria de Jecker y Compañía, cuyo nombre ha tenido ya ocasión de ser pronunciado varias veces, obtuvo, mediante dos contratos celebrados con el gobierno mexicano el 19 de diciembre de 1856, autorización para reconocer los terrenos baldíos de Sonora, así como de la Baja California, para deslindarlos y para levantar planos de ellos. Esta operación debería hacerse á su costa en el plazo de tres años, siendo condición que la casa Jecker conservaría la tercera parte de los terrenos baldíos que descubriese, en tanto que los otros dos tercios serian propiedad del gobierno mexicano.

En seguida se pusieron á la obra comisiones científicas compuestas por ingenieros americanos, entre los cuales se encontraba M. P. Th. Honé, por geógrafos, geólogos y dibujantes, las cuales reconocieron todas las costas é islas de Sonora, desde el río Colorado que es su límite septentrional, hasta el río Fuerte que, por el sur, la separa del Estado de Sinaloa. Pero bruscamente—el 17 de mayo de 1859—una orden del gobernador Pesqueira interrumpió todas sus operaciones, mediante un decreto de expulsión que no concedía

á los miembros de las comisiones sino cuarenta días para evacuar el territorio.

Las comisiones no habían podido levantar planos sino en una extensión relativamente corta: siete millones de hectáreas sobre los veintiseis millones que Sonora contiene aproximadamente.

Esta medida arbitraria y opuesta al contrato, motivó una protesta, que fué depositada en poder del Cónsul de Francia en Guaymas. De esa suerte, en cuanto Sonora hubo reconocido al gobierno de la intervención y adheridose á la acta de los Notables de México, la casa Jecker propuso á Francia cederle todos sus derechos y acciones resultantes de los contratos de 19 de diciembre de 1856, por la suma de dos millones de pesos, (10,600,000 francos, más ó menos) que sería pagada en Paris, la mitad al cabo de seis meses y la otra mitad al de un año, ó bien al contado, en efectos públicos franceses al tipo de cotización del día.

Se trataba de colonizar las dos provincias de Sonora y Baja California y de establecer allí, á favor de Francia, un derecho, no de *posesión* sino de *explotación* de las minas, que, en su mayor parte, estaban intactas. Aun hoy día, el mineral se encuentra allí más próximo á la superficie que en cualquiera otra parte y los depósitos de oro en pajitas ó granos, llamados pláceres, son allí los más considerables que existen.

La explotación de esos yacimientos exigía, pues pocos capitales: había la seguridad de encontrar en la Alta California todos los trabajadores nece-

sarios: el clima de Sonora es sano y las tierras son muy fecundas. Se comprende el interés que había en apoderarse de esas concesiones y era natural que una compañía se formara para el efecto: pero no era, de parte del Emperador, mostrar mucha precipitación, el querer obtener esta concesión de un gobierno provisional, interino, desprovisto de consistencia y dependiente de nosotros, por decirlo así. Ese mismo gobierno se extralimitó al dar su consentimiento para la enajenación de una parte del territorio del imperio mexicano: hubiera debido esperar la llegada del futuro Emperador.

Verdad es que, en ese momento, las cosas marchaban mal en Europa y que la confianza del gobierno francés en la aceptación del archiduque Maximiliano se encontraba bastante quebrantada. Parecía que el gobierno tuviera prisa de asegurar alguna ventaja que compensara un poco los enormes sacrificios á que le había obligado un conjunto de adversas circunstancias.

CAPITULO VI

Carta del general Fleury (12 de diciembre de 1863).—Dudas acerca de la aceptación definitiva de Maximiliano.—Adhesión de las poblaciones.—Debilidad de las autoridades.—El general Bazaine al Emperador (27 de diciembre de 1863).—Dificultades relativas á los bienes del clero.—Complicidad de la magistratura.—Desacuerdo entre los miembros del triunvirato.—Protesta de Monseñor Labastida.—Emoción profunda.—Protesta de los miembros del Tribunal Supremo.—Proclama de los generales Almonte y Salas.—Decreto del 2 de enero de 1864.—Manejos clandestinos del clero.—Actitud enérgica del general Neigre, comandante superior de México.—Respuesta de Monseñor Labastida.—Dificultades causadas á la Regencia por el clero.

Se ignoraban todavía en París los éxitos del general Bazaine y su atrevida marcha á través de México. Por otra parte, la insistencia con que Maximiliano pedía la adhesión del país entero á su candidatura, originaba dudas acerca de su aceptación definitiva. A medida que pasaba el tiempo, esta opinión adquiría mayor fuerza y de ello se encuentra una prueba irrecusable en la carta particular dirigida por el general Fleury, ayudante de campo y primer escudero del Emperador, al general Bazaine el 12 de diciembre de 1863.

La carta, dictada por el general, tenía por objeto recomendar de manera muy especial á la aten-

sarios: el clima de Sonora es sano y las tierras son muy fecundas. Se comprende el interés que había en apoderarse de esas concesiones y era natural que una compañía se formara para el efecto: pero no era, de parte del Emperador, mostrar mucha precipitación, el querer obtener esta concesión de un gobierno provisional, interino, desprovisto de consistencia y dependiente de nosotros, por decirlo así. Ese mismo gobierno se extralimitó al dar su consentimiento para la enajenación de una parte del territorio del imperio mexicano: hubiera debido esperar la llegada del futuro Emperador.

Verdad es que, en ese momento, las cosas marchaban mal en Europa y que la confianza del gobierno francés en la aceptación del archiduque Maximiliano se encontraba bastante quebrantada. Parecía que el gobierno tuviera prisa de asegurar alguna ventaja que compensara un poco los enormes sacrificios á que le había obligado un conjunto de adversas circunstancias.

CAPITULO VI

Carta del general Fleury (12 de diciembre de 1863).—Dudas acerca de la aceptación definitiva de Maximiliano.—Adhesión de las poblaciones.—Debilidad de las autoridades.—El general Bazaine al Emperador (27 de diciembre de 1863).—Dificultades relativas á los bienes del clero.—Complicidad de la magistratura.—Desacuerdo entre los miembros del triunvirato.—Protesta de Monseñor Labastida.—Emoción profunda.—Protesta de los miembros del Tribunal Supremo.—Proclama de los generales Almonte y Salas.—Decreto del 2 de enero de 1864.—Manejos clandestinos del clero.—Actitud enérgica del general Neigre, comandante superior de México.—Respuesta de Monseñor Labastida.—Dificultades causadas á la Regencia por el clero.

Se ignoraban todavía en París los éxitos del general Bazaine y su atrevida marcha á través de México. Por otra parte, la insistencia con que Maximiliano pedía la adhesión del país entero á su candidatura, originaba dudas acerca de su aceptación definitiva. A medida que pasaba el tiempo, esta opinión adquiría mayor fuerza y de ello se encuentra una prueba irrecusable en la carta particular dirigida por el general Fleury, ayudante de campo y primer escudero del Emperador, al general Bazaine el 12 de diciembre de 1863.

La carta, dictada por el general, tenía por objeto recomendar de manera muy especial á la aten-

ción del comandante en jefe, á un joven capitán de artillería, cuyo valor había conocido y cuyo porvenir había vaticinado el general Fleury, con aquella su perspicacia habitual y aquel su profundo conocimiento de los hombres. No hay para qué mencionar aquí á ese joven; pero podemos decir que no ha frustrado esas esperanzas favorables, puesto que se encuentra hoy á la cabeza de uno de los más importantes cuerpos de ejército.

Hecha la recomendación, el general Fleury tomaba por sí mismo la pluma y conversaba con íntima franqueza con el general Bazaine, en un largo *post-scriptum*.

“Mi querido general:

“Excúseme vd. por haber hecho un llamamiento á su benevolencia, en favor de un oficial á quien conozco en virtud de excelentes informes y que me parece digno de todo el interés de vd.

“En este momento me encuentro en camino para Copenhague. No teniendo tiempo de escribirle otra cosa sino una banal carta de recomendación, he recurrido para ello á mi ayudante de campo. No por eso crea vd. que no sigo con gran solicitud el desarrollo de los acontecimientos que vd. preside y que no me asocio al concierto de elogios que de México vienen para vd., desde que vd. tiene entre sus hábiles manos los destinos de ese país.

“Es opinión personal mía que el archiduque Maximiliano acabará por no decidirse: que el gobierno reaccionario del general Forey no es viable:

que es antipático á los mexicanos lo mismo que á la política francesa; y que, en estas circunstancias, lo más feliz para nosotros sería fundar otro gobierno que se encontrara más de acuerdo con el sentimiento liberal del país; crear un dictador cualquiera, un Comonfort ú otro para oponerlo á Juárez y, por fin, tan pronto como sea posible, regresar con nuestro ejército á Francia. He ahí expresada brutalmente mi opinión: es la de muchos otros hombres de gobierno. Suyo de todo corazón.—General FLEURY.”

Perdónenos el lector si insistimos de esa manera sobre la mayor parte de los documentos que ponemos ante su mirada; pero son por tal modo importantes, que faltaríamos á nuestro deber de historiadores si así no lo hiciéramos. Ahora bien: estas confidencias del general Fleury dan testimonio del secreto deseo de los que rodeaban al Emperador; y, dada la confianza de que gozaba el ayudante de campo predilecto de Napoleón III, debemos ver en éllas también un reflejo del pensamiento imperial. Es esta una nueva prueba de lo que hemos dicho, en diversos lugares de esta obra: que el Emperador, desilusionado ahora, se hubiera contentado con “un Comonfort ú otro,” que por lo menos le hubiera permitido retirar brevemente sus tropas, con una apariencia de satisfacción. El sueño de un gran imperio latino estaba ya lejos.

Entre tanto, y por una vuelta muy frecuente en las cosas de este mundo, mientras en Paris se veían con negros colores las cosas de México,—

al revés de lo que se hacía antes—los resultados de la intervención eran en realidad cada vez más satisfactorios.

La campaña del general Bazaine había sido coronada por éxito completo y Juárez que, desde hacía seis meses se juzgaba seguro en San Luis Potosí, evacuó esta plaza el 18 de diciembre, retirándose á Durango, al noroeste, á 880 kilómetros de México. Comonfort, en quien el general Fleury veía un nuevo presidente posible, fué matado en un encuentro por el comandante Aguirre, de la división Mejía. Por todas partes, al paso del ejército, las poblaciones se adherían al voto de los Notables de México, en favor del Archiduque. Desgraciadamente, éllas no osaban designar por sí mismas sus autoridades municipales, por temor á las represalias juaristas y dejaban á nuestros generales el cuidado de designarlas de oficio.

Tal era el aspecto débil del movimiento: faltaba energía. Las poblaciones que solicitaban armas para defenderse, solicitaban al mismo tiempo una guarnición francesa, lo que era imposible que á todas se concediera.

El gobierno provisional, por su parte, no secundaba en modo alguno al general en jefe en su resolución de constituir la administración con todos los elementos honrados é inteligentes que se ofrecían. No nombraba más que reaccionarios viejos ó poco aptos y rechazaba á todos aquellos que habían formado parte de la administración precedente. De ese modo, el espíritu de partido suscitaba dificultades por todas partes y reanima-

ba enemistades perjudicialísimas á la pacificación, que era el objeto de todos nuestros esfuerzos.

El comandante en jefe señalaba esta situación al Emperador. Su idea era que lo único que podría modificarla sería la aceptación del Archiduque.

"He hecho, dentro del límite de lo posible— escribía desde Lagos, el 27 de diciembre—todo para atraer á nuestra causa al general Doblado, según las instrucciones de V. M.; pero él quería tener una entrevista al estilo de la de la Soledad y he preferido darle caza. Se encuentra ahora en la Sierra de Nochistlán (entre Guadalajara y Zacatecas) buscando, según se asegura, la manera de ganar uno de los puertos del Pacífico, para salvar su caja, que, según se dice, contiene un millón de pesos, lo que me parece mucho. Esta suma, posiblemente, estará destinada á sostener la guerra civil; sin embargo, dudo de ello, á causa de la falta de éxito del llamamiento á las armas hecho por Doblado antes de salir del Estado de Guanajuato."

En México, Almonte procuraba mantenerse dentro de la política trazada por el manifiesto del general Forey; pero diariamente tropezaba con dificultades. Aprovechándose de lo incierto del mañana y de la indecisión que reinaba en los ánimos, la corte suprema de justicia hacía á un lado todos los negocios relativos á la venta de los bienes del clero y rehusaba confirmar las leyes ó decretos aplicables y pronunciar la menor condenación con-

tra aquellos que no pagaban los pagarés á su vencimiento.

Dos veces debió intervenir el gobierno, por medio de comunicados insertos en la *Gaceta Oficial*, el 24 de octubre y el 15 de noviembre, con el objeto de recordar á los jueces, lo mismo que á los litigantes, que los tribunales estaban en la obligación de conocer de todos los juicios que se les sometieran por cuestiones de propiedad ó de alquiler de los bienes nacionalizados. En vano había declarado otra vez el mismo gobierno que las ventas regulares serían confirmadas y que sólo estarían sujetas á revisión las transacciones fraudulentas: se le oponía una invencible fuerza de inercia y los interesados no lograban obtener fallo de ninguna especie.

El alto clero, cuyos conciliábulos se verificaban abiertamente en el arzobispado, excitaba las resistencias de la magistratura, como si éstas pudiesen tener por resultado final el que se le devolviesen sus bienes. En cuanto á monseñor Labastida, había esperado valientemente que partiese el general Bazaine, para separarse de sus dos colegas de gobierno y hacerles oposición encarnizada. Furiosos éstos ante actitud semejante, respondieron á ella declarando que ya no consideraban al arzobispo como miembro de la Regencia del imperio.

Envenenada de esa suerte la querrela, monseñor Labastida había llamado en su auxilio á los arzobispos de Michoacán y de Guadalajara, y á los obispos de Oaxaca, San Luis Potosí, León, Ta-

maulipas y Tulancingo; y esta especie de sínodo dirigió á los generales Almonte y Salas una protesta (26 de diciembre de 1863), que contenía los pasajes siguientes:

“... En atención á que nadie, ni ningún gobierno tiene autoridad para apoderarse de los bienes de la Iglesia y á que, por la misma razón, los decretos, avisos y circulares expedidos por orden de Vuestras Excelencias, desde el momento que se encaminan á un objeto atentatorio y tiránico contra la propiedad sagrada, están sujetos á la censura de la Iglesia y especialmente á la excomunión mayor fulminada por el concilio de Trento en el capítulo II de la 22.^a sección de la Reforma. En su consecuencia, están comprendidos en esta pena canónica, no sólomente los autores y ejecutores de los decretos y circulares antes citados, sino también todos aquellos que, por un medio cualquiera, han cooperado á su cumplimiento.

“En atención á que el cambio político que se ha operado en México como consecuencia de la intervención no puede, en modo alguno, cambiar las obligaciones y las responsabilidades morales y canónicas y que, por la misma razón y por conservar nuestras protestas su vigor, nuestras circulares y disposiciones diocesanas, expedidas contra la Constitución y las leyes de Reforma, son aplicables á las circulares de Vuestras Excelencias, antes citadas y á las que se expidan con el mismo objeto.

“Aquellos que han incurrido en la censura canónica por haber ejecutado la ley de 25 de junio

de 1856 y los decretos publicados por Juárez, en Veracruz en 1859 y después en México, y las circulares expedidas por orden de Vuestras Exce-lencias; los autores, ejecutores y cooperadores del despojo de la Iglesia en sus propiedades, casas, rentas, posesiones, acciones, derechos ó simples objetos contenidos en éstos, están absoluta-mente obligados á la restitución y á la reparación del escándalo y no podrán ser absueltos, ni aún en artículo de muerte, si no han cumplido los pre-ceptos de la Iglesia recordados en nuestras cir-culares y decretos diocesanos."

La emoción fué profunda en todas partes don-de se leyó este documento: lo demás se deja en-tender: era nada menos que la excomunión, por parte de una parte del clero, del gobierno de la Regencia y de todos sus funcionarios.

En vano se pregunta uno por qué especie de aberración pudieron todos esos arzobispos y obis-pos equivocarse hasta el punto de creer que su actitud era, no diremos correcta, leal, ni siquiera hábil, sino simplemente oportuna. ¿Era en ese mo-mento, en que el partido clerical, que había vuel-to al poder gracias á la intervención francesa, tra-baba de establecer un orden de cosas regular, cuando se necesitaba conmovirlo, desacreditar-lo? ¿Convenía dar al partido juarista toda la fuer-za que se quitaba al general Almonte?

¿Era el momento en que nuestro ejército gue-rreaba contra los Doblado y otros jefes hostiles, el más oportuno para echar á nuestra retaguar-dia la semilla de la perturbación en los negocios

y de la división en los ánimos? ¿Era, pues, pre-ciso, cuando la suerte de la intervención era in-cierta todavía, cuando nuevas dificultades podrían producir por resultado el que el archiduque Ma-ximiliano rehusara definitivamente, que se acaba-ra de arruinar una situación ya bastante compro-metida? Evidentemente, ésto no era ni patriótico, ni prudente, ni político. No era nada de eso; sino otra cosa, porque, cuán extraño espectáculo era el que ofrecían todos esos obispos, al poner al servicio de sus intereses tanta aspereza, y al re-currir á las armas espirituales para recobrar sus "propiedades, casas, rentas, posesiones, accio-nes, derechos ó simples objetos contenidos en és-tos!" El inventario era completo.

El 31 de diciembre, los miembros de la Corte Suprema, arrastrados por ejemplo tan hermoso, se atrevieron también á rebelarse contra el go-bierno dirigiéndole una protesta contra los decre-tos y circulares publicados con motivo de los bie-nes del clero.

Conmovidos ante esta oposición tan intempe-stiva como torpe, pero resueltos á hablar esta vez con firmeza, ya que hablaban en nombre de inte-reses de carácter general contra intereses mera-mente privados, los generales Almonte y Salas hicieron publicar en la capital la siguiente pro-clama:

"Después de haber agotado todos los medios de persuasión y tolerancia con respecto á esos magistrados de una época cuya vuelta es imposi-ble, la Regencia persuadida de que la salud de

nuestra patria está en la adaptación de las medidas que nos son indicadas por el pueblo generoso que nos prodiga su sangre y su oro; sin otra ambición que la de elevarnos hasta la altura de los pueblos más civilizados, ha debido resignarse al penoso deber de separar de sus funciones públicas á los magistrados del Tribunal Supremo que nos han rehusado su cooperación.

"Mexicanos! estad tranquilos y seguros. La Regencia, investida de la autoridad, vela por vuestros intereses de acuerdo con los jefes de la Intervención; el curso de la justicia no será interrumpido...."

En efecto, por decreto de 2 de enero de 1864, todos los miembros de la Corte Suprema fueron destituidos y reemplazados en el acto.

Cuando la energía se encuentra al servicio de una causa justa, su efecto es inmediato. La opinión pública aprobó en alta voz la conducta de los generales Almonte y Salas. En cambio, monseñor Labastida que con tanta ligereza se había puesto en campaña, se creyó amenazado con severas represalias y juzgó oportuno ocultarse. Pero se trataba de sujetarle y no de perseguirle. No se tomó medida alguna de rigor ni contra él ni contra los miembros del clero.

Esta mansedumbre fué acaso excesiva, porque, lejos de calmar al clero, le hizo más audaz en su rebelión. Hizo imprimir secretamente una proclama al pueblo mexicano que, por la noche, se deslizó bajo las puertas de las principales casas de México.

Algunos ejemplares de esta proclama fueron llevados al general Neigre, comandante superior de México, quien no vaciló en dirigirse al inspirador de toda esta agitación, monseñor Labastida, á quien invitó cortés, pero firmemente á renunciar para lo sucesivo á tales manejos.

"Comandancia superior de México. — México, 16 de enero de 1864. — A S. I. el Sr. Arzobispo.

"Illmo. Señor:

"Acaba de dárseme conocimiento de un hecho de extrema gravedad; me han sido entregados escritos incendiarios, que se echan por debajo de las puertas de ciertas casas y se distribuyen clandestinamente al público. Los autores de ese culpable manifiesto enlazan viles intereses materiales, que repudia nuestra Santa religión, y apelan á las pasiones más detestables contra el ejército de S. M. el Emperador, que viene á arrancar á México del desorden, á volver la protección á los pastores de las almas y la libertad más grande al Santo ministerio, olvidando que esos Prelados, en cuyo órgano pretenden constituirse y á quienes presentan como humillados y abandonados, no estuvieron nunca rodeados de más respeto y veneración.

"*Yo me inclino á creer*, Illmo. Señor, que V. S. I. no tiene noticia de esos manejos criminales; llamo, pues, su atención sobre ellos, y le hago una súplica por el interés del orden y de la paz pública. Puesto que un *partido infimo se agita* para turbar la paz de la nación en nombre de la religión ca-

tólica, de la cual los franceses somos los hijos mayores, en nombre de los Prelados, á quienes cubrimos con nuestro respeto, *decid á ese partido*, Illmo. Señor, que le vigilamos, conocemos sus arterias, y que, de acuerdo con el Gobierno legítimo del país, los ejércitos de la Francia mantendrán la tranquilidad, *decidles* que si siempre nos repugna emplear medios violentos de represión, sabríamos, sin embargo, si las circunstancias nos impusieran ese penoso deber, hacer volver á la obscuridad, desde donde osan lanzar sus diatribas, á esos enemigos verdaderos de México.

“Tened la bondad de decírselo, Illmo. Señor, y si se contienen ante vuestra palabra evangélica, V. S. I. habrá prestado un gran servicio á la humanidad, y si le faltare el reconocimiento de esos hombres, tendrá el nuestro.”

Esta carta se encontraba dentro de las instrucciones que dió en diversas ocasiones el Emperador, especialmente dentro de las formuladas en su nota de 3 de julio de 1862 al general Forey:

“Mostrar gran deferencia por la religión, pero tranquilizar al mismo tiempo á los detentadores de bienes nacionales.”

Asimismo, se compadecía con las instrucciones de la carta de 14 de abril de 1863:

“Será preciso tranquilizar á los que hayan adquirido bienes nacionales; y sobre todo, á aquellos que legítimamente hayan adquirido bienes eclesiásticos puestos en venta con legalidad. . . Declarar que el gobierno provisional protegerá el culto católico; llamar á los obispos; pero estable-

cer, sin embargo, en principio, la libertad de cultos; hacer que una parte de las tropas asista el domingo á la misa.”

Hubiera sido ridículo, en efecto, de parte de los franceses, no aplicar en México los mismos principios que en Francia, en estas materias. Sólo algunos fanáticos podían encontrarlo malo.

Por desgracia, monseñor Labastida era de esos fanáticos, y contestó á la carta del general Neigre, de la insolente manera que sigue:

“General:

“En contestación á la apreciable carta de V. E. de dieciséis de este mes, tengo la honra de asegurarle que respecto de ciertos escritos incendiarios, distribuidos en la ciudad, no he tenido ni tengo hasta ahora conocimiento de ellos; sería menester que los hubiera leído para poder contestar á V. E.; le agradeceré, pues, muchísimo que tenga V. E. á bien enviarme un ejemplar.

“Aquí terminaría esta carta, si no hablara V. E. en la suya de ciertas aseveraciones que, independientemente de los escritos citados, las imputa V. E. al clero mexicano; será por consiguiente necesario rectificarlas, si no fueran exactas.

“Es un hecho probado y de notoriedad pública que todos nosotros hemos protestado contra esos dos individuos que tienen la pretensión de formar gobierno, y contra las circulares de nueve de noviembre y quince de diciembre del año próximo pasado, declarando categóricamente que la Iglesia sufre hoy los mismos ataques que en tiem-

po del Gobierno de Juárez, en la plenitud de sus inmunidades y de sus derechos; que jamás se vió perseguida con tanto encarnizamiento; y según la posición en que se nos ha colocado, nos encontramos peor que en aquel tiempo.

“Le parece á V. E. que en el ejercicio de su santo ministerio gozan los pastores de las almas, de la mayor protección y de la más completa libertad; que jamás han estado rodeados de más respeto y veneración.

“Vea, pues, V. E. que los dos documentos (nuestra protesta y la carta de V. E.) contienen, en lo que concierne á la situación de la Iglesia y de sus pastores, dos proposiciones enteramente contradictorias, y que de las dos, una es verdadera necesariamente, y necesariamente falsa la otra.

“Según la exposición de los hechos y las deducciones de la lógica, resultaría que nosotros, Prelados mexicanos, nos encontramos, según la aserción de V. E., en la alternativa de negar esos escritos ó de retractarnos.

“No nos retractaremos, porque hemos hablado con verdad, reclamado con justicia, obrado con derecho, y tenemos el convencimiento de que se nos ha colocado en la triste necesidad de hacerlo así.

“Por lo que me dice V. E. veo que está mal informado sobre la situación de la Iglesia mexicana; estoy persuadido de que si le fueran conocidos los hechos, los intereses debatidos y los motivos que han fijado nuestra conducta, V. E. nos habría hecho justicia en la opinión que hubiera formado.”

Suspense se queda el ánimo ante semejante lenguaje. Estaba tanto más fuera de lugar, cuanto que monseñor Labastida había sido recibido en Miramar antes de regresar á México, cuanto que había hablado con el Archiduque de los intereses del clero mexicano y cuanto que no debía ni podía ignorar que, el 10 de octubre de 1863, Maximiliano había dado al consejo de regencia, de que el arzobispo formaba parte, orden para no decidir nada relativo á bienes eclesiásticos, hasta que él llegase á México.

¿Cómo era posible que los mismos que tan vivamente habían solicitado y preparado la aceptación de Maximiliano, suscitasen tantas dificultades á su futuro gobierno? ¿Cómo era posible que el arzobispo de México, primado de México, osara echar sobre sus hombros la triste responsabilidad de acentuar la ruptura con el único poder de quien el clero hubiese podido esperar protección y apoyo? Cuestión insoluble sería ésta si, en otras épocas y en otros países, no se hubiera visto á los fanáticos de ese género proceder del mismo modo, fatigar á sus amigos con imposibles exigencias y perderlos sin remedio, al perderse ellos mismos. ¿Qué ganó el partido clerical con el fracaso del imperio mexicano?

No recobró ni sus casas ni sus rentas; pero produjo el triunfo de Juárez y la consolidación de la República.

CAPITULO VII

Vuelve á México el general Bazaine (4 de febrero.)—La resistencia armada.—Porfirio Díaz en el Estado de Oaxaca.—Uraga en el Estado de Colima.—Ortega en los Estados de Durango y Sinaloa.—Buenos efectos que produce la presencia del general Bazaine en México.—Escisión del alto clero.—Monsieur de Montholon.—Convención con el gobierno mexicano.—Cesión de las minas de Sonora á Francia.—El almirante Bouet-Willameuz y la división naval del Pacífico.—El puerto de Guaymas.—El almirante Bosse en Veracruz.—Matamoros.—El comandante Cloué.—Circular del general Bazaine.—Mejora la situación.—Se anuncia la llegada de Maximiliano (30 de enero de 1864.)—Cartas del Archiduque al general Almonte (26 de diciembre de 1863 y 10 de enero de 1864.)—La delegación mexicana en las Tullerías (22 de octubre de 1863.)—Napoleón III al general Bazaine (15 de febrero de 1864.)—Votos públicos en favor del Imperio.—Debates en las cámaras francesas.—Santa-Anna sale de su retiro.—Acta de adhesión impuesta á él y á su hijo.—Su falsía.—Medidas enérgicas del comandante en jefe.—Santa-Anna se queja con Napoleón III.—Respuesta del Emperador.

El 17 de noviembre de 1863, víspera de su partida al norte, el general Bazaine se expresaba en los siguientes términos, respecto de monseñor Labastida, en carta al ministro de la Guerra: "El

gobierno provisional se encuentra dividido por consecuencia de la sistemática oposición que el arzobispo hace á todas las medidas tomadas para calmar las pasiones políticas y llegar á la conciliación. He hecho entrar al señor general Almonte por un sendero más liberal, le sostengo y llegaremos á apartar al prelado, que se vuelve imposible. Este desacuerdo no ejerce ninguna influencia en el ánimo de la mayoría de la población, sino que, por el contrario, acerca al gobierno algunos liberales que estaban apartados."

Tales optimistas apreciaciones no se habían realizado, como se ha visto; y la sistemática oposición del arzobispo se había cambiado en una guerra encarnizada, no sólomente "contra esos dos individuos que tienen la pretensión de formar gobierno," como decía desdeñosamente, sino contra la representación del futuro emperador Maximiliano y contra la intervención.

Al recibir el general Bazaine noticia de estos hechos en su cuartel general, comprendió que era necesaria su presencia en México. Renunciando á continuar su excursión al norte, descendió rápidamente, por Salamanca y Querétaro, haciendo etapas de 15 y 18 leguas diarias. Entró en México la noche del 4 de febrero.

Motivo tenía para estar satisfecho con los resultados obtenidos por sus tropas.

En efecto: Juárez había tenido á bien trasladarse de Durango á Monterrey, aproximándose de esa suerte á la frontera de los Estados Unidos, que venía á ser su última base de operacio-

nes. Como supremo recurso, no tenía en torno suyo sino los 3,000 hombres de que disponía Doblado en Nuevo León.

Fuera de esta tropa, las fuerzas enemigas se reducían á tres grupos: el general Porfirio Díaz tenía el Estado de Oaxaca con cerca de 4,000 hombres; el general Uraga se hallaba al frente de 5,000 hombres en el Estado de Colima, y Ortega, el antiguo defensor de Puebla, ocupaba los Estados de Durango y Sinaloa con un cuerpo de ejército de 4,000 hombres.

Algunas bandas de caballería podían aún mostrarse en el interior de los puntos ocupados por el ejército francés; pero aparecían más bien como bandoleros que como enemigos, y se ocultaban pronto en las partes accidentadas del país cuando una de nuestras columnas les daba caza.

La situación militar había, pues, mejorado considerablemente.

El regreso á México del comandante en jefe produjo efectos igualmente buenos. En lugar del gobierno débil y desprestigiado de la Regencia, el alto clero iba á enfrentarse con un hombre enérgico, con un general victorioso. Comprendió cuán peligrosa le sería la rebelión, y, con espíritu de sumisión que tuvo el defecto de ser tardío, intentó aproximarse al gobierno. Los primeros en dar el ejemplo, que luego fué seguido en general, fueron el arzobispo de Guadalajara y los obispos de San Luis y de Puebla: monseñor Labastida se quedó pronto solo en la oposición.

M. Dubois de Saligny se había resignado, por

fin, á obedecer las órdenes del Emperador, embarcándose al efecto en Veracruz el 3 de enero. Su sucesor, M. de Montholon, había presentado sus credenciales al gobierno mexicano el 17 de enero. Importaba aprovechar ese cambio de ministro para el arreglo de ciertas cuestiones. M. de Montholon había, en efecto, recibido instrucciones especiales para entenderse con la regencia respecto del reembolso de los gastos de guerra, que se elevaban ya, para los años de 1862 y 1863, á la suma de 210 millones. Era nuestro derecho evidente y no fué discutido; por desgracia, la convención firmada para el efecto no pasó de letra muerta, debido á la falta de fondos.

Por la misma oportunidad, pensó el general Bazaine en satisfacer los deseos del Emperador, en lo referente á las minas de Sonora. Correspondencias llegadas de Guaymas anunciaban el arribo á esa población de compañías americanas formadas por aventureros y mineros que habían obtenido concesiones de Juárez. El general en jefe se apoderó de este pretexto y requirió al gobierno mexicano para que concediera á Francia las minas de Sonora. Se añadió á la convención un artículo concebido de este modo: "Como garantía de la fiel ejecución de esta convención, y en testimonio de gratitud hacia el gobierno del Emperador de los Franceses, el gobierno mexicano concede al gobierno francés la facultad de explotar todas las minas del Estado de Sonora que en la actualidad no estén explotadas ó denunciadas y le reconoce, para sí ó para sus con-

“cesionarios, el derecho de mantener, en el Estado de Sonora, tropas encargadas de la guarda de esas minas.”

El general en jefe escribió inmediatamente al contraalmirante Bouet-Willamez, que mandaba la división naval del Pacífico, para que vigilara especialmente el puerto de Guaymas y para que, al mismo tiempo y por la vía de San Blas y Guadalajara, ó por la del istmo de Panamá, le enviara los informes más exactos acerca de la situación de Sonora y de los centros mineros de Ures y de Arispe, fronterizos con los Estados Unidos.

Considerable era el papel de la marina en la expedición de México.

Toda la vida del país se encuentra, por decirlo así, en sus puertos, cuyas aduanas son las fuentes más seguras y constantes de ingreso. Nuestros marinos dieron pruebas de mucho celo y abnegación admirable: siempre sobre la brecha, se mostraron auxiliares excelentes, á pesar de los horrores de un clima terrible que causaba entre nuestras tripulaciones destrozos formidables.

El único puerto de comunicación con Europa del lado del Atlántico, que lo era Veracruz, hallábase bien guardado. El almirante Bossé manteníase casi siempre con muchos barcos en la rada de Sacrificios. Tampico, situado un poco más al norte, había recibido, en noviembre de 1863, una guarnición francesa que desembarcara allí en algunas chalupas y que allí se sostenía valientemente, á pesar de las enfermedades y de las defunciones. La exportación del dinero acuñado se hacía prin-

cipalmente por ese puerto y había parecido necesario ocuparlo para echar mano á los productos de sus aduanas.

Matamoros, situado en el extremo norte de México, sobre el gran Río Bravo, seguía siendo puerto libre. El general Bazaine pensaba hacerlo ocupar, á pesar de las dificultades del desembarco, durante los meses de invierno en que el viento del norte agita extraordinariamente las aguas. El almirante Bosse debió limitarse á vigilar esos parajes para prevenir el contrabando de guerra. Era por Matamoros por donde los confederados del sur recibían sus cargamentos de armas: de esa suerte la misión de nuestros cruceros se hacía tanto más delicada, cuanto que era difícil saber si las armas que entraban en Río Bravo estaban destinadas á los mexicanos ó á los sudistas.

En el extremo sur, Yucatán, insurreccionado desde hacía treinta años, trataba de aprovecharse de las perturbaciones para asegurar su independencia. El comandante Cloué se presentó en enero de 1864, con el “Magallanes” en Campeche. Esta población era rival de Mérida, donde se hallaba el general Navarrete. Este ofreció al comandante su concurso, quien lo aceptó; y ante esas fuerzas reunidas, Campeche abrió sus puertas. El resultado de esta audaz tentativa fué la sumisión de Yucatán y del pequeño ejército de Navarrete, que reconocieron el gobierno de Almonte y el voto de la Asamblea de Notables.

Gracias á la bravura de nuestros soldados y marinos, gracias á la inteligencia y á la energía

de sus jefes, iba resultando relativamente fácil el sometimiento del país; pero las dificultades comenzaban en cuanto se trataba de regularizar y de administrar la conquista. El general Bazaine había podido hacer constar, durante su campaña del norte, hasta qué punto eran los funcionarios mexicanos inferiores á su misión. Desde que volvió á Mexico, se resolvió á colocarlos bajo la vigilancia directa de los generales y comandantes superiores franceses.

“El comandante superior—escribía á cada uno de sus delegados territoriales—tiene que ejercer una misión de vigilancia, sobre las autoridades administrativas; consiste en mantenerse al corriente de los actos del prefecto político, de los magistrados, de los agentes financieros, sin inmiscuirse en los negocios cuya dirección está confiada á cada uno de esos funcionarios y en dirigirlos con sus consejos.

“Vuelva vd. á leer el manifiesto de 12 de junio de 1863 y penétrese de su contenido. Nada ha cambiado en el programa que el Emperador tenía en esa época. Si el prefecto político comete faltas que comprometan nuestra política, es del deber de vd. señalarle el peligro, y hasta invitarle á suspender sus medidas si comprometen la situación, previniéndole que se me dará cuenta. En tales casos, vd. hará que me lleguen, sin demora, sus explicaciones detalladas, á fin de que yo pueda provocar en seguida la intervención del gobierno mexicano.

“Es preciso vigilar al clero, pero adunando la

prudencia con la firmeza: me reservo la resolución de las cuestiones que le conciernan; le bastará á vd., pues, darme cuenta de todo lo que sepa. Señale sin vacilación cuáles son los jueces que no aplican los principios relativos á nacionalización de bienes eclesiásticos.

“Cuando algunos miembros del clero pidan á vd. que ponga á su disposición los seminarios y otros establecimientos morales, examine atentamente si es posible satisfacerles sin perjudicar la instalación de tropas y las necesidades generales del servicio. Le autorizo para que, en ese caso, verifique la entrega de los establecimientos; pero haciendo bien observar que vd. otorga su goce provisional y no la restitución, que en modo alguno sería posible. Debe entenderse, por supuesto, que esta entrega se verificará respecto de los bienes que no han sido adjudicados ó vendidos y que han quedado como propiedad del Estado.

“El día primero de cada mes me enviará vd. un informe suscinto relativo á cada uno de los servicios administrativo y político.”

Estas instrucciones tenían la ventaja de dejar la cuestión de los bienes del clero para que las resolviese el emperador Maximiliano, limitando al mismo tiempo, en la medida de lo posible, los conflictos que eran de temerse.

Se aproximaba el momento en que la situación de Francia en México iba á dejar de ser ambigua y habria de recibir una solución. ¡Ya era tiempo!

La opinión de que se hiciera eco el general

Fleury, respecto de los propósitos del Archiduque, no sería confirmada por los hechos.

El señor Gutiérrez Estrada, gran promotor de esta candidatura, no había desesperado nunca del éxito final.

Sobre este punto no podría haber duda, gracias al documento que poseemos. Es una carta escrita por el señor Gutiérrez Estrada á un miembro del Parlamento inglés el 30 de diciembre de 1863 y que llegó, de una manera singular, á manos del general en jefe. Fué el coronel Jeannigros, comandante superior de Veracruz, quien, por medios que no declara, pudo proporcionarse la copia y quien la envió el 6 de febrero al general Bazaine.

En esta carta exponía el señor Gutiérrez Estrada los motivos de su confianza:

"El Archiduque, digase lo que se quiera, no ha cambiado ninguna de sus disposiciones, no ha revocado nada. Lejos de eso, puede vd. tener por seguro que partirá en el mes de marzo próximo, época en la que podrá ser conocido en Europa el resultado del voto *general* (pero no universal) de la nación, condición única que él pone actualmente para su partida y que es para nosotros un hecho completamente seguro.

"Es de notar, en efecto, y esto nos tranquiliza completamente, que la cuestión de México se encuentra de todo punto separada del movimiento político general de Europa. Es un negocio manejado exclusivamente entre el emperador Napoleón y el archiduque, con la aprobación del empera-

dor su hermano, como jefe de la familia, pero sin la menor intervención del gobierno austriaco.

"Esta situación, favorable al Austria, en cuanto que pone á Venecia ó á cualquiera otra compensación fuera de discusión, tiene también un resultado favorable para la cuestión mexicana, á la que deja aislada en su terreno especial, puesto que Francia se encuentra ya en México y puesto que no tiene ante sí más solución que el trono del archiduque, haya ó no guerra en Europa.

"El buque austriaco que lleve á ese príncipe á México no será detenido, ni por Inglaterra, que verosímilmente será la aliada del Austria en las complicaciones previstas, ni por Francia que es quien lo conduce.

"Me parece que las ilusiones no tienen nada que ver con estas apreciaciones enteramente prácticas...."

Firme en su convicción relativa á la aceptación del príncipe, enviaba de París el telegrama siguiente:

"S. A. I., el archiduque Fernando Maximiliano de Austria, ha tomado definitivamente la resolución de embarcarse para México en todo el mes de marzo próximo."

La *Gaceta Oficial* de México reprodujo ese telegrama el 30 de enero. El general Bazaine se hallaba, pues, al corriente de los proyectos del archiduque; tal es la explicación de la pequeña nota que escribió en la carta del coronel Jeannigros: "Acusar recibo y gracias. No hace saber

nada distinto de lo que ya sabía el general.—13 feb.”

Algunos días más tarde, el 16 de febrero, el correo entregó al general Almonte una carta del príncipe, uno de cuyos pasajes disipaba las últimas dudas acerca de su aceptación:

“Cuando los votos libremente externados de los Estados de Morelia, San Luis Potosí, Guajuato y Guadalajara, hayan venido á añadirse á los de los Estados que han ratificado ya el voto de los Notables de México, y de esa suerte las provincias centrales, que son las más ricas y pobladas, se hayan pronunciado por el Imperio, tendré el derecho de esperar que continuando el movimiento monárquico, bajo los impulsos del partido del orden, todo el país no tardará en seguir el mismo ejemplo.

“Podré, en su consecuencia, en tal caso, aceptar definitivamente la corona, puesto que es probable que de aquí á entonces todas las cosas podrán ser arregladas en Europa. Sírvase, pues, mi querido general, hacer que, tan luego como la Regencia conozca las adhesiones de referencia, ella las transmita al presidente de la diputación, quien entonces, acompañado de aquellos de los delegados que á la sazón se encuentren en Europa, deberá dirigirse sin tardanza á Miramar para presentármelas.

“Esté vd. persuadido de que, á partir del momento de mi aceptación definitiva, me esforzaré, en cuanto me sea posible, por acortar el plazo de mi partida para mi nueva patria.

“Encargo al barón de Pont de hacer conocer á vd. mis miras acerca de muchos puntos de detalle y soy, mi querido general, con sincera estimación, su afectísimo

“MAXIMILIANO.

“Miramar, 26 de diciembre de 1863.”

Todavía más formal era una segunda carta del archiduque, igualmente dirigida al general Almonte y fechada el 10 de enero de 1864:

“Mi querido general:

“Sus comunicaciones del 27 de noviembre último me han informado de los detalles de la crisis que acababa de atravesar la Regencia y la cual terminó con el retiro de monseñor Labastida.

“A la distancia en que me encuentro todavía del teatro de los sucesos, no pretendo pronunciarme acerca de la cuestión que originó la crisis. Pero todo me induce á creer, por ahora, que vd. hizo bien en evitar un conflicto con la autoridad francesa, dejando subsistir provisionalmente el *statu quo*, lo mismo que soy de opinión que la patria deberá agradecer á vd. la perseverancia y la abnegación de que ha dado pruebas desde el origen de la intervención.

“Le agradezco, querido general, las buenas noticias que me da acerca del progreso de las operaciones militares en el interior del país. Ellas permiten esperar que dentro de pocas semanas,

conoceremos el voto del resto de la nación acerca de sus futuros destinos.

"Mi resolución, lo repito, está tomada desde el 3 de octubre y luego que hayan llegado á su término las negociaciones relativas á las garantías que indispensablemente deben obtenerse para la nueva monarquía, lo que espero que no tarde, estaré listo á ceder á los deseos de los mexicanos.

"Crea, mi querido general, en los sentimientos del alta estima con que soy su afectísimo

"MAXIMILIANO.

"Miramar, 10 de enero de 1864."

Por su parte, el emperador Napoleón III, tranquilizado por el nuevo y favorable aspecto que parecían adquirir los acontecimientos, contemplaba el porvenir con mayor serenidad. Atribuía equitativamente todo el mérito de la mejoría al general Bazaine y como no era ingrato, encontraba placer en manifestarle de nuevo su satisfacción en su correspondencia confidencial.

"Palacio de las Tullerías, 15 de febrero de 1864.

"Mi querido general:

"Estoy muy contento con las noticias recibidas de México. Su carta de 5 de enero, de Guadalajara, me acaba de llegar y le felicito por sus éxitos.

"Si no le he escrito desde hace un mes, es porque nada de particular tenía que decirle; y encuentro que vd. desempeña con tanto celo y ac-

tividad mis intenciones, que no tengo sino otorgarle *carta blanca* y decirle que haga, para el mejor éxito, lo que juzgue conveniente. Lo único que me inquieta es el voto en favor del archiduque. ¿Será unánime y podremos contar con un sufragio que á los ojos de Europa tenga la apariencia del voto nacional? Trate de arreglar eso de la mejor manera posible.

"El diputado M. Corta va á México á reemplazar á M. Budin. Pienso que vd. se entenderá bien con él.

"Adios, mi querido general: reciba la seguridad de toda mi confianza y de mi amistad.

"NAPOLEÓN.

"En resumen: nada de reacción, ejército mexicano no muy numeroso pero bueno: orden restablecido y seguridad en los caminos. Si el archiduque recibe las adhesiones, piensa partir en marzo ó abril."

El horizonte se despejaba. La solución entrevista se aproximaba y merced al deseo que todos tenían de acabar, se la juzgaba excelente, puesto que se deseaba que lo fuera.

Quedaba la famosa cuestión del "voto nacional." ¿Cómo obtener un voto serio en un país que carece de registros del estado civil, y en medio de una población de indios ignorantes y analfabetas? Esta dificultad fué ladeada de una manera muy hábil.

Todo se arregló para recoger, en la mayor

parte de las localidades, las adhesiones de algunos notables, y luego las actas, cuyas firmas legalizaban las municipalidades, eran reproducidas en la *Gaceta Oficial*.

Con relación á cada acta se hacía figurar, no el total de los firmantes, sino la cifra de la población de la localidad, como si todo el mundo, hombres, mujeres y niños, hubiese votado. De esa manera, se llegaba á establecer que, de los 8,620,982 habitantes que México tenía á fines de 1862, 6,445,564 se habían adherido al imperio.

Presentados de tal suerte los resultados, parecían muy seductores y á propósito para causar en los espíritus, tanto allende como aquende los mares, una impresión seria. Desde hacía tres meses, la *Gaceta Oficial* no cesaba de publicar actas semejantes y viendo figurar en ellas sucesivamente todos los grandes centros de población, como los Estados de San Luis Potosí, León, Querétaro, Guadalajara, Zacatecas, Aguascalientes, Guerrero, Guanajuato, Tehuantepec y Yucatán, los distritos de Tulancingo, Pachuca, Tlaxcala, Huamantla, Perote, Jalapa, etc., etc., era fácil hacerse ilusiones acerca del alcance del movimiento.

Estas voluminosas actas fueron enviadas oficialmente al señor Gutiérrez Estrada, á fines de febrero. Francia las esperaba acaso con mayor impaciencia que el archiduque Maximiliano.

Acababan de verificarse, en efecto, grandes debates en las Cámaras y el mariscal Randon, ministro de la guerra, los resumía de este modo en carta confidencial dirigida al general Bazaine:

“En la discusión del Mensaje, la expedición de México tuvo, como debía esperarse, mucha parte en los ataques de la oposición.

“La política del Emperador triunfó gracias al talento con que la sostuvo el señor ministro de Estado (1); gracias también á la confianza que yo he procurado hacer nacer acerca de los resultados que lograrán obtener la prudencia y la firmeza de vd. Me parece que hoy mejor que nunca podemos esperar que antes de fin de año vd. podrá devolvernos algunos de sus regimientos, según me lo asegura vd. en su última carta. Este sería un hecho más concluyente que todos los discursos de los más elocuentes oradores.”

Pero estos felices resultados obtenidos simultáneamente en México y en Francia no satisfacían por igual á todos.

México poseía numeroso personal de expresidentes, de exministros y de generales que se creían en disponibilidad y no retirados y que, después de haber descendido del poder, no aspiraban sino á recobrarlo.

Mientras duró el período de incertidumbres y de perturbaciones, conservaron la esperanza y esperaron con bastante paciencia. En este momento, el porvenir parecía fijarse: de esa suerte, algunos de entre ellos juzgaron llegada la oportunidad de provocar la continuación del desorden y el fracaso del movimiento favorable á Maximiliano. Uno de los primeros en intentarlo fué el ge-

[1] M. Billault.

neral A. L. de Santa Anna, que seis veces distintas había sido presidente ó dictador.

Santa Anna había desempeñado papel considerable en los asuntos de su país. Su inmensa fortuna le había conservado sólidas amistades. No pudiendo luchar contra Juárez, habiase hecho á un lado, más por habilidad que por prudencia y desde su retiro de la isla de Santo Tomás vigilaba el curso de los acontecimientos.

Ya se vió de qué manera acogió la primera noticia de la candidatura del Archiduque. Feliz al encontrar un apoyo para combatir al gobierno de Juárez, que parecía solidificarse, había sido uno de los primeros en animar al señor Gutiérrez Estrada en sus gestiones. Pero comenzaba ahora á encontrar que éstas habían tenido mucho éxito y juzgaba llegado el momento de operar un cuarto de conversión y de detener un movimiento que no tendía á la realización de sus secretos deseos. El 22 de febrero, llegó á Veracruz inopinadamente, acompañado de su hijo y á bordo del paquete inglés "Comway."

No era un amigo el que se nos venía encima: nos detestaba cordialmente; y su odio, no por antiguo dejaba de ser inmotivado. En 1838, la escuadra francesa, bajo las órdenes del almirante Baudin y con el príncipe de Joinville al mando de la corbeta "La Criolla," atacó á Veracruz que estaba defendida por Santa Anna; en el bombardeo del fuerte de San Juan de Ulúa, una granada le quitó una pierna. No nos lo perdonó nunca.

Informado de su presencia el comandante Ma-

rechal, gobernador de Veracruz, previno en seguida al general Bazaine. Este comprendió en el acto las dificultades que podría suscitarle semejante hombre. Previno inmediatamente al gobernador que no le dejara saltar á tierra, sino hasta que hubiese firmado una acta de formal adhesión al nuevo orden de cosas establecido en México.

Con la mejor voluntad del mundo se prestaron á esta exigencia Santa Anna y su hijo. Poseemos el original de esa acta, cuya es la siguiente reproducción:

"Yo, el subscripto, declaro por mi honor que me adhiero á la intervención francesa y reconozco como único gobierno legítimo, la monarquía proclamada por la asamblea de los notables con el título de Imperio mexicano y con el príncipe Maximiliano, archiduque de Austria, por emperador de México.

"Me comprometo igualmente á abstenerme de cualquiera demostración política y á no hacer nada ni por escrito, ni de palabra, que tienda á hacer suponer que vuelvo á mi país de otra manera que como simple ciudadano.—*A. L. de Santa Anna.*—A bordo del paquete inglés "Comway," el 27 de febrero de 1864.

"Me comprometo, lo mismo que mi padre, en las condiciones enunciadas anteriormente.—*Angel L. de Santa Anna.*—Rectificado el lugar en que se puso la firma (1).—El comandante superior.—*H. Marechal.*"

[1] El papel llevaba primitivamente la mención: "En Veracruz, á . . ."

Razón tenía el general Bazaine para desconfiar de Santa Anna y para imponerle una declaración de esta naturaleza; pero incurria en error al figurarse que esta declaración obligaría en algo á Santa Anna. Este se lo hizo ver pronto.

En efecto: apenas desembarcado y mientras escribía al presidente de la Regencia, general Almonte, excedecán suyo durante la campaña de Tejas, en 1836, y más tarde su ministro de la guerra, después de la revolución de Guadalajara, para asegurarle que su regreso al suelo natal no tenía más objeto que el de cooperar, en la medida de lo posible, á la consolidación del régimen adoptado por la nación; y mientras ofrecía sus servicios al gobierno, rogándole que en respuesta le transmitiese las instrucciones que juzgara convenientes, redactaba una proclama hostil á ese mismo gobierno y hacía expedir ese llamamiento á sus partidarios de México y de Orizaba, en donde fué publicada, en el periódico *El Indicador*, con fecha 3 de marzo.

Tan pronto como el general Bazaine tuvo noticia de ese documento, negación de la palabra de honor comprometida la vispera, comprendió que nada bueno podía esperarse de la presencia de semejante hombre en el territorio mexicano y le ordenó que inmediatamente saliera de México con su familia. Sin pérdida de tiempo, el almirante Bossé le embarcó en la corbeta "Colbert," que le dejó en la Habana (12 de marzo.)

Luego fué publicada en la *Gaceta Oficial* una nota que prohibía la reproducción y comunica-

ción de su manifiesto y amenazaba con proceder contra cualquier infractor. La energía del comandante en jefe cortó por lo sano estas veleidades opositoristas y desembarazó á la Regencia primero y más tarde á Maximiliano de este hombre peligroso.

En cuanto á él, de la Habana se dirigió á su espléndido retiro de la isla de Santo Tomás. Desde allí, bafando la medida que contra él se tomara, tuvo la audacia de quejarse á Napoleón III de los procedimientos del general Bazaine á su respecto, protestando contra su expulsión y reclamando su derecho de volver á México.

¿Fué porque el soberano ignoraba quizás todavía cuál fuera su conducta, cuando llegó la carta á París; ó fué acaso porque, hallándose próxima la partida de Maximiliano, el Emperador no quiso acentuar la ruptura con un hombre que antaño había deseado el restablecimiento de la monarquía y cuya influencia merecía todavía algunas consideraciones? Es lo cierto que Napoleón III llevó su condescendencia hasta el punto de responderle y que lo hizo en términos seguramente más dulces de lo que él se merecía y los cuales tenían el defecto de aparentar censurar la medida tan justa y tan necesaria, sin embargo, del comandante en jefe.

"París, 15 de mayo de 1864.

"General:

"Lamento vivamente lo que ha pasado y la rigurosa medida que se ha juzgado necesario to-

mar respecto de vd.; pero ahora que el Emperador de México ha tomado las riendas del gobierno, á él toca decidir lo que deba hacerse; ya le envíe la carta que vd. me escribió.

“Ruégole, general, que reciba los sentimientos de mi estimación, etc.

NAPOLEÓN.”

Tan benévolos procedimientos no fueron parte para apaciguar la cólera de este perpetuo candidato á la presidencia de México, de este inveterado enemigo de Francia. Habiendo mantenido Maximiliano la medida de expulsión dictada contra él, volvió los ojos á los Estados Unidos y ya que no obtuviera su intervención activa, como lo solicitaba, contribuyó por lo menos á hacer que el gabinete de Washington asumiera esa actitud conminatoria ante la cual aparentó ceder el gobierno francés cuando retiró sus tropas y abandonó su obra.

CAPITULO VIII

Pacificación del país.—El general Uruga.—Don Juan Alvarez.—Los resguardos.—La legión extranjera.—Cartas del Emperador y del mariscal Randon (31 de marzo de 1864).—El banco de México.—El instituto.—Aprensiones del ministro de la guerra (29 de febrero, 15 de abril, 1º de mayo de 1864).—Temores respecto de los Estados Unidos.—Exitos militares.

A despecho de dificultades y de oposiciones, la obra de la pacificación del país continuaba cumpliéndose. En tanto que nuestras columnas expedicionarias daban caza á los últimos conjuntos armados, la masa de la población, tanto por necesidad como por gusto, por ser más amante del reposo que de la política, se aprestaba á recibir al nuevo gobierno. Ya no se soportaba ese estado de perpetua guerra y cualquiera que fuese aquel que viniera á ponerle término, podía estar seguro de ser bien acogido.

La perspectiva de más calmados tiempos iba produciendo sus efectos: el comercio recomenzaba, la confianza renacía y adhesiones más significativas que las primeras daban muestras de las tendencias más favorables de gran número de mexicanos. Entre éstas deben citarse la de Núñez, exministro de Hacienda de Juárez, la de Díaz Mirón, exgobernador del Estado de Veracruz:

mar respecto de vd.; pero ahora que el Emperador de México ha tomado las riendas del gobierno, á él toca decidir lo que deba hacerse; ya le envíe la carta que vd. me escribió.

“Ruégole, general, que reciba los sentimientos de mi estimación, etc.

NAPOLEÓN.”

Tan benévolo procedimiento no fueron parte para apaciguar la cólera de este perpetuo candidato á la presidencia de México, de este inveterado enemigo de Francia. Habiendo mantenido Maximiliano la medida de expulsión dictada contra él, volvió los ojos á los Estados Unidos y ya que no obtuviera su intervención activa, como lo solicitaba, contribuyó por lo menos á hacer que el gabinete de Washington asumiera esa actitud conminatoria ante la cual aparentó ceder el gobierno francés cuando retiró sus tropas y abandonó su obra.

CAPITULO VIII

Pacificación del país.—El general Uruga.—Don Juan Alvarez.—Los resguardos.—La legión extranjera.—Cartas del Emperador y del mariscal Randon (31 de marzo de 1864).—El banco de México.—El instituto.—Aprensiones del ministro de la guerra (29 de febrero, 15 de abril, 1º de mayo de 1864).—Temores respecto de los Estados Unidos.—Exitos militares.

A despecho de dificultades y de oposiciones, la obra de la pacificación del país continuaba cumpliéndose. En tanto que nuestras columnas expedicionarias daban caza á los últimos conjuntos armados, la masa de la población, tanto por necesidad como por gusto, por ser más amante del reposo que de la política, se aprestaba á recibir al nuevo gobierno. Ya no se soportaba ese estado de perpetua guerra y cualquiera que fuese aquel que viniera á ponerle término, podía estar seguro de ser bien acogido.

La perspectiva de más calmados tiempos iba produciendo sus efectos: el comercio recomenzaba, la confianza renacía y adhesiones más significativas que las primeras daban muestras de las tendencias más favorables de gran número de mexicanos. Entre éstas deben citarse la de Núñez, exministro de Hacienda de Juárez, la de Díaz Mirón, exgobernador del Estado de Veracruz:

además, la familia de Doblado había vuelto á Guajuato.

A mayor abundamiento, en el mes de marzo, uno de los principales jefes juaristas, el general José López Uraga envió al general Bazaine un emisario encargado de las primeras insinuaciones. El comandante en jefe se apoderó con avidez de este pretexto para entrar en relaciones con ese disidente y dirigió esta respuesta al general Uraga:

“Parece vd. hoy día—deciale—ó desesperado de la causa que sostiene, ó fatigado con las deplorables luchas que desolan su patria. Su patriotismo le aconseja resignarse á los hechos consumados y le invita á no seguir tomando parte en una lucha fratricida.

“Cualquiera que sea, general, el partido que vd. tome, cualquiera que sea el deseo que vd. manifieste, vd. encontrará siempre en mí un adversario leal ó un apoyo seguro. Su elevada razón le hará comprender sin dificultad que, entre vd. y yo, no pueden existir sino relaciones perfectamente definidas: *debemos estar juntos, ó el uno contra el otro.*

“Si vd. desea volver á la vida privada, lo que por vd. y por su país yo lamentaría, le garantizaré los derechos que ha adquirido con sus prolongados y honorables servicios, y vd. podrá retirarse á las islas de las Tres Marías, como parece desearlo, ó á donde mejor le convenga.

“Si, por el contrario—y permitame vd. que se lo aconseje—vd. toma el partido de seguir sir-

viendo á su país, sabré hacerle conservar la posición que se le debe, en la que aún está llamado á prestar eminentes servicios.

“Formule vd., pues, francamente, su pensamiento, general: entre hermanos de armas, siempre se acaba por entenderse, cuando la franqueza se encuentra al servicio de un gran carácter y de un noble valor personal.”

Esta manera de halagar á su enemigo, elevándole hasta su propia altura, y colocando sobre un pie de igualdad al general mexicano y al comandante en jefe del cuerpo expedicionario, impresionó vivamente al general Uraga. El resultado fué que á la llegada de Maximiliano, ese jefe, con toda su tropa, se adhirió al imperio y aceptó el puesto de consejero de Estado.

Durante ese tiempo, la organización del país proseguía activamente bajo la influencia del general Bazaine. Preocupábale entonces el aseguramiento de la tranquilidad de las poblaciones y de los campos, por medio de una creación análoga á nuestra gendarmería. Era ello tanto más interesante, cuanto que, en ciertas provincias y principalmente en el Estado de Guadalajara, los prefectos políticos trataban de establecer, so pretexto de conservar el orden público, verdaderos ejércitos pequeños.

El comandante en jefe dirigió al general Almonte (23 de marzo de 1864) un reglamento para la organización de esas guardias, que deberían llevar el nombre de “Resguardos.” Se habían tomado precauciones para que esas tropas no pu-

dieran convertirse en un peligro. No se les daban ni arsenales ni estados mayores.

Al lado de esas fuerzas puramente municipales, se trataba de crear un ejército nacional. El futuro imperio no podía carecer de él y la ocupación francesa no debía de ser eterna, puesto que la creación del nuevo gobierno tenía por objeto principal el permitirnos retirarnos con honor.

¿Dónde se tomarían los jefes y los soldados de este ejército? Si entre los mexicanos y los indios, tanto equivaldría recomenzar el pasado y todo indicaba que los viejos hábitos de pronunciamientos y rebeliones se renovarían con aquellos mismos elementos de desorden y de indisciplina. El gobierno francés se había fijado al principio en el pensamiento de constituir la base y el núcleo de este ejército con la ayuda de una fuerte legión extranjera y había encargado al general Bazaine que estudiara los medios apropiados para crearla y organizarla.

A fines de febrero, el comandante en jefe transmitió su proyecto al Emperador: era un proyecto prudente y práctico.

Entre tanto, á pesar de la prisa que al principio mostrara, el gobierno francés no apresuró su ejecución. He aquí, al respeto, lo que escribía al general Bazaine el ministro de la guerra (31 de marzo):

“No hay oportunidad para acelerar esta organización, cuyo desarrollo sucesivo se hallará en relación con la repatriación de nuestras tropas. Me limito á decirle que el conjunto de su proyec-

to responde á las intenciones del Emperador y que Vd. recibirá, cuando sea tiempo, los decretos concernientes.”

¿No era ese el efecto de las noticias venidas de Miramar, á propósito de los incidentes cuya relación se encontrará algunas páginas adelante?

El Emperador debió, momentaneamente, modificar su primera idea: envió al general Bazaine la autorización para componer la legión extranjera con indios; pero prohibió que en élla fuera recibido ningún soldado francés.

En ese momento había corrido el rumor de que Maximiliano rehusaba. Este rumor era falso. Una carta del ministro de la Guerra, que al margen llevaba por nota las palabras *muy confidencial*, informaba de ello al comandante en jefe:

“Los periódicos y las cartas particulares habrán podido esparcir la noticia de que el archiduque Maximiliano, en seguida de algunas discusiones de familia, habría abandonado la intención de dirigirse á México: *no crea vd. nada de eso*. Su partida de Miramar podrá diferirse por algún tiempo; pero su resolución no ha cambiado.”

“La obra de la regeneración de México es muy grande y el éxito de nuestras armas y los esfuerzos de toda clase que Francia ha hecho, la han preparado muy bien, para que el príncipe no tenga á honor el emprenderla y el responder así al voto de esas poblaciones tan largamente trastornadas por las revoluciones.”

“El primer correo le llevará la confirmación de todo lo que ahora le digo; importa que Vd. no

descuide nada para destruir el mal efecto que no dejaría de producir, entre los hombres todavía hostiles, una duda acerca de las resoluciones del archiduque.

“Reciba Vd., mi querido general, etc.—Mariscal RANDON.”

Encontramos en la correspondencia secreta del Emperador un eco de estos incidentes:

“Mi querido general:

“No le escribo sino para felicitarle por la feliz y brillante campaña que ha realizado Vd.; espero que ella producirá sus frutos.

“Apruebo ampliamente su conducta militar y política; y si, como el archiduque tiene la intención de hacerlo, sigue los consejos de Vd., no dudo de su éxito.

“El archiduque ha sido retenido en Viena por algunas dificultades, pero pienso que se embarcará alrededor del 10 de abril. Se propone pasar por Roma y quizás por Madrid, de manera que no podrá llegar sino hasta el mes de junio; lo lamenta mucho á causa de la fiebre amarilla.

“Algo me preocupa la parte meridional del país, que costará trabajo pacificar; quisiera que, á ser posible, no emplease Vd. para ello sino indios.

“El ministro le ha dicho cuáles son nuestros proyectos para la repatriación de las tropas; pero como lo esencial consiste en no comprometer nuestra obra, será preciso que, si Vd. lo juzga ne-

cesario, no vacile en conservar más tropas con Vd.

“Diga á los oficiales y soldados que aprecio mucho su conducta. Espero poder pronto nombrar general de división á Castagny.

“Reciba, mi querido general, la seguridad de mi sincera amistad.—NAPOLEÓN. — 31 de marzo de 1864.”

Síntoma bueno era la confianza que parecían tener ya los europeos en el porvenir de México, bajo el cetro de Maximiliano.

En enero de 1864, una compañía franco inglesa, impulsada por los señores E. Gudin, Shepard y Charles Bright, se había formado para obtener la autorización de construir á sus expensas una gran línea de ferrocarril que comunicara á México directamente con el puerto de Tampico. Napoleón III, á quien se dirigió esta compañía, se apresuró á someter al general en jefe el proyecto de concesión. El general lo aprobó y expresó el deseo de que los trabajos comenzaran inmediatamente. Esta segunda vía de comunicación entre México y el Atlántico era en efecto de primordial interés, tanto para el desarrollo del comercio entre México y Europa, como para la rapidez y facilidad de los movimientos de nuestras tropas. Pero, como era natural, la concesión definitiva se sometió al conocimiento del futuro Emperador. El debía de rehusarla, siguiendo consejos tal vez desinteresados, pero seguramente poco felices.

Un grupo de banqueros de París, compuesto

de los señores Hottinguer, Finlay Hodgson, Pillet - Wil, Mallet hermanos, Seilliere, Marcuard, André, Armand y Michel Heine, habían solicitado del gobierno provisional, desde fines de 1863, autorización y privilegio para establecer, con el título de Banco de México, un gran establecimiento de descuento, de circulación y de depósito, colocado bajo la vigilancia y la protección inmediata del gobierno. El señor Michel Heine, en persona, vino á México para estudiar la situación de la plaza, las necesidades financieras del país y discutir los estatutos de este banco de Estado.

Después de tres meses de negociaciones, la *Gaceta Oficial* del 30 de enero de 1864, publicó el decreto de concesión. Pero también en ésta, como en las concesiones análogas, se insertó un artículo final que establecía que el privilegio acordado no produciría efectos, sino hasta que lo ratificara el Emperador de México.

Felizmente no era necesaria la misma sanción para una medida de orden público que se hacía más y más urgente: la prohibición de los juegos de azar, tales como el monte y la ruleta, que originaban tantas víctimas, lo mismo entre la población mexicana que entre nuestros soldados. El general Bazaine adoptó medidas severas y laudables á este respecto.

Napoleón es siempre el modelo de los conquistadores: su prontitud para organizar fué mayor que su rapidez para vencer y la imaginación popular ha quedado impresionada con las instituciones que se esforzó en dar á Egipto, durante

el tiempo que nuestras armas, bajo su dirección, sometieron á nuestra influencia ese país rico á la vez que desolado, en el que los hombres, por su ineptitud y por su indiferencia, parecen complacerse en esterilizar los tesoros de su suelo.

Pero Napoleón no se contentó con dar á Egipto una administración capaz de mejorar su situación material; quiso también que la ciencia aprovechara su conquista y creó un instituto compuesto de los hombres eminentes que le habían seguido.

El general Bazaine pensó en prohijar en México esa idea feliz y con la ayuda de dos hombres igualmente notables, los señores Doutrelaine, coronel de ingenieros del cuerpo expedicionario, y don José Salazar Ibarregui, subsecretario de estado y de obras públicas del gobierno mexicano, llevó á cabo su proyecto.

Consideramos de nuestro deber citar aquí á la mayor parte de los franceses que fueron considerados dignos de ser miembros de este Instituto: casi todos ellos han demostrado más tarde que la elección fué feliz.

Eran, sin contar al coronel Doutrelaine, presidente general de la comisión y á algunas notabilidades mexicanas, los coroneles Boyer y de la Jaille; el señor intendente Friant; el señor Louet, pagador en jefe; el señor Laur, ingeniero de minas; el señor de Morineau, canciller de la legación de Francia; los doctores Erhmann, Claudel, Coindet, Hounau, médicos del ejército; el comandante Vasse, los capitanes Berge, de Miribel, de La-

hitolle, Mercier, Brunet, del arma de artillería; los capitanes Rousselle, Warnet y Vosseur, del estado mayor, etc.

Los trabajos de la comisión fueron organizados en una sesión solemne, á la que asistió el general en jefe, acompañado del general Almonte, á quien cedió la presidencia de honor.

Mientras que México, guiado por una mano firme y sometido á una hábil dirección, se preparaba de ese modo á acoger á su nuevo soberano, los políticos se preguntaban cuál sería la situación de los dos jefes que pronto habrían de hallarse el uno en presencia del otro. ¿Quién tendría en sus manos la realidad del poder y de la fuerza, el Emperador, que tendría la autoridad nominal y el prestigio de la corona, ó el comandante en jefe del cuerpo expedicionario?

Esta perspectiva no dejaba de causar serias aprensiones al ministro de la Guerra, porque, en resolución, no se trataba sólo de la persona del general Bazaine, sino de la dignidad de Francia, de que éste no era más que el representante.

“Una cuestión que me preocupa anticipadamente, escribía el 29 de febrero el mariscal Randon al general Bazaine, es la de saber si convendrá que Vd. tenga el mando directo y superior del ejército mexicano, ó si será preciso sólomente establecer el principio de que doquiera que, ya sea en estación ó en movimiento, formen los dos ejércitos parte de una misma expedición al interior de México ú ocupen guarniciones comunes, el mando deberá ser atribuido al jefe del

cuerpo francés. A mi juicio, no habría sino ventajas en que el mando directo del ejército mexicano perteneciera á Vd., y esto, en interés de la organización misma de ese ejército, porque permitiría á Vd. ocuparse sin cesar en todo lo referente á su instrucción y disciplina.”

El 15 de abril, insistía sobre este mismo tema:

“Es entendido que Vd. conservará el mando de las tropas y que recibirá siempre de Francia las instrucciones relativas al ejército francés. Sin embargo, habrá circunstancias en las cuales no podrá Vd. dejar de acceder á los deseos expresados por el emperador Maximiliano. Es imposible trazar exactamente los límites en que deben moverse las dos autoridades: esta es cuestión de tacto, asunto de conveniencia que dejo enteramente á la apreciación de Vd. y que sin duda Vd. sabrá resolver con satisfacción de todos. Estoy seguro de que Vd. no permitirá que en sus manos mengüe la autoridad del comandante y la dignidad de la bandera francesa, al mismo tiempo que Vd. sabrá dar á la situación lo que ella exija.”

Y, por el correo de 1.º de mayo, cual si comprendiese con mayor claridad cuán falsa iba á ser por fuerza la situación de nuestro jefe militar, cuán delicada y cuán preñada de peligros para la buena inteligencia de los dos poderes coexistentes, insistía por tercera vez sobre el mismo asunto:

“Me preocupa la posición en que va Vd. á encontrarse, en el momento en que el nuevo soberano tome las riendas del gobierno de México. Hago sinceros votos para que él considere con

seriedad los hechos consumados; para que no escuche los consejos interesados que no dejarán de producirse en torno suyo; para que no permita que los intereses personales, que en México son tan activos, estrechen y pongan obstáculo á la marcha de su gobierno. No me extiendo más sobre este tema, porque no quiero cargar el porvenir con preocupaciones que sabrá prevenir la prudencia del emperador Maximiliano.

“El Emperador descansa de un modo absoluto en el tacto de Vd., en su abnegación por los intereses de la causa que hemos ido á defender á México y espera que Vd. conducirá hábilmente su nave, sabiendo—cual un experto piloto—cómo conviene dirigirla *cuando se navega en medio de arrecifes.*”

..... “Terminaré diciéndole que el Emperador de México está muy bien dispuesto respecto de Vd., que hace plena y brillante justicia á los servicios que Vd. ha prestado y sigue prestando diariamente; y que ese buen concepto, que lo es también de nuestro Emperador, debe ser para Vd. un premio por lo pasado y un estímulo para el porvenir.”

Esa era, sin duda, el punto negro, y el porvenir se encargaría de dar la razón á los presentimientos del mariscal Randon.

Y no era sólo esto: había otra causa de inquietud, más grave todavía, si esto era posible. ¿Qué actitud tomaría el gabinete de Washington, respecto del emperador Maximiliano?

La política de los Estados Unidos se encuen-

tra por tal manera indicada, que, á pesar del cambio de personas, ella se prosigue con lógica inflexible. Pueden cambiar presidentes y ministros: la dirección no cambia nunca. En todas las memorias estaban grabadas las palabras que pronunció el presidente Buchanan ante el congreso en 1859: «México es un navío que va á la deriva «sobre el Océano, gobernado sólomente por las «pasiones de los partidos contrarios que allí se «disputan el poder: ¿no debe el gobierno de los «Estados Unidos, á fuer de buen vecino, tenderle una mano amiga para guiarlo? Si nosotros no «lo hacemos, es de creerse que otros serán quienes lo hagan y que, en definitiva, nos veremos «obligados á intervenir en condiciones menos ventajosas.»

El gabinete de las Tullerías no perdía de vista ese peligro. Había encargado á M. de Geofroy, representante de Francia en Washington, que sondease las intenciones y siguiese los proyectos de Mr. Seward. He aquí lo que, en el mes de abril, escribía á París nuestro ministro:

“El gobierno de los Estados Unidos no quiere, por el momento, solicitar *exequatur* para sus cónsules en México, ni lo quiere recibir. Si el gobierno mexicano requiere á sus agentes para que lo acepten ó se retiren, les prescribe que se retiren, sin darse por eso por ofendido: en una palabra, quiere abstenerse en lo absoluto y esperar.”

“Ahora, si el gobierno del emperador Maximiliano condesciende en tolerar á esos cónsules bajo

el nombre de agentes comerciales, los Estados Unidos se darán por satisfechos; y en cuanto á mí, yo no dejaré de hacer valer ante Mr. Seward esa concesión que, llegado el momento, debería acarrear alguna otra de su parte."

Esta actitud no tenía nada de tranquilizador para el nuevo gobierno, y—sobre todo, en vista de la resistencia de Juárez—ofrecía más de un peligro, molesto por el momento, amenazador para el porvenir. Hubiera, sin duda, producido profunda y desagradable impresión en los ánimos, si la fortuna, cuidadosa de hacerse perdonar sus pasados rigores y sus futuras traiciones, no hubiera dado á nuestras armas algunos éxitos gloriosos, que distrajeron de los temores y los sofocaron momentaneamente bajo el estrépito de la victoria.

Ya era en abril, el coronel Dupin, quien, á la cabeza de su contra guerrilla, aniquilaba la banda de Carbajal; ya el comandante de Courcy, que derrotaba la tropa de Sandoval; ya el coronel de Preuil, que ponía en fuga á seiscientos jinetes enemigos, con sólo un escuadrón del 12.º de cazadores.

Ya era en mayo, el coronel de Potier, quien arrebatava la población fortificada de Nochistlán á los disidentes; ya el coronel Aymard, quien, disimulando hábilmente sus fuerzas, acudía de improviso al socorro del general Mejía, atacado por Doblado con sus seis mil hombres, é infligía á éste tal derrota, que apenas le permitía escapar, con lo que, fastidiado de la lucha, no pensó éste más

que en realizar su inmensa fortuna para retirarse á los Estados Unidos.

En presencia de tales éxitos, pareció menos grave el que la cámara de representantes de esos mismos Estados Unidos, que servían de refugio á los derrotados, afirmase, sin temor y por unanimidad, su oposición al reconocimiento del imperio mexicano. Se acariciaba la esperanza de que el gobierno de Maximiliano tendría tiempo para instalarse y afirmarse antes de que su temible vecino hubiera recobrado su libertad de acción en el exterior.

Luego, se había avanzado mucho para que fuese posible retroceder; y se iba hacia el imperio como se había ido hacia la intervención, como se había ido hacia la guerra. Era preciso salir de una inextricable situación, y cada uno veía en la llegada del Archiduque, por lo menos una solución momentánea. Los votos recogidos permitían hacerse ilusiones acerca del sentimiento popular, así como la forzada calma que precede á todo cambio, permitía hacerse ilusiones acerca del estado del país.

En realidad, no estaba arreglada ninguna de las cuestiones pendientes: la más gorda, la cuestión religiosa, subsistía íntegramente. Se reservaba al futuro emperador el trabajo de resolver esas cuestiones insolubles.

No tardaría en vérsese en la obra, porque su partida de Europa estaba anunciada oficialmente.

CAPITULO IX

El archiduque Maximiliano se prepara á desempeñar el papel de emperador de México.— Aprende el español.— El general Almonte en Miramar (enero de 1862).— D. Francisco de Arrangoiz.— Oposición de Inglaterra.— Maximiliano y la familia imperial de Austria.— El archiduque y la archiduquesa en Bruselas y luego en Paris (marzo de 1864).— Primer tratado entre Napoleón III y Maximiliano.— Tratado secreto.— Permanencia en Londres.— Regreso á Viena.— Acta de renuncia.— Indignación de Maximiliano.— Conferencia entre el emperador de Austria y su hermano.— Pacto de familia.— Despedida de los dos hermanos.

Mientras que los franceses guerreaban en México, el archiduque Maximiliano, retirado en Miramar, se preparaba á desempeñar el papel de Emperador.

Su primer cuidado consistió en estudiar la historia de México y de sus revoluciones en la notable obra de Lucas Alamán y en aprender el español, lengua de sus futuros súbditos. Luego había tratado de atraerse á los mexicanos de alguna notoriedad ó de algún mérito, que se encontraban en Europa. Se esforzaba en ganar sus simpatías acogiéndoles de manera seductora, y al mismo tiempo no perdía oportunidad de instruirse con

ellos acerca de las costumbres, los usos, los recursos del país, su porvenir posible, etc.

Después del señor Gutiérrez Estrada, el Archiduque había recibido, en enero de 1862, al general Almonte. Había también llamado á Miramar á monseñor Labastida, al arzobispo de Michoacán, al obispo de Oaxaca, al general Adrián Woll, al señor Hidalgo, etc. Consultó á estos personajes y fué la desgracia que todos, quien más quien menos, presentaron al futuro soberano, en lugar de la verdad completa, ese pedazo de verdad que cada hombre posee particularmente, porque está acostumbrado á contemplarlo especialmente. Hubiera querido conocer la opinión del país respecto de esos personajes y su partido: no pudo conocer sino la opinión de los mismos personajes acerca del país.

Estas conversaciones con las notabilidades del partido reaccionario contribuían por manera poderosa á mantenerle en su ensueño de imperio mexicano, de tal suerte que nada parecía capaz de apartarle de él. La prueba de ello vino á tenerse en el mes de febrero de 1863, cuando, por haber derribado los helenos á su rey Othón, la reina Victoria y lord Palmerston, que no veían con buenos ojos los proyectos de Francia respecto del Archiduque, hicieron ofrecer á éste la corona de Grecia, por conducto de su suegro, el rey Leopoldo I. Maximiliano, invocando los compromisos contraídos, rehusó. Síguese de aquí que, si en esa época, anterior al segundo sitio de Puebla, no estaba él decidido todavía á aceptar de-

finitivamente las proposiciones francesas, por lo menos aun no estaba resuelto á renunciar á ellas.

Había comprendido qué cosa era lo que se ocultaba tras la brillante oferta de Inglaterra y pensó desde entonces en dulcificar, ya que no en destruir, esta sorda hostilidad de una gran potencia. Para ello necesitaba de un hombre hábil, de un experto diplomático, que pudiera defender su causa ante el gabinete británico. Se fijó en el señor de Arrangoiz.

Este personaje, muy capaz y muy inteligente, se encontraba en Europa por consecuencia de una desagradable aventura que le obligara á salir de su país.

Encargado de vender en los Estados Unidos un territorio fronterizo, había conservado en su poder, de la suma que le pagaran, \$ 68,000 (340,000 francos), sea á título de comisión, sea so pretexto de sueldos atrasados. Como un día le reprocharan semejante hecho, respondió con desenvoltura: *Eso es una gota de agua*. Desde entonces, esa frase quedó adherida á su nombre.

A pesar de ese recuerdo, el Archiduque le confió el encargo de ver á lord Palmerston. Menos afortunado en esta negociación, el señor de Arrangoiz no logró modificar las resoluciones adoptadas. El ministro inglés le declaró que el gobierno de la Regencia no era más que un gobierno de partido, creado y sostenido por las bayonetas francesas, al que Inglaterra no podría reconocer sino cuando su existencia hubiera sido ratificada por el voto de la nación.

Antes de volver al lado del Archiduque, el señor de Arrangoiz pasó por Biarritz, donde vió al Emperador y llegó á Miramar el 30 de septiembre, ó sea pocos días antes de la llegada de la delegación mexicana. Las noticias que trajo de Inglaterra influyeron en la respuesta que entonces dió Maximiliano (3 de octubre).

Se ha visto de qué suerte el gobierno francés, requerido para el efecto, tomó las medidas necesarias para llegar al resultado de la pacificación de México. Tan pronto como los éxitos del general Bazaine fueron conocidos en París, el Emperador envió en secreto á Miramar, á su ayudante, general Frossard. Tratábase de tomar la posición y de obtener una promesa formal del Archiduque. El enviado de Napoleón III, tuvo esta vez éxito en su misión: Maximiliano le aseguró que se embarcaría para México en todo el mes de marzo. No podía partir antes, porque tenía que arreglar algunos negocios de familia, lo que no dejaba de suscitar dificultades.

Maximiliano, que por el nacimiento era el primero entre los hermanos del emperador de Austria, tenía derechos eventuales á la corona de ese país. ¿Debía renunciar á esos derechos? ¿En qué términos? ¿Temporalmente? ¿Irrevocablemente? Todas estas cuestiones, salvo la primera, provocaban diferencias. Es seguro que el Archiduque, al aceptar el trono de México, no podía al mismo tiempo conservar su título de primer agnado. ¿Pero no estaría esta renuncia subordinada á la efectiva ocupación del trono de México y no

debería Maximiliano recobrar todos sus derechos si algún día dejaba de reinar, como Enrique III, rey de Polonia, que, después de su abdicación, fué rey de Francia?

Objetábase que existía en la casa de Austria una ley de familia que imponía á toda archiduquesa que contrajera matrimonio con un príncipe extranjero, la obligación de firmar una acta renunciando en élla á todos sus derechos. Pero ¿era el caso de asimilar el matrimonio de una archiduquesa, con el hecho, hasta entonces sin precedente, de la aceptación por un archiduque, de una corona extranjera?

La solución de estas cuestiones, que entre príncipes son siempre tan delicadas, se dificultaba más aun con las disposiciones de los interesados. La familia imperial, en efecto, se había opuesto vivamente al proyecto de Maximiliano. Su padre, su madre, se esforzaban con todo empeño en hacérselo abandonar; y el Emperador, si bien le dejaba en libertad para proceder, no le ocultaba su desagrado. De ese modo, cuando el Archiduque y la Archiduquesa se dirigieron á Viena en los primeros días de enero de 1864, hubieron de verificarse largas conferencias entre Francisco José y Maximiliano, á las cuales asistió el ministro de negocios extranjeros, conde de Rechberg. Duraron tales conferencias doce días.

¿Qué pasó en éllas? Se ignora. No fueron conocidas, sino las siguientes palabras dirigidas por el Archiduque al señor de Arrangoiz:

— Todo está arreglado ahora y estoy listo pa-

ra partir, después de haber recibido de nuevo á la diputación. Le encargo que escriba inmediatamente al general Almonte, lo mismo que al P. Miranda.

A pesar de esta afirmación, las cosas no se hallaban tan adelantadas, y, pocos días después, Maximiliano debió volver á Viena, esta vez sin que le acompañara la princesa Carlota. Llena de entusiasmo con su futuro trono, élla no encontraba simpatías en la corte y su presencia constituía más bien un obstáculo para todo arreglo.

Tampoco produjo este segundo viaje el apetecido resultado. Para no envenenar la discusión, Maximiliano prefirió alejarse y encargó al archiduque Carlos Luis, hermano suyo, á quien amaba tiernamente, que continuara en su nombre las negociaciones comenzadas con los tres delegados del Emperador, que lo fueron el archiduque Leopoldo, el barón de Lichtenfelds y el barón de Meysemburg. Declaraba que estaba presto á firmar el abandono de todos sus derechos, pero *para el tiempo que su dinastía reinase en México*; sólo pedía que en el acta se hiciese constar lo espontáneo de su resolución.

Luego se dirigió á Bruselas, á reunirse con la princesa Carlota, que le esperaba allí desde hacía algunos días. Allí tornó á encontrar á los que formaban, por decirlo así, su consejo de ministros, señores Gutiérrez Estrada, Velázquez de León, Arrangoiz, Murphy y coronel Facio. A pesar de este séquito, el menor incidente hacía estallar su impaciencia. Se le había anunciado un

postrer envío de actas de adhesiones de sus futuros súbditos. La caja que las contenía estuvo dos días perdida: se manifestó nervioso y agitado, hasta que la encontraron....

De Bruselas se dirigió á París. Al principio no había tenido intención de hacer este viaje, sino hasta que se arreglasen definitivamente por la vía diplomática las cuestiones todavía pendientes entre el emperador Napoleón III y él. Pero había sabido la penosa impresión causada en el gobierno francés con sus aplazamientos sucesivos: corríale prisa por borrarla y puesto que su partido estaba tomado, debíase á sí mismo y debía al Emperador el ir á dar las gracias á quien le preparara un imperio. ¡Y qué imperio! ¡Aquél que todos se complacían en definir como "un lecho de rosas en una mina de oro!"

El Archiduque y la Archiduquesa llegaron á París el 5 de marzo. Fueron recibidos en seguida en el palacio de las Tullerías y tratados cual soberanos. El Emperador lleno de satisfacción salió al encuentro de sus huéspedes hasta la sexta grada de la gran escalera: abrazó con efusión al Archiduque, estrechó la mano de la archiduquesa Carlota y la dió el brazo para conducirla al salón de la Emperatriz, donde se verificaron las presentaciones.

Nada se descuidó de lo que pudiera realzar el brillo de su recepción. Por la noche dió el Gimnasio la primera representación del "Amigo de las mujeres," de Alejandro Dumas, hijo; asistieron á la pieza en el palco imperial. Los días si-

guientes, la Opera y la Comedia Francesa dieron funciones en su honor. Hubo tres grandes saraos en las Tullerías. El Emperador llevó á Maximiliano á cazar á Versailles: le hicieron visitar nuestros museos, nuestros palacios, de tal suerte que apenas tuvo tiempo para recibir, en los salones de la embajada de Austria, á los mexicanos residentes en París, que solicitaron el honor de serle presentados.

Apareció entre ellos el general González de Mendoza, personaje importante del partido republicano. Siendo segundo del general Ortega, durante la defensa de Puebla, había sido hecho prisionero é internado en Francia. Fué uno de los primeros en dar á sus compatriotas el ejemplo del olvido de las disenciones políticas, adhiriéndose al príncipe que prometía la regeneración de su país.

Felizmente habían sido reservadas las mañanas para las conferencias que el Emperador debía de tener con el Archiduque. Rápidamente se entendieron. Las cuestiones financieras fueron tratadas con M. Fould; las políticas con M. Drouyn de Lhuys. Se elaboraron dos tratados, uno público y otro secreto, á los cuales prestó su aprobación el Archiduque; pero que no habrían de firmarse sino hasta que éste fuese oficialmente proclamado emperador de México.

Haremos un resumen del primero de esos tratados, que es muy extenso para que podamos reproducirlo íntegro. Contenía como cláusulas principales:— 1. La reducción del cuerpo expedicio-

nario á 25,000 hombres, comprendiendo en ellos la legión extranjera.—2. Esta queda á la disposición del Emperador de México, durante seis años después de la partida de los franceses; debe ser pagada por el tesoro mexicano.—3. Las ocupaciones y las expediciones militares serán determinadas de común acuerdo por S. M. el Emperador de México y el comandante en jefe del ejército francés.—4. En los puntos en que se encuentren tropas de ambas nacionalidades, la dirección superior pertenecerá al comandante francés.—5. Los gastos de la expedición que debe reembolsar el gobierno mexicano, se fijan en la suma de 270 millones hasta el 1.º de julio de 1864; á partir de esa época, todos los gastos del ejército mexicano serán á cargo de México.—6. El gobierno mexicano pagará á Francia 1,000 francos por hombre anualmente, por las tropas que queden en México.—7. El gobierno mexicano entregará inmediatamente al gobierno francés la suma de 66 millones en títulos del empréstito, al tipo de emisión.—8. El gobierno mexicano se obliga á indemnizar á los súbditos franceses por los perjuicios indebidos que sufrieron y que motivaron la expedición.—9. El gobierno francés pondrá en libertad á todos los mexicanos prisioneros de guerra, tan luego como S. M. el Emperador de México entre en sus estados.

El tratado secreto no contenía sino un preámbulo y tres artículos:

“Deseando S. M. el Emperador de los franceses y S. M. el Emperador de México explicarse

de una manera completa, por medio de cláusulas adicionales á la presente convención, acerca de sus intenciones reciprocas, y hacer constar que, no obstante los acontecimientos que puedan sobrevenir en Europa, no faltará el apoyo de Francia al nuevo imperio.... etc.

“ARTÍCULO PRIMERO.—S. M. el Emperador de México, en virtud de que aprueba los principios y las promesas contenidos en la proclama del general Forey, fechada el 12 de junio de 1863, así como las medidas adoptadas por la Regencia y por el general en jefe del ejército francés, conformes con esa proclama, ha resuelto hacer conocer á su pueblo, por medio de un manifiesto, sus intenciones sobre el particular.

“ARTÍCULO SEGUNDO.—Por su parte, S. M. el Emperador de los franceses declara que el efectivo actual del cuerpo francés, que es de 38,000 hombres, no será reducido sino gradualmente y de año en año, de manera que las tropas que queden en México, comprendiendo la legión extranjera, serán:

“28,000 hombres en 1865;

“25,000 ” ” 1866.

“20,000 ” ” 1867.

“ARTÍCULO TERCERO.—Cuando, según los términos del artículo 3 de la Convención, la legión extranjera pase al servicio de México y sea pagada por él, como quiera que continuará sirviendo una causa en la que Francia está interesada, el general y los oficiales que de ella formen par-

te, conservarán su cualidad de franceses y sus derechos al ascenso en el ejército francés, conforme á la ley."

Establecido de ese modo el acuerdo, el Archiduque y la Archiduesa se despidieron el 12 de marzo por la noche del Emperador y de la Emperatriz y, acompañados por el Almirante Jurien de la Graviere y por la condesa de la Poeze, que habian sido adscritos á sus personas durante su permanencia en Francia, se dirigieron á Calais. Desde allí se embarcaron para Inglaterra.

Maximiliano esperaba que su presencia produciría un efecto feliz en las resoluciones del gabinete inglés; pero pronto debió reconocer que la política británica, en la que ninguna influencia exterior hace mella, le era obstinadamente opuesta. A lo sumo, lord Palmerston creyó poder dulcificar la forma de esta persistente hostilidad, y, manteniendo siempre su línea de conducta, aseguró al futuro soberano que el imperio mexicano le sería simpático, cuando fuese un hecho consumado.

Era una concesión bien débil y bien escasa: fué, sin embargo, la única que obtuvo Maximiliano.

Antes de regresar, Maximiliano llevó á cabo con su esposa una piadosa peregrinación.

Existía entonces en tierra inglesa, como ha habido casi siempre, desde que nuestro siglo fecundo en revoluciones parece jugar con los tronos, una reina de Francia desterrada, que era á la vez abuela de la Archiduesa: la reina María Amelia. Maximiliano condujo á la princesa Carlo-

ta á Calremont y los adioses entre la abuela y la nieta fueron conmovedores. Tristes también, porque la que viera con espanto cómo los acontecimientos de 1830 elevaban para ella y para su marido un trono sobre los escombros de otro, la que temblara por la vida de los suyos durante esos diez y ocho años en que las tentativas de asesinato se sucedieron sin interrupción, por así decirlo, la que un huracán popular arrojara de Francia, no podía expulsar de su espíritu los siniestros presentimientos que le acometían al pensar en el porvenir que México reservaba á la joven pareja. . . . Ella bendijo á sus nietos prometiéndoles que rogaría por ellos hasta su postrer instante. . . Murió sin saber que el cielo no la había escuchado. . . .

En Bruselas, donde se detuvieron dos días, Maximiliano y Carlota se ocuparon, con el teniente general, barón Chazal, ministro de la guerra y el teniente general retirado Chapelié, en los medios de reclutar y organizar para México un cuerpo de 2,000 belgas que habria de tomar la denominación de Guardia de la Emperatriz. Finalmente, volvieron á Viena el 19 de marzo.

Esta vez, fueron recibidos con todo el ceremonial que se reserva á los soberanos. Hicieron su visita oficial al Emperador y á la Emperatriz, quienes se la devolvieron una hora más tarde. Los archiduques y todo el cuerpo diplomático vinieron á presentarles sus homenajes. El 21, Francisco José dió un gran banquete de corte en honor de la pareja imperial mexicana y, en la recep-

ción que le siguió, se presentó toda la aristocracia austriaca.

Parecía como si se hubiese querido, con tales honores, con tal consagración oficial de los nuevos soberanos, hacerles menos amarga la renuncia que el Emperador y sus ministros estaban más empeñados que nunca en obtener y de la cual se habían resuelto los términos definitivos. El conde de Rechberg presentó al Archiduque, para su firma, ese documento, al que se dió el nombre de *Pacto de familia*.

Al recibirlo, estalló la indignación de Maximiliano.

En lugar de un acto condicional, consentido de grado y espontáneamente por un príncipe que no podía tener ni la intención ni el pensamiento de reunir nunca en su cabeza dos coronas; pero que, á falta de heredero directo, seguía siendo el primer príncipe de la Casa Imperial de Austria, futuro heredero de la familia de los Hapsburgo, se le pedía el abandono perpetuo é irrevocable de todos sus derechos eventuales, hasta el caso de extinción de todos los varones de la familia.

Despidió al ministro, declarando que jamás firmaría acta semejante; luego pasó á las habitaciones de su madre y se quejó con élla de la afrenta que acababan de hacerle. La archiduquesa Sofía aprobó la negativa de su hijo y los dos se dirigieron inmediatamente en busca del Emperador. Francisco José permaneció inquebrantable: estaba tomada su resolución de no modificar lo que él llamaba una resolución gubernativa y, en-

tendía negar el consentimiento que necesitaba su hermano para aceptar una corona extranjera, si éste no se sometía.

Sobreexcitado por la resistencia, Maximiliano exclamó que si se le negaba la autorización, si se le prohibía partir á bordo de una fragata austriaca, con todos los honores debidos á un miembro de la familia imperial, iría á embarcarse á Amberes, en un navio francés.

Calmado pero inflexible, el Emperador respondió que, si semejante escándalo llegaba á producirse, él dirigiría en seguida un mensaje al Parlamento para informarle de que el Archiduque, que de esa suerte abandonaba el Austria sin su autorización, había perdido todos sus derechos de agnado y para pedir que se le borrara de la lista de los príncipes de la familia imperial.

En vano tomara la archiduquesa Sofía el partido de Maximiliano contra Francisco José. Herida en su orgullo por no haber obtenido nada, salió del gabinete del Emperador y abandonó inmediatamente el palacio. Maximiliano y Carlota la siguieron al castillo de Laxembourg. Fué de ese punto de donde, sin escolta alguna, solos, se dirigieron, el 24 por la noche, á la estacioncita de Baden, donde el expreso de Trieste se detuvo para recogerles. El 25, volvian á Miramar....

Estas discusiones, estas internas querellas á las que siguiera una semirruptura, estallaban en instante en que, por desgracia, no podían quedar secretas. Los miembros de la delegación mexicana que habían pasado el invierno en París, llega-

ban á Viena el mismo día que de élla salía el Archiduque. Solicitaron una audiencia que les fué negada. Maximiliano les hizo avisar que partiesen para Trieste y que allí aguardasen sus instrucciones.

Sorprendidos con acogida tan diversa de la que aguardaban, averiguaron á que motivos pudieran atribuirle y pronto supieron lo que había pasado en el seno de la familia imperial.

Sin tomar partido en la querrela que dividía á los dos hermanos, mostráronse muy afectados de la negativa de Maximiliano, que les tocaba muy particularmente y que ellos no acertaban á explicarse. En efecto: lo que ellos pedían al Archiduque, no era un jefe temporal, un soberano interino, sino el fundador de una dinastía y les parecía muy natural que la renuncia de su Emperador fuese perpetua é irrevocable, como la política austriaca lo exigía.

Pensaron que todo habría de calmarse y de arreglarse pronto y se preparaban ya para asistir á la ceremonia solemne en que el príncipe proclamaría su aceptación de la corona de México, — fijada para el día de Pascua (27 de marzo) — cuando supieron que todo se aplazaba.

Al mismo tiempo, eran llamados á Miramar los señores Gutiérrez Estrada, Hidalgo y Velázquez de León (26 de marzo).

Allí, en presencia de la princesa Carlota, del barón de Pont, de M. de Schertzenlehuér, secretario particular, el Archiduque, conmovido, febril, hizo que su ayudante de campo, el capitán de

fragata Herzfeld, leyese el acta cuya firma exigía la corte de Viena y luego declaró que no la pondría nunca.

¿Pero qué conducta observar ante las exigencias del Emperador? El Archiduque abrió la discusión, declarando que tenía el propósito de ir á Roma para rogar al soberano pontífice que interviniese como árbitro entre él y su hermano.

Los que le rodeaban escuchábanle sorprendidos: ¿por qué semejante paso? Unánimemente lo desaprobaban. El señor Hidalgo tomó entonces la palabra y dijo que, á su juicio, si se adoptaba la idea de recurrir á una mediación, el único personaje que podía intervenir provechosamente sería Napoleón III. Propuso que inmediatamente y por telegrama cifrado se le informase de los últimos incidentes, que se solicitara su intervención y que se le rogara que, sin tardanza, interviniese ante Francisco José.

La princesa aceptó esta opinión y la apoyó vivamente. Acabó por prevalecer.

Advertido Napoleón III, respondió esa misma noche que ya llamaba á M. de Metternich y que, al mismo tiempo, encargaba al general Frossard que llevase al Emperador de Austria una carta escrita de su puño y letrá.

El general Frossard cumplió rápidamente su misión en Viena y luego se dirigió á Miramar. Allí encontró al archiduque Leopoldo, al barón Lichtenfeld, presidente del consejo de estado, y al subsecretario de estado y de negocios extranjeros, que Francisco José, conmovido con el do-

lor de su hermano, le había enviado para volver á poner ante su vista la declaración que ellos mismos redactaran y que estaban encargados de defender ante él, cual á fórmula antigua, de que no podía apartarse el gobierno.

El enviado de Napoleón III intervino en la discusión. A nombre de su soberano, sostuvo que esta fórmula no tenía en efecto sino una importancia secundaria, puesto que, en la mente de todos, la renuncia era por su naturaleza irrevocable y puesto que México, que llamaba al Archiduque, no podía entregársele si éste á su vez no se le entregaba.

A pesar de estas opiniones, á pesar de estos razonamientos juiciosos y por más que á la sazón tuviese Francisco José un heredero directo varón (1), esta idea de renuncia hería tan vivamente el orgullo de Maximiliano y de Carlota, que no podían resolverse á aceptarla. La Archiduquesa intentó una gestión última cerca del Emperador.

Acompañada del señor Hidalgo, cuya misión consistía en tener á Napoleón III al corriente de esta nueva negociación, Carlota se dirigió á Viena.

Inflexible en aquello que consideraba como absoluta necesidad de la situación, pero lleno, en cambio, de bondad y afligido con estos tristes debates, Francisco José se empeñó en mostrar á su cuñada las mayores consideraciones. Fué á recibirla á la estación y quiso que se alojara en el palacio imperial. Luego, tuvo con élla dos pro-

[1] El archiduque Rodolfo, que acababa de morir tan trágicamente en Meyerling.

longadas conversaciones. Se esforzó por convencerla; la expuso cuales eran sus deberes constitucionales y la razón de estado que se oponían á toda concesión por su parte. La sucesión de la corona de Austria no debía ser ni incierta ni condicional. La expresó su sentimiento por la obligación en que se encontraba de no acceder á los deseos de su hermano ni á los suyos propios; pero como tenía empeño en demostrarla que procedía sinceramente, restableció en beneficio de Maximiliano el derecho á las donaciones y á las disposiciones testamentarias.

Hizo más: para borrar la huella de este penoso desacuerdo, ofreció espontáneamente que iría á firmar el acta á Miramar, donde el emperador de Austria — dijo — "no será sino el huésped del Emperador de México."

La princesa Carlota aceptó y la entrevista quedó fijada para el sábado 9 de abril.

Luégo, salió de Viena, ya que no convencida, resignada.

Durante esos días, Maximiliano había permanecido solo en Miramar. Sombrío y triste, no pensaba sino en esas dificultades, que eran, sin embargo, asaz ligeras, en comparación de las que le esperaban en su nuevo imperio: el desaliento se apoderó de su espíritu y, por más que los pensamientos de los príncipes sean ocultos á menudo y á veces impenetrables, es lícito creer que, en ese momento, habría renunciado con gusto á la corona de México. En un momento de expansión en que, no obstante su habitual reserva no pudo

dominarse, dejó escapar estas palabras en presencia de un íntimo, que las ha repetido: "En cuanto á mí, si alguno viniera á anunciarme que ya no hay nada de lo dicho, me encerraría en mi recámara para saltar de júbilo; pero ¿Carlota?..." Y el silencio que sucedió á esta frase interrumpida, dejó comprender cuán grande era la parte que la Archiduquesa tenía en sus determinaciones y cuán poco estaba élla dispuesta, á juicio de su marido, á renunciar á la corona entrevista.

Este príncipe, amante del arte, de la literatura, de la poesía, poeta él mismo en ocasiones, había sido seducido momentáneamente por el brillo de un trono, por ese sueño de imperio que, en su pensamiento le igualaba con Napoleón III y con su hermano, siquiera no fuese ya como potencia, por lo menos por lo que al prestigio exterior respecta; pero su alma carecía de la sequedad de los políticos y de la energía de los ambiciosos. Su sueño le deslumbraba: la realidad le infundía temor.

Ha dejado de ello la elocuente prueba en esta poesía, en que se pinta á sí mismo íntegramente, con sus esperanzas, sus saudades y sus temores:

¿Y separarme deberé por siempre
De mi querida patria? Abandonarte,
Dulce país de mis primeros goces?
Queréis que deje mi dorada cuna
Y que destruya los sagrados lazos
Que me ligan á ella! Por inciertos

Motivos ambiciosos que en mi espíritu
Suscitáis, el lugar donde sonrientes
Rodaron de mi infancia los instantes;
Donde senti de amor el primer júbilo
¿Me obligáis á dejar? De una corona
Con el señuelo seducirme quieren
Y con locas quimeras deslumbrarme.
¿Más habré de escuchar de las sirenas
El canto engañoso? ¡Ay de quien fia
En sus falsas promesas tentadoras!
... Me habláis de cetro, de poder, de trono
Y descorreis ante mi vista el velo
De un porvenir sin límites... ¿Seguirós
Debo allende las olas del Océano?
La débil trama de mi frágil vida
Queréis bordar de pedrería y oro?
¿Podréis acaso con la paz del alma
También brindarme? Es sólo la riqueza
La dicha del mortal á vuestros ojos?
Oh, dejadme seguir por mi camino
... senda obscura entre mirtos ignorada!
¿No sabéis que la ciencia y que las musas
Al oro son y al cetro preferibles?

Y sin embargo, á pesar de estos ensimismamientos, á pesar de esas aprensiones, había en el dos hombres, ó para hablar con más exactitud, un hombre y un príncipe; y el príncipe, llegado su turno, tomaba la palabra para expresar ideas muy distintas, conformes con ese elevado sentimiento del deber que á veces dijérase que adquieren los descendientes de las familias reinantes por virtud de su educación y acaso por vir-

tud de su propia sangre: "La verdadera grandeza política—escribía hacia esta misma época—consiste en poder salir del círculo de las ideas de aquellos que os rodean, de la atmósfera de vuestro partido y de vuestro rango, penetrando con la mirada las brumas que se amontonan alrededor de los acontecimientos presentes, á fin de considerar con independencia las eventualidades del porvenir. No de otra suerte lograréis que no os arrastren las impresiones del momento y elevaros por encima de las pasiones políticas, que no son sino la expresión violenta de emociones actuales y ciegas. Cuando logra uno colocarse á semejante altura, despierta con su ejemplo la confianza y se convierte en el guía de los indecisos que constituyen siempre la mayoría."

Despreciando sus presentimientos, rebelde al consejo de sus amigos devotos, acabó por soportar la doble influencia de su mujer y de su raza.

Al doctor Illeck, que fué uno de los últimos que osaron censurar su aceptación, contestó:

—La constitución de un imperio en México es una empresa que pudiera no tener éxito, pero vale la pena de que se la intente.

La suerte estaba echada.

El emperador Francisco José cumplió su promesa. Llegó el 9 por la mañana á la estacioncita situada sobre los jardines de Miramar, donde Maximiliano le recibió. Los dos hermanos subieron al carruaje y unos minutos después llegaban al castillo, en cuya gran biblioteca se encerraron.

Habían sido convocados los más notables personajes: los archiduques Carlos Luis y Luis Víctor, hermanos del Emperador; los archiduques Regnier, Guillermo y Carlos Salvador; el conde de Kuefstein, gran maestro de ceremonias; el conde de Grenneville, ayudante de campo general; el conde de Rechberg y el caballero de Schmerling, ministros; M. de Mazarunich, canceller áulico de Croacia; el conde Karolyi, vicecanciller de Hungría; y el consejero de estado de Gehringer, representante de la cancillería de Transilvania. El archiduque José, el feld-mariscal Benedeck y el teniente gobernador de Toggenburg habían llegado la víspera de Venecia. Todos fueron invitados para encontrarse á las diez en los salones del castillo de Miramar á fin de recibir oficialmente el acta destinada á los archivos de la corona.

La conferencia entre los dos hermanos se prolongó más de lo que se había previsto. En cierto momento, los oficiales de cuarto de la fragata austriaca *Novara* y de la fragata francesa *Thémis*, que se hallaban fondeadas delante del castillo, vieron cómo el Archiduque salía precipitadamente á la terraza y bajaba á los senderos del parque, donde estuvo caminando febrilmente hasta el momento en que uno de sus oficiales, el conde Carlos de Bombelle, vino á buscarle para llevarle cerca del Emperador. Y más tarde, hacia las once, cuando Francisco José y Maximiliano aparecieron en el salón donde les esperaba la multitud de circunstantes, ambos mostraban en su rostro, en sus ojos enrojecidos, el reflejo de las

emociones que experimentarán durante su prolongada entrevista; pero el pacto estaba firmado por fin. Helo aquí:

PACTO DE FAMILIA:

"Habiendo comunicado S. A. Ilustrísima, el archiduque Fernando Maximiliano, á S. M. Imperial y Real apostólica, su resolución de aceptar el trono de México que se le ofrece, para fundar allí un imperio con la ayuda de Dios, S. M. ha reunido para el efecto un consejo de familia y ha examinado las condiciones con que los deberes gubernativos que le están impuestos y su carácter de jefe de la casa archiducal, le permitan acordar á S. A. Imperial, su soberana autorización para llevar á cabo este acto de Estado. En su consecuencia han sido estipuladas, entre S. M. el Emperador, por una parte, y por la otra, S. A. I. el archiduque Fernando Maximiliano, los convenios siguientes:

"ARTÍCULO PRIMERO.—S. A. I. el archiduque Fernando Maximiliano renuncia, para su augusta persona y para sus descendientes, á la sucesión en el imperio de Austria y en todos los países y reinos que de él dependen, sin excepción, en favor de todos los otros miembros hábiles para suceder de la línea masculina de la Casa de Austria y de su descendencia de varón en varón, de manera que, por todo el tiempo que quede uno sólo de los archiduques ó de sus descendientes varones, por más lejano que sea su grado, llamados á suceder en virtud de los derechos que rigen el or-

den de las sucesiones en la Casa Imperial y particularmente, en virtud del estatuto de familia erigido el 19 de agosto de 1713 por el emperador Carlos VI, con el nombre de Pragmática Sanción, así como el estatuto de familia erigido el 3 de febrero de 1839 por S. M. el emperador Fernando, ni S. A. I. ni sus descendientes, ni alguno otro en su nombre y en tiempo alguno, podrán hacer valer el menor derecho á dicha sucesión.

"ART. 2.—Esta renuncia se extiende igualmente á todas las atribuciones anexas al derecho de sucesión y, por consiguiente, al derecho establecido por el estatuto de familia, de asumir la tutela del príncipe heredero, menor de edad.

"ART. 3.—Sin embargo, en el caso—Dios no lo permita—de que todos los otros ilustrísimos archiduques y sus descendientes varones, precedan ó no á S. A. I. y á su descendencia por derecho de primogenitura, ó de edad, llegaren á extinguirse, S. A. I. conserva formalmente y de pleno derecho, para ese caso, tanto para él como para su descendencia masculina, habida sin interrupción de matrimonios regularmente contraídos y *sin alianza con persona de inferior calidad*, conforme á las costumbres y estatutos de la Casa Archiducal de Austria, todos los derechos mencionados de sucesión, tal y como ellos pertenecen á sus miembros, en virtud de la ley austriaca de primogenitura y del estatuto de familia, de manera que para ese caso la renuncia pronunciada por el artículo 1.º no parará perjuicio ni á S. A. I. ni á su descendencia.

“En lo que concierne á la descendencia femenina, que no está llamada á suceder sino después de la extinción de la rama masculina en todas sus líneas, el orden establecido por las leyes de sucesión mencionadas antes, será infaliblemente observado por las dos partes. Pero es entendido que en ningún caso podrán los descendientes de S. A. I. llegar á suceder en el gobierno, *si no profesan la fe de la Iglesia Católica Romana.*”

“ART. 4.—S. A. I. declara, además, que renuncia para sí misma y para sus descendientes del sexo masculino y del sexo femenino, á todos los derechos y pretensiones que le pertenezcan, ó pudieran pertenecerle, en virtud del parentesco, del nacimiento ó de los usos y costumbres, á la fortuna privada presente y futura, mueble ó inmueble, de la Ilustrísima Casa de Austria, y esto con las siguientes reservas:

“A.—Para el caso de acontecimientos extraordinarios que tuvieran por consecuencia un cambio esencial en la situación que nuevamente se le crea, S. A. I. ó sus descendientes tendrían una parte de las rentas de los fondos de previsión de la familia, de la manera prevista por el párrafo 44 del estatuto de familia, de 3 de febrero de 1839, para las ramas de la Ilustrísima Casa Archiducal que están dotadas de soberanías particulares.

“B.—En el caso de que se produjera el doloroso acontecimiento de la extinción de los otros ilustrísimos archiduques y de sus descendientes varones, y que, en su consecuencia, la rama masculina de S. A. I. llegara á suceder en el trono; en

el caso en que, después de la extinción de la línea masculina de toda la Casa de Austria, siguiendo el orden de sucesión establecido en los reglamentos antes mencionados, la sucesión del trono debiera pasar, teniendo en cuenta el grado de consanguinidad con el último príncipe reinante de la rama masculina, á la descendencia femenina de S. A. I.; en ese caso revivirían también todos los derechos que emanan del parentesco, del nacimiento ó de los usos y costumbres de S. A. I. ó de su descendencia, sobre la fortuna privada todavía existente de la Ilustrísima Casa Archiducal.

“ART. 5.—En lo que concierne al derecho de sucesión *ab intestato* sobre la fortuna mueble é inmueble de los miembros de la Casa Imperial y de sus descendientes, quedarán en vigor las disposiciones contenidas en el párrafo 39 del estatuto de familia del 3 de febrero de 1839, válidas para los miembros de la Casa Imperial que están dotados con soberanías particulares. Sin embargo, se exceptúan de esta renuncia los casos en que, por motivo de donaciones entre vivos ó de válidas sucesiones testamentarias, recaigan bienes privados ó sucesiones en S. A. I. ó en sus descendientes, procedentes de miembros de su ilustrísima parentela ó de otra parte y cuando de ello no resultare un perjuicio notable cualquiera para los derechos de la Casa Archiducal.

“En fé de lo cual se ha extendido este tratado en dos ejemplares, firmados del puño y letra de S. M. I. Apostólica, por una parte y, por la otra,

de S. A. Ilustrísima el archiduque Fernando Maximiliano y revestido de sus sellos.

—Hecho y pasado de esta suerte en el castillo de Miramar, el noveno día del mes de abril del año de gracia mil ochocientos sesenta y cuatro. —FRANCISCO JOSÉ.—MAXIMILIANO.”

Los archiduques, los ministros y los cancilleres áulicos pusieron sus firmas bajo las de ambos soberanos. La archiduquesa Carlota no apareció sino hasta que estas formalidades estuvieron enteramente terminadas. Tomó entonces el brazo del Emperador para pasar al comedor, donde estaba servido el almuerzo.

A la una de la tarde, el Emperador volvía á tomar el tren especial que le llevara por la mañana. Al salir del castillo, no hizo al Archiduque más que el saludo militar, conforme á la etiqueta, lo mismo que al uniforme de que nunca se despoja.

Pero cuando se encontró en la estación, en el momento de subir á su coche, su corazón se conmovió, pensando en una separación cuyo término y cuyas consecuencias no podía prever nadie: la ternura pudo más que el rencor. El Emperador se volvió bruscamente hacia el Archiduque y con acento penetrante y afectuoso, prueba de que en ese instante se borraban todos los resentimientos:

—¡Max!—exclamó.

Y le abrió los brazos. Maximiliano se precipitó en ellos: los dos hermanos permanecieron más de un minuto estrechamente abrazados.

Por última vez, ¡ah! porque no habrían de volverse á ver!

CAPITULO X

Reunión en Miramar. — Alocución del señor Gutiérrez Estrada. — Respuesta en español de Maximiliano. — Juramento del Emperador. — Decreto que nombró al general Almonte teniente del imperio. — Carta al Podestá de Trieste. — Partida á bordo de la fragata “Novara,” el jueves 14 de abril de 1864. — Palabras proféticas de Maximiliano.

Ahora el acuerdo existía entre Francisco José y su hermano. La aceptación definitiva y solemne de la corona de México podía, por fin, verificarse. La ceremonia, aplazada muchas veces por motivo de los penosos incidentes que acabamos de relatar, se fijó para el día siguiente, 10 de abril. El Archiduque hizo prevenir á la delegación que la recibiría á las once de la mañana.

Era un domingo.

Era la costumbre que los domingos se abriesen los jardines del castillo de Miramar á la población de Trieste. Júzguese si en aquel día aprovecharía el permiso. Fué en medio de una multitud inmensa como los cuatro coches de gala, precedidos por maceros con la librea del Archiduque, condujeron á los enviados mexicanos. El señor Gutiérrez Estrada, el señor Velázquez de León y el general Woll ocupaban el primero, con el conde Hadik, edecán del príncipe. Los otros tres, llenos de personajes oficiales, seguían.

de S. A. Ilustrísima el archiduque Fernando Maximiliano y revestido de sus sellos.

—Hecho y pasado de esta suerte en el castillo de Miramar, el noveno día del mes de abril del año de gracia mil ochocientos sesenta y cuatro. —FRANCISCO JOSÉ.—MAXIMILIANO.”

Los archiduques, los ministros y los cancilleres áulicos pusieron sus firmas bajo las de ambos soberanos. La archiduquesa Carlota no apareció sino hasta que estas formalidades estuvieron enteramente terminadas. Tomó entonces el brazo del Emperador para pasar al comedor, donde estaba servido el almuerzo.

A la una de la tarde, el Emperador volvía á tomar el tren especial que le llevara por la mañana. Al salir del castillo, no hizo al Archiduque más que el saludo militar, conforme á la etiqueta, lo mismo que al uniforme de que nunca se despoja.

Pero cuando se encontró en la estación, en el momento de subir á su coche, su corazón se conmovió, pensando en una separación cuyo término y cuyas consecuencias no podía prever nadie: la ternura pudo más que el rencor. El Emperador se volvió bruscamente hacia el Archiduque y con acento penetrante y afectuoso, prueba de que en ese instante se borraban todos los resentimientos:

—¡Max!—exclamó.

Y le abrió los brazos. Maximiliano se precipitó en ellos: los dos hermanos permanecieron más de un minuto estrechamente abrazados.

Por última vez, ¡ah! porque no habrían de volverse á ver!

CAPITULO X

Reunión en Miramar. — Alocución del señor Gutiérrez Estrada. — Respuesta en español de Maximiliano. — Juramento del Emperador. — Decreto que nombró al general Almonte teniente del imperio. — Carta al Podestá de Trieste. — Partida á bordo de la fragata “Novara,” el jueves 14 de abril de 1864. — Palabras proféticas de Maximiliano.

Ahora el acuerdo existía entre Francisco José y su hermano. La aceptación definitiva y solemne de la corona de México podía, por fin, verificarse. La ceremonia, aplazada muchas veces por motivo de los penosos incidentes que acabamos de relatar, se fijó para el día siguiente, 10 de abril. El Archiduque hizo prevenir á la delegación que la recibiría á las once de la mañana.

Era un domingo.

Era la costumbre que los domingos se abriesen los jardines del castillo de Miramar á la población de Trieste. Júzguese si en aquel día aprovecharía el permiso. Fué en medio de una multitud inmensa como los cuatro coches de gala, precedidos por maceros con la librea del Archiduque, condujeron á los enviados mexicanos. El señor Gutiérrez Estrada, el señor Velázquez de León y el general Woll ocupaban el primero, con el conde Hadik, edecán del príncipe. Los otros tres, llenos de personajes oficiales, seguían.

La multitud gritaba, aclamaba, manifestaba su alegría y su entusiasmo. Los buques, anclados en el puerto, estaban empavesados. El sol, que brillaba en un cielo admirablemente puro, daba á esta escena verdaderamente grandiosa, una incomparable irradiación.

En el umbral del palacio, el nuevo gran maestro de la casa de la Emperatriz, conde Zichy, recibió á los miembros de la diputación y luego les introdujo al gran salón azul del primer piso. Allí se encontraron en presencia del Archiduque y de la Archiduquesa.

Maximiliano vestía el uniforme de almirante de la marina austriaca, que hacía resaltar su alta estatura y su bella presencia. La princesa Carlota vestía un traje de seda color de rosa, con la cinta negra de la orden de Malta en bandolera. Una diadema de brillantes resplandecía en su cabeza.

En una mesa, cerca de Sus Altezas, habían sido depositadas todas las actas de adhesión enviadas de México: figuraban allí, como la expresión del voto nacional venido hasta Miramar, y en esa ceremonia de la coronación representaban lo que hoy día constituye el derecho de los soberanos: la voluntad del país.

Numeroso y brillante grupo rodeaba al príncipe y á la princesa. En primer término, el enviado del Emperador de los franceses, general Prosard; el conde O'Sullivan, embajador de Bélgica en Viena; M. Herbet, plenipotenciario encargado por el gobierno francés para la firma de los tratados; M. de Radonetz, capitán de fragata y pre-

fecto del palacio; M. Morier, comandante de la fragata francesa *Themis* y, finalmente, las damas de honor y todos los oficiales de la casa . . .

El señor Gutiérrez Estrada que veía coronarse por fin sus esfuerzos con el éxito, avanzó algunos pasos y tomó la palabra.

En una conmovedora alocución, recordó al príncipe las esperanzas que diera á la nación mexicana el 3 de octubre anterior; le repitió la unanimidad de las adhesiones venidas de todos los grandes centros de México, los votos que allí le llamaban, para realizar el lema de sus abuelos, inscrito en Viena en un arco de triunfo, frente al palacio imperial: *Justitia regnorum fundamentum* (La justicia es el fundamento de los imperios.)

Como en sus anteriores discursos, el señor Gutiérrez Estrada se expresó en francés. Maximiliano, adoptando la lengua de su nueva patria, leyó su respuesta escrita en español:

“Un maduro examen de las actas de adhesión que habeis venido á presentarme, me da la confianza de que el voto de los Notables de México, que os condujo hace poco por primera vez á Miramar, ha sido ratificado por la inmensa mayoría de vuestros compatriotas, y de que puedo yo considerarme desde ahora, con buen derecho, como el elegido del pueblo mexicano. Así está cumplida la primera condición formulada en mi respuesta del tres del último octubre.

“Otra también os indicaba entonces, á saber, la relativa á asegurar las garantías necesarias para que el naciente Imperio pudiese consagrarse con

calma á la noble tarea de establecer sobre bases sólidas su independencia y bienestar. Contamos hoy, señores, con esas seguridades, merced á la magnanimidad de S. M. el Emperador de los franceses, que en el curso de las negociaciones que sobre este punto han tenido lugar, se ha mostrado constantemente animado de un espíritu de lealtad y de una benevolencia, cuyo recuerdo conservaré siempre en mi memoria.

“Por otra parte, el augusto jefe de mi familia ha consentido en que yo tome posesión del trono que se me ofrece.

“Ahora, pues, puedo cumplir la promesa condicional que os hice seis meses ha, y declarar aquí, como solemnemente declaro, que con la ayuda del Todopoderoso acepto de las manos de la nación mexicana la corona que élla me ofrece. México, siguiendo las tradiciones de ese nuevo continente, lleno de fuerza y porvenir, ha usado del derecho que tiene de darse á sí mismo un gobierno conforme á sus votos y á sus necesidades y ha colocado sus esperanzas en un vástago de esta casa de Hapsburgo, que hace tres siglos plantó en su suelo la monarquía cristiana. Yo aprecio en todo su valor tan alta muestra de confianza y procuraré corresponder á élla. Acepto el poder constituyente con que ha querido investirme la nación, cuyo órgano sois vosotros, señores, pero sólo lo conservaré el tiempo preciso para crear en México un orden regular, y para establecer instituciones sabiamente liberales. Así que, como os lo anuncié en mi discurso de tres de octu-

bre, me apresuraré á colocar la monarquía bajo la autoridad de leyes constitucionales, tan luego como la pacificación del país se haya conseguido completamente. La fuerza de un poder se asegura, á mi juicio, mucho más por la fijeza que por la incertidumbre de sus límites, y yo aspiro á poner para el ejercicio de mi gobierno, aquellos que sin menoscabar su prestigio puedan garantizar su estabilidad.

“Nosotros probaremos, así lo espero, que una libertad bien entendida se concilia perfectamente con el imperio del orden; yo sabré respetar la primera y hacer respetar el segundo.

“No desplegaré menos vigor en mantener siempre elevado el estandarte de la independencia, ese símbolo de futura grandeza y de prosperidad.

“Grande es la empresa que se me confía, pero no dudo llevarla á cabo, confiado en el auxilio divino y en la cooperación de todos los buenos mexicanos.

“Concluiré, señores, asegurando de nuevo que nunca olvidará mi gobierno el reconocimiento que debe al monarca ilustre, cuyo amistoso auxilio ha hecho posible la regeneración de nuestro hermoso país.

“Por último, señores, os debo anunciar que antes de partir para mi nueva patria, sólo me detendré el tiempo preciso para pasar á la Ciudad Santa á recibir del Venerable Pontífice la bendición tan preciosa para todo Soberano, pero doblemente importante para mí, que he sido llamado á fundar un nuevo Imperio.”

Al escuchar estas últimas palabras, todos los circunstantes se estremecieron.

«—Sire,—exclamó el señor Gutiérrez Estrada— con emoción sin límites, con gozo inefable recogemos, en nombre de la nación mexicana, el solemne SI, que acaba de pronunciar Vuestra Majestad. Esta aceptación completa y absoluta, tan ardientemente deseada, tan ansiosamente esperada, es el preludio y, con la ayuda de Dios, debe ser la consagración de la salud de México, de su próximo renacimiento, de su futura grandeza!

“En día semejante, nuestros hijos elevarán al cielo acciones de gracia por esta liberación milagrosa.

“Nos queda por cumplir un postrer deber, y es el de poner á vuestras plantas, Sire, el amor de México, su reconocimiento y el homenaje de su fidelidad.”

Y mientras que en el palacio resonaban los reiterados gritos de ¡Viva el Emperador! ¡Viva la Emperatriz! el abad de Lacroix, monseñor George Rachich, capellán de Miramar, con la mitra en la cabeza y el báculo en la mano, penetró al salón acompañado de cuatro sacerdotes, de los cuales el mexicano, doctor Ignacio Montes de Oca, llevaba el libro de los Evangelios que presentó á Maximiliano.

Maximiliano, con la mano extendida, pronunció entonces, con voz vibrante, esta fórmula de juramento:

“Yo, Maximiliano, Emperador de México, juro

por Dios y por los Santos Evangelios, asegurar, por todos los medios que se encuentren en mi poder, el bienestar y la prosperidad de la nación, defender su independencia y conservar la integridad de su territorio.”

Y mientras que los gritos se redoblaban y que estallaba el entusiasmo, el pabellón mexicano era enarbolado en el tope de la torre. La fragata austriaca *Belona* le saludó en seguida con veintidós cañonazos, á los que respondieron la ciudadela de Trieste y la fragata francesa *Thémis*.

A las once y tres cuartos, nuevas salvas anunciaron que, en la capilla del palacio, pequeña para tan gran concurrencia, se cantaba el *Tedum*, en presencia del Emperador y de la Emperatriz. En seguida, el capellán y su clero acompañaron al Emperador hasta el gran salón, donde él recibió á su vez el juramento de fidelidad del señor Velázquez de León, nombrado ministro de estado y del general Woll, nombrado primer edecán de Su Majestad. La ceremonia había terminado.

En seguida tomó Maximiliano diversas medidas, procediendo en concepto de soberano. Por un primer decreto nombró al general Almonte, teniente del Imperio, mientras llegaba él á México; y encargó al comandante Rodríguez que partiera inmediatamente para México y pusiera dicho decreto en poder del general.

Los señores Hidalgo, de Arrangoiz, Aguilar y Murphy fueron nombrados embajadores de S. M. ante las cortes de París, Londres, Roma y

Viena, é invitados á dirigirse á sus puestos sin tardanza.

Otros decretos, firmados el mismo día, ratificaron el empréstito de 210 millones de francos al 6 por ciento, celebrado condicionalmente en Londres, el 20 de marzo anterior, en casa de los señores Glyn Mills y Co. por el conde Zichy; arreglaron los intereses vencidos para los tenedores de bonos de la deuda mexicana contraída en Inglaterra y confirieron á M. de Germiny, senador, ex-ministro de hacienda, las funciones de presidente de la comisión mexicana de hacienda que se instituyó en París para el servicio de esta deuda exterior.

Se dió también fecha de 10 de abril á los decretos preparados para levantar y equipar, en Austria, una legión de 2,500 hombres y un cuerpo en Bélgica de 2,000 voluntarios, que habrían de formar la *Guardia de la Emperatriz*. El coronel Matías Leisser fué el encargado de llevar adelante, en Viena, esta organización: en Bruselas, la tuvo á su cargo el teniente coronel Van der Smissen, que reemplazó al teniente general Chappleie, primitivamente designado para el efecto. La casa de Rothschild abrió, para cada uno de estos cuerpos, un crédito de 1.800,000 francos. Se prometieron á los que se enrolaran alta paga y terrenos en México, después de seis años de servicios.

Finalmente, los señores Herbet y Velázquez de León firmaron los dos tratados cuyos términos, convenidos en el gabinete del emperador Napo-

león en París, el 12 de marzo, no necesitaban sino de esa formalidad para tener pleno y completo efecto.

Por la noche, un gran banquete debía de reunirse en Miramar á aquellos que asistieran á la ceremonia de la mañana. Pero las fatigas morales y físicas de estos dos últimos días habían sido muy fuertes para Maximiliano. El desgraciado príncipe, á quien tantas emociones quebrantaran, se hallaba completamente abatido.

El doctor Illeck, su confidente y su mejor amigo, le encontró aislado en la biblioteca, trastornado, incapaz de presentarse en público. Comprendió que era preciso sustraerle á cualquier precio al suplicio de presidir todavía el banquete. Le persuadió de que debía dejar ese cuidado á la Emperatriz, que era más valerosa y más fuerte que él y lo condujo al *gartenhaus*, castillito retirado, situado en el fondo de los jardines. Allí permaneció sólo con él, mientras que los convidados se estrechaban alrededor de la gran mesa en uno de los inmensos salones del primer piso, en cuyo centro, radiante, brillaba la princesa Carlota, con el cardenal-patriarca de Venecia y el general Frossard á cada lado.

La partida se había fijado para el día siguiente; pero la situación de Maximiliano hizo necesario esperar, para verificarla, á que éste pudiese soportar las fatigas del viaje.

Al día siguiente, 11 de abril, almorzó todavía sólo con el doctor Illeck, que por primera vez fué testigo de un acceso de impaciencia de su parte.

La Emperatriz acababa de entrar, llevándole un telegrama de Napoleón III. Maximiliano puso violentamente el tenedor sobre la mesa.

—Te digo que ahora no quiero oír hablar de nada de México, dijo.

Y la Emperatriz, calmada siempre, sin que aquello pareciera desconcertarla, se retiró, llevándose el telegrama.

El abatimiento que sucede á las grandes crisis y la debilidad que viene después de las resoluciones violentas, dominaban en tal instante en el alma de este príncipe, para quien la ambición no era más que una pasión de circunstancias, pasajero esfuerzo de un espíritu inclinado á las divagaciones dulces. En el momento de abandonar para siempre ese palacio y sus jardines, testigos de felices días, sentía como si le recobraran esos mil invisibles lazos con que las cosas, siquiera sean insensibles, cautivan nuestra sensibilidad: como el poeta, hubiera exclamado con todo su corazón:

Objetos inanimados, tenéis pues una alma
Que con nuestra alma se encariña y la obliga á amar?

Durante tres días, permaneció encerrado en su retiro, sin fuerza, ni para mirar frente á frente el partido que había tomado con su plena voluntad, ni para adquirir, con lo irrevocable de su resolución, esa energía suprema de las voluntades titubeantes.

Entre tanto, la partida había sido aplazada para el jueves 14. Siempre sola, pero regocijada, llena de confianza y de buen humor, la empera-

triz Carlota desempeñaba ya su oficio de soberana. El 12, recibía á las autoridades civiles y militares de Trieste, las diputaciones de las ciudades de Venecia, Fiume, Goritz, Parenzo, que, con sus homenajes y sus saudades, la llevaban los votos de esas poblaciones donde era el Archiduque de antiguo amado y venerado.

Durante ese tiempo, él no había recobrado un poco de valor, sino para dirigir al doctor Carlos Porrenta, podestá de Trieste, una carta reveladora de la melancolía de su alma:

“Querido Podestá:

“En el momento de ir á colocarme, lleno de confianza en la ayuda del cielo, al frente de un imperio lejano, no puedo dejar de dirigir á la bella y amada ciudad de Trieste un último y triste adiós.

“Me he encariñado profundamente con esta ciudad que, hasta cierto punto, había venido á ser mi patria; y, al abandonar Europa, siento cuán caros me son los recuerdos de gratitud que á ella me ligan.

“Jamás olvidaré la amabilidad cordial de sus habitantes, ni las pruebas de devoción que los triestinos han dado á mi familia y á mi persona. Tal recuerdo irá conmigo al extranjero, á modo de benéfico consuelo, á modo de feliz augurio para el porvenir.

“Siempre me será agradable el saber que mi jardín de Miramar es visitado por los habitantes

de Trieste y quiero que, en cuanto lo permitan las circunstancias, se les abra todos los días.

“Deseo que los pobres conserven un recuerdo de mis simpatías y, para ellos, envío á vd. la suma de veinte mil florines (cincuenta mil francos), cuyos intereses deberán ser repartidos por la municipalidad, cada año, la víspera de Navidad, entre las familias necesitadas de la población.

“En cuanto á vd., doctor Carlos Porrenta, representante de la ciudad de Trieste, yo le confiero la cruz de comendador de la orden de mi imperio. Su afectísimo

MAXIMILIANO.”

Si el príncipe echaba de menos á Trieste, Trieste echaba de menos al príncipe. De ese modo, el día 14, por la mañana, la manifestación popular tomó un carácter á la vez conmovedor é imponente.

En el camino, cuya extensión de cuatro kilómetros bordea el mar entre Miramar y Trieste, una multitud conmovida y simpática se extendía, ávida de contemplar por última vez la imperial pareja. Pronto invadió las alturas que dominan el castillo, los senderos del parque, los alrededores...

Era la una de la tarde, cuando seis vapores de la Compañía de Lloyd transportaron al palacio al consejo municipal, á la cámara de comercio y á una diputación encargada de entregar á Maximiliano un magnífico álbum de márfil, que contenía las vistas principales de Trieste y una dedicatoria

firmada por más de doce mil personas. Era el agradecido recuerdo de la población al Archiduque bien amado, que se había convertido en su sostén y en su benefactor.

Maximiliano no había abandonado su retiro ni su soledad. El doctor Illeck le suplicó que fuese, en persona, á recibir á esa excelente genie. Se decidió á ello; pero deseoso de evitar la multitud, que por todas partes se extendía, siguió un sendero á lo largo del mar y penetró al castillo por los subsuelos. Allí le esperaba una nueva emoción imprevista. Habíase reunido la servidumbre: aquellos de sus servidores que no habrían de seguirle, se precipitaron hacia él y con muestras de sincera aflicción besaron su traje.

Esta escena le enterneció en términos de que ya no podía más, cuando se encontró en presencia del podestá y le oyó expresar la universal tristeza que causaba su partida. Apenas pudo leer breve respuesta.

La *Novara* estaba ya sobre su máquina, á cerca de doscientas cincuenta brazas de la escalera de mármol, en cuyo pie esperaba la embarcación guarnecida de oro y de púrpura, que habría de llevar á bordo á Sus Majestades.

A las dos, precisamente, se abrieron las puertas del palacio: el Emperador de México apareció en el umbral, dando el brazo á la Emperatriz. En seguida venía el archiduque Luis Victor, su hermano menor, que habría de acompañarles hasta Roma.

En tal momento, la multitud se descubrió es-

pontáneamente y lanzó una aclamación inmensa. Músicos, venidos de Trieste, entonaron el himno de bienvenida que la diputación mexicana había hecho componer en París y que habría de ser el himno nacional de México. Salvas de artillería estallaron por todas partes.

La emoción llega á su colmo: todos quieren ver al príncipe y saludarle por última vez. Con expansión enteramente italiana, unos se arrojan á sus plantas, otros le arrojan flores, lanzando gritos de despedida.

El, con los ojos preñados de lágrimas y el pecho oprimido, pasa al lado de la sonriente Emperatriz. Incapaz de pronunciar una palabra, da las gracias con el gesto, con la mirada.

Descienden la escalera y penetran á la embarcación que les aguarda.... La chalupa se aleja de la orilla bajo una lluvia de flores.

Pasan algunos instantes y luego se escuchan hurras que salen de la escuadra y anuncian que Sus Majestades han llegado á la *Novara*.

En el palo mayor de la fragata se iza el pabellón mexicano: lévase el ancla, el barco se balancea sobre las olas y se pone en marcha. Toda la escuadra se agita....

Desfila ante la ciudad de Trieste, que está suficientemente próxima para que se oigan las aclamaciones de los habitantes agrupados en los muelles.

La *Fantasia*, ese yate que recuerda á ambos esposos, pasados tiempos dulcísimos que no volverán, abre la marcha. Viene en seguida la

Novara, toda empavesada, á la que, al pasar, saludan los cañones de la costa. Sigue la *The-mis*, que con ella debe navegar en conserva hasta Veracruz, rodeada de seis vapores del Lloyd, que forman el cortejo, hasta algunas leguas de distancia de Trieste.

El mar está en calma y su superficie, unida, semeja la de un lago. A las cuatro de la tarde, todos los barcos desaparecen en el horizonte.

Con mirada suprema, Maximiliano saluda las costas de su patria; luego, impotente para dominar por mayor tiempo la emoción que le embarga, corre á encerrarse en su cámara, para allí llorar oculto!

Debilidad postrera de un corazón desgarrado. Al día siguiente reaparece sobre el puente, sonriente y alegre. Cumplida la separación, ya no pensaba sino en aquel porvenir que iba á buscar tan lejos y que, en su ensueño, entreveía brillante y glorioso....

Algunos meses antes, durante sus permanencias en Viena, el Archiduque veía á Francisco José pasar revista diariamente, en la plaza del palacio imperial, á las tropas que iban al norte, á auxiliar á Prusia en su gran lucha contra la pequeña Dinamarca.

El señor de Arrangoiz cuenta que, durante una de esas revistas, como el príncipe le preguntara qué pensaba de esta nueva guerra, él le confesó que no advertía qué ventajas sacaría de ella el Austria.

—No espere vd. ventaja alguna, le dijo enton-

ces Maximiliano. Es un disparate, el que comete este gobierno. Pronto tendrá guerra con Prusia, y sólo Dios sabe cuáles serán las consecuencias para Austria!.....

¡Singular clarividencia respecto de su país, en un hombre ciego respecto de sí mismo! Y ¿cuán sorprendente y dolorosa visión hubiera sido para todos, la que otrecería el porvenir, si desgarrando sus velos, hubiese mostrado á esta misma *Novara*, hoy empavesada con los colores más risueños, cubierta con largos velos negros y trayendo á ese mismo Miramar el cuerpo atravesado por ocho balas del "Emperador de México?"

MEMORIA SCHLÖESING (1)

"Señor General:

La manera como he tenido el honor de serle recomendado, me impone la obligación de hacerle conocer, de la manera más breve posible, las impresiones que en mí ha producido la cuestión franco-mexicana.

Lo haré, señor general, de una manera enteramente confidencial, con la franqueza y la conciencia que vd. debe de aguardar de un hombre honrado y completamente extraño á todas las intrigas y pasiones políticas; pero que se interesa de todo corazón por el honor y por la gloria de nuestro país, así como por su legítima influencia en este continente, donde tantos de sus hijos se han establecido.

Creo de mi deber dirigirle estas reflexiones, de las cuales asumo la responsabilidad; quizás le han sido hechas ya antes por algunos otros de mis compañeros que han adquirido, como yo, larga experiencia de las cosas y de los hombres del país; quizás ha reconocido vd. mismo su exacti-

(1) El envío de este documento fue hecho con nota del mariscal Bazaine. Empezaba así: "La Memoria sobre México merece ser reproducida íntegramente, porque está escrita prudentemente y porque los hechos la han prestado una sanción que hoy día no puede negarse . . ."

tud, desde su llegada á este suelo y la intervención de vd. en una cuestión tan mal conocida en Europa; me las han sugerido el amor que profeso á mi patria, los sentimientos de justicia y de lealtad que constituyen el fondo del carácter francés y el deseo que tengo de ver á Francia salir, con universal aplauso, de las dificultades que ofrece la satisfactoria resolución del problema que la suerte ha puesto en manos de vd.

No tengo ni el derecho, ni la intención de juzgar la política de Francia: descansando en la habilidad del Emperador y en la de vd., espero con confianza un desenlace que juzgo habrá de verificarse pronto; pero ha sido interpretada por modos tan diversos la cuestión mexicana, ha puesto en juego tantos opuestos intereses, ha suscitado tantas pasiones, buenas ó malas, que comprendo que haya resultado imposible el juzgarla bien desde lejos; puede ser que una voz eminentemente francesa, imparcial y que no se eleva sino en nombre de los intereses generales, sea escuchada por vd. con benevolencia, en medio de las contradicciones que han podido sumirle en dudas y vacilaciones.

Lejos de mí, por lo demás, toda idea de contrariar, en modo alguno, sus miras ó las instrucciones que le hayan sido dadas; si estas notas pueden serle de alguna utilidad, ello me dará placer y me pondrá orgulloso; y si vd. tiene algún motivo para no tomarlas en consideración, puede darlas desde ahora por inexistentes.

La lógica inexorable de los hechos consuma-

dos desde que comenzó la expedición, así como crueles decepciones, han debido demostrar ya al gobierno francés que ha aceptado con suma facilidad aserciones interesadas é informes inexactos, desmentidos perentoriamente por los acontecimientos. Permitame vd., señor general, algunas palabras acerca de la situación moral y material del país.

México cuenta apenas cuarenta años de existencia como nación independiente. Salido del régimen colonial, cuya opresión y cuyos abusos son conocidos, el pueblo mexicano entró de repente y sin transición al ejercicio de derechos políticos muy extendidos. Los hijos del país cuidadosamente excluidos por la vieja política española de toda participación en los negocios públicos, se han encontrado de repente llamados á gobernar por sí mismos; se han lanzado á la aplicación de teorías nuevas, completamente opuestas á las que vieran poner en práctica por sus dominadores. ¿Es, entonces, mucho de admirar que, teniendo que luchar contra los errores exigidos por el pasado y contra las mal definidas aspiraciones para el porvenir, hayan gastado los primeros cuarenta años de su existencia independiente en estériles tanteos, en ardientes luchas y en disensiones intestinas?

La prolongación de esas convulsiones había tenido por inevitable consecuencia el excitar las ambiciones individuales y el aniquilar todo principio de legalidad gubernativa. La fuerza había reemplazado al derecho, y la fuerza residía en lo

que se llamaba ejército; de allí, esa serie no interrumpida de pronunciamientos militares que han hecho y deshecho tantos presidentes en tan cortos años.

En esta sociedad nueva han entrado desde un principio en conflicto los principios que dividen á toda comunidad política: el principio retrógrado y el progresista.

Vd. conoce, señor general, las peripecias de esta lucha; ha durado, merced á la perseverancia de los unos y al colosal poder de los otros.

Desde hacía más de tres siglos, el clero mexicano se había ocupado más de cimentar su poder temporal, que de cumplir fielmente su misión espiritual. Había atesorado hasta el punto de poseer el tercio de la riqueza del país; diez veces más rica que el Estado, la Iglesia establecía y derribaba gobiernos á su antojo: disponía con largueza de sus inmensos tesoros—ese "patrimonio del pobre," del que no era sino la depositaria—y los empleaba para la realización de planes de dominación política; le era necesaria la fuerza y élla compró á lo que han dado en llamar ejército; de esa suerte falseó esa noble institución que no puede vivir sino de honor y abnegación y que se ha convertido bajo su influencia perniciosa en un foco de corrupción y de venalidad.

El pueblo mexicano, pues, no había hecho sino cambiar el embrutecedor despotismo del régimen colonial, por el despotismo, todavía más embrutecedor de un clero ávido, inmoral y corrompido. Si por un esfuerzo de energía lograba

sustraerse un instante á la dominación clerical, en el acto, un pronunciamiento militar le arrojaba otra vez en su estado habitual de servidumbre y de abyección.

Tal es, señor general, en pocas palabras, la historia de los cuarenta años de la revolución mexicana: todos los pronunciamientos que han tenido por objeto un despotismo intolerable, han sido sostenidos y discurridos por el clero, y realizado por el ejército, instrumento suyo.

La nación se substraigo á la dominación española con la guerra de independencia; quiso substraerse á la dominación clerical por medio de un 89.

Este 89 lo ha realizado en 1856, siguiendo el ejemplo de Francia, aplicando los principios proclamados por Francia, tomando á Francia por modelo. La historia de nuestra gran revolución le ha comunicado un vigor, un valor, una energía que no hubieran podido sospecharse en ella, los cuales le dieron el triunfo.

Me tomaré la libertad, señor general, de señalar particularmente á la atención de Vd. la notable analogía que ofrecen la Francia de 1789 y el México de 1856. Este punto histórico merece que se le profundice, y Vd. adquirirá conmigo la convicción de que, en este siglo, México tenía—como Francia en el siglo pasado—derecho, necesidad, imperiosa urgencia de modificar radicalmente su estado social.

La empresa era ardua: era necesario, para realizarla, una revolución verdaderamente popu-

lar; de esa suerte el país se levantó en toda su extensión, los ciudadanos tomaron las armas y el triunfo coronó el esfuerzo nacional. Ese triunfo había sido muy decisivo, muy completo: lo necesario para impedir un 93. Pero un 93 surgiría infaliblemente, si se verificase una restauración cualquiera de la dominación clerical.

Confieso francamente, señor general, mis simpatías por la gran mayoría de este pueblo, tomando á Francia por guía y por modelo, ha sabido, después de una lucha encarnizada de tres años, completar su independencia política por medio de su independencia social. De esa suerte, cuando en diciembre de 1860 entró en la capital el ejército liberal triunfante, todos los extranjeros y principalmente todos los franceses se asociaron á la alegría popular.

Nuestra adhesión tenía por origen, no solamente la justicia de la causa coronada por la victoria, sino también y sobre todo la convicción íntima de que eran los amigos de Francia, de que eran nuestros amigos los que acababan de triunfar.

El partido liberal mexicano podía, hace pocos meses todavía, llamarse con justicia el partido francés. Buscaba su instrucción en nuestros libros, sus instituciones en las nuestras, sus leyes en nuestras leyes, sus hábitos en nuestros hábitos. Es de ese partido de quien han recibido los franceses y, en general, los extranjeros, la posible protección y las mayores muestras de afecto; es de él de quien han emanado todas las medidas

favorables á la inmigración, á la colonización, á la libertad de comercio, á la libertad de conciencia; de tal manera se había identificado con nuestra patria, que de ella esperaba la luz y el apoyo que habrían de iluminarle y ayudarle á realizar sus sueños para el porvenir.

El partido clerical, por el contrario, no puede perdonar á Francia el haber proclamado los principios que poco á poco dan la vuelta al mundo. Por su propio interés, ese partido es opuesto á la inmigración, á la colonización, ya que el contacto con extranjeros le hace perder necesariamente su fuerza y su prestigio ante las masas ignorantes y fanáticas. De ese partido han procedido todas las persecuciones, todas las vejaciones sufridas por los extranjeros, así como las innumerables restricciones opuestas á la libertad de relaciones y de transacciones comerciales. Si, desprovisto ya de esperanzas de restablecer su dominación por medio de pronunciamientos que ya no le son posibles, ha hecho ese partido un llamamiento á las potencias europeas, es porque no ha encontrado otra manera de salvarse; pero si desgraciadamente llega á lograr su objeto, sus disposiciones respecto de Francia no se modificarán en nada, y pronto se tendrá la medida segura de su gratitud. Esas gentes no aprenden nada ni olvidan nada.

Tal es la historia de esta revolución mexicana que ha sido tan calumniada ante los gobiernos europeos; he sido, como todos los extranjeros, testigo ocular de ella y las pruebas no le faltarán

á Vd., señor general, hoy que ha penetrado Vd. en el centro del país.

Los pueblos se forman en la desgracia. Durante sus largas disensiones intestinas, los mexicanos han realizado progresos efectivos: instruidos en la escuela colonial española, que les enseñaba el odio y la exclusión completa de los extranjeros, les hemos visto despojarse poco á poco de ese bárbaro prejuicio y sucesivamente tolerar, acoger favorablemente y llamar á los extranjeros. Durante la actual guerra con Francia, el gobierno constitucional ha rodeado á los residentes franceses de toda la protección que le ha sido posible; ha velado cuidadosamente por su seguridad; se ha hecho sordo á imprudentes excitaciones, hasta el punto de comprometer su popularidad; y si, obligado por las circunstancias y por la grito popular, ha tomado algunas medidas rigurosas, se ha esforzado, en cambio, en atenuar sus efectos y su alcance.

Porque, señor general, yo no dudó de que Vd. habrá dado el lugar que les corresponde á las exageraciones, á las mentiras y á las calumnias de que algunos periódicos se han hecho eco con harta ligereza; la violencia misma del ataque ha bastado para que su origen y su sinceridad parezcan sospechosos y los residentes franceses honorables no han podido por menos de experimentar una impresión penosa al ver cómo se pintaba en Francia al señor presidente Juárez, cual hombre cruel y sanguinario. Si la facción mexicana que le acusa hubiese tenido el poder en su lugar, en

circunstancias análogas, ¡cuántas desgracias tendrían que deplorar hoy los residentes franceses!

Durante sus cuarenta años de revolución, los mexicanos han además comenzado á adquirir la experiencia que les faltaba. El exceso mismo de sus males les había señalado el remedio: viendo que la substitución de la fuerza al derecho, por el inveterado abuso de los pronunciamientos causaba la continuidad de sus guerras civiles, han resuelto extirpar radicalmente ese vicio principal de sus costumbres políticas, arrebatando al clero las riquezas de que tan mal uso hacía y á los jefes militares, indignos de ese nombre, el incentivo que les hacía traicionar su bandera. De allí han venido la desamortización y luego la nacionalización de los bienes administrados por el clero y la reforma del ejército. Señalaré, dentro de un momento, los resultados verdaderamente extraordinarios de esas medidas necesarias.

Usted sabe, señor general, que el señor Comonfort, electo por el sufragio universal, según la Constitución de 1857, cometió una falta grave al intentar derribar esa constitución de que emanaba su derecho. Los que conocen al señor Comonfort no dudan de su patriotismo; había creído servir sinceramente á su país al concebir la irrealizable esperanza de conciliar los dos partidos extremos y había sacrificado esta constitución, que servía de pretexto á las maquinaciones y á los manejos clericales. Pero pronto reconoció su error é hizo dimisión de la presidencia. Ya era muy tarde: el partido clerical, faltando á todas sus pro-

mesas y aprovechándose hábilmente de las circunstancias, se apoderó de la capital por medio de un pronunciamiento militar, obra de la traición apoyada por un golpe de mano de algunos oficiales vendidos á la reacción.

Esta lección no debe desperdiciarse, señor general; pues prueba que en México no hay transacción posible con el partido clerical. Necesita dominar en lo absoluto; cualquiera que sea quien intente poner límites á su dominación, aunque ese cualquiera se llame Francia, será su enemigo; jamás guardará consideración á las intenciones meritorias ni á los servicios prestados. Continúo: Siguiendo las prescripciones de esa misma Constitución de 1857, el señor Benito Juárez, electo presidente de la Corte Suprema por el sufragio universal del pueblo, vino á ser, por consecuencia de la dimisión del señor Comonfort, presidente interino constitucional. Logró escapar de la capital y pronto estableció su gobierno en Querétaro.

El gobierno representaba, pues, el sistema de la legalidad, en tanto que el del señor Zuloaga, improvisado en México por los insurgentes, representaba sólo al sistema acostumbrado de los pronunciamientos.

Zuloaga, después de haber traicionado tanto al señor Comonfort como á su propia bandera, disponía del ejército reunido enteramente en México; se apoyaba en la influencia y en las riquezas todavía existentes del clero; tenía la fuerza moral que le ministrara el reconocimiento un tan-

to precipitado de todos los ministros extranjeros.

Juárez no tenía á su favor sino el principio de la legalidad.

Pronto, sin embargo, los Estados iban adhiriéndose á la bandera de este último; los ciudadanos toman las armas; un ejército popular se levanta para combatir el ejército de los pronunciamientos; y, después de tres años de sangrienta lucha, la legalidad sale triunfante.

Observe vd., señor general, que durante los dos primeros de esos tres años, el partido constitucional sufrió terribles derrotas continuas en los campos de batalla, sobre todo en Salamanca, en Aqualulco y en la Estancia; que el gobierno constitucional se vió sucesivamente forzado á trasladarse de México á Querétaro, de Querétaro á Guanajuato, de Guanajuato á Guadalajara, de Guadalajara á Colima; que se embarcó en Manzanillo para atravesar el istmo de Panamá, pasar por la Habana y venir á refugiarse en Veracruz; y bien, á pesar de todos esos reveses y peregrinaciones, no ha habido durante toda la lucha, en una sola capital de Estado, en una sola ciudad, en un solo pueblo, el menor pronunciamiento, el menor acto de insubordinación, de parte de los defensores de la constitución, contra el gobierno legal.

Observe vd. además que, después del triunfo de las armas constitucionales, el gobierno del señor Juárez vino á establecerse á la capital y que, desde su instalación en élla hasta su partida para San Luis Potosí, es decir, durante dos años y

medio, tampoco se había producido, á pesar de las circunstancias que hubieran podido favorecerlo, el menor pronunciamiento, ni aún la sombra de una protesta contra ese mismo gobierno emanado de la legalidad.

Por el contrario, el pueblo, llamado á nombrar su presidente por medio del sufragio universal, confirmó en su puesto al señor Juárez, quien, de presidente interino que era, se convirtió en presidente definitivo constitucional.

En el momento de la ocupación de la capital por las tropas francesas, habían, pues, pasado cerca de cinco años sin que el México constitucional hubiese recurrido á la manía peligrosa de los pronunciamientos, á esa invocación á la fuerza contra el derecho, que durante cuarenta años ha originado las desgracias y las revoluciones del país.

Véamos, por contra, lo que durante ese tiempo pasó bajo el régimen emanado de un pronunciamiento en la capital.

En el principio de 1858, es Zuloaga, jefe principal de los pronunciados de México, quien escoge por sí mismo algunos habitantes y, dándoles el título de notables, les encarga que nombren presidente; naturalmente resulta electo el señor Zuloaga. Al año siguiente, dos de sus generales le desconocen por medio de un pronunciamiento; sobreviene un tercero: es Miramón, joven de 25 á 26 años, que pretende restablecerle, pero que exige de él la apariencia de un retiro voluntario. Nueva asamblea de notables escogida bajo la in-

fluencia del más fuerte; y naturalmente, Miramón resulta electo. Algunos meses más tarde, reivindica Zuloaga sus derechos; Miramón se apodera de él y lo arrastra consigo en sus diversas campañas. En una derrota, Zuloaga huye: inquieto Miramón, dimite; el poder pasa á las manos del presidente de la Suprema Corte de Justicia; pero Miramón se ha tranquilizado ya; una tercera asamblea de pretendidos notables lo vuelve á nombrar presidente, hasta que por fin sale fugitivo de la capital, después de una última derrota, la de Calpulálpam, y se apresura á embarcarse para Europa, donde va á brillar con el fruto de sus economías.

¿No es muy elocuente este paralelo? Pero no es eso todo: después del triunfo del partido constitucional, algunos restos del partido reaccionario forman bandas en muchos puntos del país, en inaccesibles lugares, desde los cuales se arrojan sobre las poblaciones indefensas y sobre insignificantes destacamentos de tropas constitucionales. Zuloaga toma de nuevo el título de presidente; en seguida viene de Europa el señor Almonte, quien, por el pronunciamiento de Córdoba, se declara, de propia autoridad, jefe supremo interino de la nación y vd. ha visto, señor general, á todos los corifeos de la reacción, en guerra los unos contra los otros, acusarse recíprocamente en manifestos públicos y sacar á luz sus intrigas y sus divisiones, hasta que vino el general Forey y por medio de una medida prudente derrocó á ese gobierno intruso, que no había encontrado el menor

eco y que no hacía sino añadir un nuevo escándalo á todos los escándalos de la reacción.

Todo ésto es historia, señor general: historia contemporánea. La he vuelto á trazar para responder á los que han osado afirmar que el gobierno del señor Juárez es el producto de la anarquía más completa, en tanto que, por el contrario, debe ser considerado como el más brillante regreso á la legalidad, pues no hay ejemplo, en los anales de México independiente, de que un gobierno se haya sostenido por espacio de cinco años, sin que un solo pronunciamiento lo desconociera.

Este regreso á la legalidad me había hecho esperar la pronta pacificación del país y tengo la íntima convicción de que, si no hubiese sobrevenido la guerra extranjera, México se encontraría, en efecto, en plena paz y en plena prosperidad. Las bandas reaccionarias habían sido por fin alcanzadas y habían sufrido derrotas decisivas que las impedirían reconstituirse jamás; éllas se hubieran dispersado definitivamente, si los rumores de guerra extranjera no hubiesen venido á sostenerlas con la esperanza de mejores días.

De esa suerte, la determinación tomada por las tres potencias europeas en 1861, de intervenir en los asuntos de México y la firma de la convención de Londres, admiraron profundamente á los residentes extranjeros. Hubieran comprendido la intervención europea, en medio de la guerra civil, durante los tres años de lucha, para restablecer la paz en el país; pero no han compren-

dido cómo se escogía, para semejante intervención, precisamente el momento en que el derecho acababa de triunfar sobre la fuerza y en que México acababa de establecer definitivamente, á precio de los mayores sacrificios, el gobierno más fuerte y más legal que quizás se haya visto aquí.

Luego, la clave del enigma les fué revelada por la lectura de los documentos diplomáticos que las tres potencias europeas han comunicado á los cuerpos legislativos.

Quisiera, señor general, no tener necesidad de acusar á nadie; no es ese mi objeto, porque mis deseos se encaminan á la concordia y á la pacificación; pero vd. tiene en su poder la serie de informes ministrados al gobierno francés por sus representantes en México. Ya remonte vd. su examen á seis ó siete años antes, ya lo limite á los dos años últimos, fácilmente se convencerá de la manifiesta inexactitud de tales informes.

Mientras que M. de Gabriac se convertía en *partidario*, con perjuicio de los intereses de sus nacionales, éstos últimos protestaban ante el gobierno francés contra sus actos. A la culpable condescendencia de ese ministro, acerca de cuya gestión puede vd. rodearse de toda la luz deseable, se deben las repetidas exacciones que se produjeron bajo la forma de contribuciones extraordinarias impuestas al capital de los extranjeros y contra las cuales protesta hoy día Francia con tanta justicia. M. de Gabriac ha sido el agente principal de la caída del gobierno moderado del señor Comonfort: sobre él recae la responsabili-

dad de los tres años de revolución, de principios de 1858 al fin de 1860, la de los excesos cometidos por la reacción y la de las represalias de que pueden haber hecho uso los partidarios de la Constitución después del triunfo.

Usted comprenderá, señor general, la dificultad en que me encuentro para hablar con toda franqueza acerca de M. de Saligny; sin embargo, la naturaleza enteramente confidencial de estas notas me obliga á no ocultar á vd. nada de mis impresiones y de las de mis compatriotas, que no se dejan guiar en sus opiniones, sino por la lealtad y la justicia.

No diré nada, señor general, de las acusaciones que algunas personas dirigen contra M. de Saligny; no quiero creer que una cuestión de interés personal haya sido, de parte de un representante de Francia, el móvil de una política que cuesta ya tanta sangre y tantos sacrificios.

Pero hablaré del carácter irritable y apasionado del ministro que, en opinión general, ha hecho de la cuestión mexicana un asunto de amor propio personal.

Es doloroso decirlo, señor general; pero el asunto del disparo en la casa de la legación de Francia, no fué tomado en serio por ninguno de nuestros compatriotas imparciales; M. de Saligny ha dado á este incidente una interpretación y una importancia que le niegan los hombres razonables.

El lamentable acontecimiento del día de Todos Santos, en la plaza mayor de México, jamás ha sido relatado de una manera exacta; ha habi-

do de una y de otra parte, recriminaciones injuriosas, que todos hemos deplorado, porque carecían de fundamento; pero vd. puede, señor general, rodearse sobre el particular de informes serios y decidir si el representante de Francia ha probado, en esta circunstancia, tener la circunspección que debería esperarse de un ministro, en medio del pueblo ante quien está acreditado.

Sea lo que fuere, esos dos incidentes han exasperado á M. de Saligny y fué bajo la influencia de esa exasperación como el representante de Francia dirigió á su gobierno sus comunicaciones tan hostiles al señor Juárez y á su administración.

No temo afirmarlo concienzudamente: el gobierno del Emperador ha sido engañado, desde hace muchos años, acerca de la verdadera situación de México; los informes de M. de Gabrial llevaban el sello de la más manifiesta parcialidad; los de M. de Saligny, respiraban pasión y venganza.

No me crea vd. bajo mi palabra, señor general; encárguese uno por uno de los cargos articulados por M. de Saligny contra el gobierno del señor Juárez y haga una investigación acerca de cada uno de ellos. Usted verá que los unos están enormemente exagerados; que otros han sido desnaturalizados y que, la mayor parte de los que son efectivos, han sido causados precisamente por la facción reaccionaria, por más que hayan sido presentados en forma que parezcan procedentes del partido constitucional.

Poco sería cuanto yo dijese, señor general,

para animarle á que procediera á una investigación seria acerca de todos estos hechos; se trata de una medida de moralidad política: y debe importar mucho al gobierno de Francia el saber cómo, por qué y por quién ha sido engañado.

Una vez decidida la intervención, tuvimos la esperanza de que sería dirigida de modo que afirmase el régimen de la legalidad y que asegurase para siempre la pacificación del país, que se encontraba ya en vía tan buena.

Los mismos partidarios de la Constitución veían, ya que no con placer, por lo menos sin gran temor y sin mucha amargura, que la Francia estaba entre las potencias interventoras; todos sus temores eran inspirados por España y presentían, por el contrario, en la añadidura de fuerzas francesas é inglesas, sobre todo de las primeras, una especie de garantía contra la pérdida de sus instituciones y de las conquistas de su revolución.

Sobrevino la convención de la Soledad, que fue acogida muy favorablemente por la inmensa mayoría de todos los mexicanos y por la mayoría no menos grande de los residentes extranjeros. Cada cual abrigaba esperanzas en el resultado de las conferencias que habrían de verificarse en Orizaba; y yo mismo, señor general, había adquirido, merced á las conocidas disposiciones del gobierno constitucional, la íntima confianza de que las dificultades se arreglarían conforme al honor de Francia y á los intereses de sus nacionales.

Pero supimos, sucesivamente, la ruptura de

los preliminares de la Soledad; la ruptura ó la suspensión de la convención de Londres; la retirada de las fuerzas inglesas y españolas; la protesta de los representantes de Inglaterra y de España; y, en fin, la declaración que hizo uno de los representantes de Francia, de que jamás trataría con el gobierno del señor Juárez.

Toda la situación cambió. México constitucional ya no tenía más enemigo que Francia, en cuya hostilidad jamás quisiera creer.

Este gobierno legal, cuyo origen y cuyo reconocimiento universal é incontestable he recordado antes, era considerado, pues, por Francia, como la expresión de una minoría violenta y opresora; y para coronar ese cambio, el señor Almonte, por medio del más ridículo de los *pronunciamientos*, se proclamaba á sí mismo jefe supremo interino de la nación, abrigado por la bandera francesa que algunas semanas después habría de proteger á Márquez y sus hordas indisciplinadas.

No es mi ánimo, señor general, profundizar el examen de estos hechos; vd. los conoce hoy día en todos sus detalles y los abandono á su apreciación de hombre leal y de soldado valiente, con todas las circunstancias que les han precedido, acompañado y seguido.

Han provocado, ante Puebla, el incidente incomprensible del 5 de mayo. Desde entonces, Francia consideró su honor militar como comprometido y una imponente expedición, á cuya cabeza se hallaba el señor general Forey y al fren-

te del cual me felicito de ver á vd. ahora, recibió el encargo de vengar ese fracaso y de obtener, para nuestra patria, las satisfacciones que exigía.

Desde aquí hemos saludado el nombramiento del general Forey con viva simpatía, que no hizo sino aumentarse cuando supimos que pasaba á las manos de vd. la dirección política de la expedición, lo que haría desaparecer esa funesta influencia que hasta entonces nos inspirara tantos temores serios y fundados.

Estábamos, en efecto, lejos de ver en todo lo que había pasado, la fiel expresión de la política de Francia. Conocíamos el origen y las causas de las decepciones soportadas ya; sabíamos que engañando nuestra protección, cuyos límites habían sido marcados, el señor Almonte se había apresurado á aprovecharse, en beneficio de su propia ambición, de las circunstancias que creyó explotar fácilmente. La situación era la siguiente:

Francia parecía ser partidaria del régimen de *pronunciamientos* y enemiga del de la legalidad.

Parecía proteger al señor Almonte, cuya autoridad emanaba del escandaloso *pronunciamiento* de Córdoba, contra el gobierno constitucional, salido por dos veces del sufragio universal.

Se la había obligado á asumir una actitud hostil respecto de sus amigos y de los amigos de sus nacionales, para reservar sus favores á sus enemigos y á los enemigos de sus nacionales.

Se la acusaba de desconocer á aquellos que han seguido su propio ejemplo, adoptando los principios que élla ha proclamado y que consti-

tuyen su gloria, para proteger á los adversarios encarnizados de esos principios.

Había aceptado por auxiliares á esos enemigos irreconciliables de las ideas francesas, de Francia y de los residentes franceses.

Abrigaba bajo su bandera á aquéllos que no han temido adoptar por lema de la suya el siguiente: "¡Mueran los extranjeros!"

Y todo el mundo pudo hacer constar la anomalía extraña que ofrecía el hecho de que Márquez se uniera á las fuerzas francesas para exigir de México reparaciones por los ultrajes inferidos por Márquez mismo.

Algunas de estas malas impresiones fueron borradas por los primeros actos del general Forey, al desembarcar en Veracruz y, lo mismo que yo, Vd. no puede dudar de la favorable impresión que estos actos causaron en México. Desgraciadamente y, sin duda, por motivos extraños á la voluntad del general Forey, su obra de reparación no se ha completado; la influencia fatal que por un momento creíamos destruida, se hizo sentir aún, cosa que todos deploramos, que Vd. deplora también, sin duda, señor general.

Nuestro valiente ejército y sus nobles jefes vengaron gloriosamente ese honor que se dijo estar comprometido; después de una serie de brillantes acciones, nuestras gloriosas banderas entraron en Puebla y en este momento ondean sobre los edificios de la capital. Vd. ha visto de qué manera nuestros compatriotas han acogido con dicha al ejército francés y á sus dignos jefes. Es

que, no sólo se ha conmovido su corazón en presencia de sus hermanos victoriosos, sino que también han contado con el general Forey para la realización de todas sus esperanzas.

La causa principal, la única quizás de los males de México, consiste en sus guerras continuadas; el remedio seguro, infalible, consiste en la pacificación del país. Estoy profundamente convencido, señor general, de que, una vez pacificado México, sería tan próspero y floreciente como miserable es ahora; que los residentes extranjeros encontrarían, por ese solo hecho, todo linaje de seguridades para sus personas y de beneficio para sus intereses, y que la importación de los productos de fábricas europeas, de fábricas francesas sobre todo, se elevaría pronto á una cifra más alta que nunca.

A este deseable resultado aspiran todos los hombres honrados y laboriosos, sean mexicanos ó extranjeros, y tal es lo que se espera de Francia y de Vd.

Al lado de esta cuestión capital, hay otra para Vd., señor general: la de la satisfacción de las reclamaciones presentadas, la de la reparación de los daños sufridos y la de las garantías legítimas que deban obtenerse.

Debo, á este respecto, convenir en que los desórdenes políticos de México han ejercido la peor de las influencias sobre todas las ramas de su administración; pero añadiré que México se parece á esos pródigos que no por pagar siempre dejan de seguir debiendo siempre y que, en su

corta existencia de nación independiente, ha pagado diez veces el importe de su deuda, sin quedar nunca solvente.

Cada vez que ha habido una época relativamente favorable, los representantes hábiles y prudentes de las potencias europeas han obtenido, para sus nacionales lo que era equitativo y justo, y aún á menudo aquello que era discutible ante el derecho y la razón. Cuántas fortunas se han hecho rápida y misteriosamente, desde la independencia, á la sombra de las reclamaciones diplomáticas. La liquidación, por Francia, de la indemnización exigida en 1839, probó que no todas las reclamaciones presentadas tenían los requisitos indispensables para ser aceptadas. En cuanto á las que ahora se encuentran pendientes y cuyo monto se hace ascender á doce millones de pesos, no vacilo en afirmar que, si se examinaran cuidadosamente sus expedientes, todavía resultaría probado que, en un gran número de ellas, hay exageración y á las veces iniquidad.

Se ha hecho de las reclamaciones diplomáticas la base de una profesión que es, á menudo, muy lucrativa; y, en estos últimos tiempos, M. de Saligny, para realizar sus miras, ha halagado esa tendencia con esperanzas que, naturalmente, han atraído partidarios á su política. Esto le explicará, señor general, por qué algunos franceses han podido apoyar con sus votos y con sus firmas esa política desastrosa, cuya falsa base y cuyos inevitables resultados conocen ellos también como todos nuestros compatriotas desinteresados: á cada

uno de sus nombres se liga un interés personal, no pocas veces ilegítimo, casi siempre exagerado.

Por lo demás, Francia ha sido siempre generosa con sus deudores: sus exigencias se detienen siempre antes de llegar á lo imposible; Haití, Grecia y España atestiguan en favor de ese precedente; ¿cómo creer que Francia quiera renunciar á él, sólo en sus relaciones con México? Es cierto que élla obtendrá del gobierno constitucional, al no más desearlo, todas las satisfacciones que sean legítimas.

En cuanto á la cuestión vital, ó sea la de la pacificación del país, lamento profundamente, señor general, tener que decir que el camino emprendido por Francia no es el que puede conducir á una venturosa solución. Mi convicción es que la pacificación no podrá obtenerse sino mediante la consolidación de la gran reforma social que había extirpado el vicio destructor de los pronunciamientos y por medio del reconocimiento del gobierno constitucional, con el que se ha identificado la nación.

La experiencia no me permite abrigar dudas al respecto. ¿No hemos visto acaso algo que no ha pasado, desde la independencia, á saber: que todos los estados, aun los más lejanos, como Sonora, Chihuahua, Chiapas, etc., envían fuerzas para defender al gobierno federal? ¿Preciso sería estar ciego ó cerrar los ojos para que no sorprenda este acuerdo producido por la reforma; y no es Francia, no es el gobierno imperial, quienes querrán violentar la voluntad del país, si se conven-

cen de que esa voluntad ha sido expresada por medio del sufragio universal.

Señor general: la victoria ha abierto al ejército francés y á sus jefes las puertas de esta capital federal, pero no se les ha sometido el país. No se fie Vd. en la hipócrita acogida de una facción que ha pretendido tomar á Francia por instrumento y que pronto será nuestra desleal enemiga, al no más convencerse de que el instrumento no es tan dócil como se lo figuraba. No está allí la nación.

Desde México, la potencia de las armas francesas podrá irradiar á lo lejos y el pabellón francés podrá ondear en la capital de cada Estado; pero México es cuatro veces más grande que Francia; sus soledades son inmensas; tiene, por todas partes, bosques y montañas inaccesibles; si por desgracia se lleva la guerra al interior, pronto será ésta la guerra de partidarios, la guerra sin más solución que el pillaje, el incendio y la ruina.

Me detengo, porque sería extraviarme el pretender trazar su línea política y militar al noble jefe que, entre todos, escogió el genio inteligente de nuestro Emperador para confiarle la misión, actualmente tan complicada y tan difícil, al par que tan envidiable por su altura moral, de devolver la felicidad y la paz á este desgraciado país tan probado y tan digno á la vez de suerte mejor que la que hasta ahora le ha correspondido.

Si me atrevo á dirigirle, mi venerado general, este ensayo incompleto é imperfecto, es porque lo mismo que todos los hombres de leales inten-

ciones que han tenido la felicidad de aproximarse á Vd. y, por tanto, de amarle, he adquirido, gracias á sus palabras benévolas y convencidas, la confianza necesaria para abrirle mi corazón acerca de la cuestión mexicana.

Al comunicarle, pues, con un patriotismo á la vez francés y humanitario, las observaciones generales que durante una permanencia de más de catorce años he podido adquirir acerca de las cosas y los hombres de este país, ó sobre aquellos que en él han desempeñado papel, lo hago con el deseo sincero de llevar mi grano de arena al conjunto de informes que Vd. se empeña en buscar con la mira de desempeñar, para honra y gloria de nuestra querida Francia, las instrucciones del Emperador.

No lo ignora Vd., señor general: la concentración de los poderes militar y político en sus manos ha tenido por resultado primero y significativo el de borrar, como por arte mágico, la angustia que envolvía á millares de corazones á modo de sudario y el de reemplazar ese terror con la seguridad y con las más dulces esperanzas.

¡Sea Vd. bendito por ese primer beneficio, del cual he sido yo mismo uno de los primeros objetos! ¿Necesito asegurarle que mi más viva gratitud le pertenece para siempre?

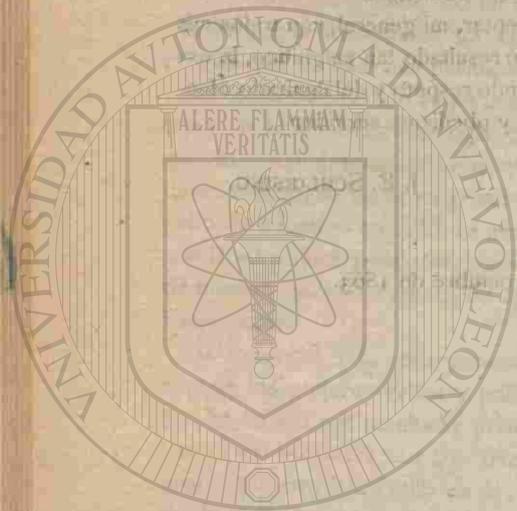
¿Necesito decirle, mi general, que millares de almas serias suplican diariamente tanto aquí como en Francia, cual yo lo hago, á Dios Nuestro Señor, que bendiga las nobles intenciones y los trabajos de Vd., de tal suerte que le sea dado

añadir á toda la gloria que ha adquirido en los campos de batalla, la más bella y la más noble de todas, la de lograr, por su sabiduría, conducir á pacífica solución, todas las dificultades que ha sido llamado á vencer en México?

Dígnese de aceptar, mi general, con todos mis votos en favor de resultado tan magnífico, la expresión del profundo respeto y del ilimitado afecto de su humilde y obediente servidor

J. E. SCHLÆSING.

México, 14 de octubre de 1863.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

Págs.

PREFACIO DEL AUTOR	I
PRIMERA PARTE.— <i>La acción diplomática y los hechos bélicos.</i> — Capítulo I. — El 4 de octubre de 1861 en Miramar.—El archiduque Fernando Maximiliano. — Misión secreta del ministro de Negocios Extranjeros, conde de Rechberg. — El señor Gutiérrez Estrada. — Nota redactada por el barón de Pont.—Francia no quiere nada para sí. —Reservas de España.—Inteligencia de las tres potencias.—Desiderátum de los refugiados mexicanos. — Adhesión de A. L. de Santa-Anna. — Viaje del señor Gutiérrez Estrada. — La noche buena.—Promesa formal del Archiduque.	5
Capítulo II.—En las Tullerías.—La solución de los problemas insolubles.—El Emperador.—La Emperatriz.—M. de Morny.—México.—Revoluciones y pronunciamientos.—Santa Anna.—Alvarez.—Comonfort.—Juárez.—Miramón.—Los extranjeros en México. — M. de Gabriac. — M. Dubois de Saligny.—Quejas de Francia, de Inglaterra, de España y de los Estados Unidos. — Sir Charles Wyke. — Incidente del 14 de agosto de 1861. — Pretexto para la intervención.—Se invita á los Estados Unidos para asociarse á ella. — Proposiciones del gabinete de Washington. — Convención	

- del 31 de octubre de 1861. — Carta de Mr. Seward 19
- Capítulo III. — Política de los tres aliados.—Carta de lord John Russell. — Intervención armada.— Ocupación de Veracruz. — Ultimátum de los plenipotenciarios franceses. — Vuelven à México los señores Almonte, Miramón, Haro y Tamariz y el P. Miranda. — Preliminares de la Soledad (19 de febrero de 1862.)— Estado de los ánimos en México. — Envío de refuerzos con el general Lorencez.—Complicaciones.—Carta del general Prim à Napoleón III. — Carta del señor de la Fuente à M. Thouvenel. — Conferencia de 9 de abril. — Ruptura de la triple alianza 39
- Capítulo IV. — La guerra está declarada. — El gobierno de Juárez.—Las fuerzas de México.—Pronunciamiento del general Almonte.—Ruptura de la convención de la Soledad.—Instrucciones dadas al general Lorencez.—Se rompen las hostilidades.—Marcha hacia México.—Entrada en Orizaba el 20 de abril.—“Los soldados mexicanos à los soldados franceses.”—El 5 de mayo: ante Puebla.—Ataque fracasado.—Retirada del 8 de mayo hacia Orizaba.—Informe del general Zaragoza, defensor de Puebla.—Descontento del general Lorencez contra M. de Saligny.—Orden del día del comandante en jefe.—Carta de Zaragoza al general Lorencez.—Respuesta de este general, del 12 de junio.—Combate del Cerro del Borrego, (13-14 de junio.) — El capitán Détrie.—Ataque de Orizaba por Zaragoza. — Retirada del ejército mexicano hacia Puebla. — Proclamación de Almonte (15 de junio.) — El comandante Roze en Veracruz 60
- Capítulo V.—Emoción que se experimenta en Francia al recibirse las noticias de México. — El Emperador al general Lorencez.—Carta confidencial

- del Ministro de la Guerra.—El general Forey, comandante en jefe del cuerpo expedicionario.—Orden del día del 20 de octubre de 1862.—Partida del general Lorencez.—Saudades del ejército.—Disolución del gobierno provisional del general Almonte.—Proclama del general Forey.—Instrucciones secretas dadas por el Emperador al nuevo comandante en jefe.—Línea política.—Establecimiento de un gobierno duradero. — República ó monarquía 93
- Capítulo VI.—Hechos bélicos.—Expedición à Jalapa, Tehuacán y Tampico [diciembre.]—El 22 de febrero de 1863, Forey sale de Orizaba y marcha hacia Puebla. — Composición del cuerpo expedicionario. — Asedio de Puebla [16 de marzo.] — Proclama de Juárez.—Sitio de Puebla.—El general Bazaine. — Combate de San Lorenzo.—Rendición de la plaza [17 de mayo.] — Carta de González Ortega al general Forey.—Solemne entrada de los franceses [19 de mayo] 111
- Capítulo VII.—Reorganización financiera.—Ilusiones del gobierno imperial. — M. Budin.—Decretos del 21 de mayo. — Efectos deplorables de estos decretos.—Juárez abandona la ciudad de México.—Orden del general Forey al general Bazaine para la ocupación de México.—El general Salas. — Entrada de los franceses en México [5 de junio.] — Proclama del general Forey [12 de junio.] — Organización de los poderes públicos.—Decreto del 16 de junio.—Carta confidencial del Emperador, de 1º de noviembre de 1862.—Decreto del 18 de junio.—Nombramiento de los miembros de la junta superior de gobierno.—Triunvirato: el general Almonte, monseñor Labastida, el general Salas.—Suplentes.—Reunión de los Notables.—Voto de esta asamblea.—Adopción de la forma monárquica.—Manifestaciones de gratitud al Em-

perador de los franceses. — La Regencia. — Noticias de Francia. — El general Forey es elevado á la dignidad de mariscal. — Llamamiento de M. de Saligny. — Carta del Emperador al general Bazaine [30 de julio de 1863] 128

SEGUNDA PARTE. — *La Regencia.* — Capitulo I. — Delegación enviada á Miramar. — El señor Gutiérrez Estrada. — El archiduque Fernando Maximiliano. — Su nacimiento en el castillo de Schoembrunn [6 de julio de 1832.] — Su infancia. — Su vocación por la marina. — Teniente de navío. — Sus viajes. — Almirante y comandante en jefe de la marina militar. — Trieste. — Pola. — Proyecto de reorganización de los servicios y almacenes marítimos. — Viaje á Jerusalén. — En Egipto. — Nápoles y Tolón. — París. — Bruselas. — El rey Leopoldo. — La princesa Carlota. — Anuncio oficial de su matrimonio con el archiduque Maximiliano [8 de noviembre de 1856.] — El reino Lombardo-Veneciano. — Maximiliano es nombrado gobernador. — Matrimonio del Archiduque con la princesa Carlota [27 de julio de 1857.] — Atentado de Orsini. — M. de Cavour. — Entrevista de Plombières. — Incidente del 1.º de enero de 1859. — El Archiduque es relevado de sus funciones. — Declaración de guerra. — Maximiliano, gran almirante y jefe supremo de la marina imperial. — Magenta. — Solferino. — Paz de Villafranca. — Desgracia de Maximiliano. — Excursiones marítimas. — “La Fantasia.” — Viaje al Brasil. — Madera. — Miramar. — Trabajos y escritos acerca de la marina. — La corona de México 161

Capitulo II. — Los delegados mexicanos llegan á Miramar. — Discurso del señor Gutiérrez Estrada. — Respuesta del Archiduque. — El gobierno francés debe preparar las vías para el establecimiento de la monarquía en México. — El nuevo comandante en jefe. — Carta del Emperador al general

Bazaine [12 de septiembre de 1863.] — Organización financiera. — Carta del 29 de septiembre. — Extracto de una correspondencia anónima. — El general Félix Douay. — Estado de los espíritus en México. — El general Forey entrega el mando [30 de septiembre.] — Proclama del general Bazaine á los mexicanos. — La canción de la partida: “¡Partirá, no partirá!” 180

Capitulo III. — Medidas administrativas. — Policía. — Los bienes del clero. — *Pagarés.* — Se derogan los decretos impolíticos. — Nota de la Regencia en la *Gaceta Oficial.* — Carta de Maximiliano al general Almonte. — El Emperador al general Bazaine [15 de octubre de 1863.] — Julio Favre. — Instrucciones del mariscal Randon [25 de octubre]. — Ferrocarril de Veracruz á la Soledad 211

Capitulo IV. — Preparativos militares. — En persecución de Doblado. — El general de Castagny. — Etapas de 10 á 15 leguas diarias. — Aguascalientes. — San Juan de los Lagos. — Zacatecas. — Zamora. — Emisario de Juárez. — Respuesta del general Bazaine [10 de diciembre de 1863.] — Entrada de los franceses en Guadalajara [5 de enero de 1864.] — Santa-Anna. — El general en jefe se niega á permitirle que vuelva á México. 222

Capitulo V. — Muerte de la señora Bazaine. — Correspondencia del Emperador [1.º y 16 de noviembre de 1863.] — Negociaciones con los generales disidentes. — Instrucciones contrarias del 16 de mayo de 1863. — Doblado. — Informe de policía referente á Doblado. — Cartas del Emperador, de 28 de noviembre y de 16 de diciembre de 1863. — Las mimas de Sonora. — El conde de Raoussset-Boulbon. — La casa Jecker & Co 234

Capitulo VI. — Carta del general Fleury [12 de diciembre de 1863.] — Dudas acerca de la acepta-

Págs.

ción definitiva de Maximiliano.—Adhesión de las poblaciones.—Debilidad de las autoridades.—El general Bazaine al Emperador [27 de diciembre de 1863].—Dificultades relativas á los bienes del clero.—Complicidad de la magistratura.—Desacuerdo entre los miembros del triunvirato.—Protesta de monseñor Labastida.—Emoción profunda.—Protesta de los miembros del Tribunal Supremo.—Proclama de los generales Almonte y Salsas.—Decreto del 2 de enero de 1864.—Manejos clandestinos del clero.—Actitud enérgica del general Neigre, comandante superior de México.—Respuesta de monseñor Labastida.—Dificultades causadas á la Regencia por el clero. 251

Capítulo VII.—Vuelve á México el general Bazaine [4 de febrero.]—La resistencia armada.—Porfirio Díaz en el Estado de Oaxaca.—Uraga en el Estado de Colima.—Ortega en los Estados de Durango y Sinaloa.—Buenos efectos que produce la presencia del general Bazaine en México.—Escisión del alto clero.—Monsieur de Montholon. Convención con el gobierno mexicano.—Cesión de las minas de Sonora á Francia.—El almirante Bouet-Willamez y la división naval del Pacífico.—El puerto de Gaaymas.—El almirante Boscé en Veracruz.—Matamoros.—El comandante Cloué.—Circular del general Bazaine.—Mejora la situación.—Se anuncia la llegada de Maximiliano [30 de enero de 1864].—Cartas del Archiduque al general Almonte [26 de diciembre de 1863 y 10 de enero de 1864].—La delegación mexicana en las Fulleras [22 de octubre de 1863].—Napoleón III al general Bazaine [15 de febrero de 1864].—Votos públicos en favor del Imperio.—Debates en las cámaras francesas.—Santa-Anna sale de su retiro.—Acta de adhesión impuesta á él y á su hijo.—Su falsía.—Medidas enérgicas del

Págs.

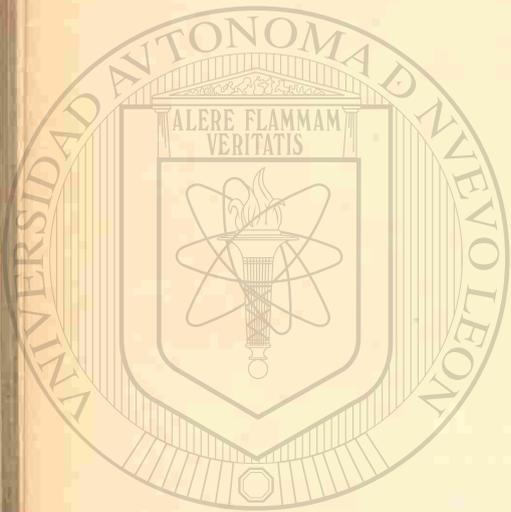
comandante en jefe.—Santa-Anna se queja con Napoleón III.—Respuesta del Emperador 266

Capítulo VIII.—Pacificación del país.—El general Uraga.—Don Juan Alvarez.—Los resguardos.—La legión extranjera.—Cartas del Emperador y del mariscal Randon [31 de marzo de 1864].—El banco de México.—El instituto.—Aprensiones del ministro de la guerra [29 de febrero, 15 de abril, 1º de mayo de 1864].—Temores respecto de los Estados Unidos.—Exitos militares 287

Capítulo IX.—El archiduque Maximiliano se prepara á desempeñar el papel de emperador de México.—Aprende el español.—El general Almonte en Miramar [enero de 1862].—D. Francisco de Arrangoiz.—Oposición de Inglaterra.—Maximiliano y la familia imperial de Austria.—El Archiduque y la Archiduquesa en Bruselas y luego en París [marzo de 1864].—Primer tratado entre Napoleón III y Maximiliano.—Tratado secreto.—Permanencia en Londres.—Regreso á Viena.—Acta de renuncia.—Indignación de Maximiliano.—Conferencia entre el emperador de Austria y su hermano.—Pacto de familia.—Despedida de los dos hermanos 302

Capítulo X.—Reunión en Miramar.—Alocución del señor Gutiérrez Estrada.—Respuesta en español de Maximiliano.—Juramento del Emperador.—Decreto que nombra al general Almonte teniente del imperio.—Carta al Podestá de Trieste.—Partida á bordo de la fragata *Novara*, el jueves 14 de abril de 1864.—Palabras proféticas de Maximiliano MEMORIA SCHLESING 329

345



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

NUEVO
LIOTEC